

BELLEZA, UTOPIÍA Y EXISTENCIA

Diálogos filosóficos en torno a preguntas básicas de la vida

BELLEZA, UTOPIA Y EXISTENCIA

Diálogos filosóficos en torno a preguntas básicas de la vida

CARLOS BLANCO

DIDACBOOK
E d i t o r i a l

BELLEZA, UTOPIA Y EXISTENCIA

Diálogos filosóficos en torno a preguntas básicas de la vida

© CARLOS BLANCO

© DIDACBOOK

C/ Sagasta, 6
23400 ÚBEDA (Jaén)
www.didacbook.com

Editores:

Maite Gómez García
Miguel Ángel Barbero Barrios

Diseño y Maquetación:
Romeo Ediciones

Primera edición:
Octubre de 2023

Colección:
Claves de nuestro tiempo

Depósito Legal:
J 235-2023

ISBN:
978-84-17855-23-9

Cualquier forma de reproducción, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización del autor o editor de la misma. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear cualquier parte de esta obra.

ÍNDICE

Prefacio	9
Diálogo sobre la belleza.	11
Medemo, o el nihilismo	57
Diálogo entre un dominico y un jesuita a propósito de la omnisciencia divina y la libertad humana	79
Las Preguntas Básicas De La Vida	87
Prólogo	89
Capítulo I: En torno a la existencia: Dios y el ser humano.....	95
Capítulo II: El problema del mal	157
Capítulo III: Sobre El Alma	187
Capítulo IV: El Hecho Religioso.....	205
Capítulo V: Las Utopías.....	269
Capítulo VI: De cómo el antiguo alumno y el anciano maestro Se reencuentran y entablan una interminable conversación .	285



PREFACIO

Amo los diálogos filosóficos. Lejos de constituir un género desfasado, más propio de la antigua Grecia que de los tiempos modernos, aún tiene vigencia y todavía puede hacer brillar la llama del pensamiento. La naturalidad con que fluyen las ideas, la facilidad a la hora de contraponer perspectivas distintas, la liberalidad en el marco expositivo y el enriquecimiento estético que propicia son virtudes que justifican su cultivo también hoy.

Lo que aquí presento son diálogos filosóficos inéditos. Algunos han sido escritos recientemente, como el *Diálogo sobre la belleza*. Otros se remontan a los años 1999 y 2000, cuando me sumergí en la redacción de un coloquio que titulé *Las preguntas básicas de la vida*. Concluí este libro el 9 de febrero de 2000, festividad de San Alejandro. Tenía trece años. Pasado tanto tiempo, mis ideas han evolucionado drásticamente. Hoy me considero agnóstico (y en algunos aspectos cercano al ateísmo, o al menos al reduccionismo naturalista). Aunque me sigue interesando el estudio de las grandes tradiciones religiosas de la humanidad, soy plenamente consciente de los límites de todas ellas, en especial de las carencias filosóficas e históricas del cristianismo, el credo que he investigado de manera más sistemática. Sin embargo, al contemplar este texto, sólo puedo mirarme con condescendencia, con cierta empatía ante la ingenuidad metafísica que exhibí en esas páginas, pero también ante el anhelo de búsqueda, de profundidad, de belleza y de conocimiento que aletea tan claramente en ellas y que me impulsó a crear estas obras tempranas.

Como he dicho a propósito de otros escritos de mi adolescencia, he elegido preservarlo inalterado, aunque hoy reniegue de muchos aspectos estilísticos y de cuestiones sustanciales relativas al contenido. Así pues, las correcciones se circunscriben a errores ortográficos y sintácticos evidentes. Para entender el estilo arcaizante que predomina en varias secciones del libro hay que tener en cuenta que en esas fechas me hallaba inmerso en la lectura íntegra de *El Quijote*, y que, ansioso de imitar aspectos de la prosa cervantina, adopté alguna que otra construcción sintáctica reminiscente del castellano antiguo (que también respondía a una voluntad no oculta de “ironizar”).

La filosofía nació como poesía y como diálogo. Las monografías y los tratados no agotan las posibilidades de expresar ideas filosóficas. Muchas veces es en la viveza y en la espontaneidad del diálogo, es en el intercambio continuo de pareceres, es en ese *logos* compartido entre iguales, donde mejor se aprecia la pujanza de la filosofía como búsqueda, como deseo de conocer y, sobre todo, de preguntar.

DIÁLOGO SOBRE LA BELLEZA

Logos. — Tengo entendido que quieres discutir el concepto de belleza. Me presto, gustoso, a ello. *Sofos.* — La belleza es una de las categorías que más me subyugan desde un punto de vista filosófico. Hay demasiadas connotaciones en ella y espero no renunciar a ninguna. *Logos.* — También yo deseo comprender por qué unas cosas nos parecen bellas y otras no.

Sofos. — No me veo capaz de prescindir de la idea de lo bello para describir mi experiencia del mundo, pero siempre que intento definirla con precisión me pierdo en un mar de inconsistencias. Las contradicciones que surgen en cuanto nos disponemos a analizar este concepto se me antojan insalvables.

Logos. — Acabo de regresar de un viaje por la Toscana y te aseguro que la pregunta por la esencia de lo bello no ha dejado de rondarme día y noche. Todo era tan bello ante mis ojos... La grandeza de los monumentos, la vistosidad del cielo, los campos que parecían extenderse sin fin. Tantas ciudades pintorescas y resplandecientes, tanta elegancia en las obras del hombre... Percibía una hermosura serena, medida, y empecé a plantearme si el núcleo de la belleza no consistiría en el equilibrio y en la armonía, como muchos han conjeturado. Pero como no quiero pecar de superficialidad filosófica, será mejor que examinemos detenidamente los argumentos a favor y en contra de esta identificación entre belleza y armonía, o entre belleza y simplicidad, porque

quizá haya olvidado otras propiedades sin las que resulta imposible entender lo bello.

Sofos.— Me alegra que hayas disfrutado tanto de ese viaje. En pocos lugares brilla semejante concentración de belleza. En Italia, todo conspira a favor de lo hermoso. La claridad y la luminosidad del cielo, las bondades del clima mediterráneo, la exuberancia de los paisajes... Incesante es el flujo de lo bello. No me extraña que sus habitantes hayan sido tan fecundos en el terreno artístico. La huella de tantas civilizaciones, la gloria de imperios cuya impronta aún perdura... Contemplamos un palimpsesto de belleza, y cuanto más lo exploramos, más belleza descubrimos. Sólo a orillas del Nilo he podido admirar tal densidad de hermosura, porque en ese fértil valle el número de maravillas no tiene parangón.

Logos.— Es inevitable alabar al ser humano, que consigue crear tanta belleza y tanto esplendor, como si con su trabajo escalase al reino de los dioses.

Sofos.— Una historia convulsa, llena de intrigas, ansias de poder, asesinatos..., nos lega, sin embargo, un bien incomparable, que trasciende su tiempo y conquista un plano universal; dispone ante nuestros ojos obras tan bellas y perfectas que no sólo deleitan la sensibilidad, sino que elevan el entendimiento a un estado superior del espíritu. ¿Qué fue Roma, sino un imperio deslumbrante construido sobre la sangre y la injusticia? ¿Qué fue el Renacimiento, sino una lucha constante entre familias que sólo buscaban su propia grandeza? Papas, emperadores, príncipes, duques, señores de raíces feudales... Y entre tanta violencia, en medio de este misterio de iniquidad, el milagro de un arte que todavía hoy evoca en el espíritu los más altos ideales de belleza, las cimas de la perfección. Apreciamos entonces los logros de nuestros antepasados. Comprobemos cómo la mano del hombre, que perpetra tantos crímenes, es también capaz de tallar tesoros divinos, porque de la carencia y del sufrimiento engendra su propia gloria, y de la negatividad asciende a la más noble de las afir-

maciones. No es Dios, sino el ser humano, el que extrae los mayores bienes de los mayores males.

Logos. — Antes de debatir sobre la naturaleza de la belleza me parece conveniente aclarar algunas cosas. Creo que la ciencia aún no está preparada para ofrecernos una definición satisfactoria de belleza.

Sofos. — Sin embargo, algunos aseguran que basta con aplicar el método científico a esta clase de problemas filosóficos para que deshagan como un azucarillo.

Logos. — La neurociencia puede descifrar los mecanismos cerebrales de nuestra experiencia de lo bello. Puede comprender qué ocurre en nuestros circuitos neuronales cuando experimentamos algo como bello, qué áreas se activan y cuáles no, pero no está en condiciones de descifrar el enigma más profundo. El santo grial de la neurociencia sería encontrar condiciones suficientes donde hoy por hoy sólo detectamos condiciones necesarias o un conjunto de correlatos neurales. Pues una cosa es el procesamiento de los estímulos que consideramos bellos y otra es la esencia de la belleza.

Sofos. — Me alegra que digas eso. Es algo raro en ti, por tu talante científicista.

Logos. — Incluso los más acérrimos defensores de las bondades de la ciencia sabemos que el conocimiento humano se enfrenta a límites. Por ello buscamos investigar más, aprender más, plantear nuevas preguntas e incluso revisar hipótesis que muchos consideran firmemente asentadas. Una misma mente, poseída por el don de la curiosidad, es la que ansía escrutar los mecanismos del universo y admirar la belleza allí donde resplandece, diáfana, ante nuestros ojos, rebosante de simplicidad, hondura y armonía.

Sofos. — Pienso que es imposible desprenderse de alguna alusión a lo bello, concebido como un límite, como una idealización, como una luz que jamás se apaga.

Logos. — Estoy de acuerdo. Aunque ignoremos qué es lo bello no dejamos de sentirlo, de experimentarlo con claridad y viveza cuando contemplamos determinadas obras, o cuando la naturaleza nos deleita con paisajes arrobadores, que sólo pueden hacernos exclamar un “¡qué hermoso es todo!”

Sofos. — Sentimos lo bello, pero no podemos entenderlo. Somos incapaces de someterlo al dominio de la lógica. En cuanto tratamos de articular una teoría de lo bello, las paradojas afloran, y estamos como al principio.

Logos. — No es necesario que recorramos todas las definiciones de lo bello aportadas por los filósofos. Son de sobra conocidas las principales posturas. Para Platón, lo bello es un arquetipo, una esencia suprasensible que se manifiesta débilmente en los ejemplos concretos de belleza que podemos identificar en el mundo terrenal, donde las cosas son esclavas de la apariencia, y donde la verdad pura no puede brillar.

Sofos. — La teoría platónica interpreta lo bello como un ideal, que sólo puede residir en el mundo de las formas, en el cosmos inteligible. Pero más interesante me resulta aún su concepción de lo bello como armonía. También la verdad y la justicia son ideas, formas que sólo se realizan precariamente en el mundo material; lo distintivo de la belleza es que converge con la idea de armonía, con la proporción entre las partes, con la medida, con el orden.

Logos. — Esa medida puede valorarse como inteligibilidad, como luz y simetría. En términos platónicos, lo bello es lo armonioso, y por tanto lo ordenado, lo que obedece al dictado de la proporción. Pero entonces, ¿no hay belleza posible en lo desmesurado, en lo que desafía cualquier atisbo de proporción, en lo que no sigue un orden, sino que genera un cierto tipo de caos?

Sofos. — Mas ¿qué es el caos, sino un orden en potencia? No obstante, es aquí donde comprobamos las limitaciones de la perspectiva platónica. No todo lo bello tiene por qué ser armonioso y

proporcionado. Hay mucha belleza en la armonía, y, en general, los objetos armoniosos nos resultan bellos. Sin embargo, ¿por qué debe ser la armonía el criterio último de la belleza? ¿No hay también belleza en el desorden, precursor del orden, y en lo que no se somete a la proporción, sino que la desborda? ¿No hay belleza en la libertad? Ya León Hebreo escribía en su *Philographia*, con sabiduría y elocuencia, que “*si bien lo considerares, hallarás que, aunque en las cosas proporcionadas y concordantes se halla hermosura, la hermosura es allende de la proporción dellas... Por donde se halla, no sólo en los compuestos proporcionados, pero aun más en los simples... No todo lo hermoso y lo bueno es proporcionado, y, al contrario, en las cosas malas se halla también proporción y concordancia*”. No hay, en suma, una conexión, ni necesaria ni suficiente, entre belleza, proporción y armonía.

Logos. — Con todo, la tesis opuesta, que considera imposible ofrecer una definición de lo bello ante las flaquezas de las caracterizaciones tradicionales, nos condena al subjetivismo. Cualquiera sería libre de decidir qué es la belleza. La belleza sería, en sustancia, algo subjetivo, algo reservado a la libre interpretación del individuo. Si el hombre es la medida de todas las cosas, como pensaba Protágoras, sería también la medida de toda belleza. Debemos profundizar más en la idea de lo bello para bosquejar su esencia; debemos investigar todas sus contradicciones hasta alcanzar una síntesis que satisfaga las altas exigencias del entendimiento.

Sofos. — Estarás de acuerdo en que si la belleza no es una propiedad intrínseca de las cosas, sino el fruto de un juicio subjetivo, basado en una percepción individual, mejor renunciemos a hablar de la belleza. Digamos que existen tantas bellezas como personas capaces de reconocerlas.

Logos. — Me parece preferible distinguir entre la belleza como realidad objetiva y la belleza como juicio subjetivo.

Sofos. — Se trata de una tesis filosófica arriesgada. No entiendo qué quieres decir con “la belleza como realidad objetiva”. ¿Es

bella una duna? ¿Es bello el mar? ¿Es bello un acantilado? ¿Es bello el arcoíris? ¿Es bella una mantis religiosa? ¿Es bella una anaconda verde? ¿Por qué debería ser bello el mundo?

Logos. — Me refiero a que nuestro cerebro quizás esté programado para valorar automáticamente ciertos objetos como bellos. Sería una querencia de la que no podemos desasirnos. Algo espontáneo, una inclinación natural hacia determinadas configuraciones geométricas que infunden en nosotros un ideal de armonía, serenidad y plenitud. Después de todo, ¿dónde están la verdad, la belleza, las formas matemáticas, los conceptos morales, los miedos, las ansias, las alegrías, los deseos...? En la mente, y por tanto en el cerebro. Todo es producto del cerebro. Y como el cerebro es obra de la naturaleza, que lo ha esculpido lentamente en el taller de la evolución, todo está en la naturaleza, todo surge de sus fuentes y todo retorna a su seno, cual Alfa y Omega.

Sofos. — Luego estamos ante una belleza subjetiva, no objetiva, pero con la particularidad de que esa tendencia a atribuir belleza a un conjunto de objetos parece más bien inconsciente. ¿Puede lo involuntario ser subjetivo? Si estamos programados para percibir belleza ante determinados estímulos, ¿no es la belleza, en realidad, algo objetivo, es decir, dictado por las leyes de la naturaleza y no por la libre voluntad del ser humano?

Logos. — Sí y no. Esa belleza procede de un juicio, nace de una percepción, que conduce a una valoración subjetiva, pero podemos decir que tiene fundamento en la cosa y en la propia configuración de nuestro cerebro. Es subjetiva, porque nace de nosotros mismos y, aunque sea mayoritaria, no es universal ni necesaria; es objetiva, porque brota de la constitución de nuestros sistemas perceptivos, fruto de la evolución, de la naturaleza, del referente espaciotemporal, del objeto por antonomasia.

Sofos. — Te has vuelto escolástico: la belleza *cum fundamento in re*. Aun así, no veo cómo resolver esta tensión entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo libre y lo necesario, entre la mente y la naturaleza. Pareces indicar que algunos objetos inclinan

nuestra subjetividad a considerarlos bellos, pero sin obligarla. Existe, así pues, un margen de libertad a la hora de atribuir cualidades estéticas a los mismos objetos que casi todos estiman hermosos. Concluyo que la belleza nunca es universal ni necesaria, y que, por tanto, jamás podemos afirmar que hemos descubierto cuál es su esencia y cuáles son sus auténticas propiedades. Como mucho podemos promediarlas; sería la estadística la que nos revelaría la verdadera naturaleza de lo bello.

Logos. — No me parece descabellado suponer que la evolución ha diseñado nuestro cerebro para que perciba belleza al contemplar determinadas conformaciones materiales, o al oír cierta conjunción de sonidos. Esto también ocurre con las lenguas. Creo que algunas nos resultan espontáneamente más hermosas que otras, tanto por su estructura gramatical como por sus propiedades fonéticas. Por ejemplo, amo la concisión y la belleza de la lengua latina. De las modernas, me quedo con la rusa, sonora y delicada.

Sofos. — La belleza equivaldría entonces a una sensación placentera producida por esa percepción visual o auditiva.

Logos. — Así es. La belleza consistiría en una armonía interna a los objetos, en una disposición de las partes organizadas de modo coherente en un todo, en un equilibrio entre lo distinto, en la unidad que emerge de la pluralidad. La belleza se erige, así, en sistema, en una especie de ley que surge de la relación entre lo particular y lo general. Como la belleza puramente subjetiva, la que brota de un juicio individual, no puede definirse en sí, pues depende de las peculiaridades de cada mente y de la forma en que asimila el mundo, lo que debe concentrar nuestros esfuerzos filosóficos es la belleza supuestamente objetiva. Nadie niega que algunas personas encuentran belleza donde otras no ven nada, o sencillamente perciben fealdad. Lo que me intriga es por qué tantos hombres y mujeres consideran ciertas cosas bellas e incluso sublimes, si por esto entendemos el desbordamiento de cualquier sentido ordinario de la hermosura para alcanzar una dimensión extraordinaria de

lo bello, cuyo límite sobrecoge la imaginación y trasciende el lenguaje. Por ello, resulta en esencia indescriptible, y sólo podemos acceder a ella mediante una intuición al unísono fascinante y aterradora.

Sofos. — En lo sublime resonarían los ecos del *tremendum* de Otto.

Logos. — Ciertamente, porque algo tan elevado, un límite que se acerca peligrosamente a lo infinito, sólo puede infundir el más profundo de los estremecimientos, una mezcla de admiración hacia la luz que revela y de temor hacia la oscuridad que esconde. Pero no hace falta invocar la idea de lo sublime, concebido como un rebasamiento de lo bello que nos muestra facetas inusitadas y colosales de las cualidades estéticas de los objetos, reales o ficticios. La noción misma de belleza representa un desafío para el análisis filosófico. Insisto: ¿dónde hunde sus raíces esta unanimidad en muchos juicios sobre la belleza? Tenemos cerebros similares, pero nunca idénticos. Nuestros genes y nuestras experiencias difieren, y hacen que nuestras percepciones no tengan por qué asemejarse. Sin embargo, si la evolución nos ha dotado de la capacidad de discernir patrones de belleza en el mundo natural, tiene que haber alguna razón. Ha de ser útil para nuestra supervivencia y para nuestro bienestar. A esto me refiero cuando invoco una hipotética belleza objetiva, como propiedad inherente a las cosas.

Sofos. — Puedo aceptar tu opinión de que la evolución nos ha programado para percibir ciertos estímulos como bellos, y que la universalidad de nuestra organización neurobiológica permite que, pese a las diferencias entre individuos, nuestras percepciones converjan ocasionalmente. Sin embargo, ¿en qué criterio se ha basado la evolución? ¿Qué es entonces lo bello? ¿Lo útil para la supervivencia? Estaríamos ante una estética darwiniana.

Logos. — No, porque muchas cosas útiles para la supervivencia no nos parecen bellas. Además, el criterio de belleza se

guramente varíe de una especie a otra. Ni siquiera sabemos si nuestros ancestros albergaban una misma percepción de la belleza. ¿Es exclusiva del *Homo sapiens*? ¿Cómo apreciarían lo bello otros animales, u otras especies humanas, como el hombre de Neandertal?

Sofos. — ¿Y si esa belleza objetiva a la que aludes fuera simplemente una manifestación de lo placentero, pero grata al sentido de la vista?

Logos. — No es necesario ser kantiano para darse cuenta de que lo placentero no puede agotar la esencia de la belleza. Muchas veces la difumina, la desdibuja, y nos impide comprender en qué consiste. Lo placentero, o lo agradable a los sentidos, en todo caso será condición necesaria, pero nunca condición suficiente de la belleza. Hay placeres horrendos.

Sofos. — Pero la mayoría de los placeres son bellos, o evocan en nosotros algo así como la belleza. No me atrevería a sostener que todo placer es bello. Algunos son repugnantes, aunque, siendo espantosos, susciten un profundo agrado. Lo que sugiero es que todo cuanto es bello nos procura una forma de placer, de satisfacción, de plenitud sensible.

Logos. — ¿Sólo sensible? ¿Y el plano de lo inteligible? ¿No hay entendimiento en la captación de la belleza? En ocasiones, ¿no somos partícipes de un gozo intelectual tanto o más intenso que el sensible? ¿No es la alegría de comprender superior a la de sentir? Este problema no sólo afecta a nuestro modo de recibir la belleza, si es por la vía de la sensibilidad o por la del sentimiento: concierne también a los objetos mismos. Ideas, fórmulas lógicas y matemáticas, patrones geométricos...: también lo incorpóreo enciende en nosotros la llama de lo bello, con una fuerza muchas veces superior a la de lo meramente sensible. Bienaventurados los matemáticos, porque revelan verdades permanentes para la mente humana, proposiciones tan necesariamente ciertas como que el cuadrado de todo número impar es también impar. Acarician lo eterno.

Sofos. — Empero, ese entendimiento puede interpretarse como una manera de racionalizar lo que la naturaleza determina. Si la evolución ha decidido, en virtud de su utilidad biológica, que en algunos patrones naturales detectemos belleza, lo que nuestro entendimiento hará es justificar *a posteriori* esta inmediatez de la sensación, para convertirla en una percepción racionalizada, y así tranquilizarnos. Lo mismo podría suceder con algunos estímulos puramente intelectuales, que quizá desplieguen ante nosotros semejante concentración de armonía y profundidad como para inspirar en nuestro entendimiento un ideal de belleza. En este aspecto discrepo claramente de Kant y, en general, de las posturas racionalistas. A mi juicio, las cosas no están intrínsecamente desordenadas hasta que la razón impone sus patrones *a priori* de orden. El hecho mismo de que, mediante la razón, hayamos podido reconocer estructuras ordenadas en la realidad junto con estructuras desordenadas, aleatorias, como ocurre en el mundo cuántico, prueba que la razón no está abocada a imponer orden allí donde no lo hay, sino a categorizar y relacionar, a formalizar y a extraer consecuencias lógicas, inferencias, a partir de la información suministrada por los sentidos o creada por ella misma. La realidad nos viene ya ordenada o desordenada; lo que hace la razón es organizar lógicamente ese dato desde un sistema mínimo y suficiente de principios, pero no establecer el orden allí donde no existe, ni el desorden allí donde no lo percibimos. La razón es esencialmente elástica ante los datos de la experiencia. Se limita a formalizar mediante categorías que intentan reproducir los patrones generales discernidos en el mundo, sean de orden o de desorden. La única imposición *a priori* es la necesidad misma de categorizar, de descubrir patrones de inteligibilidad, sean sobre la base del orden o del desorden que ya existe en la realidad con independencia de nuestra mente. Si la razón se viera obligada inexorablemente a ordenarlo todo, ¿por qué en ocasiones no tiene más remedio que conformarse con reconocer el desorden y la

presencia de leyes meramente estadísticas, de distribuciones regidas, sí, por patrones matemáticos, pero incapaces de proporcionarnos la anhelada certeza? ¿Por qué no todo se muestra ante ella como una realidad límpida y ordenada?

Logos. — Aun así, tu teoría no descubre el verdadero fundamento de la belleza; no muestra en qué consiste.

Sofos. — Para ello bastaría con estudiar exhaustivamente todo lo que consideramos intuitivamente bello, por un automatismo invencible, y examinar qué características comparten estos objetos. Así podríamos elucidar las propiedades universales de la belleza, enraizadas no en un juicio subjetivo, sino en la estructura misma de la realidad, que se impone a nosotros y nos obliga a categorizarla como bella o fea.

Logos. — Ahora eres tú el cientificista. Veo que somos esclavos de nuestro cerebro. Si el cerebro, obra maestra de la evolución, nos obliga a percibir algo como bello, difícilmente podemos deshacernos de este fantasma ineluctable que filtra nuestra aproximación a la realidad. Las cosas no son ni feas ni bellas: simplemente son. Nosotros englobamos algunas propiedades que nos resultan amables, placenteras, gratificantes, dentro de la categoría de lo bello.

Sofos. — Pese a mis reservas sobre la filosofía de Kant, creo que esta hipótesis se enriquecería si incorporásemos algunos elementos de la estética del regionmontano. Puedo estar de acuerdo con tu idea y aceptar que la manera en que percibimos lo bello ha sido determinada por nuestro desarrollo evolutivo. Puedo también admitir que lo bello no es sino la forma en que filtramos la cascada de estímulos sensoriales que recibimos.

Logos. — Incluso estímulos inteligibles, por así decirlo. Cuando una fórmula matemática nos parece bella no estamos ante una experiencia meramente sensible, sino ante un acto de comprensión. Nos resulta bella porque la entendemos, y al hacerlo admiramos el contenido y la forma, lo que significan esos trazos, la elegancia y la profundidad de lo

que expresa. Una ecuación que, en su simplicidad, relaciona lo distinto nos parece bella porque eleva nuestra imaginación y nuestro entendimiento.

Sofos. — Lo bello equivaldría entonces a lo perfecto, a lo que se acerca a un ideal supremo, a lo completo, a lo que encierra tanta realidad, tanto contenido, tanta posibilidad de entendimiento, que nos rendimos ante su grandeza y nos limitamos a reconocerlo como hermoso. Por ello, merece ser contemplado, merece que nos rindamos devotamente ante ello, merece que le entregemos nuestra percepción y nuestro entendimiento, como si entonáramos un “¡basta!” y, al igual que Fausto, suplicáramos que se detuviera el tiempo, pues al fin hemos hallado algo digno de nuestra subjetividad, hemos conquistado un universo que trasciende lo mutable.

Logos. — Así es, porque lo bello podría concebirse con lo que resplandece por sí mismo, lo que nos proyecta a una finalidad, a lo puro e incondicionado, a lo que no necesita nada más para transmitir valor. Lo bello sería lo que se justifica a sí mismo, como la sustancia de Spinoza. No hace falta que fluya el tiempo o que se expanda el espacio si en verdad hemos encontrado algo que absorbe nuestra capacidad de percibir, evocar y fascinarnos; algo que nos sacia, y que proyecta nuestro espíritu a un escenario de libertad auténtica, donde la cadena de la necesidad parece romperse y ya no es preciso buscar más ni aspirar a más

Sofos. — Las reminiscencias de la filosofía kantiana son evidentes en esta idea.

Logos. — Pero lo que dice Kant puede integrarse pacíficamente con la perspectiva de Platón. Si el regiomontano incide en ese fin que el sujeto, mediante la sensibilidad y el entendimiento, es capaz de discernir, de manera que encuentra una realidad tan perfecta, tan imbuida de sí misma, tan susceptible de encender en nosotros las luces más diversas y las intuiciones más profundas, Platón nos conmina a buscar la raíz de esa finalidad. Él la ve en la armonía de las cosas, y por tanto a un orden

matemático subyacente, a una universalidad lógica, a una perfección que no se crea, sino que se descubre, pues no nace del arbitrio humano, sino de una necesidad previa, eterna.

Sofos. — Esa realidad preexistente, ¿qué es? Las leyes de la naturaleza. No algo oculto en el mundo inteligible, no la inasible base del ser, sino algo espaciotemporal: la lógica misma del mundo. Los principios que gobiernan la naturaleza imponen un criterio de eficiencia, de minimización de energía. Lo que juzgamos simple y armonioso no es sino una manifestación de esta regla. Lo bello es, así pues, el mundo mismo cuando despliega ante nosotros sus leyes de manera clara y suficiente.

Logos. — Lo que no logro entender es por qué algunos individuos no considerarían bellas ciertas estructuras naturales, incluso algunas fórmulas matemáticas, que, según esta teoría, no harían sino recoger los principios de simplicidad, armonía y eficiencia a los que aludes. No todos tienen por qué pensar que la famosa fórmula de Euler es bella, o que las series de Fibonacci lo son, o que el crepúsculo es necesariamente hermoso, por la variedad y la pujanza de colores que exhibe.

Sofos. — Admito que no comprendo cómo algunas personas no pueden considerar bellos los ejemplos que mencionas. Lo mismo podría decirse del arte. En la historia occidental destacan obras que trascienden espacios y tiempos, como si hubieran alcanzado una belleza universal, cuya luz, vívida e inspiradora, también hoy nos iluminaría.

Logos. — La esencia del arte es la expresión; la del gran arte es la belleza, ventana a lo universal. Y estarás de acuerdo en que el estilo es el alma del arte, el orden que preside y encauza la libre expresión del sujeto. Es la regla que no anula, sino que canaliza la libertad, para que no se pierda en su propio laberinto.

Sofos. — Por supuesto. Poco puedo objetar a lo que dices. ¿No son las esculturas de Miguel Ángel manifestaciones de esa belleza pura y universal, de ese fin incondicionado que todos los agentes racionales deberían reconocer? ¿O las de

Bernini? ¿O los cuadros de Velázquez? ¿O las cantatas de Bach? ¿O las sinfonías de Beethoven? Sin embargo, un breve repaso a la historia de la crítica pone de relieve que esas obras, cuya belleza parece fuera de toda duda, no siempre suscitaron acuerdo entre los críticos. Piensa en Rafael: de exaltado por los academicistas a execrado por los prerrafaelitas de la Inglaterra victoriana, sobre todo en los excesos manieristas de su pintura. Lo que había encarnado los más altos ideales de perfección estética pasó a mirarse con recelo, como algo decadente, insincero y vacuo, que cortaba las alas de un arte más humano y expresivo. Y ¿no han despreciado las vanguardias multitud de movimientos anteriormente alabados? ¿Quién conoce la regla para juzgar la calidad de una obra artística? ¿Quién posee una visión clara, certera y comunicable de la esencia de lo bello? ¿Qué es lo genuinamente hermoso? ¿Dónde brotan sus fuentes? Los criterios cambian, como las sociedades, como el hombre mismo, y la belleza, al igual que la verdad, es muchas veces hija del tiempo.

Logos. — Admito que con frecuencia la recepción de lo bello ha sido problemática. Esta dependencia entre la concepción de lo bello y el desarrollo histórico del espíritu vertebró la estética de Hegel, y ni puede ni debe soslayarse en aras de un planteamiento metafísico que se enajena del acontecer humano.

Sofos. — No sólo por la subordinación de nuestras apreciaciones de lo bello al momento histórico, sino por el influjo de la cultura y de la educación, que muchas veces condicionan e incluso determinan nuestro sentido del gusto. Por ello, solemos advertir que las personas más educadas adquieren una percepción más fina de la belleza; su gusto se hace más sofisticado.

Logos. — No negarás, en cualquier caso, que un gusto más refinado y un saber más profundo no implica necesariamente una mejor apreciación de lo bello. A menudo, un mayor conocimiento de la historia y de la técnica artísticas no conduce a una percepción más profunda del valor de las obras estéticas, sino que la nubla.

Sofos. — Prefiero introducir un matiz importante: al igual que el conocimiento refuerza o debilita el amor, también agranda o empequeñece nuestra percepción de la belleza. Aunque conocer más no implica gozar más, puede ayudar a apreciar mejor el valor de lo bello, así como a relativizarlo. Si, además de deleitarnos con la contemplación de la belleza, aprendemos a conocerla, nuestro placer será más profundo. Los teólogos debatían sobre la prioridad del amor o del conocimiento en lo que respecta a Dios. ¿Qué viene primero: amarlo o conocerlo? Pero amor y conocimiento no se oponen: se complementan. En lo que concierne a lo bello, amarlo es entregarse a contemplarlo, para deleite de los sentidos y de la imaginación; conocerlo es buscar comprender su naturaleza, y por tanto la razón que subyace a su hermosura. Éste es el premio del entendimiento, cuyo fin no puede ser otro que discernir los principios de todo lo que nos rodea.

Logos. — De todas formas, es preciso insistir en esta verdad, que se me antoja universal e indubitable: en el terreno del arte, cantidad no es calidad; más conocimientos históricos y técnicos no se traducen necesariamente en una mejor valoración, más honda y certera, de las expresiones humanas que convergen en la noción de lo bello. El río de la erudición no desemboca en una mayor conciencia de la belleza; en ocasiones la inhibe, saturándola con el exceso de detalles y de cinismo que ofusca la mente de los doctos.

Sofos. — No puedo estar más de acuerdo. Demasiada erudición es como un torrente descontrolado que, falto de serenidad y buen juicio, avasalla sin aportar luz, orden y medida. No crea un cauce propicio, sino que lo anega todo, y acaba por confundir. Aun así, un conocimiento sólido del arte, centrado en los fundamentos, presidido por la calidad más que por la cantidad, capaz de discriminar entre lo esencial y lo irrelevante, puede contribuir significativamente a que adquiramos una mayor conciencia del valor de la obra que tenemos ante nosotros. De nuevo, aunque no haya una conexión

apodíctica entre el conocimiento y la verdadera apreciación de la belleza, el saber facilita y eleva la contemplación, pues predispone el entendimiento para captar y asimilar las cualidades del objeto, como si ayudara a connaturalizarnos con lo bello a través de la comprensión del valor estético que atesora. Y, a la inversa, gracias al conocimiento podemos desmitificar obras que otros exaltan acríticamente. No se trata, en definitiva, de contraponer el conocimiento y el pensamiento crítico al goce de contemplar lo bello, sino de advertir cómo en el seno de la mente las distintas facultades pueden y deben armonizarse, para adquirir mayor libertad y mayor sabiduría, que son la gloria del ser humano.

Logos. — Creo, no obstante, que el gran filósofo de Stuttgart asumiría un progreso en nuestra conciencia de lo bello, una evolución ascendente, una ganancia neta e incesante en la profundidad de nuestros juicios estéticos, como si cada época superara a la anterior y culminase una realización más plena de los ideales de la hermosura, eternos y autosuficientes, incondicionalmente válidos, pero desvelados gracias al esfuerzo histórico de la humanidad.

Sofos. — Aunque los libros den a veces la impresión de que todos supieron reconocer la belleza en ciertas obras, la realidad contradice esa ilusión de conformidad que algunos pretenden transmitir. Y, más allá de lo que juzguen los críticos, está la libertad del individuo, que no tiene por qué plegarse a lo que los supuestos sabios consideran bello, sino que puede aprender a valorar las cosas por sí misma, de manera crítica y audaz, aunque en ocasiones implique discrepar de lo establecido. No veo por qué debe existir un progreso real en la conciencia de lo bello. Anularía la libertad del hombre, obligado a interiorizar un criterio fijado por otros. Semejante progreso sería enemigo de nuestra autonomía como agentes que producen juicios estéticos. Si en verdad existe el progreso, es en nuestra libertad de juicio donde se pone de relieve, no en nuestra sumisión a los cánones heredados.

Logos. — ¿Debemos entonces resignarnos? ¿No hay posibilidad de definir lo bello? ¿Y si lo bello fuera lo que aumenta y fortalece nuestra libertad?

Sofos. — Para intentar calmar nuestras conciencias, digamos que lo bello es lo que refleja perfección. Por perfecto me refiero a lo que se justifica por sí mismo, y no necesita subordinarse a otra cosa, a otra experiencia, a otro concepto. En la naturaleza biológica, lo perfecto es sinónimo de lo que está preparado para adaptarse a una diversidad de ambientes y sobrevivir con mayor facilidad. Lo perfecto es, en definitiva, lo eficiente. Nosotros, seres capaces de contemplar la belleza, reconocemos esa eficiencia, ese signo de perfección, y le atribuimos la propiedad de ser bello.

Logos. — Supongo que lo reconocemos porque la propia naturaleza nos ha programado para hacerlo.

Sofos. — Así es. Lo reconocemos porque la evolución nos obliga a otorgar mayor importancia a determinados estímulos que a otros, y por tanto a privilegiar algunos objetos frente a otros. Lo bello no es sino la destilación de unas propiedades que, por su utilidad a ojos de un ser altamente evolucionado y dotado de un cerebro complejo, evoca alguna clase de bondad, de utilidad, de fin. La belleza nace de la selección, del acto de discriminar un conjunto de cualidades.

Logos. — Parece que no andaban desencaminados quienes identificaban la belleza con el bien y con la verdad, cuestión sobre la que reflexionó con tanta agudeza Santo Tomás de Aquino. Hay demasiada profundidad en esta idea como para desecharla. No merece acabar en el museo de las reliquias filosóficas, pues aún goza de vida y puede inspirar el pensamiento con su luz intelectual, rica, elevada y sugerente.

Sofos. — ¡Los trascendentales del ente! Casi los había olvidado, pues los asociaba a una metafísica anacrónica. Todo lo que es, ¿no es ya bueno, no es ya verdadero, no es ya bello? Sí, pero no por las razones que esgrimían los escolásticos; no por reflejar la bondad, la verdad y la belleza del ser divino, sino porque en

estas nociones respira la naturaleza, su fundamento, su eterno e indoblegable poder: su ser ella misma.

Logos. — Lo bello viene determinado por la naturaleza, que busca su beneficio, en forma de supervivencia de los más aptos. Lo bello es bueno porque favorece la consecución de ese fin, y es verdadero porque lo dicta la naturaleza, instancia suprema frente a la que no cabe apelación alguna. Como Roma, cuando habla la causa termina. Lo bello es bueno no por cumplir la ley de Dios, sino por potenciar nuestra supervivencia. Es bello lo que transparenta vida, fuerza y creación, lo que nos atrae gozosamente; y eso es también lo bueno, y lo verdadero: la verdad de una naturaleza que remite a sí misma.

Sofos. — De todas formas, al identificar ser, bondad, verdad y belleza excluimos los opuestos. Pero si algo puede ser verdadero, también debe poder ser falso, y si algo puede ser bello, tiene que poder ser feo. Si todo lo que es, ha de ser automáticamente bello por el mero hecho de ser, entonces no existe lo feo, y si todo es ya verdadero, no existe lo falso. El todo se impone despóticamente sobre la conciencia, incapaz ahora de distinguir, y por tanto de pensar; porque pensar exige excluir, separar, determinar qué es igual y qué diferente, a fin de ordenar y comprender. Lo que creo que queremos es decir es lo siguiente: la mente tiene ante sí la realidad, rasa e irreductible, fenómeno desnudo que se manifiesta ante nosotros y que nos vemos obligados a procesar. Categorizarlo como bello o feo no hace sino expresar nuestra actitud ante esa verdad, ante ese hecho insoslayable. Afirmar que algo es feo resulta tan legítimo como sostener que es bello. Sin embargo, algunos fenómenos son más perfectos para nosotros.

Logos. — Aunque todo lo que es, por el hecho de ser, debería ser igualmente perfecto. Como bien has dicho, si lo bello es lo que es, no hay distinción entre lo bello y lo feo.

Sofos. — Sí, pero no olvidemos que, por cuestiones que aún no alcanzamos a comprender, en algunos fenómenos la naturaleza

se manifiesta mejor a sí misma, refleja de manera más perfecta su ser, el equilibrio entre fuerzas distintas que la conforma y que la impulsa.

Logos. — Pero con respecto a nosotros. Si lo bello es lo que nos favorece de una u otra manera, la naturaleza es bella no en sí misma, sino en relación con nosotros.

Sofos. — La mente, no obstante, puede abrirse a cualquier clase de realidad, porque goza de entendimiento. Poseer esta facultad nos permite elaborar distinciones, pero también integrar lo opuesto. Pues ¿cuál es el concepto más adecuado para describir la mente? Creo que el de unificación. Mediante su capacidad de representarse el mundo y su mundo, la mente unifica lo diverso en la percepción. En este juego sublime entre lo uno y lo múltiple, o entre identidad y diferencia, lo bello es la naturaleza tan depurada ante nuestros sentidos, tan limpia y transparente, que en esas parcelas de la realidad reconocemos mejor su verdadera esencia, el fundamento y sus leyes, gracias a ese poder unificador que albergamos; no porque otras esferas de la realidad no lo reflejen, sino porque, ante nuestra mente en su estado actual de desarrollo, no lo expresan de un modo tan vívido.

Logos. — Luego, en el fondo, una mente superior a la nuestra descubriría que todo es bello, que nada es feo, que nada es ajeno al ideal que hoy sólo vislumbramos en un pequeño conjunto de las cosas.

Sofos. — Probablemente estés en lo cierto. Esa mente quizá descubriría los tesoros ocultos de belleza que laten en cada porción de la realidad, en cada átomo del universo, en cada reino invisible e invisible del gran todo.

Logos. — Pero quiero algo de espacio para la conciencia. Admiro la construcción intelectual a la que hemos llegado, pero no me siento cómodo con la idea de que lo bello es lo que se agota en sí mismo, en su verdad. Nuestro planteamiento mejoraría sustancialmente si pudiéramos introducir algo de in-

determinación, de libertad, de negación de esa naturaleza que se limita a existir, y que no parece admitir crítica ni apelación.

Sofos. — Siento que la naturaleza nos engaña.

Logos. — ¿Engaño? ¿No es toda percepción en sí misma un engaño, un filtro sesgado del flujo de la realidad? Pero sin ese engaño, que nos fuerza a seleccionar elementos de la naturaleza y a procesarlos de una manera que escapa a nuestro control, lo más probable es que no lográramos sobrevivir.

Sofos. — Sea como sea, nos hace creer que algunas cosas son intrínsecamente bellas, cuando en realidad al atribuir belleza algo nos limitamos a reconocer la gloria de esa naturaleza, la perfección de sus leyes, y, en consecuencia, la manera en que la naturaleza se cierra y justifica sobre sí misma, sin posibilidad de apelar a una instancia ajena. Era más hermoso y alentador creer, como los platónicos, que la belleza subsistía en el cielo, en un mundo inteligible por encima de nosotros, fuera del alcance de una naturaleza que amenaza con devorarlo todo, con absorberlo en los dominios impasibles del espacio y del tiempo.

Logos. — Pero no se trata de que sea bello, sino verdadero. Si intentamos comprender la belleza, tenemos que elaborar proposiciones sobre ella, tenemos que buscar su verdad y desembarazarnos de opiniones confusas. No es la belleza de lo bello lo que buscamos, sino la verdad de lo bello. Que lo bello resplandece, que eleva nuestros sentidos y alumbra nuestra imaginación con intuiciones agradables, está fuera de duda; pero que lo bella sea esto o aquello, que podamos subsumirlo en un principio más general, que podamos entenderlo, es lo que discutimos.

Sofos. — Permíteme sintetizar todo lo que hemos dicho. La belleza es la propia naturaleza, el mundo tomado en sí mismo, como realidad absoluta, inapelable. La evolución nos ha preparado para distinguir elementos de esa belleza, dado que reflejan la perfección, la completitud, lo que se justifica por sí mismo. Las leyes de la naturaleza gobiernan también la evolución de las especies, y, como colofón, la evolución de la mente

humana. En el estado actual, nuestra mente atribuye belleza a determinados objetos y a un conjunto de experiencias, sensibles o internas, que parecen reflejar atisbos de esa perfección, de esa finalidad, de esa clausura de la realidad sobre sí misma.

Logos. — Entiendo lo que dices, y creo que arroja luz sobre la naturaleza de lo bello. Tengo, sin embargo, una duda. ¿No decía San Agustín que, si basta, no es Dios? Si la belleza es reflejo de lo perfecto, aunque nosotros lo interpretemos en términos materiales, como el universo en la grandeza de sus leyes, en cuanto intentamos definir la belleza, la limitamos; la belleza verdadera, a imagen de Dios, debería seguir enardeciendo en nosotros la llama de lo misterioso, de la pregunta posible, de niveles superiores de contemplación, que no se agoten en el aquí y en el ahora del mundo y de la mente. Si basta, no es bello. Circunscribir lo bello, conmensurarlo a lo finito, me parece traicionarlo. Lo bello ha de apuntar a lo infinito, a lo que se dilata incesantemente y por ello abre nuevos horizontes. No sólo es, sino que en el hecho mismo de ser genera posibilidades inusitadas.

Sofos. — Quizá la esencia de lo bello radique en esta tensión entre lo finito y lo infinito, como ocurre con la idea de Dios. Si la belleza se diluyera en lo infinito, en lo inaprehensible, ¿cómo podría una mente humana contemplarla? Estaríamos abocados a alejarnos siempre de ella. No es el caso. Algunos objetos nos resultan bellos porque percibimos en su forma un ideal de perfección traducido en manifestaciones sensibles o en conceptos profundos. Pero, por el contrario, si la belleza confluyera con la finitud, sería pobre, pues limitaría nuestra imaginación y nuestro entendimiento, al encerrarlos dentro de una frontera sensible y conceptual.

Logos. — Lo bello coincide así con lo culminado. Pero esto no significa que no se pueda añadir algo, que en verdad condense la perfección. Lo bello es perfectible; recoge la esencia de la perfección, mas no la agota. Una obra bella despliega ante los sentidos una combinación coherente de cualidades, un equilibrio entre lo diferente que apunta a un estado superior del alma. Pensemos en el Taj Mahal, joya de la arquitectura universal.

Sofos. — Me fascina el arte islámico, su intento de restaurar la simetría que Alá ha impreso en la creación. El amor por la perfección geométrica refleja una alabanza profunda a la belleza del orden divino, del que los seres humanos tan sólo comprendemos ínfimos detalles.

Logos. — Esta construcción majestuosa nace de una motivación profundamente espiritual. El Taj Mahal brota de las honduras de un corazón en busca de consuelo. Es el llanto de un emperador cristalizado en mármol, la emoción de un hombre poseído por el amor. ¿No es sublime su blancura, no es asombroso cómo en esta obra maestra del arte mogol lo curvo y lo rectilíneo se armonizan sin anularse? ¿No transmiten sus cúpulas serenidad y sus minaretes elevación, como si acariciasen suavemente el cielo de Agra? La delicadeza de la estructura, cuyo equilibrio imita una flor de loto, la pureza de los colores, el tamaño colosal, la proporción entre las partes, el sosiego que infunden los estanques y jardines, lo estiloso de las inscripciones y de los ornamentos, la solemnidad que emana de un conjunto mimetizado con el entorno, rebosante de brío, distinción y elegancia... Todo ello le confiere una hermosura calmada, amable a los sentidos, cuyo fluir, plácido y mesurado, exhala quietud. Una fusión esplendorosa de motivos indios, persas y túrquicos; un crisol de culturas consagrado a la belleza universal. En este paraíso, todo invita a la contemplación. Es la voz del silencio, que canta a lo divino. Congregados como un solo espíritu, el tiempo descansa, se suspende y resuena la eternidad. ¡Qué sínodo de evocaciones! Arropada por la simetría, el alma se siente en paz consigo misma, pero no en una paz que paraliza sus ímpetus e inhibe sus pulsiones, sino en una concordia que es también movimiento, y por tanto vida: en una inacción que no cesa de sugerir acción, en una contemplación que es también creativa. La belleza no puede liberarse de esta fértil paradoja, que seguramente afectaría también, si existiera, al ser divino, pues es inherente a la perfección, que necesita de la imperfección para brillar y para crecer sin límites.

Sofos. — Celebro lo que dices. El Taj Mahal es un pedazo de cielo en la tierra, un suspiro de lo eterno enclavado en el mundo; tan delicado que parece transparentar la esencia divina, un vacío puro que supera todas las presencias, como si el tiempo y el espacio se hubieran despojado de su sustancia, y un fluir libre de las fuerzas cósmicas se hubiera aposentado en esa región de la India. Una vez concluida esta obra incomparable, el tiempo mismo ha tenido que detenerse a contemplarla, pues refleja la sonrisa de un dios escondido.

Logos. — La belleza une a los hombres en un mismo destino. Me enorgullece pensar que los seres humanos podemos construir maravillas como ésta.

Sofos. — ¡Oh, belleza, dios viviente que amparas a los hombres en su búsqueda de la plenitud! Alabemos no sólo la belleza visual, sino también la belleza sonora. Pensemos también en la hermosura de las grandes obras musicales; en una belleza tan profunda como la que creó Bach al componer la *Pasión según San Mateo*, donde la luz y la sombra, el gozo y el dolor, la gloria y la cruz, se funden en la unidad más sublime que podemos concebir los seres finitos, dominados por la oscura luminosidad del día.

Logos. — Nadie puede predecir el alcance de la creatividad humana; yo sueño con prodigios superiores a ese mausoleo y a esa partitura, cuya perfección revele nuevos rostros de la belleza... Y en los grandes creadores, ¿no acontece una sublime convergencia entre la verdad subjetiva, entre la autenticidad, entre la capacidad de expresar la emoción y la visión del mundo tal y como ellos la perciben, y una verdad objetiva, una universalidad abstracta que el genio creador logra concretar en el lenguaje de su propia alma, como si el fin encontrara el medio que merece para ser transmitido? Esta fusión entre subjetividad y objetividad me parece fascinante, el núcleo más profundo de la creatividad humana, el poder de vislumbrar el horizonte que merece ser contemplado por todo espíritu. Porque la suprema fuente de inspiración no reside ni fuera ni dentro, ni en la natu-

raleza ni en el espíritu, sino en la integración de ambos reinos mediante la sensibilidad.

Sofos. — Concluyes entonces que para describir la esencia de lo bello es inevitable apelar tanto a la dimensión subjetiva como a la objetiva; tanto a nuestra verdad como a una hipotética verdad externa, que seguramente subsista con independencia de nosotros, pero a la que sólo nos aproximamos asintóticamente, en un camino infinito hacia la plenitud. Así pues, lo bello se crea y se descubre al mismo tiempo, porque al crear belleza descubrimos nuestras posibilidades de concebir cosas bellas, y al identificar una estructura objetiva en lo bello, accesible a todo el que tiene ojos para ver, dotada de universalidad, no hacemos sino intuir el alcance de nuestra fuerza creativa. Yo siento que la belleza es como un embrujo, o como un mito que nos atrapa suavemente. En esta idea depositamos ansias ancestrales, la infinitud potencial del deseo encapsulada en la finitud de objetos particulares. Su hechizo nos traspasa con un filo cuya herida es placentera, dulce como un beso inesperado, porque refleja un valor y una inmensidad superiores a nosotros mismos. Por ello, abre el espíritu a una dimensión gozosa y múltiple, de formas innumerables pero convergentes en un principio, en la grandeza de una expresión unitaria que tanto la sensibilidad como el entendimiento captan simultáneamente.

Logos. — Alas, alas intangibles es lo que la belleza brinda al ser humano, porque cuando creemos contemplarla nos invade un sentimiento de elevación, como si surcáramos el cielo más puro, que es el cielo de la libertad y de la plenitud.

Sofos. — Por eso los monjes se retiraban a lugares bellos y apacibles, pues allí, en la amenidad de sus monasterios, podían contemplar una hermosura libre, clara y transparente, ajena a las intromisiones humanas, remanso de silencio donde escuchar la voz de Dios.

Logos. — Esa voz puede hoy interpretarse como la conciencia de que estamos ante algo grande, puro y luminoso, ante algo

que nos habla aun sin palabras, ante un suspiro de perfección, donde percibimos destellos de algo que se justifica por sí mismo, sin depender de otras cosas; ante una substancia verdadera, que es por sí y no por otro.

Sofos. — ¿No es entonces la belleza trasunto de lo divino? Al invocar una categoría tan alta, entronizada en un castillo metafísico, ¿no recuperamos tímidamente la idea de Dios, de lo absoluto, de lo eterno e increado? Parece que retrocedemos a un discurso anacrónico, y sucumbimos a lo que Heidegger denunció como una peligrosa senda ontoteológica, que en lugar de aceptar la finitud y la temporalidad de lo real se afana en identificar atisbos de lo eterno.

Logos. — Tienes razón, pero ¿cuál es la alternativa? ¿Renunciar por completo a la idea de belleza? ¿Desterrarla? ¿Apagar esa llama que no cesa de encenderse en nuestro interior, y que en ocasiones nos muestra un mundo repleto de maravillas? ¿Reducirla a algo tan insignificante que la vacíe de contenido, exiliada y deconstruida hasta quedar sin aliento filosófico? ¿No es mejor reconquistarla? ¿No hay algo poderoso y sublime en esta noción? ¿No cabe concebirla como un límite asintótico, como un ideal inalcanzable, pero siempre presente ante la mente humana; como una posibilidad perenne de ensanchamiento de nuestros horizontes sensibles e intelectuales?

Sofos. — Luego la belleza constituye una contradicción en sí misma, un intento desaforado de reconciliar los opuestos. Sus encarnaciones son siempre frágiles. Se evaden del aquí y del ahora.

Logos. — La belleza es algo que comparece y que no comparece; pero así es todo lo verdaderamente grande y digno de alabanza, tan libre y profundo que no puede encerrarse en ningún objeto particular.

Sofos. — Huidiza como una mariposa, en cuanto la tocamos se esfuma, difuminada entre las sombras de lo imposible, pero enseguida regresa, para estimular la imaginación e inflamar el intelecto.

Logos. — Me encanta la metáfora del *incendium mentis* de San Buenaventura. El fuego avivado por la belleza abrasa todas las facultades del alma: enardece la sensibilidad, mas también aguijonea el entendimiento, incapaz de explicar con precisión en qué consiste esa llamarada tan vigorosa que nos quema con su fervor y su entusiasmo.

Sofos. — La belleza ha de ser finita e infinita, cercana y distante al unísono. Como el ser divino, ha de ser un yo y un ello, o más bien un yo y un nosotros: sujeto y objeto, tensión máxima de la que surge una inmensa fuerza creativa.

Logos. — No es entonces en la imitación de la naturaleza donde reside la esencia de lo bello, sino en la capacidad de elevar la mente a un estado de plenitud, para enriquecer la imaginación y el entendimiento.

Sofos. — Así es. La belleza nos enaltece, nos rescata del egoísmo, del *curvatus in se* agustiniano. Es un despertar gracias a la viveza de la imagen, apta para nutrir el entendimiento con atisbos de lo universal.

Logos. — Pero ¿no es la conciencia reflexión, giro sobre uno mismo? ¿No es bueno curvarse y penetrar en las profundidades de lo que somos, cuya hondura insondable nunca alcanzamos a comprender? Ser un “sí mismo”, un sujeto que sabe que existe, que sabe que sabe, que sabe que contempla lo que merece ser contemplado, ¿no es lo más alto que podemos ambicionar? ¿No resplandece con dignidad y hermosura?

Sofos. — Sí, pero retornamos a la paradoja inicial entre lo objetivo y lo subjetivo. Cerrarse en uno mismo nos aleja de la objetividad, de la grandeza del mundo, de la verdad que nos trasciende. Nos hunde en pozo demasiado oscuro, en un abismo excesivamente profundo para un ser finito. Sin embargo, vaciarse de subjetividad, negar lo propio, renunciar a nuestra condición de yoes que intentan dar sentido a lo externo y que crean su mundo interno, nos deshumaniza. No hay más remedio que buscar un equilibrio, porque la naturaleza misma es

equilibrio, y el ser humano, a medio cambio entre el impulso ciego y la reflexión plena, se ve obligado a salir de su subjetividad para ascender a un plano superior de entendimiento, ampliando la conciencia a fin de salvarla de ella misma. En definitiva, volver sobre uno mismo para trascenderse a uno mismo.

Logos. — La afirma y la niega al unísono. Mas ¿dónde encontrar esa síntesis superadora? Pero ¿acaso es necesaria? Permíteme una digresión. Cuando la mente tropieza con términos antitéticos, con diadas lógicas aparentemente insalvables, es tentador que se entregue a la fe en alguna clase de método que, sea por la vía de la armonía o por la de la dialéctica, propicie la superación de aquello que se revela mutuamente contradictorio, excluyente. La dialéctica es cautivadora. Crea el espejismo de que es posible rebasar los opuestos negando esa misma oposición, y por tanto siembra la esperanza de vencer las leyes de la lógica. Sin embargo, el problema del método dialéctico, que se basa en la negación de la negación (*negatio negationis*) para alcanzar una síntesis superadora, una *Aufhebung* como la que propugnaba Hegel, es claro: por negación de la negación regreso a la afirmación inicial, pero nunca consigo superarla. Decir “no no-*A*” es reafirmar *A*. ¿Cómo puedo entonces trascender la oposición misma entre *A* y no-*A*? ¿Cómo puedo superar *A* y ascender en escalas de complejidad, si siempre retorno a *A*? ¿Cómo me sitúo más allá del objeto mismo y de su antítesis? ¿Cómo me elevo sobre las categorías de identidad y de diferencia, pilares del razonamiento lógico, pues sobre ellas se asientan los grandes principios de identidad y contradicción? Soy esclavo de las afirmaciones y de las negaciones; ningún principio lógico legitima trascenderlas. Soy rehén del tercio excluso. Puedo agregar otros elementos y conjugarlos con *A*, pero no he superado, formalmente, nada; como señala el atomismo lógico, simplemente he efectuado una composición de objetos, una suma de afirmaciones, una mera yuxtaposición, en términos conjuntivos: $A + B + C....$ Aquí, el todo es la suma de las partes. Es una totalidad mecánica, generada por una secuencia finita de pasos, cuyo desarrollo compone una

totalidad mayor, pero no sustancialmente distinta a la agregación de la identidad de las partes.

Sofos. — Salvo que estuviéramos ante una totalidad orgánica, no mecánica; ante un todo mayor que la suma de las partes, donde los elementos no pueden interpretarse como fragmentos yuxtaponibles, pues existe un centro de operaciones, una unidad funcional, un control sobre las partes, tal que no el sistema no puede explicarse como un mero algoritmo, como una secuencia de pasos en la que cada pieza opera individualmente, sino como una verdadera totalidad sustancial.

Logos. — Podría ser, pero la ciencia ha demostrado que prácticamente todos los sistemas del universo conocido pueden estudiarse como totalidades mecánicas. Incluso los sistemas biológicos pueden explicarse mediante un concurso de procesos fisicoquímicos, y por tanto cabe concebirlos como un algoritmo, donde una secuencia finita de pasos produce los fenómenos observados. Lo que sucede puede representarse con arreglo a unos axiomas y a unas leyes de inferencia, tomadas ellas mismas como axiomas adicionales. La elucidación de la estructura del ADN prestó un servicio inestimable al entendimiento mecánico de la naturaleza. Cada vez comprendemos mejor el flujo de la información genética y la manera en que un proceso determina otro. La transferencia de información en el seno de estos sistemas no hace sino obedecer las leyes de la física y de la química. También un ordenador goza de un centro de operaciones, de una unidad de control, y nadie en su sano juicio le atribuiría una especie de “forma sustancial”, reminiscente de un alma. Estamos ante un sofisticado mecanismo, de piezas cuidadosamente ensambladas, pero piezas, al fin y al cabo, porque constituye un ente inanimado y formalizable matemáticamente. El todo sigue siendo la suma de sus partes. No hay un *más* que trascienda el agregado de las partes. Es un proceso de abajo arriba, mecánico y atomístico.

Sofos. — No obstante, el *más* al que aludes puede interpretarse como la presencia de leyes de diseño, de reglas. Al igual que

la naturaleza no consiste en una simple suma de átomos, sino en la agregación de átomos mediante un sistema de leyes que determina la forma en que esos elementos se conjugan, puede sostenerse que el todo es la suma de las partes y de sus leyes de interacción. Hay, por tanto, un *más* a las partes, sólo que resulta explicable mediante la razón, sin necesidad de apelar a principios esotéricos.

Logos. — Eso lo puede aceptar mi filosofía. Por ahondar en el problema lógico que te planteaba, reitero que es perfectamente concebible una concordia de opuestos porque en realidad no estamos ante una verdadera síntesis de lo contradictorio, de una tesis *A* y de su antítesis *no A*. Si algo es blanco, no puede ser no blanco; lo blanco es idéntico a sí mismo y no admite conjugarse con su negación. Sin embargo, un objeto puede ser blanco y azul, dado que ampliamos el campo de análisis y subsumimos las partes en una totalidad mayor, aunque lo azul pueda contemplarse como lo no blanco. En ese nuevo conjunto, en ese nuevo todo, lo que es blanco y lo que es azul pueden compatibilizarse, pero lo blanco sigue siendo blanco y lo azul, azul, sólo que el dominio de la función es mayor y por eso hay espacio para lo distinto. Cualquier enunciado contradictorio es automáticamente falso, al igual que cualquier tautología es automáticamente verdadera. Pero decir “Esto es blanco y azul” no incurre en contradicción, a diferencia de la frase “Esto es blanco y azul y no es blanco y azul”. Los contrarios pueden ser ambos verdaderos, y por tanto complementarios. Podemos expandir indefinidamente el dominio de nuestros objetos e incluir más y más elementos, sin llegar a una contradicción, que constituiría el verdadero límite infranqueable, el *non plus ultra* para el intelecto humano, y me atrevo a afirmar que también para el divino. Es una cuestión de espacio, físico y lógico. Lo blanco, *A*, puede conjugarse con incontables objetos que son lo “no blanco” (azul, rojo, sonido, hormiga, mar...), precisamente porque la parte que ocupa lo blanco sigue siendo blanca, en escrupuloso cumplimiento del principio de identidad. Son infinitas las cosas que pueden caer en la catego-

ría de lo no blanco, o de lo no negro, o de lo no humano, o de no universo, o de no pensamiento... ¿Por qué existe lo distinto en el mundo? ¿Por qué se conjugan cosas tan dispares? ¿Por qué la naturaleza no aborrece lo contrario? ¿Por qué no hay una sola cosa y un infinito de disyunciones? ¿Por qué no una uniformidad plena, una suprema monotonía, un todo con un único miembro, que agote las posibilidades de expresión de ese todo al que pertenece? ¿Por qué, en suma, la variedad y no la unicidad absoluta? Porque hay extensión en el espacio y en el tiempo. En un único punto, infinitésimamente considerado y congelado en el tiempo, no cabría conjunción con otro objeto. Condensaría la perfecta identidad, la pura y eterna equivalencia consigo mismo. No habría lugar para la variedad. Empero, en el espacio y en el tiempo es posible añadir objetos diversos, contrarios entre sí. Todo puede entonces divergir, aunque en lo profundo todo converja. Lo que jamás podremos hacer es negar lo que es idéntico y conjugarlo con lo idéntico; mas en un espacio tan grande y en un tiempo tan largo todo cabe. A escala individual, cada cosa sigue siendo ella misma, gloriosa en su identidad e incompatible con sus negaciones, pero nunca llegamos a ese punto infinitésimo, a esa identidad auténtica. El lenguaje formal se esmera en capturarlo, en representarlo mediante una variable genérica A , de índole metalógica. Sin embargo, se trata de una abstracción. En la realidad es sumamente difícil arribar a esa A , a esa identidad inatacable e irreducible. Por ello es más fácil detectar contradicciones en nuestros modelos que en el dinamismo de lo real, porque nuestras construcciones teóricas parten de enunciados, equiparables a axiomas, y podemos detectar si nuestras reglas de inferencia permiten derivar otros enunciados claramente incompatibles con los iniciales, que se convertirían en fuentes de inconsistencia lógica, sinónimo de imposibilidad para el pensamiento. En cualquier caso, lo anterior no implica que la naturaleza, sea por diseño consciente o por necesidad eterna emanada de su propia autosuficiencia, no haya decidido optar por unos principios y no por otros y excluir unas posibilidades frente a otras. Las

leyes de la gravedad y del electromagnetismo obligan a que las masas se atraigan y las cargas iguales se repelan. Podríamos concebir un universo regido por otras leyes, por otra “necesidad interna”, pero la evidencia es contundente: este universo es así. En consecuencia, es contradictorio con los principios que lo gobiernan imaginar masas que se repelen o electrones que se atraen; siempre a tenor de nuestro conocimiento del mundo, que es imperfecto, pues es limitado. De hecho, los electrones se repelen mutuamente según las leyes del electromagnetismo, pero como estas partículas tienen masa también se atraen según la ley de la gravitación universal. Puede que una investigación más profunda del universo revele la posibilidad de que esas leyes de la física, basadas en la existencia de fuerzas fundamentales de la naturaleza, se violen en determinados contextos. Las condiciones de contorno, las perspectivas que apliquemos, pueden resultar decisivas a la hora de examinar los efectos de esas leyes, de esos enunciados iniciales que plasman el sistema del cosmos. Es la incertidumbre consustancial al conocimiento humano, de la que nunca nos desprendemos, pues por muchos modelos consistentes que hayamos elaborado, nunca podremos estar seguros de haber creado el modelo completo. En definitiva, y por resolver la cuestión inicial, si procedo por la senda de la negación, entro en el dominio lógico de la diferencia; mas si extendiendo el poder de esa negación y niego la negación misma, vuelvo al dominio de la identidad, en un bucle infinito. Nunca escapo de esta dolorosa dicotomía; nunca brota un *quid novum* auténtico, salvo por agregación de nuevos elementos en un espacio físico y lógico cada vez más grande, capaz de abarcar un mayor número y una mayor heterogeneidad de objetos.

Sofos. — En efecto, porque la superación se produce en la manera de vincular *A* con otros elementos, con sus negaciones potenciales. Es en el modo, es en la configuración del sistema, como relación de partes en un todo, donde surge la novedad posible, como reorganización de lo dado mediante reglas de conexión. La clave reside, así pues, en el poder de la imagina-

ción para concebir conjuntos más amplios, en cuyo seno las afirmaciones y negaciones previas son simples subconjuntos.

Logos. — De acuerdo con tu propuesta, explícame entonces cómo reconciliar lo objetivo y lo subjetivo en el análisis de la belleza. Convénceme de que es posible trascender esa oposición y conquistar un concepto que integre lo que se nos antoja antitético.

Sofos. — Es posible porque la mente subjetiva se funde, de alguna manera, con un objeto tan grande, puro y universal que las divisiones caen, o más bien se perfilan como subdivisiones de un conjunto más vasto y holgado, donde todo cabe. Esa meta viene propiciada por la contemplación de lo bello, o por la vivencia del amor, que es sensibilidad humanizada, o por la adquisición de la sabiduría, que es ciencia hecha vida, existencia concreta. Abrir la mente a algo que se basta, que es verdaderamente libre, libre en su autenticidad, nos permite conjugar lo subjetivo y lo objetivo: sin renunciar a ser sujetos, nos abrimos a una objetividad tan límpida, tan desbordante, tan iluminadora, que el yo crece, y en el transcurso de este descubrimiento de quiénes somos y de quiénes podemos ser creamos nuevos horizontes. Porque la verdad es creación, y en el límite de lo que podríamos crear si dispusiéramos de una mente absoluta estriba la verdad plena, de la que en el presente sólo captamos humildes destellos.

Logos. — Infiero de todas estas reflexiones que el concepto de belleza no puede desprenderse de una profunda paradoja: cuanto más lo analizamos, menos evidente se hace. Y no creo que se trate de un problema meramente analítico, de una deficiencia en el modelo filosófico que elaboramos en torno a la belleza, sino que alude a la naturaleza misma de lo bello, a la realidad objetiva y no sólo a nuestra manera de representarla y a la debilidad de nuestros esquemas mentales.

Sofos. — Sin duda, pero estamos ante una paradoja creativa, que expande las posibilidades del pensamiento. He aquí el ser y el

misterio de la belleza. Nuevamente, de la tensión entre la finitud del objeto y la infinitud potencial de la imaginación nace un equilibrio puntuado. Se impone una tregua; emana una paz frágil en la morada de la mente, que, aun predispuesta por su naturaleza indómita a buscar más, controla esa pulsión y adquiere un relativo grado de satisfacción con lo que tiene ante sí, con lo que contempla o con lo que escucha. Por tanto, la belleza, aunque jamás se agote, aunque siempre se persiga, nace de un compromiso entre lo dado y lo posible, cuando sentimos que ese itinerario perpetuo puede detenerse momentáneamente, pues hemos alcanzado atisbos de plenitud. Saciados por este estímulo, logramos que el espíritu repose, que intuya un fin, pero un fin libre, cuyo contenido jamás podría consumirse en ninguna manifestación concreta. Es la ambivalencia de lo bello, que por un lado converge en lo finito, pero por otro diverge hacia lo infinito; se cierra y abre al mismo tiempo, como lo haría, si fuera concebible, el ser divino.

Logos. — Cabe entonces decir que el creador artístico descubre cuál, de entre las innumerables posibilidades de combinación existentes, se amolda mejor a la regla que él decreta, a su estilo, a su concepto estético del mundo. Y de ello puede concluirse que no hay creación sin experimentación. Después de todo, ese mecanismo de selección de posibilidades es equiparable a un proceso tanto de observación pasiva de la realidad como de experimentación, de indagación en sus resortes. Es actividad y no sólo pasividad.

Sofos. — Así es. De nuevo, una creación puede compararse a un equilibrio puntuado entre posibilidades, entre estados que caen dentro de una determinada noción de coherencia interna. Un exceso de caos destruye, pero un exceso de orden apaga los atisbos de originalidad y frescura. En el equilibrio entre los opuestos vive la fuerza de una creación.

Logos. — Todo nace de la inquietud de nuestra mente, de su inclinación natural hacia la curiosidad. La mente nunca sigue un camino recto; siempre se curva, siempre explora alternati-

vas, siempre discurre por senderos ondulados, que revelan y ocultan posibilidades del mundo y de nuestros propios estados psíquicos. La imaginación creadora se nutre de esta inquietud esencial, de este impulso irresistible a preguntar, buscar y experimentar. La ciencia persigue el orden en el mundo, las leyes que lo gobiernan, a fin de comprender su lógica; el arte crea ese orden mediante la subjetividad de una imaginación creadora, que se siente libre y que no tiene miedo a ejercer su libertad. Pero en ambas existe un proceso convergente de investigación, de tanteo. El científico especula creando hipótesis que expliquen los fenómenos observados y que se anticipen a los fenómenos posibles; el artista, creando un estilo propio, un universo expresivo donde quepa también contemplar lo que merece ser contemplado, los altos valores de una concepción estética, aquello que nos eleva y vivifica como seres intrínsecamente creativos. Sea por estímulos externos o internos, lo que presenciamos es el poder de la mente para abrir nuevos caminos en el tiempo y en el espacio.

Sofos. — Se trata entonces de delimitar el rango de lo posible, para no angustiarnos ante un infinito de configuraciones potenciales.

Logos. — Claro. Te aseguro que no es dulce naufragar en ese mar sin orillas. Es amargo, profundamente amargo, notar cómo la mente divaga sin término y no logra comprometerse con nada, anegada por vastedades que la superan. Divagar es gozoso y saludable, pues nos insufla el placer de recrearnos en nuestra propia libertad, en la amplitud indócil de la imaginación; pero cuando se lleva al exceso, cuando ese juego infinito nos engulle, se convierte en algo sombrío y doloroso. Semejante inmensidad nos absorbe y anula. Estamos hechos para imaginarla y desearla, pero no para realizarla y saborearla. El hombre no puede vivir en la indefinición permanente. Necesita asentar su espíritu en algún punto firme, para, apoyado en él, levantar todo un mundo; un simple punto en medio de infinitudes y desolaciones, un pequeño cuerpo en el universo inconmensurable de la bóveda estre-

llada, pero una sencilla tierra bajo el cielo donde podamos pisar, respirar y crecer.

Sofos. — Sólo puedo estar de acuerdo con lo que dices. Seleccionar es afirmarse subjetivamente, es elegir para establecer, para edificar, de manera que la realidad triunfe sobre lo meramente posible. Sin conciencia de ese límite no puede haber arte, pues nos diluiríamos en lo inagotable y no tendríamos incentivos para crear obras concretas, avasallados por el número incalculable de opciones que se alzan ante nosotros. Pero tampoco habría ciencia, limitada como está, necesariamente, por la naturaleza como norma suprema que se cierra sobre sí misma, y a la que el investigador del mundo físico debe someterse. No hay creación sin renuncia, como no hay victoria sin sacrificio.

Logos. — Aun así, debemos ser conscientes de que al delimitar, al determinar una cosa frente a otra, erigimos una frontera, y por tanto una negación. Cortamos vínculos, escindimos la profunda unidad de lo real, en lugar de desplegarla. Parece que estamos condenados a construir y a derribar puentes al mismo tiempo, y a hacerlo con hondura, elegancia y consistencia, para que brille el pensamiento en todo su esplendor. Demasiadas conexiones, una acentuación desmesurada de la continuidad entre todas las parcelas del ser, nos impediría comprender de forma efectiva, porque para ello es preciso aplicar las herramientas del análisis. Éstas aíslan, dividen lo existente hasta identificar las diferencias, las particularidades de cada ámbito, su carácter relativo, en una actitud frontalmente opuesta a las mezclas apresuradas y a las totalizaciones estériles. Necesitamos determinar, negar, fragmentar, para luego abrir, afirmar y unificar, en un proceso sinuoso e inacabado.

Sofos. — Siempre podremos buscar la belleza y siempre podremos preguntarnos por su verdadero fundamento, para ser más libres. Porque la belleza resplandece ante la intuición; vanos, pero inevitables, son los intentos de someterla al dominio de una razón que difícilmente puede subsumir en conceptos lo que pertenece a la experiencia íntima de la sensibilidad, libre

y fértil. Allí donde sobran palabras y conceptos brilla la belleza con su fulgor más puro; allí donde la paradoja triunfa preludiamos la victoria de lo bello. La belleza es patrimonio de la sensibilidad, y por ende de la imaginación, que se representa los datos proporcionados por los sentidos; pero de una imaginación cultivada, iluminada por el entendimiento, que nos ayuda a connaturalizarnos con lo hermoso. La delectación ante el objeto bello se traduce en la recreación de la imaginación en sí misma. Por un lado, percibe una realidad tan acabada y poderosa, tan llena de luz, que se asocia a un fin, a una culminación. Por otro, advierte que ese fin no se cierra, sino que se abre indefinidamente, como un juego inagotable, o como una cima que antecede a otra aún más alta e inspiradora. De esta suprema concordia de los opuestos nace lo bello, que podemos entonces concebir como un fin que no concluye en sí mismo, mas es capaz de expandirse e irradiarse, y por tanto de estimular la imaginación en su placentero ejercicio de recrearse en sus propias facultades, auspiciando su vuelo hacia lo ignoto. El espíritu se ensancha con esta contemplación de lo hermoso, venga motivada por lo sensible o por una comprensión puramente intelectual de la naturaleza del objeto, que aun así no se desprende nunca del influjo de la sensibilidad, pues no se trata sólo de entender para captar lo bello, sino de sentirlo en consonancia con ese entendimiento. Lo bello es, así pues, lo que amplía la imaginación, lo que la eleva y extiende con deleite y liberalidad más allá de los confines marcados por el propio objeto, y a partir de lo concreto sugiere un principio de universalidad, abstracta y particular al unísono. Como un rayo benéfico, como destello insondable de las intuiciones más fecundas, enciende en la imaginación un fuego singular, y enardecida por ese estímulo, halla cierta paz en lo que contempla, pero una paz que no detiene su búsqueda, sino que la impulsa a recrearse aún más en su poder más profundo: el de concebir. Una ventana a una perfección posible es la belleza.

Logos. — Cuando el hombre creía en Dios, la belleza era un atributo del ser supremo. Dios era bello, y las cosas bellas

de este mundo lo eran por reflejar la belleza ilimitada del ser sumo. La belleza de las cosas mundanas transparentaba la belleza del ser divino. Esa belleza traslucía también su bondad. El “*y vio Dios que era bueno*” del Génesis alude precisamente a esto: Dios, al crear el mundo, lo consideró bueno, y la belleza no es sino la percepción de esa bondad a través de las formas sensibles en que ha sido realizada por la mano del Altísimo. La belleza no era subjetiva, sino objetiva. Hundía sus raíces en el plan divino, en el orden y en la armonía que había impreso a sus obras. La belleza reflejaba la medida de la perfección de esos designios eternos. Hoy podemos decir, como Spinoza, que Dios es la Naturaleza, o más bien que Dios es el Todo. Lo bello es reflejo de lo perfecto, y por tanto del ser mismo, puro y desasido: del *ser-se* de las cosas, que simplemente se justifican por sí mismas, como la célebre rosa del místico Silesius, dulce e imperturbable. Sin embargo, como aún desconocemos el alcance de la realidad, cómo aún no podemos estar seguros de a qué estados ulteriores de percepción nos conducirá la historia, quizá lo que ahora consideramos bello sea sólo un pálido reflejo de la belleza verdadera. Lo interesante de este planteamiento es que reconcilia lo objetivo y lo subjetivo en la belleza. La belleza es subjetiva, porque la apreciamos desde nuestros sistemas perceptivos y desde nuestras categorías, influidas, claro está, por la costumbre y por los cánones culturales. Pero la determinación de lo bello no es arbitraria. Tiene como fundamento la posibilidad de reconocer lo perfecto, lo que se justifica por sí mismo y brilla por sí mismo. ¿Su utilidad? La de reconciliarnos con el mundo y con nuestra propia mente. Porque la belleza más profunda no puede desligarse de la subjetividad: es ya vida, es ya creación, es ya impulso hacia lo inexplorado. No yace congelada en la impasibilidad de lo abstracto y puramente objetivo, sino que emerge llena de vida, posibilidad y frescura.

Sofos. — Aludes subrepticamente a Dios. Al final, parece que no podemos desprendernos de esta idea, ya sea para afirmarla, para negarla o para dejarla en suspenso. ¿Tan poderosa es su

sombra? ¿Es incapaz el hombre liberarse de cualquier referencia a lo divino, a esa instancia hipotética que ha secuestrado el pensamiento de tantos desde albores remotos? ¿Por qué no renunciamos definitivamente a invocar ese nombre que poco o nada explica, esa sublime fantasía que nos embarga pero que también nos confunde? ¿Por qué no conformarnos con la finitud de nuestro ser y con la infinitud potencial de la naturaleza, inmensa y fértil?

Logos. — Tienes razón. Lo que los teólogos atribuyen a Dios, hermosura de hermosuras, belleza y perfección absolutas, se lo puedo atribuir al mundo. El primer motor de mi serie —mas no inmóvil, pues es absurdo que algo mueva sin moverse en el proceso—, la primera causa incausada, el ser necesario, el ente más perfecto, el arquitecto universal que todo lo ha diseñado y al que todo tiende... ¿Cómo no admirar el poder creador de la materia? La suprema sabiduría, ¿no reside en las entrañas del propio cosmos? ¿No engendra maravillas que desbordan la imaginación humana? ¿No alumbró galaxias, no se expande por espacios y tiempos, no produce y destruye especies en una cadena fabulosa de estallidos y originalidades? ¿No es principio y fin de todas las cosas? ¿No es omnipotente y omnisciente? ¿No es eterno y autosuficiente? ¿No es simple y máximamente complejo en su simplicidad? ¿Y qué decir sobre ese amor, esa bondad y esa justicia que predicán del ser divino? Paciencia. El universo aún no ha revelado todas sus posibilidades. Quizá surja una especie superior donde se cumplan esos atributos; emanada de la tierra, nacida de ese poder infinito que atesora la materia para transformarse de eternidad en eternidad. La mente sin cuerpo que sería Dios y que hoy no podemos concebir llegará al final; no está al principio, como un misterio que resuelve otro misterio, como un vano intento de explicar lo oscuro por lo más oscuro, como un epiciclo añadido a un modelo filosófico condenado al fracaso, dado que nadie puede explicar cómo esa mente incorpórea crea el mundo, y cómo lo mental puede subsistir sin un soporte físico. Por el contrario, esa mente figura como límite indefinido de todo. Se perfila

como horizonte asintótico, y en cierto modo siempre ha existido como posibilidad latente, pues siempre ha habido un límite asintótico al que aproximarse indefinidamente.

Sofos. — Recuerda que no es imprescindible un primer término para que la serie tenga sentido.

Logos. — Por supuesto. La serie de los números enteros no tiene primer término; tampoco último. Existen conjuntos infinitos innumerables, cuyos elementos pueden ser contados si establecemos una correspondencia biyectiva con el conjunto de los naturales. No pasa nada si la cadena de motores o de causas se extiende al infinito hacia atrás y hacia delante, o en todas direcciones, porque puede haber infinitos dentro de otros infinitos. Me refiero a que la necesidad y la perfección de Dios hunden sus raíces en el propio mundo, y que los mismos argumentos esgrimidos para demostrar la existencia de Dios no hacen sino confirmar la majestad y la grandeza del universo, eterno e inconmensurable.

Sofos. — Creo, aun así, que lo que tú llamas destrucción es una transformación. El Dios creador puede interpretarse como la materia que no destruye, sino que transforma; es tan profundamente creativa que no necesita destruir para crear. Le basta con transformar lo que existe desde la eternidad para propiciar la eclosión de cosas nuevas, que en ningún caso rompen por completo con lo anterior, con la concatenación de causas antecedentes, mas ofrecen reconfiguraciones de lo dado, combinaciones inéditas que inauguran ventanas desconocidas a la realidad, dentro de un infinito de perspectivas y posibilidades. Es cierto que todo se degrada. La naturaleza impone que todo debe erosionarse con el paso del tiempo, tal y como estipula la segunda ley de la termodinámica. No obstante, también sabemos que el todo, el conjunto de las cosas, ha de conservarse. Conservación y variación, como dualidad irreductible, constituyen la verdad del universo hasta donde alcanza el límite de nuestro saber presente; una suprema sinfonía de opuestos reconciliados en un equilibrio inestable, pero fecundo. Es la

verdad de un cosmos que no deja de dar vueltas sobre sí mismo, que sale y regresa a sí mismo, que se abre y cierra sobre sí mismo, que se expande y contrae sin remedio, como si estuviera inseguro de lo que hace y tuviera que retornar incesantemente a su fuente primordial, en un ciclo siempre inconcluso, en un baile de contrarios que buscan armonizarse sin nunca conseguirlo. De esta tensión brota la fuerza más bella imaginable. Permíteme trazar una analogía para ilustrar este proceso, que a mi juicio describe la sustancia más profunda de lo real, como juego en el que también participa lo posible. Pensemos en la relación entre lo recto y lo curvo. La recta, ¿no es el límite al que tiende una curva, el extremo al que se acerca? Por eso en un espacio de curvatura nula el camino más corto entre dos puntos es la línea recta. Tendemos a dividir el mundo entre lo curvo y lo recto; intentamos descubrir qué prima, y preferimos identificar rectitud, porque nos resulta más próxima a nuestros ideales. Sin embargo, la frontera es artificial. La naturaleza es al unísono recta y curva porque lo recto y lo curvo son casos límite respectivos. Son complementarios conceptualmente. Son igualmente necesarios para generar orden y variedad. El pensamiento no está abocado a la pura rectitud; también brilla en lo sinuoso. No existe un único espacio donde proyectar la fuerza del pensamiento. En lo curvo encuentra rectitud, y éste es su poder más hermoso, su capacidad de formalizar lo que parece anárquico e indomesticable. Aun así, en lo recto halla también indicios de curvatura, de diversidad, de alternativa, de insumisión ante cierta noción de orden. Por ello, cuestiona lo recto y alumbra nuevas posibilidades, pero precisamente en virtud de su poder también en esas posibilidades, en esas manifestaciones de un pensamiento que se curva y que no discurre por el camino más corto, sino que se abre a la complejidad, discierne orden, rectitud, ley y simplicidad. De semejante dialéctica nace el verdadero progreso de la mente, al igual que de la contraposición indolegable entre conservación y variación brota la fastuosa diversidad del universo. Estamos preparados para encontrar orden en medio del desorden, y para desordenar lo

aparentemente ordenado. Hay un orden intrínseco en la naturaleza, expresable en términos de proporción y regularidad, de conservación y simetría, pero también hay variedad, desorden, entropía, porque el mundo no es sólo espacio, es también tiempo, creación de lo nuevo y destrucción de lo anterior, flujo que sin embargo afianza el todo en su mismidad.

Logos. — Profundas palabras, que sintetizan indirectamente todo lo que hemos discutido.

Sofos. — Hemos dicho muchas cosas, pero lo importante no es lo que hemos afirmado, sino lo que nos queda por descubrir. ¿Qué se esconde ante nuestra mirada presente a la realidad? ¿Qué maravillas ocultan las profundidades del cosmos? ¿Qué poesía aún no declamada late en las inmensidades del universo? Finito es el número de letras de nuestro alfabeto, pero infinito es lo que podemos concebir y lo que podemos expresar; finitos son los medios, mas infinito es el horizonte al que se abre nuestra mente.

Logos. — Aunque ensalce la belleza y me fascine nuestra capacidad de contemplarla, aunque sea consciente de los límites de nuestro conocimiento y de la fragilidad de nuestros modelos sobre la naturaleza de lo hermoso, siento ser algo pesimista. Mi amor por el espíritu científico vuelve a encadenarme con dulces lazos, y ni siquiera el arte y el idealismo pueden rescatarme de esta prisión, amena y necesaria. Muchos buscan un fundamento inmaterial e inteligible, un misterio insondable en el fondo de lo real, donde quizá residan la verdadera esencia de lo bello y el eterno secreto del ser. Creen que si llegamos al sustrato último de las cosas, a su base irreductible, desentrañaremos principios superiores a los de la ciencia. Pero si los objetos se deshacen de su envoltura física, ¿dónde queda la cosa en sí, la supuesta esencia, ese núcleo de inteligibilidad que han exaltado tantos filósofos, sino en la imaginación humana, cuyo alcance es infinito? ¿En sí o para mí? Desde un planteamiento materialista y evolucionista, la sustancia converge con el espacio-tiempo y con el conjunto de leyes de la naturaleza, que son

los elementos moldeadores de los objetos físicos. Incluso esta distinción entre componentes y leyes, o entre materia y forma, es ya una imposición de la mente humana, porque esas reglas están instanciadas en estructuras materiales: son esas mismas estructuras materiales. La lógica subyacente no es sino el propio ser del mundo, su poder y su autosuficiencia explicativa; su mismidad, que se justifica a sí misma y cuya razón no tiene por qué remitir a un fundamento previo. Después de todo, si energía, materia y espacio-tiempo no hacen sino tejer una profunda unidad, hasta el punto de referirse a una realidad común, esclarecida paulatinamente por la ciencia y expresable en un sistema de ecuaciones diferenciales, no veo la utilidad de preservar un residuo hipotético que se acerca sospechosamente a lo inmaterial, al noúmeno kantiano. Soy escéptico ante esta clase de elucubraciones metafísicas. No creo que exista un fondo inescrutable de la realidad física, más allá de los resquicios de ignorancia que aún perduran, y que probablemente siempre persistan; pues el reto de comprender el cosmos se prolonga al infinito, no porque subsistan estancias inaccesibles a la razón e inasibles a la experiencia, como si constituyeran mundos inmatrimiales en paralelo al mundo que perciben los sentidos, sino porque nuestro entendimiento es imperfecto, nuestra información es limitada y el universo es tan grande y sublime que nunca logramos abarcarlo.

Sofos. — Hemos hablado mucho acerca de la belleza, pero ¿crees que puede salvar el mundo? ¿Hay esperanza para una humanidad entregada al cultivo de lo bello?

Logos. — La belleza no salva el mundo; sólo el amor puede hacerlo. El amor es superior a la belleza, porque es ya bello, y sabio, y fuente de una felicidad infinita. Él solo recapitula los bienes supremos que puede anhelar un ser humano. Él justifica nuestra búsqueda y redime nuestro dolor. Sus epifanías nos otorgan la plenitud allí donde sólo parece triunfar el insaciable deseo.

Sofos. — Cuando nada nos queda, idolatramos el amor, el último refugio, el asidero perpetuo, el hogar soñado donde

creemos que podría morar y crecer el espíritu humano. Lo encumbramos como un fenómeno divino, como una chispa sobrenatural que nos revela la verdad más profunda del universo y de la vida. No obstante, se trata de un mástil sumamente débil. Yo, que tiendo al idealismo, lo confieso: he perdido la fe en el poder del amor, o del conocimiento, o de la hermosura, o de cualquier otro ideal imbuido de resonancias salvíficas. Ya no confío en su fuerza. En realidad, debemos convencernos de que nada podría nunca satisfacer nuestras ansias, que son inagotables; tampoco podría extirpar por completo la sombra del dolor. Ni siquiera el amor puede salvarnos. Nada puede salvarnos de lo inexorable. No hay salvación para el hombre, cuya conciencia se abre a lo infinito, pero cuya existencia sucumbe a lo finito. La auténtica salvación quizá resida en percartarnos de quiénes somos y de quiénes podemos ser.

Logos. — Seguramente para darnos cuenta de que siempre podemos ser más de lo que creemos ser. Es la belleza de la creación, horizonte luminoso que nos incita a plantar la semilla de lo nuevo y a expandir el radio de lo posible.

MEDEMO, O EL NIHILISMO

Medemo.- ¿Qué te atormenta?

Pronesio.- El sinsentido. La ignorancia. Este vacío descomunal que me absorbe lentamente. La soledad del hombre ante fuerzas que nos superan, la fragilidad del deseo ante la necesidad y el destino. He visto un todo que era la nada, y una nada que era el todo, porque aun en la inmensidad sólo he hallado vacío, el silencio puro de una ausencia que atrapa todas las presencias. Pues ¿de qué sirve el todo si no significa nada, si esta rapsodia de fenómenos únicamente evoca sinsentido? Vivo rodeado por lo eterno, sí, por el eterno silencio y el eterno vacío, confrontados por el delirio creador de nuestra estirpe. Quisiera ser un dios, para alumbrar un mundo ajeno al sufrimiento y a la contingencia; un mundo liberado del dolor del cuerpo y de la oscuridad del alma, donde ceñirme la corona del sentido. Crear un mundo con sentido es el privilegio del dios verdadero; pero este mundo no puede ser la obra de Dios.

Medemo.- Entonces sufres como cualquier otro hombre. Nada especial hay en ello, nada extraño, nada meritorio. Te aflige lo mismo que a los demás. Eres partícipe del dolor universal que conlleva ser humano.

Pronesio.- Pero cualquier hombre no es yo; yo sufro como sólo yo sé sufrir.

Medemo.- Si indagas en las causas más profundas de ese sufrimiento, advertirás que todo brota de una percepción hondamente humana. Sufres porque eres como cualquier otro hombre. Sufres porque vives. De la fuente de la vida nace también la necesidad de sufrir. Te engañarías si quisieras beber el agua de la vida sin ingerir también el veneno del sufrimiento. Manan de las mismas grutas.

Pronesio.- Di lo que quieras. Para mí no cabe consuelo, porque nadie puede vivir por mí ni sufrir por mí. En realidad, sufro porque soy un alma en busca de su destino. Sufro porque vivo sin saber para qué. Venimos a este mundo sin elegirlo y vivimos en él sin comprenderlo. Tanta ignorancia me consume.

Medemo.- ¡Ah, el destino! ¡Quién supiera qué es el destino, qué es la naturaleza, qué es la necesidad! ¡Quién pudiera pensar como un dios y vivir como un hombre!

Pronesio.- Llévame al más perfecto de los cielos, eleva las alas de mi espíritu a la bóveda eterna donde nada se extingue, y te aseguro que aun allí encontraré algún motivo de sufrimiento. No hay nada que no traicione mis expectativas, como si la totalidad del universo se hubiera conjurado para truncar el noble propósito de un ser consciente. Lo sublime me decepciona, lo espantoso me aterra y el vacío me sobrecoge. Me asusta sentir tanto y de tantas formas.

Medemo.- Entonces sufres porque eres finito. Honda es la tristeza de quien se hace cargo de su finitud. Una angustia sutil surge en quien contempla el mundo con una mirada sensible, con ojos puros, que no se conforman con el ser de las cosas, pues en todo intuyen una posibilidad de perfeccionarlas. Pero no te inquietes por ello: si la finitud te estremece, si una sensibilidad demasiado profunda te atenaza e impide saborear las delicias de la vida, has entendido la gravedad de lo humano.

Pronesio.- ¿Qué es el hombre ante el infinito? Esto es insoportable. No puedo resistir semejante caudal de estímulos. Quiero liberarme de la mente y del corazón. Quiero trascender el pen-

samiento y la sensibilidad, para sólo ser. Quiero ser libre con respecto a todo lo que ahora soy. Quiero cesar de ser finito.

Medemo.- Necesitamos pensar para vivir, pero si únicamente pensamos en el misterio que nos rodea dejamos de vivir, y nos perdemos en el más oscuro de los laberintos. Ama la finitud del hombre y de la vida como si ambas condensaran un infinito verdadero.

Pronesio.- Incluso si fuera infinito seguiría sufriendo. Siempre hallaría una ausencia, un fondo oscuro, una porción de ser no sondeada. Siempre tendría ante mí imágenes de lo que no soy y podría ser. Porque la conciencia de lo que somos es deudora de la conciencia de lo que no somos. El amor al ser conlleva inevitablemente el miedo a la nada, la angustia ante un vacío de resonancias infinitas que asoma ante nosotros. Y sólo con pensar en la cantidad de mundos que jamás conoceré me lleno de angustia, de una angustia infinita ante el infinito que nunca develaré. Qué triste es haber nacido finito, pero qué triste es saber que aun en la infinitud nos acompañaría la sombra del dolor.

Medemo.- Si fueras infinito nada te sería ajeno. Lo serías todo, y todo habitaría en ti. Tu alma desembocaría en la totalidad, y la totalidad movería tu alma, enardecida por un impulso inagotable.

Pronesio.- Créeme: incluso en ese caso me quedarían mundos por contemplar. Siempre estoy retándome. Siempre hay espacio en mi mente para una idea nueva, y mi corazón no puede dejar de sentir, de sentir con frescura y vigor. No sé qué es más grande, si la mente o el corazón. Se me antojan dos infinitos en pugna. Hay demasiados infinitos en la mente. Una sola infinitud no basta. Sólo un dios podría trascender las fronteras mismas de lo infinito.

Medemo.- Pensar en el sentido, ¿no es cosa demasiado grave para un solo hombre? No hagas caso a esos filósofos y a esos predicadores para quienes una vida sin reflexión sobre el sentido último es vana. Sólo buscan captar nuestra atención, pues nadie conoce no ya el sentido de la vida, sino el sentido de

plantearse esa pregunta, esa insana ambición que nos devora. Explora sentidos particulares, causas segundas, en lugar de obsesionarte con el sentido recapitulador y con la causa primigenia, locura de la razón humana.

Pronesio.- No puedo dejarme llevar por la inercia de los acontecimientos, sin detenerme y preguntar qué sentido tiene todo. No puedo sumirme en el falso sosiego de quien vive sin buscar. No sería humano, ni libre, ni creador si me viera poseído por la vida y por el tiempo, en vez de intentar poseer yo la vida y el tiempo.

Medemo.- Vivir es ya el sentido. Vivir planta su propia semilla de sentido. Vivir consiste en crear universos de significado, rayos de luz que iluminen esta senda oscura. La vida es un misterio entre misterios. Es movimiento, fuerza y creación. Es impulso y memoria. Es frustración y deseo. Es rugido y tempestad que siempre ceden ante el silencio y el vacío. La vida es acción en busca de razón, y flujo en busca de destino. Es afirmación y negación que no cesan de transfigurarse la una en la otra. Es victoria sobre la inercia, es triunfo sobre la nada, es imagen de futuro. Vivir es sentir, y es desbordar; es caminar hacia lo desconocido. Vivir es construir un mundo frente al mundo, un todo frente al gran todo. Es la hermosura de un desafío. Es un poder que estremece y deslumbra, pues destruye lo antiguo para forjar lo nuevo. Porque la vida es el sueño de la libertad.

Pronesio.- Para mí, vivir no engendra sentido, sino sinsentido; un sinsentido que llena de sombras las profundidades de cualquier alma sensible, un sinsentido que teje la forma y la estructura de nuestro desencanto con la vida. Me ahogo en el océano de la vida. Me subyuga su desmesurada fuerza. No soporto su ruido atronador y su furia arrolladora. He nacido para otra clase de vida, no para ésta, abocada a la voracidad de la nada, al hundimiento en un abismo sin fondo. Amaría la vida si de ella se extirpase cualquier vestigio de sinsentido, si su belleza y su vigor no se fundieran con el vacío, con el polvo, con el rostro sin alma de este universo ciego. Amaría la vida si ella se justificase

eternamente. Pero esta vida, este simulacro, esta sombra fugaz condenada a la desaparición, a verse fulminada por el sinsentido y absorbida por una nada inclemente, ¿quién puede amarla?

Medemo.- ¿Respirarías entonces si nadases en el océano de la muerte, allí donde ningún amor triunfaría?

Pronesio.- No sé cómo es la muerte, pero sé cómo es la vida. Y la vida sólo me inspira conciencia de finitud. Sólo me recuerda que soy hijo de la finitud. Sólo me infunde angustia y estremecimiento ante todos los mundos que jamás divisaré. Porque si soy alguien, ya no soy otro. Ser es negar, es determinar, es excluir, y al ser algo nos impedimos ser un infinito de cosas distintas. Somos conscientes de lo que somos, pero no de lo que no podemos ser. El espectro de la nada siempre acecha, como íntimo vigía de nuestro camino. Con sus sinuosas llamadas no cesa de acosarnos, imagen de que el ser y la nada están entrelazados en un mismo destino.

Medemo.- Lo que tú llamas nada no es la ausencia absoluta de ser, la verdadera nada metafísica, sino la transformación de unas manifestaciones del ser en otras.

Pronesio.- ¿Ves toda esta agitación, esta turbulencia, este fluir incesante que lleva de todo a todo? Es un espejismo. Detrás no hay nada. Todo se disolverá. Todo se apagará. Todo se fundirá con el presente, con el instante, con lo incapturable, lo único que en verdad existe, lo que único que en verdad impone orden sobre el caos. No te dejes abrumar por los caprichos del cosmos, por su exhibición de fuerza y exuberancia. Esconde debilidad, impotencia, condena predeterminada a un destino inclemente. Todo lo pasado se repliega en este presente insondable, cuya esencia se diluye en cuanto intentamos atraparla. Y el futuro, ¿qué es, sino el nombre de lo desconocido, el sueño de que el orden siga triunfando frente al caos? Lo que el hombre busca es una quimera. Persigue sin descanso lo que sólo un dios merece. No hay salvación para el hombre, porque lo finito no puede ser salvado.

Medemo.- ¿No te parece que siempre perdura el ser, invulnerable tras la variedad de modos que adopta? Incluso la muerte es un tránsito a otra forma de ser. No se produce una desaparición total, una aniquilación en el sentido más radical del término. No nos abismamos en una nada insondable, sino que penetramos en un cambio de modo de ser. Tu cuerpo sigue fluyendo por la vastedad cósmica, y tu alma, ligada indisolublemente a tu cuerpo, no hace sino derramarse al universo más allá de los confines de tu estructura orgánica. En todo vemos una transmutación, mas no una auténtica desaparición. Unas formas ceden el testigo a otras, pero siempre subyace el mismo ser, la misma naturaleza, la misma e inatacable materia. La nada en su acepción más profunda es inasequible para el intelecto humano. Lo que concebimos como nada es siempre algo. No nos es dado negar el ser, sólo reinterpretarlo. Es el destino de la mente. La nada evoca la contradicción máxima, la imposibilidad absoluta, la negación última, y eso trasciende los límites de un entendimiento finito como el del hombre.

Pronesio.- Te aseguro que mi alma se debate entre lo posible y lo imposible, entre la radicalidad de lo que existe y el misterio de lo que no existe, pero puede existir. Porque sospecho que la nada no es otra cosa que el repertorio de posibilidades aún no realizadas; es la enormidad de lo que aún no somos, pero podemos y debemos ser.

Medemo.- Tú quieres serlo todo; ser algo, pero al mismo tiempo ser todo lo que no eres. Anhelas lo imposible. Sólo Dios sería todo lo que puede ser.

Pronesio.- ¡Oh, tortura inhumana, castigo divino, condena sobrenatural! ¡Verme obligado a ser sólo esta pobre criatura, este fragmento transitorio de una realidad evanescente, este destello perdido en la oscura inmensidad de incontables mundos! Ser algo, pero no ser tantas cosas, ¿no constituye un suplicio injusto para un ser que piensa? ¿No debería serlo todo para dejar de sufrir? ¿Todos los infinitos? ¿Todos los dioses? ¿Todas las posibilidades?

Medemo.- Tu inquietud es absurda. Algo que sólo te hace sufrir y que no te infunde ningún atisbo de paz no puede ser propio de una mente racional, comprometida con el análisis desapasionado del mundo. Consuélate con tener una mente, con poder representarte lo externo y ser capaz de pensar, pues al pensar te abres al todo, incluso vislumbra los perfiles de la nada.

Pronesio.- ¿Absurda? Si esto es absurdo, todo lo es. Si preguntarse por el sentido de la vida es absurdo, ¿qué no lo es? Ese análisis objetivo y desapasionado al que aludes revela mi tragedia, que es nuestra tragedia: la eterna tragedia del hombre. Es la razón la que me lanza a las redes de esa araña silenciosa que es el vacío existencial. Pero tú eres sumamente dichoso, porque pareces feliz.

Medemo.- Mi felicidad es ontológica. Soy feliz por existir, por estar en el mundo. Nadie puede medir mi felicidad. Es demasiado profunda. No es computable. Trasciende cualquier sistema de referencia, pues me tiene a mí como eje y vector. Ser sujeto, alzarme sobre la tierra y poder mirar al cielo, es la verdadera fuente de mi felicidad. Amo el ser y no temo el no ser. Mi sentido es existir, y por el mero hecho de existir alcanzo una felicidad propia de dioses.

Pronesio.- Eres feliz porque te conformas con lo dado, con el aquí y el ahora, con la contingencia de un mundo en constante flujo, sometido a la necesidad invicta de unas leyes impersonales. Eres feliz porque no aspiras a la permanencia, y a convertir en eternidad lo que ante nosotros sólo evoca tránsito y finitud. Eres feliz porque renuncias a buscar un sentido más profundo, un significado auténtico, capaz de trascender los límites humanos.

Medemo.- Vivir y trabajar, sentir y construir, disipan la sombra de ese absurdo. Es el anhelo de perfeccionar la existencia con el poder de nuestras creaciones, en la senda de una libertad que sólo brota como fruto de nuestro esfuerzo. He ahí el mundo, para que lo comprendamos, mejoremos y embellezcamos.

Pronesio.- Somos esclavos del gran ciclo de la vida, que entrelaza sin misericordia nacimientos y muertes como la vasta

rueda del mundo encadena sin cesar auroras y ocasos. Pero todo esto, ¿para qué? Para nada, es decir, para servir al todo, al divino todo, y rendir pleitesía al altivo mundo, que no se preocupa por nosotros.

Medemo.- En el principio era la necesidad, síntesis de posibilidad, acción y lógica. Nosotros somos sus humildes siervos. El universo es el reino de la necesidad, expresable en lenguaje matemático. Consolémonos al menos con el afán de reordenar lo dado, de reconfigurar lo que existe, de explorar infinitas posibilidades cuyos itinerarios desembocan igualmente en este curso inexorable, que de la contradicción conduce al destino.

Pronesio.- Me estremece la eterna y sublime monotonía de este todo; el ciclo, la reiteración, el hundimiento de cualquier atisbo de novedad en un abismo amorfo e infinitamente profundo. ¿Qué amortiguará nuestra caída en ese pozo interminable? Cualquier esmero por traer novedad al mundo sólo puede desatar las risas burlescas de un dios que nos mire desde lo alto.

Medemo.- Deja de golpear tu corazón y tu mente con interrogantes infinitos, crepúsculos de racionalidad para los que ninguno de nosotros está preparado. El que vive con honestidad y sencillez ya ha descubierto el sentido de la vida. Morir es sólo transitar de una nada a otra. Nada fuiste antes y nada serás después. Pero si lo piensas con mayor detenimiento, seguirás siendo parte de ese gran todo que es el cosmos, de esa gran proeza que es la evolución del universo por direcciones que quizá nunca lleguemos a descifrar. No temer la muerte es signo de comprensión. Esta ausencia de miedo es santa y bella. Nace de haber entendido que la vida es un paréntesis entre inmensidades, y que haber saboreado sus delicias es ya el premio eterno, el fin puro, la meta en sí misma, no condicionada por aspiraciones de trascendencia. Una dicha y una claridad celestiales se apoderan entonces de nuestro espíritu, conscientes de que no hay caída allí donde se emprende una búsqueda sincera, y de que los precarios logros del hombre valen más que todos sus fracasos.

Pronesio.- Torrentes indómitos y mares tempestuosas nos llevan de un lugar a otro, de una experiencia a otra, de un sentido a otro. Encadenados a esta rueda que no cesa de girar, a este ciclo vano y omnipotente, todo impulso desemboca en la nada y todo anhelo se disuelve en lo imposible. Es la desdicha del espíritu humano, del que no dejan de brotar bellos y poderosos sueños, imágenes divinas que nunca terminamos de apresar, mientras todo un mundo de posibilidades se escapa de nuestras manos, y en nuestro pecho sentimos el doloroso ardor de quien se sabe finito y orientado a lo infinito. ¿Crear? ¿Qué triste empeño! Nada verdaderamente nuevo puede germinar en lo infinito, donde ya están todas las posibilidades concebibles, y el universo es infinito. ¿Amar? Pero amar a un ser finito condena la infinita fuerza del amor a un límite demasiado estrecho. ¿Comprender? Mientras no comprendamos el todo, cualquier cosa que creamos entender será un mero espejismo, una llama temblorosa, una certeza que flaquea, pues el sentido de la parte sólo puede dilucidarse a la luz del todo al que pertenece.

Medemo.- No te esfuerces. Acepta la triste posición del ser humano, finito en medio de lo infinito, naturaleza inconclusa que no acaricia nada pleno. El hombre es la naturaleza; encarna la fuerza y las posibilidades de la naturaleza. Es una manifestación de la infinita naturaleza en forma finita. No hay dos mundos; hay un solo mundo, que los hombres dividimos convencionalmente. Sin embargo, no dejes de creer en el valor de la vida, aunque seas el último hombre que camine sobre la tierra. Sentido y absurdo, épica y tragedia, gloria y cruz, entretejen este todo vital que no cesa de fluir hacia lo ignoto. De su fusión nace el verdadero sentido, el sentido omnipresente, llamado *ser*. No niegues la dualidad de luz y sombra, la sagrada bifurcación de un todo que siempre desemboca en lo necesario. Es una fuerza contra lo que no puedes luchar, y contra la que no merece la pena rebelarse.

Pronesio.- Vivimos presos en una cárcel de finitud. Qué crueles Dios o la naturaleza: sembrar en nosotros el deseo infinito

y encerrarnos en una celda de experiencias finitas. ¡Y pensar que muchos llegamos a creer que en la brevedad de una existencia se libraba la lucha inexorable entre el bien y el mal, y que el hombre, espejo de Dios, merecía ascender a lo infinito, porque era partícipe de la misma naturaleza divina! Este combate universal entre el ser y la nada se nos antojaba visible pero también invisible en sus entrañas, pues lo juzgábamos exterior e interior al unísono, y afectaba tanto a la humanidad como a cada una de nuestras conciencias. Muchos imaginábamos que, asistidos por la gracia o arrastrados por el pecado, nuestro destino se decidía en el curso de nuestras elecciones libres. Estábamos convencidos de que lo eterno y divino posaba sus alas en lo transitorio, y de que el todopoderoso creador del mundo nos ayudaba con su gracia a resistir las pulsiones del pecado, cuyos tentáculos no cejaban en su empeño de hundirnos en los pozos más profundos, en las simas de una nada demoníaca, infinitamente distante de la verdad y del bien. Aprendimos así a concebir la efímera vida de un hombre como la plasmación de un escenario cósmico, de una disputa inveterada entre las fuerzas de la luz y los siervos de la oscuridad. ¡Oh gran engaño, impureza ancestral y corrosiva, que nos ha hecho atribuir al insignificante horizonte de lo humano una importancia sobrenatural, capaz de trascender el espacio de lo contingente para elevarse al reino de la necesidad verdadera! Se trata de una ilusión aciaga y encandiladora. Su hechizo se clava en la fuente del deseo humano, en el alma escondida de todas nuestras lágrimas, y aviva el fuego tentador de una voluntad siempre ansiosa de encontrar un sentido. Este embrujo diabólico ha vendado los ojos de incontables generaciones. Nos ha impedido mirar cara a cara a lo que existe y percatarnos de que el universo es indiferente a nuestra salvación. La gracia divina no nos salvará; la providencia es el seguimiento ciego de las leyes impersonales que rigen los mecanismos de este mundo, y que sólo las matemáticas captan; el indómito pecado es nuestra constante caída en nosotros mismos, que nos aleja del progreso y ensombrece nuestras auténticas posibilidades. La razón es

el ángel que nos devuelve a la cruda realidad, cuando yacíamos cautivados por el orden de las apariencias.

Medemo.- Has sido arrojado, sí, a este mundo sordo y desagradecido, ciego y oscuro, pero ahora depende de ti crear un mundo consciente y luminoso, capaz de irradiar lo que tú buscas. Porque el mundo tendrá el sentido que nosotros podamos y queramos darle.

Pronesio.- El amor a la vida siembra el temor a perderla. Y temer tanto el destino de la vida como para desear en lo profundo no haber nacido es un dolor que ningún hombre puede soportar. Es el peso de la finitud. Podría distraerme con innumerables experiencias, podría degustar todos los placeres del mundo y entregarme a la pura disipación, pero por mucho que intentase silenciar la voz de la conciencia su eco nunca dejaría de resonar en mi yo más íntimo. No puedo esconderme ante el ardor de su llamada. Un ojo infinito sabe siempre dónde estoy.

Medemo.- No entiendes que la muerte sea el destino de la vida. Nunca lo has entendido y jamás lo entenderás. Lo tuyo es un amor inquebrantable a la vida, a la humanidad, a la comprensión. No te avergüences por no entenderlo. No te avergüences por derramar lágrimas, lágrimas tan sinceras que riegan con los destellos de su hermosura el futuro de una humanidad llamada a vivir, no a morir; a ser consciente, no a disolverse en la uniformidad de lo inconsciente. ¿Hay algo más sublime que una lágrima? Quien llora ante lo que no comprende clama por un mundo nuevo. Pues tan colosal es el vacío, el supremo vacío detrás de todo y subyacente a todo, que desgarrar la mente y el corazón, sobrecogidos por tanta hondura.

Pronesio.- Siento un respeto infinito hacia la muerte, porque no la comprendo, y por ello la temo, sumido en el recuerdo de lo que nunca regresará.

Medemo.- La fe en el ser es más poderosa que el miedo a la nada. El amor a la vida es más poderoso que tu angustia. Que darse absorto en la evocación de dichas pasadas o en el lamento

ante las tragedias presentes es un error imperdonable. La vida ofrece tantas posibilidades de felicidad, tantos rostros para la alegría, tantas experiencias para aprovechar esta oportunidad única, regalo de la necesidad que todo lo rige...

Pronesio.- Yo no quiero morir. Pese a todo, el mundo es demasiado bello. Que no se extinga la vida, que no se disipe nuestro ser como la sombra. Hay tanto por hacer, por sentir, por entender, por crear, por engrandecer, por amar... No merecemos desaparecer. El empeño del hombre es demasiado hermoso como para resultar inútil. Dios, si existiera, debería haber-nos creado dioses, eternos como Él, y no una mera imagen de aquello a lo que aspiramos.

Medemo.- Te cansarías de vivir eternamente. No hay suficientes experiencias en el mundo para llenar una existencia que no tiene término.

Pronesio.- Podría amar, conocer y crear indefinidamente. Ello aplacaría mi voluntad.

Medemo.- Te preguntas por la vida y por la muerte, pero no por cómo mejorar la vida y por cómo arrinconar la muerte. Sigo creyendo que desperdicias tiempo y reflexión.

Pronesio.- Ya estoy cansado de este mundo y de esta mente. Un tedio infinito me invade. Coloniza mi sensibilidad y encarcela mi entendimiento. Yo necesito un mundo nuevo y una mente nueva; un tiempo nuevo y una reflexión nueva, donde poder respirar juventud, es decir, amor incesante por la vida y eterno anhelo de renacer con pasión y dulzura.

Medemo.- Pero te preocupa tanto el destino que pierdes de vista el itinerario. ¿Qué importa adónde nos lleve la vida, si aprendemos a adueñarnos de cada instante? Vive, surca los senderos del mundo y encuentra tu sentido en vivir, en caminar sobre la entereza de esta tierra y en sobrevolar la hermosura de estos cielos, para crear la vida del futuro, para que florezca nuestro ser, para forjar con tus manos y con tu espíritu

el más bello de los mundos. Una conciencia sensible como la tuya no puede permanecer indiferente a la suntuosidad del universo y a sus infinitas consecuencias, tesoro para quien sabe contemplar. Recuerda que sin pasión no podemos vivir. Sin ella, todo un planeta se convierte en una insignificante mota de polvo cósmico.

Pronesio.- Todo se me antoja un misterio. La muerte es un misterio. La vida es un misterio. El que nos preguntemos por la vida y por la muerte es un misterio. Ser es un misterio. Quisiera comprender este misterio, para aprender a amarlo. Pero pensar en el destino desencadena la más honda de las agonías, el vértigo más insondable al que puede enfrentarse la mente humana. Tanta profundidad me aterra. Sin embargo, no hacerlo es ceder ante el miedo, ante la conciencia de lo imposible, ante la fatal obediencia a leyes ajenas a nuestra voluntad. Debemos pensarnos, para así adueñarnos de ese abismo inescrutable, y afirmarnos como lo que somos: seres libres y creadores, un futuro de vida que clama por redimir todo pasado.

Medemo.- Lo que consideramos relevante es tan irrisorio a escala cósmica... Mira esos puntos rutilantes en la noche, como luciérnagas que salpican el firmamento. Parece que puedes atraparlos con los dedos, pero en realidad están a miles de años luz de distancia. ¿Grande, pequeño? ¿Lejano, cercano? ¿Necesario, contingente? Todo es cuestión de perspectiva. El fundamento absoluto no es otro que la conexión entre todo, sometida a leyes. Bajo esta bóveda sublime, todo es tan pasajero, tan vacuo, tan indescifrable... ¿No es una fe muy osada creer que el mundo debe conspirar a nuestro favor? Observa el universo y pregúntate qué son la vida y la muerte para el todo, fundamento de sí mismo, sustancia autoclausurada, frontera infranqueable para el intelecto humano. Relativizarás tus preocupaciones y aprenderás a amar la finitud de la vida como un don inusitado, como un singular privilegio que debemos entender, disfrutar y ensanchar.

Pronesio.- Para el todo quizá no seamos nada, pero para la conciencia lo somos todo. Quizá porque la conciencia sea ella misma el todo, y el ciego universo sea nada ante su poder y su grandeza.

Medemo.- ¿No es asombroso que la Tierra, indiferente a los avatares humanos, no cese de dar vueltas en torno al Sol, sin que nosotros lo notemos? ¿No es asombroso que exista el universo, gobernado por fuerzas invencibles, y que existamos nosotros, un milagro destinado a comprenderlas? Al igual que tú, confieso no entender el sentido de la vida. Yo tampoco sé para qué estamos aquí. Sólo sé que estamos, sumidos en un extraño sueño. Y yo quiero tejer un sueño aún mayor, que no se pierda en la delicuescencia de la noche.

Pronesio.- Intimidantes como la mirada nocturna de un búho son los destellos de claridad y sentido que de vez en cuando captamos en medio de la oscuridad de esta vida. Por un lado, siento una cercanía absoluta, una identidad plena con ese sentido; por otro, me desgarran una distancia infinita, una separación abisal de esa tenue luz que en mí amanece, como alba insumisa tras la larga noche de lo que no comprendo. Pues cuanto más me aproximo a ella, más se aleja; cuanto más la busco, más me rehúye; cuanto más la amo, más reniega de mí. Continuidad y discontinuidad, ser y no ser. Veo y no veo lo que comparece ante mí, entiendo y no entiendo lo que represento en mí, deseo y no deseo lo que habita en mí. Y en esta contradicción vive mi espíritu, acosado por el espectro de percepciones tan divergentes.

Medemo.- No deja de sorprenderme la capacidad humana de dar sentido a este gigantesco absurdo cósmico. Anhelamos fervientemente que todo rebose de significado, de lógica, pero de una lógica conspirada con nuestros intereses. Deseamos que un orden superior modele nuestro destino con amor y providencia, para satisfacer nuestras ansias más profundas. ¿Tanto tememos nuestra soledad? ¿Tanto nos tememos a nosotros mismos?

Pronesio.- Intentamos darle sentido porque no podemos renunciar a preguntarnos por la razón última de todo, también de nuestro existir en medio de esta exuberancia de misterios y de mundos inexplorados.

Medemo.- ¿Por qué existes? Porque las leyes de la naturaleza te obligan a ello, aunque también te ofrecen la posibilidad de acabar con ello.

Pronesio.- Cuando reflexionas sobre nuestros mayores logros intelectuales y estéticos, cuando aprendes a admirar todas las conquistas del espíritu humano, ¿no llegas a creer que la vida tiene algún sentido, y que no somos un detalle contingente de la evolución cósmica, una feliz coincidencia en este mar de incertidumbre?

Medemo.- La idea de sentido es un producto necesario de nuestra mente. No podemos vivir sin racionalizar, sin buscar causas, sin percibir conexiones lógicas en el seno del volátil mundo. Pensar en lo absurdo nos estremece. Al hacerlo traicionamos la naturaleza más profunda de nuestro intelecto, especializado en detectar patrones de significado. Por ello, albergar la noción misma de un sentido en un universo que parece abjurar de él no debe avergonzarnos. Viva o muerta, el alma de esta idea siempre será grande; siempre representará un triunfo de la conciencia en la larga trama de la evolución. Como ardiente esperanza brillará su luz en medio de este vacío en que habitamos. Después de todo, la idea de sentido es consustancial al hombre, y si hemos llegado hasta aquí es porque no hemos cesado de buscar un sentido. Quizá vivamos para crear la idea de sentido, y ser dioses que custodian esta heredad.

Pronesio.- Sólo el amor, la sabiduría y la belleza pueden dar sentido a este mundo inhóspito. Sólo a través de estos ideales podemos cuidar de este universo, falto de metas puras, necesitado de libertad. Sé que una inmensidad de colores oscuros nos envuelve, nos atrapa, nos anula. Pero siempre subsiste un destello en medio de esos poderes abrumadores; una chispa que, si

se enciende, alumbrando el camino del espíritu y le muestra cuanto de hermoso, verdadero y bueno hay en la tierra. Preservar esa luz es la labor sagrada de un alma honesta y de un corazón audaz, exentos de temor y deseosos de crear algo digno. Porque quien aspira a mejorar el mundo conquista el sentido y justifica la existencia. Su esfuerzo es su salvación.

Medemo.- En el fondo, ¿quién no querría ser un dios para todos los seres, un dios para todos los hijos de la naturaleza, un dios para los mortales, pero un dios tan humano que fuera capaz de morir por el amor y de sacrificarse por la belleza? ¿Quién no querría ser un dios salvador, que inundase el mundo de significados? No obstante, lo aceptemos o no, somos fruto de fuerzas ciegas que se nos manifiestan como azar y como necesidad. Antes me aterraba esta idea; ahora me fascina. Me infunde un sentimiento de responsabilidad ante la magnitud del don recibido. Estamos en manos del azar y de la necesidad, pero es imperativo que nuestra necesidad se imponga sobre el azar.

Pronesio.- Imagina un dios tan perfecto como para superarse sin cesar a sí mismo; tan perfecto como para ser infinitamente perfectible, e ir siempre más allá de sí mismo.

Medemo.- Ése es tu deseo: ser más que un dios, ser más que un solo infinito; ser todo lo que puede ser y aún no es. Hallas refugio en el oasis de esta intuición, que es grande y bella, que es profunda como los abismos del alma.

Pronesio.- Dime la verdad: ¿alguna vez no has sentido que debe haber algo más allá de lo que ven nuestros ojos, una realidad tan honda que ha de desbordar cualquiera de nuestras expectativas? Como una flecha de luz dorada, el reflejo de esa plenitud que mi corazón intuye apunta al destino, al destino auténtico, allí donde la felicidad no es una utopía. ¡Oh desdicha de quien siente y busca también comprender! ¡Oh fatalidad del hombre, hecho para llorar y entender, portador de la llama de la sensibilidad y de la antorcha de la inteligencia! Todo este caudal de impresiones me

acongoja y fascina al mismo tiempo, porque me hunde y eleva al unísono, quizá para comunicarme una verdad demasiado grande, demasiado pura, que una mente finita sólo puede juzgar contradictoria. En ella atisbo una sensibilidad reconciliada con el entendimiento, un *pathos* abrazado al *logos*, una perfección en la que se dan la mano la imagen y el concepto, y donde los sentimientos más profundos del corazón humano no hacen sino transparentar la verdad más profunda del propio cosmos.

Medemo.- Cuanto más medito sobre este universo descomunal, indiferente y enigmático, más empiezo a sospechar que el sentido de la vida reside en el asombro ante lo desconocido y ante lo posible, estímulos perennes de la búsqueda humana.

Pronesio.- Está claro que sin fe nada grande puede hacerse. Sea en Dios, en el hombre, en la ciencia o en el arte, hemos de creer en algo, en alguna fuente de sentido, en algún reino de luminosidad, o no descubriremos ese excelso impulso que nos invita no sólo a vivir, sino a buscar y a explorar en lo remoto. Pues nos asemejamos a aquello en lo que creemos.

Medemo.- La senda de la vida es siempre escarpada; tan pronto como la creemos llana y recta, libre de altibajos e incertidumbres, cambia rápidamente de forma, y adopta un perfil irregular. Porque no hay ciencia que nos enseñe a vivir. Sólo sabe vivir el que en verdad se despoja de temor a la propia vida y encuentra la manera de superar todas las dificultades. Vivir es desear la mejora incesante; vivir es actuar para comprender en qué consiste la propia vida. Y cuando, en medio del torbellino de la existencia, nos reconciamos con nosotros mismos y alcanzamos la anhelada paz, al fin se disipa el misterio y resplandece la luz. ¿En qué necesitas creer? ¿Qué merece tu fe?

Pronesio.- Yo necesito creer en ideales supremos, en límites inagotables que siempre podrían inspirarnos con imágenes nuevas. Es mi único consuelo frente al sinsentido. Creo firmemente que la sabiduría, la belleza y el amor son los tres soles capaces de iluminar nuestra existencia, la santísima trinidad

para un ser sensible que busca conocer. Cultivar la ciencia, el arte y la ética nos acerca a ellos, sin que su calor abrase nuestras alas. En cuanto aprendemos a mirarlos cara a cara, como dioses bondadosos que velan por nuestro destino, ya no cae la noche sobre el espíritu humano, pues sólo brilla la más sublime de las luces, al amparo del eterno día.

Medemo.- El arte no nos salva de nada. Simplemente eleva la imaginación y hace la vida más llevadera, pero no nos salva, porque nada puede salvarnos. No hay salvación para la humanidad. Nuestro destino es la contingencia. Nuestro destino es hundirnos infinitamente, es caer en lo profundo. En una ocasión me preguntaste por una palabra tan poderosa que ella sola fuera capaz de conmover el mundo. Has buscado ese soplo incontenible que trastoque los pilares de lo existente, y allí donde ahora impere un orden, haga surgir un caos, y de él un orden nuevo y bello, en el ciclo de las potencias creadoras. Si supiera cuál es esa palabra, yo mismo sería Dios. Sólo un ser divino podría en verdad infundir el sagrado hálito de la vida mediante la palabra; sólo una palabra creadora, bendecida con fuerza infinita, podría dar vida a lo inerte. Sigue soñando que tú puedes ser Dios, porque es el destino de un hombre: creerse Dios, y a través de la cultura insuflar vida nueva a un mundo viejo, cuyos ecos se han agotado.

Pronesio.- Todos buscamos algo universalmente bueno. Todos estamos hambrientos de un fin que nos justifique, de una luz que resplandezca como el auténtico sentido de una vida humana. Pues ¿quién no quiere que brille el sol y que crezcan los árboles, que todo prospere y que toda nube se disipe en el gran cielo de una felicidad perpetua, para que sólo impere claridad? Llámalo paz, o bienestar, o satisfacción, o la plenitud de un ansia cumplida. Llámalo como prefieras, pero es lo que todos los hombres buscan y buscarán por siempre, mientras sean hombres y no asciendan a las cimas de un espíritu nuevo, ocaso del antiguo y

aurora de lo que ni siquiera podemos concebir. Mas no nos engañemos: ese anhelo que nos atrae y zarandea sin descanso es un espejismo, una tenebrosa ilusión, un espectro que siempre nos adelanta. Tan pronto como obtengamos lo que perseguimos, nos cubrirá con la sombra implacable de nuevos deseos, de insospechados horizontes, en un todo potencialmente infinito. Somos hijos de una voluntad jamás saciada. En cuanto alcanzamos nuestros fines, todo se desvanece como un objetivo inútil. Gloria y cruz del hombre, nuestra mayor grandeza y nuestra peor condena: la de desear sin fin, la de desear cuando creíamos que nunca más necesitaríamos beber de la ambigua fuente del deseo. Esclavos de la incesante necesidad, he aquí la pobreza humana, la penuria de un ser obligado a desear por desear, a desear el deseo mismo, a resignarse a sucumbir reiteradamente ante el deseo, corazón sin fondo, alma sin semblante, relámpago de un dios perdido. Es nuestro destierro de los campos de la paz y de la felicidad, nuestro exilio interminable por el desierto de los anhelos incumplidos y de las esperanzas imposibles. Jamás nos apoderaremos del deseo. Jamás reinaremos sobre nosotros mismos. Aun así, vivamos, amemos y conozcamos, enardecidos por un fuego que no se apaga. Aun así, no dejemos de desear, y de perfeccionar nuestro deseo a la luz de una historia que nos revela quiénes somos y quiénes podemos ser. Pues desear es bello. Es manantial de fuerza y creación.

Medemo. - Busquemos ser más de lo que podemos ser y habremos derrotado a esa sombra que nos acecha. No temamos crear. Es bueno lo que nos eleva, y crear nos enaltece. Crear es nuestro destino. Es el gozo del espíritu humano. Es el agua sublime que nos vivifica. Llenemos el mundo de imaginación, sabiduría y justicia. Iluminemos sus sendas con la claridad y la hermosura del amor. El mundo no es lo suficientemente grande como para contener nuestro deseo, pero sí lo suficientemente misterioso como para plantar en nosotros la semilla de un desafío, de un proyecto, de una

búsqueda cuya belleza llegue hasta el cielo y bendiga la tierra con su gloria y su esplendor. Todo en nuestro espíritu clama por lo que aún no existe, pues estamos hechos para el infinito: para el deseo infinito, para el saber infinito, para el amor infinito. Estamos hechos para alumbrar lo nuevo, y lo nuevo es infinito.

DIÁLOGO ENTRE UN DOMINICO Y UN JESUITA A PROPÓSITO DE LA OMNISCENCIA DIVINA Y LA LIBERTAD HUMANA

(El intercambio de ideas entre el Reverendo Padre Villedo, de la Orden de Predicadores, y el Reverendo Padre Ribamontés, de la Compañía de Jesús, transcurre en un aula de las Escuelas Mayores de la Universidad de Salamanca. La audiencia, compuesta principalmente por dominicos y jesuitas, acoge también a clérigos de todas las órdenes presentes en tan egregia institución académica: agustinos, mercedarios, trinitarios, carmelitas... Incluso algún que otro monje benedictino, cisterciense y premonstratense ha acudido a esta disputa pública entre teólogos. Las frases de uno y otro interviniente suelen ir acompañadas por los vítores de sus partidarios y los aspavientos de sus detractores).

Villedo.- Ni el cien veces herético Pelagio habría osado decirlo de semejante manera. Esa libertad que atribuíis al hombre menoscaba la inagotable grandeza y la sabiduría infinita de Dios, que todo lo ha dispuesto con “orden, peso y medida”, como proclama la Escritura. ¿Qué lugar hay para la gracia de Dios en vuestro sistema?

Ribamontés.- ¿Qué lugar hay para la libertad en el vuestro? ¿Qué salida tenemos frente al fatalismo y la necesidad que han ofuscado las mentes de tantos filósofos? Vuestro énfasis en la omnisciencia de Dios socava la libertad del hombre, imagen de Dios, cima de la creación, cuya vida es gloria del Altísimo. ¿No escribió San Ireneo que “la gloria de Dios es el hombre viviente”? ¿No alabamos a Dios si admitimos que las acciones del hombre no están determinadas desde la eternidad, y que son su libertad y su responsabilidad las que lo justifican o condenan ante el Juez Supremo?

Villedo.- Dios no mueve al hombre a hacer el mal, sino el bien; Dios antecede a cualquier movimiento, pues su poder afecta a la generalidad de la esencia del movimiento como primer motor inmóvil, pero no ejecuta el movimiento en sí, y por tanto no es lícito imputarle la culpa en que incurra, hipotéticamente, un hombre concreto.

Ribamontés.- Detrás de semejantes palabras sólo detecto incongruencias, incluso simples falacias. Explicadme cómo algo puede anteceder el movimiento de algo, pero no participar, aun indirectamente, en el efecto resultante.

Villedo.- Una cosa es la causa primera, metafísica, y otra la causa segunda; la primera trasciende el orden mecánico del mundo, mientras que la segunda permanece aprisionada por una necesidad invencible, por un curso inexorable que desemboca sin remedio en un destino prefijado. Mas Dios, que todo lo ha previsto, ha diseñado un universo regido por causas finales, de modo que en último término todo convergerá de acuerdo con el plan divino de la salvación. El padre Báñez ha hablado con meridiana claridad sobre estas cuestiones.

Ribamontés. - O más bien con vana elocuencia. Sigo sin entender cómo un Dios que todo lo sabe *ex ante*, y ante cuya ciencia de todo lo que existe nada puede quedar al margen, por ser infinita, ignora desde el principio que Adán y Eva debían caer en la tentación y prestar oídos a la serpiente, o Salomón traicionar a Dios, o Sedecías, cegado por una mezcla de temeridad y soberbia, despreciar las advertencias de Jeremías sobre el terrible castigo de Nabucodonosor. ¿Qué culpa tienen, si todo estaba previsto? Igualmente, ¿qué mérito poseen los que han cumplido los mandatos de Dios y han obrado bien en este mundo?

Villedo. - Que todo esté previsto de antemano no significa que Dios sea responsable de la acción concreta.

Ribamontés. - Sin embargo, si Dios es omnisciente, para que lo sepa todo es inevitable que todo esté determinado. En cuanto se produjera una mínima alteración imprevista, la omnisciencia de Dios no sería tal, pues habría al menos una situación que Él ignoraría. Si Dios es omnisciente, todo debe estar determinado, luego no hay espacio para la libertad del hombre, que es nuestro don más bello, la huella de nuestra divina semejanza.

Villedo. - Pero si Dios es eterno, e inmutable, si la perfección constituye la esencia de su ser, no puede existir nada ajeno a su sabiduría, que es infinita, y todo lo abarca necesariamente. Ninguna acción y ninguna omisión del hombre pueden quedar al margen de su conocimiento, que es absoluto, pues nada escapa a su poder.

Ribamontés. - Creo que ni el mismísimo Calvino, enemigo aún más pernicioso de la fe verdadera que Pelagio, más de cien veces herético con su infame tesis de la predestinación de los justos al cielo y de los impíos al infierno, se hubiera atrevido a afirmar de manera tan rotunda la falsa doctrina del determinismo. Si todo está determinado, el hombre no es libre, por lo que Dios es en último término culpable de los males que cometamos. Es indigno de la infinita sabiduría de Dios y de su irrestricta perfección aparecer como cooperador necesario de todos los males que brotan de la libre voluntad humana. Ade-

más, ¿para qué esforzarse en la tarea de la salvación, si todo está determinado? Vuestra doctrina contiene una peligrosa exhortación a la indolencia y a la irresponsabilidad. No sólo niega el libre arbitrio, sino que justifica la inacción. No hay mérito ni culpa, y por tanto no hay premio ni castigo en vuestro sistema, donde todo tiene que haber sido prefijado por Dios desde la creación del mundo.

Villedo.- Decidme, pues, cómo salváis una contradicción tan manifiesta. Porque no entiendo cómo es posible que si Dios, quien por definición ha de saberlo todo, conoce de antemano el futuro del mundo que Él ha creado, ignore lo que cualquiera de sus criaturas realiza o realizará en cualquiera de los instantes del universo. Él es el creador único; la lógica del cosmos responde a sus designios. Todo lo ha hecho movido por amor hacia su obra, tanto como para encarnarse y compartir el destino con nosotros los hombres, simples mortales llamados a la vida divina.

Ribamontés.- Me parece que el reverendo padre Luis de Molina lo ha explicado perfectamente en su eximia obra *Concordia liberi arbitrii cum gratiae donis*: Dios conoce los futuros contingentes, esto es, cómo serían las cosas en caso de discurrir por un camino u otro. Así, junto con la ciencia de simple inteligencia, o de conocimiento de los posibles en cuanto tales, en la mente divina existe una ciencia media que se refiere a los futuros contingentes, a lo que ocurriría si se produjera tal o cual acontecimiento. Por ello, los decretos de su gracia no pierden ni un ápice de eficiencia. La salvación del justo está garantizada. El determinismo no tiene la última palabra. La fatalidad no gobierna la obra de Dios, como en los falsos y oscuros sistemas de los griegos y de los árabes, que vuestra filosofía parece afanada en reproducir. El libre arbitrio del hombre queda así preservado, y ninguna culpa puede imputarse a Dios por los males que perpetramos en esta tierra, preludio del cielo o antesala del infierno según el valor de nuestras acciones. Dios ha previsto todos los escenarios contingentes que pueden surgir en la historia, mas no necesariamente el itinerario concreto que

conducirá a cada uno de ellos. La mente infinita del Creador conoce todo lo que es posible, como posible, pero no todo lo que es real, como real.

Villedo.- La sutileza de los hijos de San Ignacio no amedrenta a un hijo de Santo Domingo. Caleruega ha irradiado más luz al mundo que Loyola. Si Dios sólo conoce posibles en tanto que posibles, su infinita ciencia se circunscribe al dominio de las meras contingencias lógicas. No hay necesidad en ese paisaje infinito de posibilidades, y tampoco realidad. No hay, en suma, un conocimiento fáctico, preciso, real, del mundo y de su destino.

Ribamontés.- Os equivocáis. Cualquier manifestación de la realidad hunde sus raíces en la posibilidad. Para ser real debe ser antes posible, luego al conocer la totalidad de los posibles Dios conoce ya cualquier hipotética realidad que despunte en este mundo.

Villedo.- Pero no el posible específico que, según vuestro sistema, se transforma en realidad. Siguen existiendo lagunas en el conocimiento divino, carencias en su infinita sabiduría, algo impropio del ser absoluto, algo indigno de su naturaleza y de su gloria, que colma todos los cielos. Además, y por definición, un futuro contingente no es ni necesariamente verdadero ni necesariamente falso.

Ribamontés.- Precisamente por eso la omnisciencia de Dios no afecta a la libertad humana, pues lo que Dios conoce no es ni necesariamente verdadero ni necesariamente falso.

Villedo.- No obstante, si algo no es necesariamente verdadero o falso, si no tiene por qué acontecer en el mundo, admitís un resquicio de indeterminación, incompatible con la omnisciencia divina.

Ribamontés.- Luego reconocéis que la omnisciencia de Dios exige asumir un determinismo absoluto en el universo. Decidme entonces cómo mantenéis la eficacia de la libertad humana, que, aun sin poder enajenarse del influjo de la gracia divina, cuyo poder no conoce fronteras, goza de autonomía para obrar el bien o el mal.

Villedo.- Si el alcance de la gracia divina no tiene límite, debe haber una causa que lo permita. La razón estriba, justamente, en la necesidad de suponer que Dios lo ha previsto todo, y por ello su gracia no tropieza con ninguna frontera, sino que accede a todas las mentes y penetra en todos los corazones.

Ribamontés.- Entonces borráis de un plumazo cualquier atisbo de culpa o de mérito en la historia. Me recordáis a Orígenes, quien pensaba que al final de los tiempos todo sería restaurado, y que incluso el diablo se convertiría, pues la luz de la gracia divina no podía excluir nada de lo creado.

Villedo.- Me reafirmo en la convicción de que Dios, siendo perfecto, ha de saberlo todo, y que admitir un agujero en su infinita sabiduría, por pequeño que se nos antoje, erosiona su grandeza. Sostener semejante tesis es impropio de un católico. Por tanto, no reniego de mi fe: Dios lo sabe todo, está detrás de todo, y todo participa de su ser infinito y glorioso. Aun así, dentro de su infinita sabiduría hay espacio para la libertad humana, y para que esta luz que habita en nosotros brille con claridad y hermosura.

Ribamontés.- Vuestra proclama es más un acto de voluntarismo que una deducción lógica. En cualquier caso, yo me reafirmo en mis ideas: Dios lo sabe todo, pero en lo que respecta a las posibilidades de acción del hombre, no a las realizaciones concretas de ese poder. Queda así preservada, como sagrado don de Dios, la libertad de todos los hombres, que es compatible con la sabiduría infinita del Creador del universo.

*LAS PREGUNTAS
BÁSICAS DE LA
VIDA*

PRÓLOGO

El auténtico océano bibliográfico que existe sobre teología, filosofía y fenomenología de las religiones es ciertamente ingente. Sin embargo, los abundantes trabajos científicos consagrados a estas disciplinas a lo largo de la Historia, y que han permitido que los estudios sobre religiones y sobre la idea de Dios hayan progresado de forma sobresaliente para comprender mejor las demás creencias antes de emprender una crítica contra ellas, sólo pueden ser entendidos de manera completa y sistemática por aquellas personas dedicadas a estos campos del saber y que están familiarizadas con la terminología, que incluye un elevado número de vocablos técnicos, y con la metodología. El propósito de este libro no es el de innovar o realizar una extraordinaria investigación sobre metafísica e historia de las religiones, pues no aporta nada nuevo a la ciencia; su único fin es el de explicar con más amenidad, como ya se viene haciendo en otras muchas obras de estilo similar, temas aparentemente tan lejanos e irresolubles como la existencia de Dios o el problema del mal. Ese alejamiento entre investigación teórica y sociedad conlleva que en muchos casos se desconozcan o se crean sin respuesta cuestiones como las anteriormente mencionadas, por el simple hecho de que la falta de lectura de obras básicas como pueden ser la *Teología Fundamental* de Henri Fries, el *Tratado de Historia de las religiones* de Mircea Eliade o la *Metafísica* de Aristóteles en sus diversas traducciones y otras muchas más, así como la falta de formación (de la que son culpables tanto los sistemas educativos de la época en que el lector estudiaba y el propio lector, pues, debido a diversas razones y circunstancias laborales, familiares, etc., ha descuida-

do de manera alarmante el incremento de conocimientos y de cultura tanto práctica como no práctica, esta última de forma desinteresada, meramente por el placer que supone adquirirla). La incultura en temas religiosos es realmente preocupante, en cierto modo porque la instrucción en estas asignaturas se considera característico y exclusivo de personas tradicionales y conservadoras y si cabe relacionadas con el mundo clerical y la Iglesia, a la que injustamente se le han atribuido las causas de ese fenómeno de distanciamiento en cuestiones religiosas. Así pues, con esta publicación se intentará acercar mediante una estructura dialógica semejante a la empleada por Platón, tratando de reproducir las discusiones que su maestro Sócrates mantenía con distintos personajes, y otros filósofos, griegos principalmente, por considerarla más práctica y adecuada a las características pretendidas para esta obra. El diálogo ha sido limitado a dos figuras, aunque en las descripciones ambientales que ofrece el maestro D. Logos en primera persona se intercalen en ocasiones algunos personajes como la jardinera Layla o Teófilo de Sumas. La nomenclatura responde a razones tanto estilísticas como filosóficas. *Logos* significa en griego razón o pensamiento, la capacidad humana que nos aleja del determinismo natural y que nos diferencia de las demás criaturas, algo imposible sin el lenguaje; término frecuentemente utilizado por Aristóteles de Estagira. *Sofos*, a su vez, procede de la raíz *Sofía*, que en griego alude a la sabiduría, el conocimiento de la realidad por sus primeras causas; por lo que podría ser traducido por sabio. La elección de esta última palabra se ha debido en particular a la fascinación que el autor profesa por este vocablo. El resto de los nombres, como los ya citados Teófilo de Sumas y Layla, responden, en el primer caso, a la pura invención; y, en el segundo, a nombres propios ya existentes, en este caso en el mundo árabe.

A continuación, procederé a indicar y precisar los libros, artículos o tratados consultados para cada capítulo, y que constituyen su parte teórica y han proporcionado un sólido e imprescindible soporte científico a las afirmaciones que expre-

san los dos personajes. Al no tratarse de un libro de carácter científico, se ha preferido eludir las notas a pie de página, que pueden interrumpir al lector no acostumbrado a su presencia. Por ello, no se ha mencionado la procedencia exacta de las citas incluidas en el cuerpo del texto, sólo el nombre de su autor. Por la diversidad de fuentes, se puede estar seguro de que aquello que se dice se basa y fundamenta en unos criterios y no responde a la inventiva del autor.

Como obras generales de consulta se han utilizado: *Documentos completos del Vaticano II*, edición de 1996; *Catecismo de la Iglesia Católica*, de la Asociación de Editores del Catecismo; *Diccionario de Citas*, compilación de Cesáreo Goicoechea, edición conmemorativa del año 2000; *Diccionario de Grandes Filósofos*, de José Ferrater Mora; *Diccionario de Filosofía*, del mismo autor; *Enciclopedia de las Religiones*, de César Vidal Manzanares; *Diccionario de las tres religiones monoteístas: Judaísmo, Cristianismo e Islam*, del mismo autor; *Teología Fundamental*, de César Izquierdo (ed.); *Teología Fundamental*, de Henri Fries; *Tratado de Historia de las religiones*, de Mircea Eliade; del mismo autor: *Lo sagrado y lo profano* y *Metodología de Historia de las religiones* (ed.); *Introducción a la Metafísica*, de Rafael Gómez Pérez; *Metafísica*, de Aristóteles, de la Colección Austral; *La ética a Nicómaco de Aristóteles*, de Vicente Hernández Pedrero; *Diálogos*, de Platón, Alianza Editorial; *Confesiones*, de San Agustín, Alianza Editorial; *Elementos de la Filosofía Cristiana*, de Étienne Gilson; *Sociedad y sensatez*, de F.J. Sheed; los volúmenes de la Historia Universal escrita por Will Durant, especialmente *The Age of Faith*; *Enciclopedia de ciencias filosóficas en compendio*, de Hegel; y del mismo autor *Lecciones de historia de la filosofía*; *El pensamiento antiguo*, de R. Mondolfo; *El cosmos, la Tierra y el hombre*, de Preston Cloud; *Historia de la filosofía*, de T. Urdanoz; *Historia de la filosofía moderna*, de R. Vernaux; *Marxismo y religión*, de G. Morra; *Historia de la filosofía occidental de Thales A Kant*, de Jean-François Revel; y del mismo autor *¿Por qué los filósofos?*; *El monje y el filósofo*, de

Matthieu Ricard y Jean-François Revel; *Historia sencilla de la filosofía*, de Rafael Gamba; *Obras completas de Unamuno*, de la Fundación Castro Turner.

En el plano lingüístico se ha usado la *Gramática de la Lengua Española*, de Emilio Alarcos Llorach; *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española; y el *Diccionario de sinónimos y antónimos de la lengua española*, de Larousse. La versión bíblica empleada es la *Nueva Biblia de Jerusalén*, de Desclée De Brouwer; así como la *Biblia de referencia Thompson*, versión Reina-Valera de 1960. Para el Corán la traducción utilizada es la de Julio Cortés para la editorial Herder, *El Corán*.

Así pues, para cada capítulo se han consultado obras específicas:

Capítulo I: *Dios existe*, de José A. Sayés; *¿Existe Dios?*, de Hans Küng; *Discurso del método*, de Descartes, de Alianza Editorial; *Sobre la felicidad. Sobre la brevedad de la vida*, de Séneca, Biblioteca Edaf; *El origen de las especies*, de Charles Darwin, edición de 1988; *La esencia del Cristianismo*, de Feuerbach; *El Capital*, de Karl Marx; *Tótem y Tabú*, de Sigmund Freud, en *Obras completas*, 1968; *A Dios por la ciencia*, de J. Simón; *El Azar y la necesidad*, de J. Monod; *Ciencia moderna y filosofía*, de J. M. Riaza; *Naturaleza, historia, Dios*, de X. Zubiri; *Los problemas del Ateísmo*, de Cl. Tresmontant.

Capítulo II: *Dios existe*, de José A. Sayés; *El mal*, de Ch. Journet; *El pecado original*, de José A. Sayés; *Los orígenes. Del edén a Babel*, de Antonio Salas; *Encuentro con la Biblia*, de A. Vidal; *El Desafío de los atlantes*, de Jean Deruelle; *La Atlántida*, de Carlos Barceló.

Capítulo III: *Dios existe*, de José A. Sayés; *St. Thomas and the Problem of the Soul in the Thirteenth Century*, de A.C. Pegis.

Capítulo IV: *Introducción a la Fenomenología de la Religión*, de J. Martín Velasco; *Historia de las religiones. I: Las re-*

ligiones del mundo antiguo, de H.-Ch. Puech; *La Biblia Hoy*, de Antonio Salas; *Ahora entiendo la Biblia*, de G. Lohfink; *La inspiración y el canon de las escrituras*, de A. Paul; *Y la Biblia tenía razón*, de W. Keller; *Textos para la Historia del Pueblo Judío*, de César Vidal Manzanares; *Los manuscritos del Mar Muerto*, de Felipe Sen Montero; *Los esenios y los rollos del mar Muerto*, de César Vidal Manzanares; *El Cristianismo*, de Hans Küng; *Los Santos*, de José Luis González-Balado; *La Iglesia. Comunidad de creyentes*, de Casiano Floristán; *El Islam*, de Montserrat Abumalham; *¿Qué es el Islam?*, de Chris Horrie y Peter Chippindale; *Mahoma*, T. Andrae; *El pensamiento árabe*, de M. Arkoun; *Historia del pensamiento del mundo islámico*, de M. Cruz Hernández; *Los fundamentos del Islam*, de Adel-Th. Koury; *El Islam*, de E. Santoni.

Capítulo V: *Utopía*, de Santo Tomás Moro; *La República o el Estado*, de Platón, Colección Austral.

Capítulo VI: *Mentiras históricas comúnmente creídas*, de José Luis Vila-San-Juan.

CAPÍTULO I:

EN TORNO A LA EXISTENCIA:

DIOS Y EL SER HUMANO

El sol brillaba fulgurante en el horizonte azul que cubría la ciudad. Acababa yo, comúnmente llamado y popularmente conocido como D. Logos, de volver de un largo pero fructífero retiro espiritual que consistió en marcharme a un recóndito lugar para meditar y leer decenas de libros. Desde pequeño había ansiado ser sabio, y devoraba incansablemente cuantas lecturas se me proponían. Regresé a la ciudad y me encontré con lo mismo de siempre. Tras saludar a mis familiares y allegados y ponerlos al corriente de mi regreso, me dirigí a la iglesia a rezar.

La soledad me gustaba, intentaba siempre evadirme del trato personal y no compartir mis conocimientos. Escogí uno de los bancos del final, el más escondido, en el que pudiese concentrarme sin ser molestado por el resto de los feligreses que acudían al templo. Estaba absorto en mis pensamientos, y en mis oraciones se intercalaban inevitablemente teoremas matemáticos y proposiciones filosóficas que había aprendido y no quería olvidar, y que en ocasiones me distraían. Afortunadamente, la vivencia que desde muy temprana edad experimentaba en la iglesia me proporcionaba unos momentos irrepetibles y únicos, de culminación personal y de confortabilidad, comodidad y bienestar que en ningún otro lugar recibía en tan elevado grado. Siempre he confiado en la importancia de mi fe, y

a pesar de las críticas que de otros intelectuales había recibido alegando que el fervor religioso es propio de individuos faltos de formación científica, seguía creyendo que lo único verdadero e inconsumible y el don más agraciado que se me podría haber otorgado era mi fe. Por mucho que razonase para intentar concebir axiomas lógicos e irrefutables que de una vez por todas defendiesen definitivamente la existencia de Dios, y por mucho que trataba de explicar a los más escépticos la sensación que produce la vivencia de la fe, desistí en ello, ya que me dije que lo realmente necesario y valioso era sólo individual y nadie más lo podría experimentar con el mismo ímpetu.

Una vez hube abandonado el templo, me dirigí a mi otro refugio personal. Se encontraba éste a la orilla de un río cuyas aguas fluían con una intensidad armónica, y el sonido de su agua al descender creaba en mi mente hermosas sinfonías que me llevaban al mundo de la fantasía. Era una clara utopía, la que yo había creado valiéndome del entorno. Bajo un robusto roble había ordenado construir una especie de cenáculo semejante al que ha mucho tiempo atrás usaban los romanos cuando dominaban la región. Instalé una mesa y unos sillones, aunque no acostumbraba a recibir visitas, pues como ya he dicho, prefería la soledad y me disgustaba profundamente el que se me interrumpiese en mis meditaciones metafísicas. Allí escribía mis obras, que me habían dado cierta fama en el mundo académico de entonces, y cuando no hallaba inspiración alguna en el bosque, el río o el sol, no hacía sino mirar hacia el horizonte y hacia el alto campanario de la iglesia que siempre sobresalía, e instantáneamente a mi cabeza llegaban ideas.

Un día, recién amanecido, me sorprendió la aparición de alguien que marcaría el resto de mi vida. Era él de mediana estatura, rizados cabellos y esbelto porte, mirada penetrante y directa, ademán intelectual, y advertía en él un ansia de conocimiento y de alcanzar la auténtica sabiduría sin precedentes. Traía un libro desgastado y aparentemente antiguo, muy grueso y con pequeñas ilustraciones intercaladas entre las páginas.

Su título era evidente: la Biblia. Nunca había visto a un niño de tan corta edad leyendo un libro que requiere tanto análisis interpretativo y como consecuencia, de tanta preparación. Pero olvidando esos aspectos teóricos, advertí que entusiasmo no le faltaba. Se acercó lentamente hacia mí, y una vez hubo llegado al banco sobre el que me encontraba sentado, se acomodó con una admirable serenidad a mi lado. Intercambiamos agradables saludos, y procedí posteriormente a preguntarle cuál era el motivo de tan inesperada visita. Respondióme que no había motivo alguno, únicamente quería ver qué era lo que hacía, pues era ya por entonces célebre por mi erudición, y si fuera posible, pedirme que hiciese de preceptor suyo y le enseñase cuanto supiese. A todo ello empecé por decirle, quizás excesivamente rotundo y como luego pensé con riesgos de asustar al singular infante, que si en su contestación hablaba de que carecía de motivo alguno que le hubiese impulsado a ir a verme, cuando después expuso que iba sólo para apreciar qué cosas hacía en mi tiempo libre, porque había cometido tan clara incongruencia. Cuál fue mi asombro cuando me replicó textualmente: -“La existencia de un objetivo claro y definido para mi visita ha sido impuesta por vos, ya que si hubiese permanecido sentado en el banco sin que me hubieseis saludado, allí habría continuado estando mirándoos y admirándoos, disfrutando de hacer tal cosa, pero al dirigirme vos cuestión semejante me obligasteis ineludiblemente a responderos, y como parece ser que no hay nada en esta vida que no tenga un fin, improcedente me pareció no dados a vos uno cualquiera”.

Atónito estaba, ya que nunca un joven me había respondido de tal manera, y no creía que hubiese niños con tal grado de madurez. Acepté incondicionalmente ser su maestro, y ni aún hoy sé por qué, pues todos ya sabréis que no era especialmente sociable. Pero tomé mi decisión con mucho entusiasmo, y a la mañana siguiente cité al párvulo, de nombre D. Sofos, a mi refugio campestre, que acabé por llamar academia al modo de los antiguos griegos.

Al día siguiente y con una admirable puntualidad llegó D. Sofos a la academia y tomó asiento. A pesar de todo lo que yo conocía no sabía qué enseñarle, porque había tantas cosas y tanta materia para impartir, que estaba completamente desbordado. Y no estaba seguro si debía empezar por nociones de filosofía, literatura, geografía o historia. Pero la providencia de este joven de tan sorprendentes cualidades me ayudó y asistió en tal aprieto, que, aunque parezca vago, simple y trivial, contenía para mí complejidad. Alzó la mano para solicitarme el permiso para hablar, y yo accedí a su petición. Me dijo pues:

D. Sofos: —Maestro, sé que vos sois muy religioso. Os veo frecuentemente en la iglesia rezando y yendo con asiduidad a la Eucaristía de los domingos o incluso de media tarde cada día. También sé que conocéis ampliamente la Biblia, que por cierto estoy leyendo, y que creéis sólidamente en la existencia de un Dios o Ser Omnipotente. Pero también estaréis al corriente de que se escuchan entre ilustres matemáticos y hombres de ciencia, incluso literatos, pensadores y filósofos, ávidas e implacables críticas contra vos, diciendo que un intelectual, erudito o como se quiera llamar, si lo es realmente, nunca podría creer en tal cosa, pues va contra la ciencia y la razón. Alegan además que el fervor religioso que posee podría influir continuamente en vuestros pensamientos y privarles a éstos de la requerida objetividad.

D. Logos: —No hay un mejor tema sobre el que pudiésemos hablar, pues ya he notado que vuestra preparación y aptitudes para el aprendizaje son asombrosas, y estáis perfectamente dispuesto para comenzar una lección filosófica de este talante. Cada vez es más preocupante el auge del agnosticismo y en menor medida del ateísmo que en nuestros tiempos vivimos. Los jóvenes principalmente se muestran reacios a cualquier forma de fe y la combaten duramente. ¿Será que el progreso y los grandiosos avances que experimentamos hayan sido tan perjudiciales que nos han hecho perder lo máspreciado que teníamos, la fe? Peor aún, también ha proliferado la particular

actitud de aquél que respetuoso con la fe de los demás, pretende que de Dios no se sepa nada, es decir, los que llamamos agnósticos. La teología es el esfuerzo del creyente por asimilar racionalmente su propia fe. Como proclama la encíclica *Fides et Ratio*, la relación entre la fe y la razón es de “*íntima compatibilidad entre la fe y su explicación por una razón capaz de dar su asentimiento en plena libertad; la fe muestra plenamente el camino a una razón que busca sinceramente la verdad; la fe: don de Dios, pero no puede prescindir de la razón; la razón: necesita fortalecerse a partir de la fe, para descubrir los horizontes a los que no podría llegar por sí misma*”. La Teología Fundamental es la disciplina encargada de dar razón de la fe, fundando y justificando la pretensión de verdad de la Revelación cristiana como propuesta sensata de credibilidad.

D. Sofos: —Perdonadme, maestro, que os interrumpa, pero el progreso mal interpretado como hacen esos individuos significa mirar en la menor medida posible hacia atrás e intentar borrar todo lo que recuerde al pasado. Realmente, triste es esta actitud, pero confío en que llegará el momento en el que los hombres y las mujeres se conciencien de que esa postura sólo traerá perjuicios y males, seremos tan modernos que habremos olvidado todo lo que nos pasó, incluso lo de momentos inmediatamente anteriores, y nos encontraremos solos ante el mundo, ante lo que nosotros mismos hemos creado, asustados y sin saber qué hacer, y será entonces cuando volveremos a pedir a Dios ayuda.

D. Logos: —Jamás habría imaginado que pudieseis, mi apreciado alumno, discurrir tan magistralmente, y bien os debían escuchar muchos de esos personajes. Pero, en fin, si oídos sordos hacen a vuestras palabras, por lo menos intentaré que con esta lección estéis tranquilo vos mismo sabiendo que Dios existe y que siempre está con nosotros, y que además podáis seguir siendo hombre de ciencias, letras o filosofía, pero manteniendo segura esa convicción. Así pues, continúemos. Como decía, el auge del agnosticismo está motivado por el apogeo del escepticismo...

D. Sofos: —¡Qué ingenuos! El escepticismo es la incredulidad en la causa y el efecto.

D. Logos: —Hacia todo aquello que no se pueda probar mediante la ciencia experimental.

D. Sofos: —Pero maestro, hay tantas cosas que no se pueden probar mediante la ciencia experimental, como el origen del universo en el que vivimos, el perfecto orden de las cosas que constituyen la Naturaleza, nuestra propia existencia y muchos otros fenómenos que me parecería ridículo reducir esa cuestión a tal simpleza. La ciencia debe ser neutral en esta cuestión, porque además de los incontables principios de indeterminación que he enumerado antes, tiene que ser consciente de sus propios límites y afrontar el problema con la humildad que requiere. La experiencia religiosa es aún más humana y antigua que la ciencia, por lo que debe tomarse en mayor consideración. Cuando el ser humano avanzó tanto que sólo confió en la ciencia creyendo que podía prescindir de Dios, pues era ella la única que le haría progresar, no sé hacia qué, pero, en fin, que le daría más facilidades y bienestar, se perdió el temor de Dios, que, aunque pueda resultar antiguo y retrógrado, es de suma importancia. Cuando las personas vean que todo lo que conlleva la ciencia no es utópico e ideal, se dará cuenta de su error.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, pero hay personas que no opinan así, y su opinión es igualmente respetable. Por eso sigamos explicando. Había un tiempo, con los antiguos griegos, en que una rama de la filosofía llamada metafísica tenía mucha aceptación. Incluso uno de los más grandes pensadores de la Historia de la Humanidad, Aristóteles, el Estagirita, escribió un libro consagrado a esa disciplina, el cual aquí os regalo para que lo leáis tranquilamente.

D. Sofos: —Gracias de veras, mi admirado maestro, os aseguro que lo leeré gustosamente. Pero ¿en qué consistía esa materia?

D. Logos: —Intentaba explicar el mundo físico, es decir, la Naturaleza, mediante causas y principios que se hallan más

allá de todo cuanto alcanza la ciencia experimental. Metafísica significa, precisamente, “más allá de la física”. Las preguntas de esta disciplina giran en torno a las causas del ente, participio del verbo ser, en cuanto que ente, interrogándose sobre lo primero y fundamental, de ahí que Aristóteles la llamó “filosofía primera”. Por ello, en la actualidad muy pocos la siguen, ya que quiso huir del sistema de análisis universal que los individuos habían implantado, haciendo uso exclusivamente del orden natural que antes del otro, meramente cuantitativo, se nos presentaba. Porque no son pocos los que creen que más allá de la ciencia experimental no podemos tener certeza alguna de que lo que observamos o intentemos demostrar sea verdadero.

D. Sofos: —Sin embargo, el problema de la existencia de Dios y de su relación con el ser humano es y seguirá siendo la pregunta fundamental que le surge, desde su nacimiento.

D. Logos: —No os falta verdad en vuestras observaciones, mi querido Sofos, pero a pesar de ello poca gente defiende su existencia racional. Es más, cuando a numerosos creyentes se les pregunta acerca de la existencia de su Dios, responden que desafortunadamente fe y razón son incompatibles. Pero es absurdo pensar que la razón, que fortalece nuestra religión, debilita nuestra devoción; porque el último paso de la razón es reconocer que existe una infinidad de cosas que le son inaccesibles. Esta clase de práctica religiosa, la fideísta, la cual dice que nos entreguemos a un Dios de cuya existencia nunca podremos saber, propicia en cierto modo, y en aquellas personas que no tengan una fe lo suficientemente sólida, la aparición del agnosticismo.

D. Sofos: —¿Y cuál es vuestra postura, maestro?

D. Logos: —No es posible la fe sin razón. Aunque la razón no sea causa de la fe, es indispensable y completamente necesaria para que la segunda se dé de forma coherente, seria y lógica, en ningún caso infantil; porque si así no fuera, lo único que haríamos es apoyar a los agnósticos, ya que les diríamos que

no les podemos quitar certeza en sus convicciones pues ni nosotros mismos sabemos si Dios existe realmente. Y entonces nos preguntarían por qué, si no podemos tener constancia de la existencia de Aquello en lo que creemos, creemos.

D. Sofos: —¿Qué les responderíais entonces, maestro?

D. Logos: —Esa no es mi postura, pero si lo fuese les diría que mi fe está motivada por una vivencia espiritual indescriptible e inigualable, que trasciende de todo lo racional. Consciente soy de que la razón es el mayor de los dones de la Naturaleza, su fuerza nos eleva por encima de nuestras pasiones y flaquezas y nos hace que mandemos en nuestras mismas cualidades, facultades y virtudes. Pero la fe es algo más grande, en un destino futuro y desconocido, más allá de esta vida, la fe en la eternidad, en fin, aspiración absorbente, única e inmensa, mata esa fe al por menor que pudiéramos llamar personal, la fe en el mañana, especie de aguijón que espolea los espíritus irresolutos, y que tanto se necesita para luchar y vivir y alcanzar cualquier cosa en la tierra.

D. Sofos: —Y ¿no es eso suficiente, pues el agnóstico no os podría alegar nada en vuestra contra?

D. Logos: —No, porque confío en que la convicción que desde joven hay en mí de que Dios existe tiene que ser real, y si es real es demostrable.

D. Sofos: —Pero entonces vuestra fe estaría motivada por algo racional y científico, y no espiritual, que es lo verdaderamente importante.

D. Logos: —Cierto es, pero creo que la fe debe ser el complemento de ambas posturas, la espiritual y vivencial con la racional.

D. Sofos: —Qué afortunado soy, pensando que voy a poder gozar del placer que supone desentrañar esos misterios de la filosofía que tantos personajes célebres han abordado con o sin éxito a lo largo de la Historia.

D. Logos: —Debo avisaros que no es mi intención daros la fe, pues ésta es un don de Dios y una virtud teologal innata. Suerte tenemos los que con ella contamos, pues fijaos en los que no la tienen, que están solos y tristes, desamparados sin poder refugiarse en algo semejante.

D. Sofos: —No os preocupéis en absoluto, que consciente soy de tal cosa.

D. Logos: —Como ya hemos repetido, el problema de la existencia de Dios ha sido la cuestión fundamental de los hombres y mujeres. Aparentemente carece de finalidad, porque, aunque supiésemos de su existencia o no existencia, íbamos a vivir igual.

D. Sofos: —Igual relativamente, pues no sería lo mismo tener la certeza de que existe a sentirse solo en un Universo tan inmenso sin un Dios.

D. Logos: —Evidentemente, pero para un científico o un hombre normal ese hecho no le es trascendental, pues no iba a modificar su vida.

D. Sofos: —Desde una óptica materialista, no espiritual.

D. Logos: —Pero somos conscientes de que, a diferencia de los animales, tenemos la posibilidad de preguntarnos a nosotros mismos. Un animal, encerrado en el mundo material que lo rodea, no puede trascender de él para dudar de su propia existencia, preguntarse por su origen o enfrentarse a la muerte. Aunque ellos también mueran, su muerte es meramente material, puesto que no pueden llegar a comprender lo que ella supone y siquiera plantearse si después de ella les espera algo. Es decir, carecen de identidad, lo cual para mí es terrible. Si lo que conocemos es ante todo las cosas finitas y éstas no poseen en sí mismas la causa o razón de su ser, es necesario que exista algo que no dependa de otro, que sea estrictamente necesaria y a partir de la cual se originen el resto de los seres. Si fuese incognoscible, es decir, a la que no se puede

acceder por medio de la razón o los sentidos, para mí y para otros muchos filósofos la empresa humana de búsqueda de una causa última y la filosofía como asistente a los hombres en tal búsqueda habría fracasado.

D. Sofos: —Estoy completamente de acuerdo con vos, maestro. Sobre la primera frase querría hacer una puntualización. A otro le podría parecer ideal carecer de la posibilidad de preguntarnos por lo que nos rodea, porque así nunca sufriría por nada ni tendría que preocuparse de nada.

D. Logos: —Desde mi condición humana, de la que por mucho que lo intente no puedo escapar, el que ocurra eso es trágico, pues nuestra propia grandeza consiste en poder experimentar nuevas sensaciones, sean malas o buenas, que a su vez nos hagan disfrutar o sufrir y nos den una experiencia que no se puede conseguir de ninguna otra forma. Juzgo preciso realizar una aclaración terminológica esencial, porque el problema que atañe a la metafísica en cuestiones de lenguaje es el hecho de que muchos de sus términos coinciden con los del lenguaje coloquial, lo que en ocasiones lleva a confusiones. Y emulando a Santo Tomás: “*Parvus error in principio, magnus in fine*”; “Un pequeño error en un principio, se convierte en uno grande al final”.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Bien. Lo que quería deciros es que no es lo mismo *ser* que *existir*. No son en absoluto sinónimos. Existir indica en metafísica *el hecho de ser*. Existir es, pues, un hecho, un resultado; el resultado del acto de ser.

D. Sofos: —*actus essendi*, en latín.

D. Logos: —Exactamente. Sin embargo, “ser” es un principio metafísico fundamental. Existir, como la acción de una serie de causas, no debería ser aplicado en realidad a Dios, que no es causado, sino eterno, y que por lo tanto no *existe*, sino que *es*.

D. Sofos: —Seguramente lo que decís es correcto, pero sólo si quisiéramos empezar de cero sin saber que Dios es, aunque eso sea evidente; mas suponiendo que no lo sepamos, hemos de utilizar el término *existir* públicamente, porque en el lenguaje común todo el mundo podría entendernos, haciendo las aclaraciones pertinentes en el desarrollo del discurso.

D. Logos: —Tenéis toda la razón, y una brillantez de oración admirable. Así pues, continuando con el problema de la existencia de Dios, juzgo necesario que antes os demuestre que nosotros mismos existimos, para posteriormente proceder a demostrar la existencia de una Inteligencia creadora y ordenadora asequible a la razón, pero no evidente, porque si lo fuera, ¿qué mérito moral tendría la fe?

D. Sofos: —¿Demostrar mi propia existencia, maestro? Yo sé que existo, es obvio.

D. Logos: —¿Cómo lo sabéis?

D. Sofos: —Porque ando, corro, respiro, estoy ahora mismo aquí y soy tangible, vos me podéis tocar como yo puedo acariciar vuestras solemnes barbas.

D. Logos: —¿Y si padecieseis una alucinación, como las que a veces sufrís en sueños, creyéndooos que estáis en un lugar diferente o que sois alguien diferente?

D. Sofos: —Me parece algo tan evidente que ni siquiera me he planteado el problema.

D. Logos: —Lo que ocurre es que en ocasiones no nos detenemos a meditar sobre la importancia de las cosas a primera vista más evidentes, lógicas y claras, como la posible demostrabilidad de nuestra propia existencia. Quiero empezar por hablaros de un hombre, uno que ha marcado la historia del pensamiento universal. Se llamaba René Descartes, e imagino advertiréis la admiración que por él profeso. Con él comenzaba la filosofía moderna, que desde el siglo XVII llevó nuevas directrices.

A diferencia de sus coetáneos británicos, que impulsaron esta disciplina por el camino de la experiencia —el empirismo—, Descartes lo lleva por el de la razón —racionalismo—. Él era el hombre de la razón. Cuando observo sus retratos o leo sus escritos no hago sino imaginarme cómo era tan ilustre personaje, cómo actuaba y qué habría pensado de determinadas situaciones. Aunque sus investigaciones no se limitaron al ámbito de la filosofía, pues realizó notables avances en matemáticas y física, cierto es que fueron la lógica y la ontología las que le dieron celebridad mundial. En un pequeño y breve tratado, titulado *Discurso del Método*, el sabio describe los principios de su metodología, y, sobre todo, demostró la existencia de tres conceptos claves: él mismo, Dios y las cosas materiales.

D. Sofos: —Asombroso.

D. Logos: —Ciertamente. Comenzó por dudar de todas las cosas y considerar como falso incluso lo más elemental y aparentemente certero, como os ocurrió cuando os pregunté acerca de qué prueba podríais darme para demostrar vuestra existencia. De este modo intentaba eliminar aquellas opiniones y creencias generalmente falsas influidas por una larga tradición y que dificultaban considerablemente el avance de la filosofía. Pongamos un ejemplo. Mirad este vaso y describírmelo.

D. Sofos: —Es de cristal, coloración clara, grande y alto pero muy estrecho.

D. Logos: —Perfecto, muchas gracias. Esos datos os los han proporcionado vuestros sentidos, ¿no es cierto?

D. Sofos: —Evidentemente, ¿qué si no?

D. Logos: —¿Por qué estáis tan seguro, si muchas veces os han engañado? Por ejemplo, mientras dormíais estoy seguro de que en alguna ocasión habréis tenido una pesadilla o un agradable sueño, en el que os imaginabais estar leyendo las mejores ediciones de los clásicos de la literatura universal en la biblioteca más elegante del mundo. Pero, horas después, os despertáis y os dais cuenta de que

en realidad estáis sentado en vuestra cama y en vuestra casa. Y esa información la recibisteis de vuestros sentidos. Pues bien, como decía Descartes, no es prudente fiarse por completo de quienes nos han engañado una vez. En conclusión, no podemos fiarnos de nuestros sentidos totalmente. Pero, aunque las cosas que creemos ver no fuesen más que meras ilusiones...

D. Sofos: —Las ilusiones pueden ser muy poderosas.

D. Logos: —...debería haber, sin embargo, otras cosas más simples y universales, como él decía, que formen el resto de los conceptos y esencias que residen en nuestra mente. Entre ellas enumera Descartes la naturaleza corporal, la extensión o la magnitud.

D. Sofos: —Todos ellos aspectos muy matemáticos.

D. Logos: —Sí, porque él creía que la perfección de la matemática era inigualable, y que siguiendo sus reglas debería estar formado el mundo, porque tratan de cosas muy simples y generales que encierran algo indudable, porque esté donde esté o haga lo que haga, el cubo de nueve siempre será setecientos veintinueve.

D. Sofos: —Pero si Dios, suponiendo que exista, cosa que creo y que espero luego me expliquéis tal y como hemos acordado, es todo bondad y fuente suprema de verdad, ¿por qué a lo largo de la Historia muchos hombres se han engañado sobre diversas cuestiones, incluso matemáticas, admitiendo como evidentes principios que hemos descubierto son falsos?

D. Logos: —Descartes emplea para responder a esta cuestión el recurso del geniecillo o espíritu maligno, no menos astuto y burlador que, poderoso, que sería el causante de los engaños. Gracias a ello, el autor francés puede dudar de cualquier cosa, por obvia que resulte. Sumido en un mar de dudas, obsesionado por todo cuanto veía, sentía, oía, olía o tocaba, y habiendo desistido en su intento por encontrar algún principio que le asegurase que lo que sus sentidos le mostraban era cierto sin

caer en contradicción, Descartes descubre su tesis más famosa: *Cogito, ergo sum*, “pienso, luego soy”. Si duda, quiere decir que piensa, y si piensa, existe como *res cogitans* o cosa pensante. Esta es la primera verdad indudable y base de toda su filosofía, y que nos ayudará mucho a la hora de demostrar racionalmente la existencia de Dios.

D. Sofos: —Pero...

D. Logos: —Simplemente por el hecho de dudar se está confirmando que se piensa, y si se piensa que se existe. Por mucho que el geniecillo maligno intentase engañarnos, no podría hacerlo, pues para engañarme tengo que existir. Como el propio Descartes decía, la duda puede alcanzar el contenido del pensamiento, pero no el pensamiento mismo. Aunque se dijese “camino, luego soy”, no podría estar seguro de tal cosa, porque ningún camino racional demostraría la existencia de la materia si antes no he podido demostrar mi propia existencia con un principio indudable.

D. Sofos: —Sin embargo, puedo estar seguro de que existo en cuanto que ser pensante, pero no biológico.

D. Logos: —Efectivamente, pero para demostrar la existencia del cuerpo hay que probar antes la existencia de Dios.

D. Sofos: —Quisiera plantear, maestro, una última objeción, sin intentar infravalorar a tan insigne personaje. Si bien recuerdo, ya San Agustín de Hipona dijo que si se engañaba existía.

D. Logos: —*Si enim fallor, sum*, exactamente. Estáis en lo cierto, e intuyo que lo que deseáis decirme es que esa base fundamental ya había sido descubierta alrededor de mil doscientos años antes.

D. Sofos: —Exacto.

D. Logos: —Pero, aunque los enunciados sean semejantes, el uso que de ella se hace y el modo de obtención son muy diferentes. Recordemos que Descartes realiza un preciso y riguro-

so procedimiento metodológico mediante el cual accede a esa verdad, mientras que los anteriores pensadores no siguieron un camino tan exacto. Toda la fórmula que os he descrito es la denominada “duda metódica”. En resumen, puedo estar seguro de que soy una cosa que piensa, un espíritu, un entendimiento o una razón.

D. Sofos: —¿Y qué es una cosa que piensa?

D. Logos: —Según Descartes, una cosa que duda, entiende, concibe, afirma, niega, quiere, imagina y siente. Seguros ya de que existimos, demostremos ahora la existencia de Dios. La pregunta por el sentido último de la vida aparece en la juventud, aunque a vos, mi querido Sofos, ha sido en la niñez. El hombre vive con proyección hacia el futuro, situándose en realidad por delante de sí mismo, impulsado por las labores o tareas que se propone ejecutar, aunque concluya un trabajo busca otro que realizar, pues hay una sed de infinito en su mente. Sin embargo, la muerte es una amargura que le tortura durante toda su existencia terrenal. Desde los albores de la humanidad, la idea de la muerte y de la inmortalidad celestial ha obsesionado a las personas. No podemos escapar de nuestro propio miedo, aunque tengamos, la mayoría, la convicción de que la muerte es una mera abstracción que no existe, pues la vida continúa. El hombre siente miedo ante lo desconocido, que le genera inseguridad y temor a verse tan pequeño en un universo tan inmenso, a que se cuestione su supremacía. El hecho de que exista Dios es fundamental para el ser humano en todos los sentidos.

D. Sofos: —Si muriésemos y no hubiese nada más después, es decir, si Dios no existiese y no nos otorgase la eternidad, nuestra existencia carecería de sentido.

D. Logos: —Exacto. Algunas personas han visto al hombre como alguien que realiza inútilmente un esfuerzo enorme, como hacía Sísifo al pretender subir piedras a la cima de una montaña y comprobar que se volvían a desprender. El hom-

bre sería, entonces, un ser para morir, cuyo único objetivo es alcanzar la mayor felicidad posible en vida teniendo en cuenta que esa felicidad siempre estará limitada por la seguridad de que la muerte nos eliminará por completo y no volveremos a gozar de esos momentos. La búsqueda de esa felicidad sin límites es uno de los mayores anhelos del hombre. Ese sentido de dependencia y duda incluso de uno mismo dio hace muchos miles de años origen a las religiones naturales. Como se puede notar fácilmente, la mayoría de las personas cree de algún modo u otro en la existencia de un ser superior, causa de su existencia. Aunque esto no constituya una prueba de su existencia, pues el consenso no influye, sí supone una importante parte del interrogante referente al porqué de nuestro interés por conocer si existe Dios. En efecto, no ha habido pueblo antiguo alguno que yo conozca que no haya creído en Dios.

D. Sofos: —Me vienen a la cabeza las acertadas palabras de Plutarco, quien decía que *“si viajas, podrá ser que encuentres ciudades sin murallas, sin leyes, sin casas, sin riqueza, sin moneda...; pero no encontrarás ninguna sin templo y sin dioses, sin oraciones ..., sin sacrificios para pedir gracias tengo por más fácil el fundar una ciudad sin tierra, que juntarse los hombres y perseverar unidos sin religión y sin Dios”*. En verdad, no merece ser tratado como hombre el que no tiene religión.

D. Logos: —Os felicito por tan prodigiosa memoria. En los pueblos primitivos la religión lo era todo, no había vida profana. En los últimos tiempos, especialmente en los siglos XVIII y XIX se ha incrementado el fenómeno del ateísmo, ya que en la Antigüedad sólo se dio en personajes aislados, como por ejemplo Epicuro o en menor medida Spinoza, que más que ateo, era panteísta.

D. Sofos: —Aquél que identifica a Dios con el conjunto del Universo y le niega un carácter personal y distinto del mundo.

D. Logos: —Exactamente. No estaría de más que ahora hiciésemos un repaso a la historia de la filosofía moderna y

analizásemos el porqué de la creencia o no creencia en Dios de sus protagonistas.

D. Sofos: — Algo apasionante, os escucho.

D. Logos: — Si hay algo que ha originado gran parte del ateísmo actual es, sin duda, la ciencia moderna. La ciencia experimental, su base, no se desarrolla hasta el siglo XVII, con los grandes hombres de la física y la matemática: Copérnico, Galileo, Kepler, Newton... Todos ellos crearon la actual ciencia cuantitativa, que como principio busca el cómo; la ciencia de las ecuaciones, el álgebra y las incógnitas tan aparentemente complicadas, pero que sólo nos muestran el funcionamiento de la naturaleza, de la que formamos parte, mas en un lenguaje más accesible a todos y universal: el lenguaje matemático, en el que estaba escrita la naturaleza para Galileo, y que por lo tanto hacía imprescindible su estudio. Las hipótesis de trabajo complementarían a las experiencias de la ciencia antigua. Cuando Newton descubrió las leyes de la gravitación universal se basó en hipótesis de trabajo. Sin embargo, estos primeros hombres de ciencia eran creyentes, y la mayoría veía en la ciencia la prueba fundamental de la existencia de Dios, gracias a la cual podrían penetrar en lo más íntimo de la Creación. Mas no tardó mucho en aparecer el denominado materialismo científico, que niega la posibilidad de la existencia de Dios. Los grandes hombres de la *Enciclopedia*, como Voltaire o d'Alembert, se inclinan por esta concepción del mundo, y en especial el pensador alemán Büchner. El influjo de la teoría de la evolución del británico Darwin, según la cual las especies evolucionan mediante variaciones individuales y la selección natural, fue decisivo en el auge del materialismo, a pesar de que éste y los demás autores que la definieron dejasen claro que la naturaleza es obra de Dios y la parte espiritual del hombre proviene de Dios. El gran Kant también influyó, aunque de forma indirecta, en el ateísmo moderno. Recordad que el pensamiento de Kant sobre el conocimiento dice que hay dos tipos de conocimientos: los conceptos abstractos que el sujeto conoce de antemano y que están fabricados sin que los haya captado por

medios sensitivos, el conocimiento *a priori*, y los que nos llegan por medio de los sentidos y la experiencia, el conocimiento *a posteriori*. Según esto, no es posible el conocimiento de Dios o del alma, porque no tenemos sensación alguna, carecemos de conocimiento *a posteriori*.

D. Sofos: —Pero, el principio de causalidad...

D. Logos: —No sería válido en este caso, porque algo sólo puede ser causa de otro algo en fenómenos sensibles de este mundo, y como de Dios no tenemos experiencia sensible, no cabe por tanto un conocimiento racional de la existencia de Dios. Kant, en resumen, era agnóstico, pero en la vida real, no teórica, era creyente. Como él decía: “*Todas nuestras conclusiones que quieren llevarnos más allá del campo de una posible experiencia son engañosas y carentes de fundamento*”.

D. Sofos: —Pero vos me habéis dicho que había una posibilidad de demostrar la existencia de Dios mediante la razón, y Kant afirmó con argumentos lógicos y coherentes que ésta era imposible. ¿Cuál es, pues, esa ecuación, fórmula o como queráis llamarla, que encierra tal misterio?

D. Logos: —Ante todo, tened paciencia, pero debo advertiros que no existe tan fórmula, como si de un problema matemático se tratase. El debate sobre la existencia o no-existencia de Dios es algo mucho más profundo. Pero sigamos con esa breve historia de la filosofía que os venía haciendo. Como decía, Kant no era ateo, sino creyente. Según él, el acceso a Dios sólo lo encontramos por el camino de la moral. Si el hombre no fuese libre, esa moralidad no podría darse; tampoco si no fuese inmortal, ya que el ser humano no tiene tiempo suficiente en la tierra para practicar el bien. Dios debe existir, para que premie a los buenos y castigue a los malos, según Kant.

D. Sofos: —Curiosa explicación. ¿Qué me decís de Hegel?

D. Logos: —Para Hegel la filosofía era superior a la religión, ya que supera la distinción entre lo finito y lo infinito. Su

visión es la de un Dios panteísta, que abarca y cubre todo y no es personal. Su esencia es la de la propia naturaleza, la del mismo hombre.

D. Sofos: —Discrepo completamente de la primera afirmación que hizo este hombre, por el que profesaba más admiración, pero al darme cuenta de que cometió tan craso error... La filosofía quiere hermostrar la vida, y la religión la llena. Si la filosofía deriva de la propia religión, lo más no puede derivar de lo menos; luego la religión es *más*, es superior a la filosofía. Eso por una parte; por otra hemos de pensar que la gran cuestión de la filosofía es la religión, la existencia de Dios, mientras que en la religión la filosofía no ocupa ningún lugar, no es del todo necesaria. Entonces, siguiendo una lógica evidente, la religión es más que la filosofía.

D. Logos: —Admirable respuesta, que maduraréis con el paso del tiempo. Personalmente, estoy de acuerdo con vos, en que la religión es superior a la filosofía. Hegel partía de la idea de lo racional, pensando que todo lo racional era superior a lo espiritual. Pero olvidó que la esencia del hombre es ante todo espiritual, la racional la conllevó la espiritual, pues si no, no habrían existido supersticiones o mitos a lo largo de la Historia.

D. Sofos: —Estoy seguro de que habría considerado a los mitos como simples cuentos de hadas, sin caer en la importancia que tienen como único medio de expresión para el hombre de aquello que siente y no puede explicar, como una detallada descripción de la batalla de Lepanto.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, pero al margen de nuestras opiniones, intentaré ser lo más objetivo posible al explicar la siguiente etapa de la historia de la filosofía: el inicio del ateísmo.

D. Sofos: —Algo que dudo seriamente.

D. Logos: —Feuerbach comienza la crítica a la religión, cuyo origen está precisamente en Hegel, ya que, si piensa que la religión es un escalón inferior a la filosofía, se manifiesta claramente ateo. Para él todo debe partir del hombre como ser real y físico.

D. Sofos: —No entiendo cómo ese hombre podía partir de un principio que no podía demostrar, pues como me explicasteis cuando hablábamos de Descartes él sólo dedujo que existía como ser pensante, no lo podía asegurar como físico, aunque fuese evidente y él tuviese la certeza de que existía como físico. Con lo que, desde el principio, la filosofía de Feuerbach escondió graves imprecisiones.

D. Logos: —Para Feuerbach Dios es la proyección del pensamiento humano, de su esencia. El hombre es entonces el que crea a Dios y no al contrario, como cabría suponer. Lo que el hombre ansía, la felicidad sin límites, el amor, la sabiduría, etc., eso es Dios. Siguiendo este planteamiento, la religión es un empobrecimiento del hombre, ya que no puede valerse de sí mismo y requiere la existencia de un ser fantástico e imaginario. La religión es una construcción de nuestro deseo, una utopía. Es evidente que la situación de dependencia y deseo de felicidad motiva la aparición de las religiones, pero no se puede intentar probar la inexistencia de Dios partiendo de nuestra tendencia al infinito ni deduciendo que por el hecho de que todos esos sentimientos influyan considerablemente en nuestra fe, Dios no exista. Ahí es, por lo tanto, donde vacila el pensamiento de Feuerbach.

D. Sofos: —Pobres ateos, estoy seguro de que en el fondo de su corazón tenían la convicción de que Dios existe, pero para resultar revolucionarios, aunque también resentidos sociales, hicieron cuanto pudieron para defender lo indefendible.

D. Logos: —Serenaos, no hay que sacar conclusiones aceleradas. Ahora voy a hablaros de Marx. En un principio, el filósofo alemán emplea una crítica racionalista contra el estado confesional, es decir, aquél donde la propia nación se manifiesta seguidora de una religión concreta, en este caso el cristianismo. El despegue que por aquellos inicios del siglo XIX tuvo el liberalismo les motivó a calificar esa confesión de irracional y opresora de la libertad.

D. Sofos: — ¡Ay de la libertad, qué ignorantes, pues no la comprendían! “*Dios ha querido que la libertad civil, la política, todo linaje de libertades nazcan como de su fuente, de la libertad moral, es decir, del dominio de la razón apoyada en Dios, sobre las pasiones que tienden a esclavizarla*”, como dijo Aparisi y Guijarro.

D. Logos: — En verdad, “*la libertad es la facultad de hacer lo que la ley permite*”, como proclama un adagio jurídico, no lo que uno quiera. Algunos contemporáneos de Marx hablaban incluso de separación de la Iglesia y el Estado, ya que si la Iglesia no se beneficiaba de los privilegios estatales desaparecería.

D. Sofos: — Qué absurdo.

D. Logos: — Conforme Marx avanza en edad y en madurez, abandona progresivamente esas convicciones y acepta con entusiasmo las ideas de Feuerbach que antes os he expuesto, según las cuales, recordad...

D. Sofos: — La religión es una proyección del espíritu humano.

D. Logos: — Exactamente. La última etapa del ateísmo de Marx gira en torno al materialismo histórico.

D. Sofos: — Es decir, el modo de producción económica determina los demás valores de la vida, entre ellos la religión.

D. Logos: — Admirable memoria. Para Marx la religión existe porque hay un modo de producción económica capitalista, aquél en el que predomina el capital como medio de creación de riqueza. Su famosa frase “*la religión es el opio del pueblo*” resume, según él, el modo capitalista por el cual una clase posee los medios de producción, las empresas, mientras que otra, la obrera, aporta su trabajo a cambio de un salario. Para él se producía entonces una explotación obrera y una gran desigualdad social, que hacía que esta clase se refugiase en la religión.

D. Sofos: — El problema de ese tipo de utopías es que desprecian el desarrollo de las cualidades humanas al intentar igualar

a todas las personas, cuando todos sabemos que hay gente distinta en varios ámbitos.

D. Logos: —Ya tendremos tiempo para hablar de política. Al desaparecer la propiedad privada desaparecerá también la religión. Eso es lo sustancial del pensamiento marxista, del que han evolucionado las ideologías socialistas y comunistas. Por ello, Marx quería eliminar de cualquier manifestación de la religión.

D. Sofos: —Sin embargo, y perdonadme por las descalificaciones, pero no las puedo evitar, la crítica de Marx a la religión es simple, trivial y ridícula; a mi juicio motivada por un profundo resentimiento social que no sé qué lo generó, pues ignoro su vida. En la prehistoria los hombres...

D. Logos: —Intentad decir las personas, pues luego siempre hay quien se enfada porque considera que decir “los hombres” incluyendo tanto a varones como a mujeres es una postura machista.

D. Sofos: —No respondo de esas críticas, que no las veo fundamentadas, porque en nuestra lengua hay muchos términos masculinos colectivos que engloban también a femeninos y femeninos que también engloban a masculinos y por los que nadie protesta, como son precisamente personas, pues su género es femenino y sin embargo designa a ambos sexos. El concepto filosófico de “hombre” es algo mucho más profundo que las mundanas y elementales discusiones sobre machismo y feminismo; es más, me parece una falta de ética usar una palabra de vital importancia para la filosofía con fines propagandísticos para uno u otro bando.

D. Logos: —Evidentemente estáis en lo cierto, sólo quería avisaros.

D. Sofos: —Como decía, en los tiempos primitivos los hombres estaban perfectamente identificados con la naturaleza, sin padecer ningún tipo de explotación económica, pero eran completamente religiosos. Además, del hecho de que deseemos a Dios —que por supuesto ocurre— no se deduce que

Dios no exista. Para mí, la religión es factor de progreso y es lo único que perdura al margen de los acontecimientos políticos e históricos: es necesaria.

D. Logos: —Estoy totalmente de acuerdo, y no creo que en los países en los que se implanten los modelos socialistas que predicaba Marx desaparezca la religión.

D. Sofos: —La religión no puede ser explicada por factores económicos, sería reducirla demasiado a trivialidades humanas.

D. Logos: —Ha llegado el momento de hablar sobre uno de vuestros personajes favoritos según me contasteis una vez: Freud.

D. Sofos: —En efecto, esté o no de acuerdo con sus teorías, su persona merece la más alta admiración.

D. Logos: —Según Freud, en el hombre hay dos instintos: el de la muerte o autodestrucción y el sexual o libido. El primero sería negativo, mientras que el segundo, muy arraigado en el subconsciente, sería positivo. Freud dio una importancia hasta entonces no advertida al subconsciente. Distinguía tres niveles del psíquico humano: el ello, que contiene los impulsos y deseos sexuales; el yo, el yo consciente en contacto con el mundo exterior, y el super-yo, el yo influido por los principios éticos y morales que rigen la sociedad.

D. Sofos: —Freud también habló mucho del complejo de Edipo, creo recordar.

D. Logos: —En efecto, según el científico austríaco, el niño siente una atracción sexual innata por la madre. Celoso de su padre, intenta matarlo. Evidentemente, conforme avanza en edad e interviene la censura ese ideal desaparece. Usa como símil una antigua historia griega. El rey de Tebas, Layo, había tenido un hijo con la reina Yocasta. Advertido por los oráculos de que su hijo le mataría, ordena abandonarlo. Pero el siervo al que se le mandó la consumación de esa tarea se apiada del bebé y lo confía a un amigo suyo de Corinto. Allí se le educa como

un príncipe por los reyes de la *polis*. Sin embargo, otro oráculo predice que cometería incesto con su madre y asesinaría a su padre, por lo que se marcha para evitarlo. En el camino se encuentra con un caminante a quien mata, y que en realidad era su padre Layo. Llega a Tebas...

D. Sofos: —Y liberó a la ciudad de la terrible esfinge al solucionar el enigma que así decía: ¿cuál es el animal que por la mañana tiene cuatro patas, al mediodía dos y al atardecer tres? El hombre, porque de pequeño gatea con las cuatro extremidades, cuando es adulto camina con las dos piernas y de anciano se apoya en un bastón.

D. Logos: —Así es. Pues bien, al entrar en Tebas es proclamado rey y se enamora de la antigua soberana Yocasta, sin saber que era su madre. Edipo, al conocer la verdad, se arranca los ojos desesperadamente.

D. Sofos: —La historia se acopla asombrosamente a la teoría de Freud.

D. Logos: —Sí, por eso la escogió. Freud explica de la siguiente forma el origen de la religión: en un principio los primitivos vivían en tribus salvajes, comandados por un jefe que mantenía bajo su dominio a todas las mujeres y esclavizaba a los varones. Éstos se rebelaron y lo mataron, surgiendo una completa anarquía en la estructura tribal. De entre el caos y el desorden provocado surge un sentimiento de anhelo y culpabilidad, por lo que eligen un animal o tótem que representa al antiguo jefe (que era como un padre para ellos) y lo adoran como si de un Dios se tratase. Así se restablece el orden, al implantar unas normas de conducta regidas por el temor al ídolo. Esto fue, para Freud, el origen de la religión y la moral.

D. Sofos: —Curioso, sin duda, pero excesivamente reduccionista.

D. Logos: —Explicaos, por favor.

D. Sofos: —Me refiero a que Freud sólo entiende al hombre desde una óptica sexual. Está claro que el sexo también influye, pero no es el único elemento. Al parecer, él no aceptaba la trascendencia de lo espiritual. Es como si quisiese negar la importancia del sentimiento religioso en la psicología.

D. Logos: —Creo que ya ha sido suficiente por hoy, será mejor que volvamos a nuestras respectivas casas y mañana a primera hora reanudemos la clase.

D. Sofos: —Bien, aunque ya habíamos entrado demasiado en materia y ...

D. Logos: —No hay ningún problema, volveremos adonde nos quedamos y continuaremos demostrando racionalmente la existencia de Dios, pues ese es el propósito fundamental de esta primera lección.

D. Sofos: —Uno de los temas más importante para cualquier aspirante a sabio o como poco a filósofo.

D. Logos: —Algo que vos ya sois con merecimiento. Y antes de marcharme quiero daros un último consejo: Intentad saber más que vuestro maestro.

D. Sofos: —Aunque difícil lo veo, trataré de hacerlo.

En medio de una oscura noche maestro y alumno nos fuimos a nuestros hogares. D. Sofos vivía en una antigua casa de gran tamaño, acompañado por sus padres y un hermano bastante mayor que él. Raras veces tenía trato con alguno de los miembros de su familia, únicamente le gustaba estar en la soledad de su “reducto”, como llamaba a su dormitorio. Allí, entre montañas de libros que había adquirido ahorrando o gracias a los que las distintas personalidades que conocía le regalaban, y en pocas ocasiones comprados por sus padres, disfrutaba y se deleitaba con la lectura y el aprendizaje. Solía apuntar en los libros sus comentarios personales a célebres autores, espe-

cialmente cuando había encontrado un argumento coherente para rebatirlas. También escribía, magníficos volúmenes que editaban en una imprenta local de poca importancia, pero el éxito en la comarca era excelente. Recuerdo que la primera vez que leí una obra suya sin conocerle y sin saber que no era más que un niño de ocho años quedé tan admirado por la calidad del tema y el exquisito estilo literario empleado que intenté contactar con el autor sin conseguirlo. El libro era un análisis histórico del Antiguo Egipto, materia que a él le apasionaba. Más que una obra de talante científico se trataba de enfocar su milenaria historia desde un marco filosófico-sentimentalista. Incluía numerosas y variadas composiciones líricas que embellecían el escrito. Su segunda publicación se centraba en el ámbito de la filosofía, y en pocas páginas y con una brevedad notable realizaba un esbozo de su historia. Aunque de menor aceptación, también disfrutó de una gran fama.

Al día siguiente apareció D. Sofos con ejemplar puntualidad, portando su cuaderno de pastas marrones para anotar todo lo que le resultaba interesante o que simplemente ignoraba. Le pregunté si había dormido bien, y me respondió que ni siquiera había podido descansar, ya que empleó toda la noche leyendo una fantástica obra de Julio Verne. No me atreví a decirle que era conveniente que descansase y no se pasara todo el día estudiando y aprendiendo, porque cuando yo era pequeño hacía lo mismo, quizás en mayores excesos.

D. Logos: —Como ayer decía, Freud era manifiestamente ateo. No sólo en lo teórico, ya que en ese plano se sigue basando en las explicaciones de Feuerbach, sino en lo práctico. Pero dejando aparte a Freud, me gustaría explicaros un descubrimiento científico clave en la reconciliación ciencia-fe. Heisenberg identificó en 1927 el llamado “principio de indeterminación”, según el cual medir simultáneamente la posición y la longitud de onda de un electrón es imposible sin caer en un margen de incertidumbre. Con ello, la ciencia entró en una nueva etapa, dándose cuenta de que numerosas barreras la limitan. Fue perdiendo sentido la frase

de Carlyle: “*Con números se puede demostrar cualquier cosa*”, ya que los científicos se concienciaron de sus propios obstáculos. La ciencia es el empleo máximo de las cualidades puramente humanas, la religión abarca lo humano y lo no humano.

D. Sofos: —Fue un gran paso para la ciencia hacer desaparecer ese orgullo decimonónico que la caracterizó durante tanto tiempo y reconocer y delimitar hasta dónde puede llegar y a qué cuestiones no puede hacer frente. Sin duda, desde ese momento la ciencia ha avanzado más. ¿Qué me decís de la célebre teoría de la evolución?

D. Logos: —Inmediatamente después de publicarse el libro de Darwin describiendo esa teoría se empezó también a usar como argumento en contra de la existencia de Dios.

D. Sofos: —¿Qué alegaban, pues a mí más bien me parece que la teoría de la evolución no hace sino confirmar su existencia?

D. Logos: —La evolución explicaría el cómo y el porqué de ese orden cada vez más complejo y siempre en actitud de crecimiento, sin necesidad de recurrir a Dios. Además, alegaban que si Dios existiese y el ser humano fuese la culminación de su Creación no habría permitido que, con anterioridad a él, tal y como se descubrió por entonces, hubiesen aparecido infinidad de especies hacía muchos millones de años. Sin embargo, es precisamente de ese hecho del que se puede deducir la existencia de Dios como Inteligencia Ordenadora y Causa Primera, porque si se prescinde de Él esta teoría presentaría demasiados flecos y errores irresolutos y difícilmente explicables por medio de la ciencia.

D. Sofos: —El azar, evidentemente, no es la solución.

D. Logos: —Ya hablaremos más detenidamente sobre ese tema, pero os adelanto que efectivamente no lo es. Precisamente evolucionar significa ascender, cada vez de una forma más compleja y veloz. Pero esa ascensión tiene que ser dirigida por Alguien, máxime cuando en lugar de caos hay orden.

D. Sofos: —Pero ¿en qué consiste la selección natural tan frecuentemente aludida?

D. Logos: —Os remito a las palabras del propio Darwin: “*A aquel principio por el que toda variación, por ligera que sea, se perpetúa si es de algún provecho, lo designo con el nombre de Selección Natural*”.

D. Sofos: —Aunque lógico y elemental, sin duda innovador. Esta noche leí una pequeña reseña biográfica sobre un pensador llamado Wittgenstein, ¿qué opinaba al respecto del tema de Dios?

D. Logos: —Habéis sido asombrosamente oportuno, porque de él os quería hablar ahora. Wittgenstein y otros muchos filósofos de lengua alemana formaban el denominado *Círculo de Viena*. Estos pensadores afirmaban que sólo se pueden considerar dotadas de sentido, es decir, de coherencia, aquellas proposiciones o frases cuyo contenido es verificable empíricamente, por medios sensitivos. Por ejemplo, decir “cualquier montaña mide más de un centímetro”, porque si empezásemos a medir todas las montañas y elevaciones naturales del mundo que abarca esa denominación comprobaríamos que miden no sólo más de un centímetro, sino de varios metros. Pues bien, según esa estructura de la lógica la proposición “Dios existe” no tiene sentido, porque no se pueden comprobar empíricamente y tampoco es tautológica, ya que nadie ha visto a Dios ni el predicado “existe” es lo mismo que Dios.

D. Sofos: —Para San Anselmo de Canterbury y Descartes sí, pues según su argumento ontológico la existencia es una perfección de la que goza Dios, a pesar de que autores como Gasendi ya se lo criticasen a Descartes en su momento.

D. Logos: —El error de esa tesis es el de considerar la existencia como una perfección, pues si no fuese una perfección no se podría deducir que Dios la tuviese necesariamente. Pero la existencia no es en absoluto ninguna perfección de la esencia; como alegó Kant, es algo radicalmente distinto. Sin embargo,

os resumiré el argumento ontológico del primer gran escolástico, San Anselmo de Canterbury, quien escribió varios tratados como *Cur Deus homo?*, *¿Por qué Dios se hizo hombre?*, los cuales en Teología aún se utilizan. Éste dice que si pensamos en el ser más grande y perfecto este ser no sería tan perfecto como lo imaginamos si careciese de la existencia. Pero tampoco es la solución al problema ese reduccionismo, aún más rígido que el de Freud. En sus *Investigaciones filosóficas* Wittgenstein reconsideró esta postura al hablar de los “juegos de lenguaje”, según los que cada palabra tiene un sentido distinto dependiendo de en qué ámbito la empleemos.

D. Sofos: —Obvio. No me impresionan ni Wittgenstein ni el Círculo vienés.

D. Logos: —No es ese mi objetivo, pues leyendo las obras de Wittgenstein se pueden apreciar importantes aportaciones a la filosofía moderna que deben ser tratadas con una gran profundidad.

D. Sofos: —Pero yo me pregunto: el principio de verificación empírica —sólo tiene sentido lo que puede experimentarse empíricamente, mediante la experiencia— es una paradoja, porque tampoco se puede afirmar o negar mediante la experiencia (empíricamente), pues no expresa un hecho accesible mediante esos medios sensitivos. En el fondo sería metafísico.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, Sofos, por eso tuvo tan poca aceptación, ya que, siguiéndolo, muchas teorías filosóficas no tendrían sentido, empezando por ella misma.

D. Sofos: —Poco me extraña que Wittgenstein, un hombre de tanta inteligencia, hubiese desestimado esas ideas.

D. Logos: —Por último, quedan algunos autores, como Nietzsche o Sartre, que niegan la existencia de Dios. El primero, porque si no prescindimos de Dios, si Dios no hubiese muerto como él decía, el ser humano no sería un creador independiente de todos los valores. Creía que la esperanza humana anhela

la idea y la aspiración del superhombre. Por su parte, el francés Sartre basaba su ateísmo en la libertad que a él tanto le gustaba. Si Dios existiese el hombre no sería libre ni independiente, y la libertad humana no tiene referencias, es absoluta y carente de exigencias.

D. Sofos: —Perdonadme por los calificativos, pero esa libertad me parece absurda, infantil y propia de alguien resentido, loco, demagogo y populista, pero con una base filosófica menor aún que la mía. Esa libertad no tiene sentido alguno, porque es incapaz de crear valores universales e inmutables, de formar un orden y unas leyes que rijan el espíritu anárquico de muchos hombres, como él mismo. ¡Menos mal que nadie ha institucionalizado ese sistema, vaya mundo tendríamos! Lo que más recrimino a muchos pensadores, sobre todo actuales, que se creen modernos, progresistas y liberales —para lo cual por otra parte parece ser que deben prescindir de la Iglesia Católica, fuente de sabiduría, bondad y caridad durante siglos, la única que creó orfanatos, hospitales y misiones en las nuevas tierras descubiertas y la que verdaderamente conservó una ética a pesar de las locuras laicas, y por otra parte la única que reconoce sus errores, ciertamente muchos y en ocasiones graves, pero no menores que los que cometía la justicia de la época— es que tienen una concepción del mundo que ni ellos mismos podrían seguir. Es una forma hipócrita de innovar, porque en lugar de innovar retrasa, y si hubiésemos actuado según los planteamientos de Sartre más que personas habríamos parecido animales, porque si Dios no existe, al estar todo permitido, el hombre es solamente un mero animal.

D. Logos: —Me parecen bastante interesantes vuestros planteamientos. El deseo y el sentimiento de dependencia hace fundamental buscar una respuesta racional que la ciencia no puede dar. El hombre quiere conocer a Dios, al Bien supremo, a la Perfección eterna e inmutable. La fe es, sin duda, esencial para tal conocimiento, pero debe acompañarse de la razón, pues sino Feuerbach y sus seguidores estarían en lo cierto. “*Por luz*

natural de la razón humana, Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por medio de las cosas creadas; porque, desde la creación del mundo, sus perfecciones invisibles se hacen visibles a la luz de la inteligencia humana de los hombres por medio de los seres que ha creado”, se dice en el Concilio Ecuménico Vaticano II. La mejor prueba son las obras visibles de la Creación. Procedamos, pues, con la razón.

D. Sofos: — Y la iluminación, como a Santo Tomás de Aquino.

D. Logos: — De quien por cierto hablaremos. La certeza de la existencia de Dios sólo se puede alcanzar por un proceso racional de tipo filosófico, buscando la causa última de nuestro mundo, que responde a la pregunta de la razón. La razón asume un triple servicio en el sujeto creyente: demostrar lo que son los “*preambula fidei*”...

D. Sofos: — “Preámbulos de fe”, en latín.

D. Logos: — ...; dar a conocer por mediación de comparaciones lo que pertenece a la fe; y oponerse a lo que se dice contra la fe, manifestando que es falso o que no es necesario. Podemos conocer a Dios por sus obras, pero no por la experiencia, porque no le podemos ver. Hay dos clases de pruebas principales que avalan su existencia racionalmente: la prueba del orden y la prueba de la contingencia. Empecemos por la primera.

D. Sofos: — Que si mal no recuerdo corresponde a la vía quinta de Santo Tomás.

D. Logos: — Exactamente. En su *Summa Theologiae* Santo Tomás describe las llamadas “cinco vías tomistas”. Era una persona muy piadosa, ya que solía pasar toda la noche rezando en la iglesia antes de emprender la redacción de sus obras.

D. Sofos: — ¿Podríais hacer un pequeño esbozo biográfico de Santo Tomás?

D. Logos: — Lo haré encantado. Tomás procedía de una familia lombarda. Nació en el castillo de Roccasecca, en las cer-

canías de Aquino, al norte de Nápoles. Su padre era el Conde Landulfo de Aquino, perteneciente a la nobleza alemana. Su madre descendía de las princesas normandas de Sicilia. Aunque había nacido en Italia, tenía características norteadas, particularmente teutónicas, como por ejemplo cabeza grande, pelo rubio, gran altura. Con catorce años entró en la Universidad de Nápoles, junto a grandes traductores de latín y hebreo. En 1244 ingresó en la Orden de los Padres Dominicos, fundada por Santo Domingo de Guzmán. Un año más tarde se traslada a París para estudiar bajo el magisterio de Alberto Magno, para permanecer allí tres años, tras los cuales marchó a Colonia, en Alemania. Volvió a París para recibir el título de *magister theologiae*. En 1272, obedeciendo a la llamada de Carlos de Anjou, regresó a Nápoles para reorganizar la Universidad. Dos años después el papa Gregorio X le invitó a asistir al Concilio de Lyon, pero murió en el monasterio cisterciense de Fossanova en la Campaña, mientras se encontraba en ruta. Fue canonizado en 1323 y nombrado *doctor angelicus* y *doctor communis*, así como “Ángel de las Escuelas” y *Divus Thomas*. Sin duda, más que su inteligencia, asombrosa y fascinante, destacan en Santo Tomás su falta de divismo y su objetividad. En lugar de intentar innovar, concilió todas las posturas filosóficas que le habían precedido para formar la doctrina tomista.

D. Sofos: — Merece la pena conocer la vida de los grandes pensadores de la Historia.

D. Logos: — Volviendo al ámbito teológico, la prueba del orden es la más accesible al sentido común, y antes que Santo Tomás ya la conocían autores de la importancia de Sócrates o Séneca. Es muy sencillo. Basta con admirar lo que nos rodea. Mirad, por ejemplo, esa hermosa arboleda tan pintoresca de estos parajes, con bandadas de golondrinas y gorriones posándose sobre sus ramas, rebecos correteando por entre sus gruesos troncos marrones y un río de caudal medio fluyendo y dándole vida. En el fondo unas montañas nevadas que conforman una cordillera, repletas de pinos en las faldas y las

laderas, con águilas y halcones volando y surcando los cielos. A la derecha podéis observar esa pequeña aldea, de unos cien habitantes, con casas de madera grandes y con tejados verdes y puertas anchas. Amplios ventanales nos permiten ver lo que sus inquilinos hacen. En el centro del pueblo una preciosa iglesia, que se alza solemne con su elevado campanario y destaca entre toda la comarca. No hay más que andar por nuestro entorno y conocer el mundo para darse cuenta de que en la naturaleza existe un orden especial, algo que no puede ser fruto del azar. Las estrellas, los planetas, los asteroides, las nebulosas, las galaxias, los sistemas, los satélites, la atmósfera..., la Tierra, nuestro planeta, que asombrosamente reúne las condiciones necesarias para que haya vida. Pensad que con dos grados más o dos grados menos, o si la cantidad de dióxido de carbono hubiese sido más elevada y la de oxígeno menor, si el nivel de los océanos se incrementase sólo unos metros, o si estuviésemos ligeramente más cerca o más lejos del Sol, no existiríamos. ¿No os sorprende ese orden, exacto, preciso e indudable prueba de que hay una Inteligencia Ordenadora que nos guarda? ¿El azar? Imposible.

D. Sofos: — Ciertamente ese orden no puede ser debido al azar. Las diversas manifestaciones de esa precisión matemática que nos permite calcular o saber, por ejemplo, aunque nunca con la completa seguridad, que el sol salga mañana por el Este y se ponga por el Oeste, son prueba de esa consideración. En las ciencias físicas y astronómicas estamos acostumbrados a medir y precisar los eclipses de luna y de sol, con segundos, minutos, horas, días, semanas, meses y años, situándolo geográficamente y determinando su prolongación temporal; todo ello responde a un orden asombroso sin el cual no existiría la ciencia, ya que sin una mínima posibilidad de exactitud ésta es inútil. Esa maravilla organizativa muestra a Dios, es visible desde una perspectiva que trasciende de lo sensitivo y lo supera en valor racional.

D. Logos: — *“Existe el orden, no cuando nadie puede actuar, sino cuando todos se ponen en movimiento dentro del círculo*

legal, sin estorbarse mutuamente; cuando todas las voluntades se ejercitan con armonía; cuando los intereses de todos se encuentran protegidos y se encauzan hacia su regular desarrollo”, como escribió Grün.

D. Sofos: —Puestos a recitar frases de memorias, os recuerdo lo que dijo de Montaigne con respecto al orden: “*Virtud triste y sombría es el orden*”.

D. Logos: —Y bien desdichado y maligno es el caos, le contestaría yo. Bien, como os decía anteriormente, no hay más que usar la experiencia y el conocimiento sensitivo, bases de la razón como medio de la demostración de la existencia de Dios, para percatarse de la presencia de un orden fascinante y grandioso. A modo de ejemplo, pues sé que os gusta mucho que se os mencionen casos concretos, hablaré del reino animal, cómo se deduce por simple lógica racional que todo conspira a la formación de un fenómeno más complejo y perfecto. El célebre entomólogo ...

D. Sofos: —Zoólogo dedicado al estudio de los insectos.

D. Logos: —... Fabre cuenta que en una ocasión se propuso alguien conocer qué perfil de la tapadera de una celdilla de panal de abeja convendría más, hasta el punto de que las diversas experimentaciones que se efectuaron hicieron creer a los fabricantes que, con la tabla de los logaritmos como única certeza posible, las abejas se equivocaban.

D. Sofos: —Qué absurdo, ¿cómo van a errar las abejas si son ellas las que construyen los panales en los que habitan movidas por un instinto natural?

D. Logos: —Permítanme vuestras mercedes continuar, como diría Don Quijote a Sancho Panza. Cuál sería la sorpresa del que intentaba elaborar la mencionada tapadera cuando un día leyó en el periódico que un capitán de barco, intentando excusarse del naufragio del navío que dirigía, alegó como prueba de su inocencia un fallo matemático en la tabla de los logaritmos utilizada. Pues bien, ese registro era el mismo que él había

empleado en la construcción de la tapadera de la celdilla del panal, y tras corregir unas cuantas incorrecciones de cálculo, se confirmó que las abejas tenían razón.

D. Sofos: —Era evidente.

D. Logos: —Como podéis comprobar, la naturaleza se rige por un orden magnífico que supera a todo lo que los hombres deseen imponer, porque ellos mismos forman parte de ese orden, y lo que produzcan también, ya que seguiría siendo dirigida por sus varemos sin posibilidad de escisión.

D. Sofos: —De no ser que esa escisión supusiera la destrucción de todo el sistema.

D. Logos: —Obviamente.

D. Sofos: —A propósito de ese orden en los diferentes elementos que configuran los reinos de la naturaleza, fijémonos en el ser humano y en el cerebro que lo determina...

D. Logos: —Ni siquiera la ciencia actual ha logrado obtener una explicación satisfactoria para el funcionamiento de ese órgano. Pensemos, acto para el cual requerimos de su actuación, que es el encargado de la memoria, el pensamiento, el lenguaje y las emociones; es el centro de control de nuestro cuerpo. Un cerebro humano contiene alrededor de cien mil millones de células.

D. Sofos: —Si la ciencia es una mera producción del cerebro, y como afirmaba Descartes, y lo más no puede proceder de lo menos, remota es la posibilidad de que la ciencia explique en qué consiste su creador.

D. Logos: —El mismo razonamiento podríamos aplicar a la cuestión de la existencia de Dios, y sin embargo el ser humano encuentra una explicación racional.

D. Sofos: —Sí, es cierto.

D. Logos: —El organismo humano es el mejor ejemplo de ese orden maravilloso del que os hablaba. Sus diversos sistemas,

especialmente el nervioso y su cerebro, ya citado, son muestra de esa característica tan importante y trascendental. El ojo, exteriorización del sentido de la vista, posee tal perfección que supera con creces a cualquier aparato fotográfico diseñado por muy moderno que sea. Su capacidad de adaptabilidad y autorregulación a las intensidades de luz es incomparable. Simplemente, como prueba, basta con fijar un objetivo y realizar una fotografía en color e imprimirla con los mejores medios técnicos. Posteriormente, al cotejar la fotografía con lo que nosotros vemos apreciaremos su valor.

D. Sofos: —Como he podido advertir, ese orden está dirigido hacia un fin, como el ojo a proyectar una imagen en nuestro cerebro.

D. Logos: —Exacto. Ese finalismo presente en la naturaleza es otra de las pruebas claves de la existencia de una Inteligencia Ordenadora, ya que si todos estos elementos están trabajando conjuntamente cuando no tendrían por qué hacerlo, cabe la necesidad de que alguien lo haya configurado, que sea su causa eficiente. Dios no actúa para conseguir ningún fin, porque no hay nada fuera de Él que tenga la razón de bien, pues Él es la Bondad por esencia. La actuación de Dios tiene como objeto comunicar su propia perfección, la cual es la plenitud de su Bondad.

D. Sofos: —Es decir, la causa eficiente es Dios. El ser humano es una inteligencia viva, eso está claro, que también se propone fines y es capaz de colmarlos. Pero hay cosas materiales no inteligentes que también poseen una función determinada, lo que sólo se puede explicar mediante la existencia de esa Inteligencia Ordenadora. Como decía Santo Tomás: *“Lo que carece de conocimiento no tiende a un fin si no lo dirige alguien que entienda y conozca, a la manera como el arquero dirige la flecha. Luego existe un ser inteligente que dirige todas las cosas naturales a su fin, y a éste llamamos Dios”*. Así se resume su quinta vía o “vía de la intencionalidad”, porque la razón de su argumento es el hecho de que, como se ha explicado, las cosas actúan proyectadas hacia un fin.

D. Sofos: —Una prueba incontestable, de razón abrumadora, pues, aunque se pueda objetar la perfección relativa de ese orden universal y maravilloso, la validez del punto de partida viene garantizada por los propios seres humanos que se sorprenden a sí mismos.

D. Logos: —Además, el actuar persiguiendo un fin es una de las formas del ser. El azar, excluido de todo argumento lógico, no es la explicación satisfactoria a la cuestión de porqué hay cosas, como hemos dicho, carentes de entendimiento, que culminen una finalidad. La causa de esta regularidad sólo puede estar presente en un ser dotado de entendimiento e inteligencia que dirige estos seres como el arquero la flecha.

D. Sofos: — “*Alguien por cuya providencia es el mundo gobernado*”, como decía Santo Tomás de Aquino.

D. Logos: —Brillante memoria, mi apreciado alumno; “*faro que nos guía por el humano mar embravecido desde la cuna hasta la tumba, cuyo verdadero arte no es otro que el arte de la atención*”, como escribió Núñez de Arce.

D. Sofos: —Ahora desearía pedirlos que me explicarais, por favor, por qué debe ser excluido el azar como explicación coherente al orden maravilloso que reina en nuestro mundo.

D. Logos: —Muy buena pregunta, puesto que no sólo bastan las proposiciones lógicas que lo hacen insatisfactorio, es necesaria una respuesta racional que lo afronte a fondo. El sentido común, que muchas veces tiene razón sin necesidad de menesterosas explicaciones filosóficas, imposibilita que diferentes naturalezas cuidadosamente estructuradas puedan perseguir un fin, por muy poco complejo que sea, sin el apoyo de una causa necesaria de la que ya se tratará. El azar se basa en las probabilidades, cuyo cálculo se efectúa mediante la matemática, que, aunque puede aportarnos una idea aritmética que representa lo que más posiblemente pueda ocurrir, nunca podrá constar de la absoluta certeza.

D. Sofos: —Obviamente.

D. Logos: —Por ejemplo, supongamos que tengo dos ramas de un árbol recién podado, en las que se puede apreciar la punta final que actuaría como parte superior en caso de quererla situar verticalmente, y una especie de raíz troncal que lo haría como parte inferior. Pues bien, me desprendo de ellas a una altura determinada, pongamos el segundo piso de un caserón como los que allí, en frente, vemos. ¿Qué probabilidad habría de que ambas ramas permaneciesen verticalmente una vez en el suelo? Por muy remoto que parezca, dado el difícil equilibrio que debería soportar, sumado a las variables de condición del viento, la temperatura, la presión, etc., aspectos que también debería analizar, cabría al menos una probabilidad de que cayesen de tal forma.

D. Sofos: —Sin embargo, hay probabilidades que, aunque efectivas en la teoría, en la práctica son despreciables.

D. Logos: —Evidentemente, máxime si en lugar de dos ramas tengo cien mil millones. Sin embargo, en los seres vivos, como el ser humano, no se puede aplicar la misma operación de sumar posibles posiciones y dividir las aritméticamente, algo que sólo nos proporcionaría una aproximación. En el hombre...

D. Sofos: —Y la mujer...

D. Logos: —Creo que ya hemos tratado esa puntualización...; el finalismo de sus muchos órganos no es fruto de una mera suma. Cada uno aporta su propia esencia para cooperar en el alcance de un fin común de forma estable y consecuente siguiendo sus propias leyes.

D. Sofos: —Es decir, el ser vivo no puede considerarse como el resultado de una suma de elementos. Los cálculos no son válidos porque no hay esa suma, imprescindible para hallar el número de probabilidades.

D. Logos: —La adaptabilidad, reorganización y regeneración de los seres vivos no puede ser producto de la casualidad, no

es válida ni en la lógica ni en la matemática, porque no hay factores que sumar. Las características de las cosas inanimadas no pueden pretenderse aplicar a las animadas; sería insensato. La materia y los elementos físicos que componen el ser vivo son una simple manifestación externa regida por una inteligencia insensible muy superior. Si el ser humano fuera, como ha pretendido el marxismo y pretenden las ideologías políticas que de él proceden, puro resultado de la evolución de la materia, sin dignidad espiritual ...

D. Sofos: —Y sin alma, entre otras cosas.

D. Logos: —... podría ser utilizado como instrumento de cualquier objetivo, desprovisto de su identidad no-física, es decir, espiritual. Por ese motivo un cristiano no debe ser marxista, porque cree en la existencia de un alma espiritual y trascendente, y no en la falta de concepto de persona, suma de los atributos de los que consta el individuo. Pero no es momento de hablar de términos políticos, retomemos la anterior conversación. Como se ha visto, todas las cosas están dirigidas hacia un fin, el cual no se puede concebir si no se conoce previamente. Este conocimiento sólo lo puede tener la inteligencia que lo crea, por lo que se deduce que Dios existe.

D. Sofos: —Mejor dicho, debe existir.

D. Logos: —Espero que haya quedado perfectamente claro por qué hemos de rechazar la casualidad y el azar; no sólo por el número de probabilidades, que en el caso de la formación de una célula viva quedan reducidas a infinitésimas partes de decenas de ceros. Ciertamente es que, el existir de al menos una probabilidad, por muy lejana que sea, implica la posibilidad de que dicho fenómeno se forme, pero, como hemos dicho, los seres vivos no son sumas de elementos, y por lo tanto no se pueden realizar esos cálculos. Los proyectos necesitan de alguien que los haya diseñado con anterioridad, es decir, requieren la existencia de Dios.

D. Sofos: —En resumen, el orden convencional sí puede ser fruto del azar, porque los hombres lo han establecido así, pero podría

ser de otra manera. Sin embargo, en el orden objetivo no cabe ese cálculo de probabilidades, pues un proyecto precisa alguien o algo que lo haya pensado, por muy casual que sea. Y aunque el azar hubiese podido actuar, habría de hacerlo miles de millones de veces, pues la evolución de esos seres hacia formas cada vez más complejas y no al caos (porque hay más probabilidades de que todo concluya mal que bien) debe estar regida por una Inteligencia Ordenadora. La subsistencia de lo creado es la base racional de la afirmación de la existencia de Dios, ya que si dependieran del azar la probabilidad las llevaría al desorden y la destrucción.

D. Logos: —Magistral resumen, D. Sofos, y muy deductivo, ya que habéis incluido términos como *orden objetivo* u *orden convencional* que yo no os había explicado. Volviendo a la teleología o “doctrina de las causas finales”, objeto principal de la metafísica aristotélica, seguramente ya sabréis que el bien superior y último de la vida humana es el de alcanzar la felicidad; esa sería la causa de nuestra existencia, pues representa la propia libertad otorgada por Dios: vivimos para ser felices, no hay ningún objetivo más.

D. Sofos: —Pero entonces, es como si no sirviésemos para nada.

D. Logos: —Esa pregunta también se podría formular con respecto a la filosofía. ¿Para qué sirve la filosofía? Sencillamente, para nada, pero ahí radica su propia grandeza, en que es una ciencia *libre*, y recordemos que esa libertad es una de las propiedades de la inteligencia y uno de los mayores dones que Dios nos ha dado.

D. Sofos: —Así pues, la función de la ética será explicar al hombre cómo debe alcanzar ese gozo o esa felicidad.

D. Logos: —Exactamente, y en ella se nos habla de las virtudes o caminos que nos llevan hacia esa felicidad, que no siempre se alcanza. Pero como del mal y los vicios intentaremos conversar más tarde, mejor será que continuemos hablando del azar, el comentario que he hecho sobre la teleología se ha debido únicamente a mi firme suposición de que ignorabais en qué consistía.

D. Sofos: —Por favor, me gustaría que, ya que hemos empezado a hablar de las virtudes, me explicaseis en qué consisten según Aristóteles.

D. Logos: —Bien, trataré de no prolongarme demasiado. El célebre pensador de Estagira señalaba que la virtud es el justo medio entre dos extremos, uno por exceso y otro por defecto.

D. Sofos: —La precisión de lo que algo merece, *mesótes* en griego, el resultado de un juicio ponderado de un sujeto racional.

D. Logos: —Correcto. En las acciones que implican bondad o maldad absoluta es el justo medio para estar entre ambos extremos, lo cual no significa que entre escoger quemar cien casas o quemar una elija quemar cincuenta, pues como vos habéis dicho la virtud es la precisión de lo que algo merece, y si esas casas merecen ser quemadas, adelante, pero si no, la acción sería fruto de la maldad. Se distinguen dos clases de virtudes: las éticas, relativas a la voluntad y la acción, y las dianoéticas, relativas al conocimiento. Para Aristóteles el conocimiento era superior en dignidad a la acción, por lo que sostuvo que la felicidad máxima que el hombre puede aspirar a obtener se encuentra en la vida teórica o contemplativa. Investigamos, como el Estagirita ya aclaró, para ser buenos. Como él nos dice en su *Ética a Nicómaco*, siendo este último hijo suyo: *“La independencia –autarquía– de la que hemos hablado se encuentra muy particularmente en la vida contemplativa. Ciertamente el sabio, el justo, como todos los demás hombres, necesitan lo que es necesario para la vida. E incluso aunque estén provistos suficientemente de estos bienes, necesitan aún otra cosa: el justo necesita gentes en las que practicar su justicia; y lo mismo el valeroso, el moderado y todos los demás. Pero el sabio, incluso solo, puede entregarse a la contemplación, y tanto mejor cuanto más sabio es. Sin duda lo haría mejor aún si se asociase a otras personas. Pero es independiente en el más alto grado”*.

D. Sofos: —Idea con la que estoy completamente de acuerdo.

D. Logos: —Algo que yo ya imaginaba conociéndoos como os conozco. Debemos continuar. Recordad que estábamos discutiendo sobre la casualidad y los diferentes tipos de órdenes, y llegamos a la conclusión de que en los seres vivos no pueden ser producto del azar. Acordaos también de que no hace mucho tiempo mencionamos, aunque ligeramente, la teoría de la evolución de Darwin, diciendo que había sido usada como arma contra la existencia de Dios.

D. Sofos: —No obstante, también evoco las reflexiones que hicimos, concluyendo que la Teoría de la Evolución es justamente lo contrario: un apoyo a la existencia de una Inteligencia Ordenadora.

D. Logos: —Precisamente de eso quería hablaros, aunque siendo consciente de vuestros ingentes e innegables conocimientos sobre historia natural, preferiría que vos me explicaseis a mí la evolución de la vida en la Tierra desde la aparición de la vida.

D. Sofos: —Os lo agradezco, pues es uno de mis temas favoritos; me halagáis permitiéndome hacer tal cosa. Hace unos cuatro mil seiscientos millones de años la Tierra se formó y se fue enfriando gradualmente, pero la atmósfera carecía de oxígeno. Unos mil cien millones de años después aparece la primera bacteria unicelular, así como diversos organismos microscópicos y microcelulares, sin núcleo definitivo. Las algas verdeazuladas se desarrollan y producen una atmósfera rica en oxígeno, elemento imprescindible para la vida. Los protistas, organismos unicelulares, se expanden al mismo tiempo que nacen las plantas marinas sin flores. Los gusanos y medusas, primeros animales, se hacen muy abundantes.

D. Logos: —Si no me equivoco, la descripción que acabáis de dar corresponde al período Precámbrico, de mayor prolongación temporal que todos los demás juntos, ya que abarca desde la génesis de la Tierra hace cuatro mil seiscientos millones de años hasta hace unos quinientos noventa millones de años.

D. Sofos: —Exacto. La Era Paleozoica, inmediatamente posterior, se inaugura con el período Cámbrico, caracterizado por la amplia extensión de los invertebrados por los océanos y el gran número de trilobites presentes en los océanos. Así pues, surgen los primeros moluscos y crustáceos, entrando ya en la siguiente etapa: el período Ordovícico, durante el cual también adquieren cierto protagonismo en los mares vertebrados similares a los peces, pero faltos de aletas y mandíbulas. En el Silúrico aparecerían los primeros peces con mandíbula y experimentarían un gran desarrollo los arrecifes de coral. En la superficie terrestre nacen las primeras plantas, mientras que en las aguas se encuentran temibles escorpiones depredadores. Al Devónico, que sigue al Silúrico, también se le denomina “era de los peces”, porque son estos animales vertebrados los que dominan la vida en los mares, al mismo tiempo que nacen los insectos. Los peces salen a la superficie y se convierten en anfibios. El Carbonífero o “era del carbón” está protagonizado por el ascenso de las temperaturas, y por el hecho de que los enormes bosques dejan restos que se transformarían en carbón. En su etapa superior aparecen los reptiles a partir de los anfibios. El siguiente y último período del Paleozoico, el Pérmico, experimenta un enfriamiento considerable, que provoca la disminución del número de anfibios, a la vez que se diversifican los reptiles, adaptados a ese cambio térmico. Sería hace doscientos cincuenta millones de años aproximadamente, en el Pérmico medio, cuando se produciría la mayor extinción de especies conocida en la historia. La siguiente es la Mesozoica, la más célebre y popular, ya que en ella aparecieron y se extinguieron los dinosaurios. Durante el primer período, el Triásico, el clima se vuelve más cálido y motiva la formación de nuevos bosques de coníferas y el nacimiento de los primeros dinosaurios o “lagartos terribles”, según la terminología del anatomista británico Richard Owen. En el Jurásico la temperatura era mucho más elevada que en la actualidad, y los dinosaurios dominaban indiscutiblemente la vida terrestre. Así pues, aparece la primera ave conocida: el *Archaeopteryx*,

evolucionada a través de los reptiles. El Cretácico, el período más popularmente conocido de la era, se caracteriza por dos hechos principales: la extinción de los dinosaurios y otras muchas especies como los ammonites hace sesenta y cinco millones de años debido a la caída de un meteorito, hipótesis ésta la más aceptada, pues evidentemente se han formulado otras muchas; y en segundo lugar la aparición de las primeras plantas con flores. La era ulterior es la Cenozoica, integrada por dos períodos: el Terciario y el Cuaternario. El Terciario se subdivide a su vez, primero, en el Paleoceno, desde la extinción de los dinosaurios hasta hace unos cincuenta y cinco millones de años. Se mantiene un clima cálido y húmedo, y los insectos polinizadores se extienden por prácticamente toda la geografía. El Eoceno ocupa alrededor de diecisiete millones de años, y a partir de él los mamíferos, pequeños roedores principalmente y supervivientes de la gran extinción del Cretácico, adquieren el protagonismo en la fauna. Los primates, simios, lémures y monos aparecen entonces. Durante el Oligoceno, hace unos treinta y ocho millones de años, aparecen los primeros primates semejantes a los homínidos, aunque se extinguen muchas especies de mamíferos, prosperando grandes pájaros cazadores no voladores, parecidos a los ñandúes actuales. El Mioceno, que se prolonga desde veinticinco hasta cinco millones de años, experimenta un intenso enfriamiento climático, que provoca una disminución de los bosques por todo el mundo. A pesar de esta circunstancia, prosperan mamíferos ungulados como el ciervo, y en las etapas finales surgen los primeros homínidos. El Plioceno, que clausura la era Cenozoica, tiene un clima frío y seco, en el que se desarrolla una asombrosa diversidad de especies de mamíferos, y los peces óseos dominan el mar. El siguiente período, el Cuaternario, está dividido en el Pleistoceno y el Holoceno, el cual es sólo una partición de los últimos diez mil años debido al espectacular progreso que los hombres experimentan durante esos milenios, pasando de la Prehistoria a la Historia. El Pleistoceno, desde hace dos millones de años, es la era de las glaciaciones, en la que se ex-

tinguen especies como el mamut o el tigre dientes de sable. Y, finalmente, como hemos dicho, el Holoceno.

D. Logos: —Memorable descripción, mi muy querido pupilo. Pues bien, ese es el hecho de la evolución de las especies que se fundamenta en la teoría de Darwin. A la filosofía le corresponde hallar una aclaración satisfactoria de la *explicación última*, que no se encuentra sino en la existencia de una Inteligencia Ordenadora a la que llamamos Dios.

D. Sofos: —Está perfectamente claro que el azar no es la explicación válida, pues, si no, junto con las estructuras complejas y progresivas que existen también habría una serie proporcionalmente superior de formas caóticas y monstruosas.

D. Logos: —Heidegger, el famoso existencialista de la Selva Negra, se pregunta por qué existe el ser más bien que la nada.

D. Sofos: —A lo que yo le respondería: porque Dios existe. Él mismo se da a sí mismo su propia fe racionalmente. Maravilloso; ojalá lo hiciesen así muchos otros filósofos.

D. Logos: —Lo que más me impacta de vos son vuestras magistrales reflexiones y deducciones, aparte, evidentemente, de vuestra prodigiosa inteligencia e innumerables conocimientos.

D. Sofos: —Permitidme que os interrumpa, pues no me gustan los halagos, pero estaba recordando ahora que algunos científicos aceptan el azar como teoría viable sin la necesidad de recurrir a una Inteligencia Ordenadora, mas incluyendo también la selección como vía coherente.

D. Logos: — ¡Oh!; es cierto, no me acordé. La selección natural o la capacidad de transmitir los caracteres heredados que ayudan a un ser vivo a sobrevivir para que éste se pueda adaptar a los cambios en la naturaleza es la base de esta hipótesis. Simplemente, si gracias al azar un organismo consiguiese llegar a la existencia, la selección actuaría modificándolo y adaptándolo a las diversas inclemencias que puedan surgir. Pero a esta postu-

ra podríamos objetar lo mismo que a aquélla que únicamente alude al azar, porque por mucha selección que se produjese, si todo es casual, no podría formarse un ser vivo y permanecer.

D. Sofos: —Sin embargo, la selección sí actúa en la evolución de las especies.

D. Logos: —Evidentemente. Lo que quiero decir es que no es la causa última del proceso evolutivo, pero sí interviene con una gran importancia. Por último, y esta vez no se me olvida, falta mencionar la teoría sintética.

D. Sofos: —¿Y en qué consiste dicha teoría?

D. Logos: —Muy sencillo: intenta explicar la causa última de la evolución por la síntesis de las mutaciones casuales y la selección.

D. Sofos: —¿Otra vez?

D. Logos: —Sí, otra vez. Pero antes de probar su inconsistencia, continuemos describiéndola. Las mutaciones son pequeñas modificaciones hereditarias debidas a una transformación genética, cuyo propósito es adaptar al sujeto a las nuevas condiciones que se le planteen, conservando las útiles y deshaciéndose de las inútiles. La acumulación de mutaciones útiles conllevaría la aparición de una nueva especie.

D. Sofos: —Cierto, pero imagino sabréis que esa es una postura actualmente poco aceptada, porque investigadores de la talla de Fischer prefieren limitarse a exponer que en la naturaleza sobreviven los individuos mejor dotados, sin afirmar que la suma de las mutaciones positivas desemboque en el nacimiento de una especie nueva.

D. Logos: —Exacto. Las mutaciones suelen afectar, por lo normal, a órganos concretos, adaptándolos a una mayor intensidad de la luminosidad, un aumento de la temperatura, etc. En el ser humano, por ejemplo, se sabe que el dedo pequeño de los pies acabará desapareciendo, pues se ha perdido su utilidad. Todos los cambios y mutaciones producidas en la naturaleza

siguen leyes precisas, leyes que sólo pueden haber sido pensadas por una Inteligencia Ordenadora.

D. Sofos: —Es por lo que todos los científicos que crean o apoyen la teoría de la evolución o la selección natural deben creer, por lógica, en la existencia de un Dios, como única solución al interrogante que plantea la presencia de esas leyes que rigen la vida natural. Así pues, todos los creyentes deben admitir la teoría de la evolución, pues no hace sino confirmar la existencia de Aquello en lo que creen.

D. Logos: —Siempre y cuando dicha teoría no afecte al alma humana, que es una cuestión diferente que algún día trataremos, ya que no puede proceder de la evolución de la materia, pues no es materia.

D. Sofos: —Evidentemente, me refería únicamente al ámbito de lo material. Pero aún tengo una pregunta: ¿la Inteligencia Ordenadora ha intervenido en la evolución continuamente o mediante la infusión de la materia inicial en la gran explosión?

D. Logos: —Es algo que no se puede saber. Lo importante es que, de una forma u otra, esa Inteligencia Ordenadora es la Causa Última del ser.

D. Sofos: —¿Y cuál sería la postura de la fe y la filosofía con respecto a que la ciencia logre sintetizar vida en un laboratorio?

D. Logos: —Desde el punto de vista de la fe y la filosofía no tiene por qué haber objeción alguna. Ahora voy a hablaros de otra prueba racional más que demuestra la existencia de Dios, que apoya nuestra *ratio fidei* o justificación de la fe junto con la razón como plenitud de la creencia.

D. Sofos: —*Intelligo ut credam*, “conozco para creer”, premisa de la filosofía tomista.

D. Logos: —Frente al *credo ut intelligam*, “creo para conocer” de la filosofía agustiniana iniciada por el histórico obispo de Hipona. Bien, como os decía, además de la prueba del orden,

que nos muestra a Dios en su calidad de Inteligencia Ordenadora, ha de haber, y de hecho existe, otro indicio de Dios como Inteligencia Creadora. Es la denominada “prueba de la *contingencia*”, que abarcaría las vías primera y tercera de Santo Tomás. En ella se puede apreciar una profundidad metafísica mucho mayor que en la anterior, que era sensiblemente demostrable, cuando ésta va más allá de lo experimentable, pero estando entre lo razonable.

D. Sofos: —Perdonadme por mi ignorancia, pero ¿qué es ser contingente?

D. Logos: —Tenéis razón, no había aclarado términos. Un ser contingente es aquél que no posee en sí mismo la razón de su existencia, es decir, que existe porque ha recibido de otro su existencia; con una esencia a la que no repugna el no existir, puesto que vemos cómo se producen y se corrompen, cómo nacen y mueren. Contingente es lo que existe, pero podría no existir; existe de hecho, pero no por derecho.

D. Sofos: —A modo de resumen, ser contingente es haber sido creado por otro.

D. Logos: —O, dicho de otra forma, no tener en sí mismo la causa de su propia existencia. Sin embargo, ser necesario implica que se existe teniendo en sí mismo la causa de su existencia, sin haberla recibido de otro. Por lo tanto, el que es necesario debe ser eterno e inmutable, porque si no fuese así, tendría que haber adquirido su existencia gracias a otro ser, y ya no sería necesario.

D. Sofos: —Se creó solo.

D. Logos: —Habría que precisar. Como decía Descartes, si yo fuese la causa de mi propio ser no carecería de perfección alguna, pues me habría conferido todas las perfecciones de que tengo idea, y me parecería a Dios. No obstante, todos los filósofos, por muy grandes que hayan sido, pueden ser superados e incluso corregidos, porque como decía el propio Santo Tomás:

“Mientras algo se mueve hacia la perfección, no está todavía en el último fin”. Considerar a Dios como *causa sui*...

D. Sofos: —... causa de sí mismo, en latín.

D. Logos: —... no es del todo correcto. Si bien causa quiere decir algo anterior al efecto y distinto de él, nada puede ser causa de sí mismo, no sería lógico, sino contradictorio. Remitámonos a Spinoza: *“Por substancia entiendo aquello que es en sí y se entiende por sí; es decir, aquello cuyo concepto no necesita del concepto de otra cosa del que se tenga que formar”*. Es decir, Dios es en sí y se entiende por sí, no necesita ser su propia causa. Dios es Dios, el que es. Por ello, Dios, al ser necesario, ha de ser eterno y debe haber existido siempre. Sé que esta última afirmación resulta complicada de entender a la mente humana, porque el hecho de existir siempre sobrepasa nuestros cálculos y el alcance de nuestras reflexiones. Pero como respondía San Agustín cuando le preguntaban a ese respecto, el tiempo es un concepto que creó Dios, antes de existir el tiempo no existía nada semejante, sólo Dios. Comprendo que es difícil, casi imposible, de percibir, pues a mí también me ocurre. Pero habéis de saber que no todo es accesible a la razón, hay misterios del Universo que el ser humano nunca podrá explicar satisfactoriamente sin caer en contradicciones; ahí es cuando actúa la fe, en casos concretos como, por ejemplo, en el cristianismo, la Trinidad, la Resurrección, la Encarnación, etc.

D. Sofos: —Cierto, me resulta imposible apreciar vuestras últimas afirmaciones, por lo meta-metafísico que suponen, ya que van “más allá de lo que va más allá de la física”.

D. Logos: —Curiosa y original observación.

D. Sofos: —Luego si hay un ser eterno e inmutable, nada puede ejercer violencia sobre él o contra su naturaleza.

D. Logos: —Exacto. Os felicito porque la frase que habéis dicho procede de la *Metafísica* de Aristóteles, sólo que él habla de “seres” en plural. Está claro que no cabe supo-

ner una serie infinita de seres contingentes, razón de ser los unos de los otros, pues tal serie resultaría tan contingente como un ser sólo, y tan necesitada de razón de ser y, por lo tanto, de un ser necesario. Por otra parte, esta prueba de la contingencia también abarca la prueba del movimiento o primer argumento tomista. En ella se nos habla de que todo movimiento es tránsito de potencia a acto, y nadie puede pasar de la potencia al acto sino porque ya hay otro que esté en el acto. Cuando me muevo estoy actualizando mi potencia. La potencia es la posibilidad de ser algo, mientras que el acto es el hecho mismo de serlo. Un grano de trigo puede convertirse en pan, pero es un grano de trigo. En consecuencia, todo lo que se mueve, es movido por otro, y así llegaríamos hasta un primer motor que sea la causa del movimiento de los demás motores.

D. Sofos: —Sin embargo, las teorías filosóficas más modernas prefieren decir que el movimiento se da en seres finitos movidos por seres finitos y Dios, creador de los entes finitos, sería la causa indirecta de su movimiento, pero sin aparecer como motor o empujador, sino como creador y artífice.

D. Logos: —Exacto. Todo ser que se mueve se mueve en busca de una perfección de la que carece, eso es evidente. El movimiento, al ser tránsito a una forma de ser que no se tenía, implica una limitación. Dios, al ser perfecto y carecer de limitaciones, no necesita moverse. El movimiento sólo es propio de los seres finitos e imperfectos; de los seres contingentes y dependientes.

D. Sofos: —Imagino que al hablar de movimiento en filosofía no nos referimos a movimiento local, es decir, el hecho de que yo me levante y me desplace hasta la orilla del riachuelo —cambio de lugar en el espacio—.

D. Logos: —Pertinente matización. Cuando se menciona la palabra “movimiento” en un contexto físico, se trata del cambio *cuantitativo*, aumento o disminución, no del cambio *cualitativo*, variación en los otros accidentes de un ser cuya sus-

tancia permanece, o del cambio *sustancial*, en el que brota una nueva sustancia de una materia preexistente.

D. Sofos: —Persiste en mí una duda, quizás simple, pero ¿podrías decirme en dónde radican los signos de la contingencia?

D. Logos: —No huelga en absoluto decirlo, mi estimado alumno. La contingencia no tiene por qué estar necesariamente en el inicio de una actividad; debe estarlo en el inicio del ser, es decir, en la creación. Seguramente habéis formulado esa pregunta por el auge que han tenido en los últimos años teorías como el *Big Bang* o la “gran explosión”, acaecida hace unos quince mil millones de años al explotar un punto minúsculo en el que estaban concentradas toda la materia y toda la energía. Unos tres minutos después los núcleos atómicos comenzaron a formarse gracias a diversas partículas subatómicas. Trescientos mil años más tarde emergieron los primeros grumos de materia, y hace alrededor de catorce mil millones de años se desarrollaron las primeras galaxias. La luz de sus estrellas comienza el viaje a través del espacio. Finalmente, hace trece mil millones de años se formaron las estrellas de la Vía Láctea a partir de la fragmentación de una inmensa y descomunal nube de helio e hidrógeno, hasta que unos ocho mil cuatrocientos millones de años más tarde nació el Sistema Solar. Pues bien, la respuesta a esta teoría es contundente: Dios habría actuado como Inteligencia Ordenadora en el inicio de la actividad, y como Creador en el acto de generar la materia inicial que produjo la explosión.

D. Sofos: —Pues la nada no puede explotar.

D. Logos: —Obviamente. Sin embargo, famosos científicos como el físico de Cambridge Hawking han venido a demostrar, mediante sofisticadas ecuaciones matemáticas, que el espacio y el tiempo coinciden dentro de un espacio curvo, de modo que ya no se podría hablar de un momento inicial del tiempo que sirviera de enganche para el acto creador de Dios.

D. Sofos: —Estoy seguro de que para la ciencia es un gran descubrimiento, y Hawking un verdadero genio, pero intentar

decir, si es que lo ha querido hacer, que es una prueba en contra de la existencia de Dios me parece una extrapolación metodológica de alto grado, pues Dios no es una magnitud empíricamente verificable; el tiempo es una mera creación suya del que los humanos no nos podemos desprender.

D. Logos: —Tengamos también en cuenta que esta teoría goza de una aceptación minoritaria, y como podrán apreciar mejor los científicos más doctos en la materia, presenta numerosas lagunas, como el problema de la reversibilidad, o, dicho de otra forma, la posibilidad de volver a un estado anteriormente alcanzado.

D. Sofos: —Aunque estuviese perfectamente formulada, no representaría ninguna prueba en contra de la existencia de Dios y de su intervención creadora, porque no creo que haya ecuación alguna que lo pueda confirmar o desmentir; la razón instantánea es a veces más útil y verídica que el lenguaje numérico que los científicos han establecido para explicar fenómenos naturales, y esa razón nos dice que tiene que existir un ser necesario, causa de la existencia de todos los demás finitos y contingentes. El hecho mismo de que yo exista, algo de lo que puedo estar seguro porque pienso, significa que tiene que existir algo necesario y eterno. Si el Dios en el que creemos, supongamos, nos hubiese creado, pero no hubiese existido siempre, debería haber sido creado por algún otro ser, y así sucesivamente llegaríamos hasta una Inteligencia Suprema y necesaria que sería el auténtico Dios. Todo lo que no tiene en sí la razón de su ser, la tiene en otro.

D. Logos: —La última frase que habéis dicho es el argumento del principio de causalidad. Es un principio tan evidente que es indemostrable, pero negarlo sería un absurdo, pues algo que no tiene la razón de su ser ni en sí mismo ni en otro ser, sería incausado, lo que equivaldría a decir que no es.

D. Sofos: —No entiendo por qué es indemostrable; sería lógico que si algo existe y es evidente tiene que ser accesible a la razón.

D. Logos: —Y de hecho lo es, pero a la razón práctica. Cuando digo “no es demostrable” me estoy refiriendo a que no se puede comprobar su autenticidad mediante la ciencia experimental, porque el propio acto de intentar probarlo sería irracional.

D. Sofos: —Tenéis razón.

D. Logos: —La nada no tiene razón de ser, el ser sí la tiene; eso es algo evidente también, porque si algo no es algo, es decir, es nada, es igual que decir que no es, y si algo no es, no existe. Es un caso semejante al del principio de no-contradicción, básico en la metafísica: “es imposible que esto sea y no sea a la vez, bajo el mismo aspecto y en el mismo sujeto”. Es imposible que un hombre hable perfectamente francés y no sepa nada de francés, porque ser es algo radical, y no es posible que alguien haya nacido en China y a la vez en Australia; es sencillamente imposible. Por mucho que lo intentemos negar, ya que siempre hay individuos con espíritu de contradicción a quienes les gusta negar hasta lo inobjetable; por mucho que nos esforcemos en emplear al máximo nuestra inteligencia para invalidar este principio, que al igual que el de causalidad, son evidentes por sí mismos.

D. Sofos: —*per se notum*, en latín.

D. Logos: —Es un juicio que surge de forma natural en la inteligencia humana y que no necesita ser demostrado.

D. Sofos: —A pesar de vuestras afirmaciones, que considero correctas, mucha gente...

D. Logos: —Lo que quizás le ocurra a esa gente, pues no cabe otra posibilidad, es que simplemente no les gusta este principio; algo muy diferente a intentar negarlo. El principio de no-contradicción, como juicio evidente que se desprende de la propia noción de ente, no debe ser siquiera puesto en duda, porque ese acto sería absurdo.

D. Sofos: —Perdonadme, pero no puedo evitar expresar esta duda, aunque penséis que estoy empeñado en transgredir todo lo prefijado, por muy evidente que sea.

D. Logos: —Decidme pues.

D. Sofos: —¿No podría quedar anulada la validez de este principio por el hecho de que podamos “pensar” justamente lo contradictorio?

D. Logos: —No, porque el principio de no-contradicción no es un axioma que se impone necesariamente, o un postulado que requiere la metafísica: como se ha dicho es un juicio evidente y por ello innegable, una certeza natural. Es un principio indemostrable que, como dicen los metafísicos, necesitamos para poder demostrar otras cosas. En conclusión, el principio de causalidad, al que en un principio nos referíamos, es evidente por sí mismo y no puede ser negado.

D. Sofos: —Pero eso equivale a decir que el azar no existe, porque si se afirma que una cosa o tiene en sí misma la razón de su ser o la tiene en otro, es igual que decir que la casualidad no puede existir.

D. Logos: —Una cosa es entender la casualidad como probabilidad, que ciertamente existe, y otra entenderla como ausencia de causa.

D. Sofos: —Pero ¿qué es la ausencia de causa?

D. Logos: —Sencillamente, que un algo no sea causa de nada, no haya sido creado por nada y sea incausado.

D. Sofos: —Evidentemente, pero ¿con respecto al azar?

D. Logos: —Significa que, por ejemplo, el que yo tenga sobre mis manos las veintiocho letras del alfabeto y al tirarlas al suelo salgan ordenadas, en esa determinada ocasión, es debido a diversos factores y variables, como el viento, cómo estuviesen ya colocadas en mi mano, la gravedad, etc., que serían causas. ¿Cierto?

D. Sofos: —Por el momento sí.

D. Logos: —Todo fenómeno producido tiene necesariamente una causa. La expresión ¡qué casualidad! es una simple entelequia, una abstracción, porque todo es provocado por algo. Hablar de azar es demostrar ignorancia en física, al desconocer los factores que intervienen en lo que ha ocurrido. Y estando claro que ni nosotros ni ningún otro ser vivo o inerte es causa de su propia existencia, ésta tiene que ser causa de otro alguien, a quien llamamos Dios.

D. Sofos: —Me queda un último comentario, por el momento. Supongo seréis consciente de que los filósofos pertenecientes a la escuela empirista, especialmente el escocés Hume, han puesto numerosas objeciones...

D. Logos: —¡Oh!, bien. Primero me gustaría recordados que el empirismo niega toda distinción entre el conocimiento sensible, adquirido mediante la experiencia, y el intelectual, no reconociendo a la mente humana la capacidad de suministrar a la conciencia realidades absolutas y leyes objetivas. Según ello, la experiencia humana sólo nos puede ofrecer objetos y cosas concretas, no pudiendo proporcionarnos un lazo necesario de casualidad. Sin embargo, a esta forma de pensar se le podría contestar de múltiples formas, comenzando por el hecho ya advertido de que negar el principio de causalidad es tan absurdo como decir que no nos hemos creado ni nosotros mismos ni otro ser. Con ello todo el orden social y moral se destruiría, al no haber relación causa-efecto.

D. Sofos: —¿Por qué?

D. Logos: —Porque si no hubiese esa relación causa-efecto no premiaríamos a los buenos y castigaríamos a los malos, aspecto fundamental en el que se basa nuestra sociedad. Si una persona ha obrado mal, es decir, la causa ha sido actuar malévolamente, el efecto es castigar a la causa para intentar corregirla. Por ejemplo, todos sabemos que el veneno puede matar a una persona, sin necesidad de experimentarlo, pues sería irracional.

Pero si lo probásemos comprobaríamos que la causa provoca un efecto mortal. Espero que haya quedado claro que negar la existencia del principio de causalidad es ilógico. Y antes de que me lo preguntéis, adelantaré la respuesta. Seguramente habréis oído que algunos científicos, fundamentándose en el principio de indeterminación de Heisenberg ya aludido, según el cual es imposible medir a la vez la posición y la velocidad de un electrón, han negado la validez del principio de causalidad.

D. Sofos: —Demostrando también su ateísmo y su ignorancia, pues negar ese principio es negar que Dios exista, y también es demostrar una falta completa de raciocinio e inteligencia práctica, no importándome que sean genios en física, porque me han demostrado que, por lo menos en lógica, no lo son.

D. Logos: —No os aventuréis con apresurados juicios. Ciertamente un científico tiene que limitarse a lo que le compete, la ciencia, no a entrar en las proposiciones filosóficas deducidas por el simple hecho de que en el mundo subatómico suceden fenómenos totalmente imprevisibles, debido a, según ellos, porque carecen de causa.

D. Sofos: —¡Lo que hay que oír! Porque una serie de científicos con menos raciocinio que un niño no puedan prever fenómenos en el mundo subatómico, deducen que carecen de causa. Qué desprestigio para la ciencia.

D. Logos: —Por favor, serenaos, D. Sofos. Es evidente que esos investigadores se equivocaron, pero no hay que criticarles tan excesivamente.

D. Sofos: —Disculpadme, pero a veces....

D. Logos: —Sin embargo, hemos olvidado mencionar un personaje muy apropiado para el tema que estamos tratando: Monod y su célebre obra *El azar y la necesidad*, que niega el principio de causalidad en defensa del azar. Monod distingue entre dos tipos de azares: el *operacional*, aquél que en realidad no existe, pues lo que ha ocurrido se debe a una conjunción

de factores, es decir, de causas; y otro denominado *esencial*, imprevisible por completo. Estas definiciones se ilustran mejor con un ejemplo, que él mismo propone. Imaginemos que el señor López está trabajando en la reparación de un tejado, cuando pasa por la calle el señor Sánchez. El señor López suelta por inadvertencia el martillo, que cae sobre la cabeza del señor Sánchez, matándolo. Estaríamos, según Monod, ante un acontecimiento imprevisible en su totalidad. Pero el error de Monod radica en una confusión de conceptos: imprevisibilidad técnica con incausalidad. La caída del martillo es científicamente imprevisible, pero tiene causa: la ley de la gravedad, y el hecho de que caiga sobre el señor Sánchez también está causado: por la inadvertencia del señor López.

D. Sofos: —Estaríamos, por lo tanto, ante un ejemplo más de intromisión de individuos científicos en el campo de la filosofía y la metafísica, algo que sólo conlleva deducciones apresuradas e incorrectas. La ciencia, como ya se ha dicho, se pregunta por el cómo de un fenómeno, no por el por qué; por ello no se le puede exigir a la metafísica, como algunos han pretendido, dar respuestas totales al cómo de todas las cosas, estructura, comportamiento, acción, etc. Si la ciencia intentase preguntarse por el por qué, estaríamos ante una extrapolación de método. La metafísica nunca ha pretendido aportar respuestas de orden químico, antropológico, biológico...; sin embargo, proliferan los científicos que insinúan, por haber respondido satisfactoriamente al cómo, contestar al por qué de las cosas en cuanto cosas, al ente en cuanto ente. Y ¿qué disciplina tiene como objeto responder al porqué del ente en cuanto ente, si no es la metafísica?

D. Logos: —Exacto. Esa invasión de campo es seriamente preocupante, porque hace disminuir el potencial de inteligencia. Intentar disfrazar una ciencia experimental de metafísica es si cabe más irracional que disfrazar la metafísica de ciencia experimental. Por otra parte, recordemos que Kant negaba que se pudiese acceder racionalmente a la existencia de Dios por-

que Dios está más allá de lo sensiblemente experimentable, y el principio de causalidad únicamente puede ser aplicado para el mundo de lo sensible. Pero Kant se olvida de que, en la medida en que conocemos que los entes de este mundo son una realidad y nos percatamos de que tal realidad no tiene en sí la explicación última de su ser, sí podemos estar seguros de que la Causa Última, al no estar presente en nosotros mismos, tiene que hallarse en otro algo eterno y superior: Dios.

D. Sofos: —Y como la captación de la realidad como tal es el origen de todo pensamiento, no hay por qué pararse a intentar demostrarla. Y el hecho de que esta realidad sea contingente es algo evidente que no podemos negar.

D. Logos: —Excelentes deducciones, D. Sofos. Pero, contestadme a esta pregunta: ¿creéis que entre la causa y el efecto debe haber un lazo mínimo de parentesco o semejanza?

D. Sofos: —A mi juicio sí; en la Biblia se dice “*a imagen y semejanza de Dios*”.

D. Logos: —Entonces acabáis de enunciar otro gran principio: el de analogía. La analogía ontológica es fundamental si queremos acceder a Dios mediante la razón. En realidad, sería el justo medio entre dos extremos: la univocidad o completa igualdad, y la equivocidad o total desigualdad.

D. Sofos: —Es decir, por el mismo hecho de haber sido creados por una causa, Dios, se ha de guardar alguna relación, por muy pequeña que sea, con él. Dios es el “*totalmente otro*”.

D. Logos: —Quizá sería simplificarlo demasiado, pero en rasgos generales así podríamos definir ese principio. Sin embargo, al pronunciar la última frase habéis cometido un grave error de orden teológico, cuando intentabais emular a Barth, teólogo protestante suizo. Pues bien, si se dice que Dios es el totalmente otro, se está afirmando que Dios es incognoscible para la razón, lo que equivale a negar ambos principios: el de causalidad y el de analogía.

D. Sofos: —Ciertamente, al intentar recitar una frase que yo suponía apropiada para el actual contexto de la conversación, he cometido un error muy grave.

D. Logos: —No debéis preocuparos, es normal; lo que a mí me interesa es que comprendáis por qué os habéis equivocado. Entre Dios y la humanidad, culminación de su Creación, hay ingentes semejanzas que sitúan a Dios en lo más alto del orden del ser y a los hombres en el segundo escalón. Por mucho que se intentara subir de escalón, como hicieron ya muchos a lo largo de la Historia, nunca alcanzaríamos el piso sobre el que reposa Dios, pues por la propia definición, Dios está eternamente por encima de todo cuanto ha creado, como el número +2 siempre será más que el +1.

D. Sofos: —Entonces, si entre los hombres y Dios hay semejanzas por el principio de analogía, los atributos y cualidades que otorguemos a Dios, que son todo lo bueno que se puede concebir, son perfectamente legítimos.

D. Logos: —En efecto. Si para conocer a Dios lo primero que conocemos son las criaturas, y desde ellas llegamos a Dios como causa, aplicándole todos los adjetivos buenos que podamos imaginar, este empleo es legítimamente humano, al basarse en el parentesco real que ha de existir entre el ser necesario y el ser contingente. La humildad debe primar siempre en el conocimiento de Dios, porque sólo ella nos ayudará a ser audaces en el intento. En la medida en que nuestros conceptos sobre el ser son analógicos, como hemos visto, podemos establecer propiedades que, al hallarse en los causados, también pueden encontrarse en la causa. A través de tres métodos distintos nos elevamos hasta el conocimiento de los atributos de Dios: *la vía negativa*, por medio de la cual negamos a Dios todo lo que signifique la imperfección de los seres finitos, que implican un ser sucesivo; *la vía de atribución*, por la que aplicamos a Dios las perfecciones reales apreciables en la naturaleza; y, por último, el *método de sublimación o vía de eminencia*, que eleva a grado infinito las perfecciones que

a Dios atribuimos. Fijaos, Sofos, que Dios es tan perfecto que en el fondo es simple, y no admite composición en su ser. Todas estas cualidades no sólo han de ser compatibles, como la misericordia y la justicia infinitas, que si nos guiáramos por la lógica advertiríamos que sería imposible que alguien fuese infinitamente justo si no reniega de la misericordia; sino que deben fundirse en una y sola realidad: Dios será, pues, la conjunción de todos los atributos elevados al grado de perfección. Dios es el que es por sí mismo y no por otro, el que posee aseidad. “*Yo soy el que soy*” dice Dios a Moisés en el libro del Éxodo. En Dios se dan dos clases de atributos: los entitativos y los operativos. Únicamente me detendré a explicados los primeros.

D. Sofos: —Los cuales, si mal no creo recordar, son la simplicidad, la infinitud, la unicidad, la inmutabilidad y la eternidad.

D. Logos: —Exactamente. La simplicidad es algo evidente: Dios es simple porque carece de composición. Por ejemplo, de potencia y acto, como los seres finitos, ya que Dios es acto puro, es el que es, no lo que se ansía ser; de dualidad de esencia y existencia, porque su ser o esencia es precisamente existir; de composición de sustancia y accidente, ya que él es la plenitud del ser. En cuanto a la infinitud, se ha dicho en numerosas ocasiones que Dios no puede tener límites: la limitación es propia de los seres por Él creados a partir de su esencia, y de las cosas materiales, encerradas en el campo de lo material. La unicidad es el más fácil de entender de todos estos atributos: Dios, por el hecho de ser simple, ha de ser uno. El gran defecto de las religiones politeístas estriba en que, si realmente hubiese muchos dioses, Dios tendría que distinguirse de algún modo, luego alguno de ellos debería tener algo de lo que carecería el otro, circunstancia incompatible con la infinitud divina. La inmutabilidad ya la hemos explicado anteriormente: Dios, por ser simple, ha de ser inmóvil, porque el movimiento supone imperfección y carencia. Él es acto puro. Por último, la eternidad es ineludible en Dios, puesto que si es necesario debe haber

existido siempre y no tener ni principio ni fin. En la eternidad no existen momentos que se suceden y pasan, “*interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio*”, tal y como dijo Boecio.

D. Sofos: — “*Total, simultánea y perfecta posesión de una vida interminable*”.

D. Logos: — Traducción bastante aproximada. ¿Habéis estudiado latín?

D. Sofos: — ¡Por supuesto! Es mi lengua preferida, la más bella, precisa y acertada lengua jamás inventada por el hombre. Os aseguro que si yo fundara un estado impondría como lengua oficial el latín. ¡Cuánto admiro a aquellos escritores del Medioevo y del Renacimiento que empleaban el latín como lengua de la ciencia, en la que escribían sus tratados y obras!

D. Logos: — Espero que se cumplan vuestros deseos.

D. Sofos: — Está claro que podemos conocer racionalmente la existencia de Dios, pero ¿y su esencia?

D. Logos: — También, pero de forma imperfecta y analógica. Recordad que Dios es la plena coincidencia de todas las perfecciones en grado infinito. La esencia es, ante todo, lo que constituye la naturaleza de las cosas, lo permanente e invariable en ellas. Pues bien, en la medida en que conocemos que es un ser, conocemos también su modo de ser, su esencia, aunque, como hemos dicho, imperfectamente. Sabemos que Dios es una Inteligencia Ordenadora que ha creado el mundo libre y conscientemente, porque si hubiese sido influido por otros factores ya no sería necesario. Dios ha creado sólo para dar, no para recibir, mostrando su amor infinito. Entonces, si Dios es inteligente, libre, amoroso, consciente..., ¿no es persona? La idea de Dios personal debe imperar en el concepto que de su esencia guardamos. Su personalidad, aun siendo superior a la humana, posee numerosos vínculos de semejanza con la nuestra.

D. Sofos: — Es decir, la personalidad es un atributo divino.

D. Logos: —Otra cosa es la Trinidad, el hecho de que a Dios lo conformen tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la misma naturaleza; característica que conocemos a través de la Revelación narrada en los Evangelios. Una de las grandezas del cristianismo es haber introducido la idea de persona, ausente por completo en la filosofía griega.

D. Sofos: —Antes deirme y concluir esta inolvidable lección, me gustaría formulaos una última pregunta: ¿Por qué Dios, siendo omnipotente, nos ha creado imperfectos?

D. Logos: —Habéis de reconocer que esa pregunta encierra una demagogia barata. En primer lugar, nosotros nos consideramos imperfectos porque hacemos el mal, clave de esa imperfección, y al cual dedicaremos posteriores lecciones, pero, sin embargo, fijaos, con respecto a los demás elementos de la Creación, en cuántos atributos más nos ha hecho Dios tener. Y, sobre todo, medita sobre un aspecto, que si mal no recuerdo vos ya dijisteis no ha mucho tiempo: cuánto nos quiere Dios que nos ha otorgado libertad para que incluso podamos rechazarle y no creer en Él. Y ahora os remito a San Juan: *“Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna”*. La vida eterna, ¿no es una perfección? ¿No es eso muestra del mayor amor jamás imaginable? Medita. Si ansiaseis ser perfecto significaría que queréis alcanzar a Dios, y querer alcanzar a Dios es la mayor maldad que puede caer sobre nosotros, que tarde o temprano sería castigada, no por Dios, sino por nosotros mismos al darnos cuenta de tan gran error.

D. Sofos: —Gracias de veras, maestro, porque hoy me habéis concedido un regalo de un valor incalculable, el mayor de los dones que me podíais otorgar, pues hoy he descubierto que no me equivocaba, que mi fe era y es certera, que Dios existe y yo he sido creado por Él: que las maravillas de este mundo no son más que una pequeña muestra de las que hay más arriba, en un lugar en el que viviremos con Dios, quien en su infinito

amor nos ha deparado acompañarle por los siglos de los siglos. Antes, a pesar de creer fervientemente en Dios, pensaba que el ateo tenía más bazas para apoyar su creencia que el creyente en Dios; ahora me he dado cuenta de la gracia que supone saber conjugar fe y razón.

D. Logos: —Confiad, Sofos, sólo en vos mismo y en vuestra fe, porque sólo ella os acompañará infinitamente y nunca se desprenderá de vos si confiáis en ella y en vos mismo. Creed, porque creyendo viviréis eternamente de vuestra propia creencia, porque al creer no hacéis sino dar muestra de vuestra humildad y de vuestra condición humana, abriéndoo camino a un mundo que supera todo lo imaginable, donde lo perfecto impera sobre lo imperfecto, donde Dios ha querido vivir por siempre con el hombre. Porque si no creyerais, la soberbia y la ostentación, el orgullo y la opulencia os cegarían de tal modo que no podríais ver la maravilla de la Creación y el amor que Dios nos ha dado. Creed pues, y proclamad lo que hoy habéis descubierto, porque si Dios ha querido que tengáis tanta inteligencia y tanta bondad, dándolo libremente, vos debéis corresponder de la mejor manera que podáis: anunciando lo que hoy habéis alcanzado a ver. Y sobre todo pensad que, como dijo el Pontífice en su encíclica *Fides et ratio*...

D. Sofos: —... Fe y razón.

D. Logos: —... “*la fe y la razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad*”. Decía Santo Tomás, con magistrales palabras, en la introducción de su *Summa contra Gentiles* que el propósito que le llevó a escribir esa obra era el de reflexionar sobre “la verdad que la fe profesa y que la razón investiga”.

D. Sofos: — “*quam fides profitetur et ratio investigat*”.

Y así, siendo ya altas horas de la noche, los dos nos retiramos. Acompañé a D. Sofos hasta su casa, y yo me fui directa-

mente a la mía para descansar, pues mañana nos esperaría otra lección y otro duro día de trabajo; trabajo éste gustoso de realizar y emprender, ya que no hay mayor dicha en este mundo además de la fe que poder compartir nuestros conocimientos, máxime cuando estos sirven para reforzar una fe.

*Orden, contingencia y finalismo,
a las que sumo causalidad y analogía,
para poner sin duda en armonía,
la fe, la razón y a mí mismo.*

*Desde San Anselmo hasta Santo Tomás,
pasando por Descartes, Hegel y Kant,
menciono también a Feuerbach y Marx,
debo concluir que Dios existe y mucho más.*

*Debatieron incansablemente,
alumno y maestro,
los dos convencidos oradores,
hasta que finalmente,
se ayudaron el uno al otro
a expresar sus dudas mayores.*

CAPÍTULO II:

EL PROBLEMA DEL MAL

A la mañana siguiente desperté pronto, como de costumbre, para evitar prisas y marchas apresuradas de última hora. Con visible tranquilidad y apreciable desasosiego me dirigí hacia la residencia de mi insigne alumno para acompañarle hasta el lugar en el que había instalado mi academia. Una vez hubo D. Sofos abandonado su casa, tras desayunar exquisitos manjares que su encantadora madre preparaba para él, fuimos camino del bosque por la calle principal de nuestra localidad. Al ser día festivo, no había mucha gente por el lugar a tan tempranas horas, aunque ya estaban dispuestos los primeros tenderetes del mercadillo semanal de municipios circundantes de la comarca. Sin embargo, a lo lejos, al término de la avenida, se podía divisar una pequeña concentración frente al palacio arzobispal, residencia del coadjutor de la diócesis, el cual miraba asombrado desde su balcón. D. Sofos me exhortó a ir hacia aquel lugar para comprender lo que ocurría.

Aprovechamos, mientras pasábamos frente al puesto de la prensa, para comprar el periódico y comentarlo posteriormente con mi alumno en la academia, como solíamos hacer antes de empezar las lecciones. Una vez llegamos a la bulliciosa reunión, a la cual evidentemente no nos sumamos, pregunté a uno de los viandantes si podía explicarme cuál era el motivo de la manifestación, máxime si se estaba efectuando ante el palacio episcopal. Respondióme el señor que se debía al reciente fallecimiento de diez misioneros dominicos enviados por nuestro arzobispo para

emprender una labor evangelizadora en tierras africanas. El dolor de los familiares, varios centenares en total, y la manifiesta ira que demostraban tener contra la Iglesia, culpable según ellos de lo que había acontecido a sus difuntos hijos, fue suficiente para que se tuviese que avisar a las fuerzas del orden, pues no dejaban salir el coche del arzobispo que había de llevar al nuncio a una reunión. Acudí a calmar a las mujeres que encabezaban la concentración, pero fui rechazado e importunado. Puesto que era bastante conocido en la localidad como filósofo y fervoroso católico, también fui objeto de las imprecaciones que lanzaban las víctimas indirectas de tan desgraciado suceso. La madre del fallecido jefe de la comunidad misionera instalada en las remotas regiones del centro de África fijó su mirada en mí con gran ira, y no sabiendo yo por qué actuaba de tal forma, no hice sino dirigirme hacia ella e intentar hablar. Su argumento era el siguiente: yo, que en numerosas conferencias locales a las que ella había asistido había proclamado, como hice los días anteriores con mi alumno, que fe y razón son conciliables, y que Dios es infinita y bondad, ¿cómo explicaba que, existiendo una Inteligencia Ordenadora y Creadora, un Dios eterno e inmutable, se permitiesen tantos males como asolan el mundo, sobre todo cuando éstos recaen sobre aquéllos que iban a hacer el bien en una labor desinteresada y caritativa, humana y cristiana? Obviamente, no me detuve a dar una charla a todos los allí reunidos sobre el problema filosófico que representa el mal y la solución parcial que ofrece la razón, pues no eran los momentos adecuados para consumir tal tarea.

Así fue como, tras abandonar bajo gritos y burdos, incómodos e inapropiados abucheos aquel lugar, tomé la mano de D. Sofos y lo llevé rápidamente hasta la academia, con el peligro de ser incluso apedreados durante el trayecto existente. La sorpresa de D. Sofos no era menor, en su vida se vio en tal aprieto.

—Ya tenemos un tema para conversar, D. Logos —me dijo él.

Y, efectivamente, pensé dedicar toda la lección del día a explicar y plantear desde una óptica filosófica el problema del mal y sus consecuencias a lo largo de la Historia sobre la conciliación fe-razón y, más que sobre la afirmación de la existencia de Dios, algo ya demostrado y palpable, sobre las características que a Él atribuimos.

Por el camino, ya alejados del tumultuoso acto, D. Sofos me fue comentando las noticias del periódico conforme nos acercábamos a la academia. En las páginas interiores aparecía precisamente un artículo consagrado al desafortunado suceso de los misioneros de la Orden de Santo Domingo de Guzmán. “Fallecidos diez misioneros dominicos en África al ser atacados por los rebeldes antigubernamentales mientras realizaban su labor religiosa en una comunidad cercana a la capital”, decía el titular. El firmante, en una muestra de una total falta de respeto a los lectores religiosos, además de a los propios misioneros muertos, vertía todo su veneno ya no contra la Iglesia, el Papa y todo lo que signifique catolicismo o fe cristiana, sino contra Dios. “¿Cómo creen ustedes que puede existir un Dios omnipotente y Todopoderoso que permita estos males? Si es Todopoderoso, ¿por qué lo consiente y no castiga a los que han obrado tan malignamente?” Mi indignación se acrecentaba a medida que leía el artículo, y opté por dejar de analizarlo, diciéndole a D. Sofos que nunca cayese en el error, símbolo de ignorancia e irrespetuosidad, de utilizar argumentos comúnmente aludidos y no por ello menos vagos, baratos, inconsecuentes, incoherentes, incongruentes y poco sólidos contra una realidad tan sumamente demostrada como es la existencia de Dios. Pero no sólo eso; le dije que, aunque la cuestionara o perdiese el Temor de Dios y dudase de Él, pues él mismo nos ha otorgado libertad para hacerlo, siempre se enfrentase al problema con humildad, conocimiento de causa y audacia, no como aquellos otros hacen, sumidos en un indeseable orgullo, ignorancia y molesta ingenuidad.

Y dicho esto, comencemos la lección:

D. Sofos: —Ciertamente, la experiencia ha sido desagradable. Discutimos de diversas cuestiones filosóficas, pero a la hora de aplicar la teoría para el pueblo llano, las dificultades se incrementan, motivadas quizá por el cada vez mayor alejamiento de los eruditos de la realidad del mundo.

D. Logos: —¿Queréis decir que los filósofos deben intentar solucionar problemas humanos tales como el dolor y la muerte? Lo único que podemos hacer es plantearlos y buscar una explicación lógica y racional óptima que los aclare; intentar solventarlos sería entrar en otro terreno, extrapolar el método y lo que incumbe al propio ser humano. La muerte no existe, lo que por ella entendemos es sólo el paso del mundo terrenal al celestial, que supondrá la eternidad. Sé que me diréis que por muchas descripciones metafísicas y alejadas de la realidad que proponga no convencerán en absoluto a los que experimentan los problemas, ya que no los conoceré hasta que no me encuentre en su situación. Pero yo os respondo: la filosofía debe buscar el porqué, la ciencia el cómo y el hombre el cómo y el para qué cambiarlo.

D. Sofos: —Reconozco mi error infantil. Así pues, el problema del mal en el mundo es una buena cuestión para detenernos a analizar y dedicarle toda una lección.

D. Logos: —O más, si lo requiriese. La existencia del mal ha sido desde los comienzos de la filosofía como disciplina y más en concreto de la teología un obstáculo aparentemente insalvable para profesar una fe racional en Dios. El hecho de que existiendo un Dios que es infinita bondad, plenitud sapiencial y alma providente haya mal representa una contrariedad muy importante para los pensadores, y en general para todos los creyentes. Para muchos, no para todos, ha supuesto un gran escándalo y un irresoluble dilema; un argumento incomparable a favor del ateísmo e incluso del fideísmo y la afirmación de que Dios es incognoscible, destruyendo todo intento de fe racional. Tampoco sería válido pensar que, si bien Dios existe, el hecho de que exista el mal y el sufrimiento simbolizan que

Él no es todo bondad, porque los mismos atributos que Dios posee por el hecho mismo de ser Dios excluyen esa posibilidad. Esta pregunta, además de las clásicas de ¿quién soy?, ¿de dónde vengo y adónde voy?, ¿qué hay después de esta vida?, ¿tiene sentido la vida?, ¿hacia dónde se dirige?, etc., son cuestiones que “*tienen un origen común en la necesidad de sentido que desde siempre acucia el corazón del hombre*”, como se dice en nuestra ya familiar encíclica *Fides et Ratio*, caracterizada por las numerosas referencias que hace a las diversas culturas antiguas que comparten esas dudas innatas, como el confucianismo, el budismo o los Vedas hindúes. Aun sabiendo que por mucho que intentemos explicar qué es el mal, éste no se comprende en su totalidad hasta que se experimenta, y que si eso ocurre es muy difícil ser objetivo, también recordaremos lo que sobre él han dicho a lo largo de la Historia los filósofos más célebres.

D. Sofos: —Temo que al explicar el mal y deteneros bastante tiempo en repasar lo que han dicho con respecto a él los grandes pensadores estéis intentando desviarlos para que no parezca que la filosofía carece de explicación racional de él, y que quizás si os detenéis en otras cuestiones logréis distraer mi atención, pero os aseguro que seré muy tajante.

D. Logos: —Parecéis desconfiar de mí y de la filosofía, siendo consciente de que en lecciones anteriores nos detuvimos también en estudiar lo que se ha dicho sobre la cuestión que nos ocupaba, para después proceder a proponer una explicación satisfactoria. Analicemos, pues, qué es el mal. Ya San Agustín en sus *Confesiones* se planteó el problema, y siglos más tarde Santo Tomás, concluyendo que éste no es una sustancia, pues si lo fuese, sería bueno; es, más bien, *la privación de un bien debido*. El mal es entonces la privación de un bien debido; la corrupción del bien. Dios no es la causa del mal, pues Dios es sólo causa de lo que es, no de lo que no es. Para conocer en profundidad el significado metafísico del término *privación* recurriremos a Aristóteles de Estagira, quien escribe: “*Se dice*

que hay privación, ya cuando un ser no tiene alguna cualidad que no debe encontrarse en él, y que por su naturaleza no debe tener; y en este sentido se dice que una planta está privada de ojos, ya cuando, debiendo naturalmente encontrarse esta cualidad en él, o en el género a que pertenece, sin embargo, no la posee. Así el hombre ciego está privado de vista, de distinta manera que lo está el topo; en el último caso la privación es un hecho general, en el otro un hecho individual [...]. La supresión violenta también se llama privación”.

D. Sofos: —Así pues, y a modo de ejemplo, el que a un niño le sea mutilada la pierna en una acción bélica es un mal, porque le está privando del bien debido que representa el poderse desplazarse y andar libremente y sin necesidad de asistencia.

D. Logos: —Exactamente; veo que habéis entendido perfectamente en qué consiste el mal. El mal no subsiste por sí mismo, ya que como privación necesita convivir con algo bueno, pues si no ya no sería privación. Aunque yo padezca un mal como es la gripe, por lo demás puedo ser bueno; es más, he de ser bueno al menos en un mínimo porcentaje.

D. Sofos: —Sin embargo, el diablo es un ser que es mal en su totalidad.

D. Logos: —Os equivocáis. El diablo, como Inteligencia que es, es ontológicamente bueno, porque la Inteligencia no es ninguna privación. Y aquí me podrías decir que los animales no son inteligentes, pero recordad que el Estagirita hablaba de casos individuales, no de casos generales. Como decía Santo Tomás en su *Summa Theologiae*: “No se da un mal absoluto, no puede existir un mal que sea el mal por esencia y causa de todo mal”.

D. Sofos: —Creo recordar que algunos movimientos sectarios, principalmente medievales, como los cátaros o albigenses, influidos por el maniqueísmo o dualismo oriental, establecían dos principios absolutos: el bien, causa del mundo espiritual, y el mal, causa del material.

D. Logos: —Esa concepción que como muy bien decís procede del dualismo oriental es incompatible con la idea de Dios creador, que hizo a las criaturas a su imagen y semejanza, es decir, buenas. Esta posición atenta contra la omnipotencia divina, la infinitud y la unicidad ayer aludidas. El mal sería la privación que en ellas se produce.

D. Sofos: —Pero ¿quién ha creado el mal? Además, Leibniz, uno de los mayores pensadores de la filosofía moderna, dijo que el mal es la simple imperfección, y las criaturas son malas porque son finitas y por lo tanto imperfectas.

D. Logos: —Tened paciencia, pues ahora lo explicaremos. En primer lugar, Leibniz se desvió de la concepción clásica del mal, pero cayendo en un grave error metafísico. La Creación realizada por Dios recibió un ser bueno, pues ella no puede ser fuente de mal al proceder del mismo Dios. “*Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno*”, se nos dice en el Génesis. Lo finito, en cuanto ser, es ontológicamente bueno, pero efectivamente imperfecto, y la imperfección no es la privación de un bien debido, porque a nosotros se nos hizo ya imperfectos. En segundo lugar, reflexionad sobre el tema y pensad que gran parte del mal que padecemos lo provocamos nosotros mismos: las guerras, muchas de las enfermedades, los robos, el asesinato, el hambre... Actualmente, con los recursos de los que se dispone se podría solucionar el hambre, y sin embargo no se hace. Mucha gente muere en accidentes de tráfico, producto de nuestro progreso y de nuestro avance técnico y científico. Y de la guerra, creo que nada hay que decir, pues el único responsable es el ser humano, que en muchos casos ha convertido la religión en excusa.

D. Sofos: —Es evidente que el hombre es responsable de muchos males, los que podríamos clasificar como explicables, pero no de todos.

D. Logos: —Por supuesto. Sólo pretendía decir que gran parte de los males de los que continuamente nos lamentamos son

obra nuestra, como el tabaco, resultando injustificable y realmente *maligno* que acusemos al Creador de ellos. El precio de nuestra libertad es ése: si queremos ser libres, debemos solucionar nuestros problemas, pues si no, al intervenir Dios, no seríamos libres.

D. Sofos: —Un precio un poco elevado, creo yo.

D. Logos: —No. Simplemente el justo, pues la dicha de la libertad, siempre que esté bien empleada, es inconmensurable.

D. Sofos: —Las catástrofes naturales, por ejemplo, no estarían provocadas por los humanos.

D. Logos: —También hay que matizar. El hecho de que el agua dulce y potable se agote progresivamente en determinadas regiones o que la hierba de un campo desaparezca sistemáticamente a causa de que los animales se nutren de ella es un mal que Dios permite, pero para bien de la naturaleza; no resulta escandaloso. Pero hay otra clase de mal completamente inexplicable, aquél que es injusto y afecta sin justificación alguna al hombre, en especial a los más desfavorecidos.

D. Sofos: —Aunque la última afirmación es muy relativa: el que un huracán mate a decenas de desvalidos en lugar de a decenas de acomodados tiene su explicación en el hecho de que los primeros, al contar con menos recursos, habitan en viviendas construidas con materiales de peor calidad. En ese caso, el hombre también sería el responsable, en cierto modo, de ese mal.

D. Logos: —Efectivamente. Sin embargo, existe un mal injusto y doloroso, inexplicable racionalmente, y digo mediante la razón, si creemos en la existencia de un Dios Omnipotente y Todopoderoso, como el hecho de que la peste, la minusvalía o cualquier otro mal se cebe sobre los niños y con éstos sufran sus padres, testigos directos de la desgracia. En este caso, cabrían dos posibilidades: o bien Dios puede solucionar el problema y no quiere, por lo que ya no sería bueno, o bien

no puede solucionarlo, por lo que ya no sería omnipotente y perfecto, luego tampoco sería Dios. El mal no tiene causa *per se*, sino *per accidens*.

D. Sofos: —Difícil y arduo dilema.

D. Logos: —Cierto. Si recurrimos a la razón, encontraremos una explicación, aunque no del todo satisfactoria, antes de haber utilizado como aclaración válida la Revelación. La razón nos dice que la existencia del mal no elimina necesariamente la existencia de Dios, eso es algo lógico, pero desconoce cómo conjugar ambos factores sin caer en contradicción. Por mucho mal que se dé, por muy terribles e injustas que sean las desgracias acontecidas en el mundo, hemos de tener en cuenta que el bien nunca dejará de existir, aunque sea escaso, ya que sin el bien el mal no puede existir.

D. Sofos: —Y sin mal el bien no puede existir.

D. Logos: —No necesariamente. Aunque un niño tenga la peste no deja de tener sentimientos e incluso bondad, nobleza o caridad. A pesar de las guerras, los desastres, el hambre, la pobreza y la injusticia, la belleza de la naturaleza y el orden maravilloso que en el mundo reina son símbolos del bien que Dios dispensa sobre nosotros y que introdujo al principio de la Creación. El ser humano, como un elemento más de la Creación de Dios, al fin y al cabo, debe reconocer que está sometido a las leyes de la naturaleza, que obran según sus propios patrones, que en ocasiones le atacan directamente.

D. Sofos: —En conclusión: la razón nos dice que la existencia del mal no elimina la existencia de Dios, pero no sabe conjugar ambos conceptos.

D. Logos: —Perfecto resumen, propio de vos. Antes de continuar, me gustaría comentados una de las explicaciones más interesantes dadas al problema del mal, de mano del propio Leibniz: suponer que el mal existe sólo en la mínima proporción indispensable para que resalte la máxima cantidad de bien

posible. Su autor la denominó “optimismo universal”, y sería comparable al fondo oscuro de un encerado escolar, cuyo color es de esa forma para permitir que se aprecie la tiza blanca. Sin embargo, esta hipótesis no es muy convincente, porque el verdadero bien, como perfección, no necesitaría ser resaltado; algo distinto es que sea utilizado para obtener bienes superiores de él, cosa que no siempre es. Recordemos que ya le reprochaban a Leibniz otros filósofos, entre ellos Voltaire en su obra *Cándido*, argumentando que si ése era el motivo de la existencia del mal no se explicaba el terremoto de Lisboa de 1755, cuyas consecuencias fueron catastróficas para el país. El camino final que completará la respuesta de la razón y nos hablará de un Dios bueno, misericordioso y Omnipotente, que nos dice que el mal no tiene la última palabra, porque más allá de este mundo no tendrá cabida, es la Revelación. La Revelación cristiana, narrada en los Evangelios, nos da una respuesta verdaderamente convincente sobre el problema del mal, que podemos reducir a cinco principios: Dios no quiso el dolor; el hombre es causa del pecado y del dolor; el mal injusto no tiene la palabra definitiva; Dios tolera el mal para sacar bienes superiores de él; el verdadero mal es el pecado.

D. Sofos: —Personalmente, considero como afirmación más importante la última: el verdadero mal es el pecado.

D. Logos: —Aun así, imagino no tendréis inconveniente en que analicemos uno por uno los demás principios.

D. Sofos: —Por supuesto que no.

D. Logos: —Todo el que haya leído la Biblia, al menos las primeras páginas del libro del Génesis, sabe que Dios lo hizo todo bien y libró al hombre del dolor. Sin embargo, el ser humano, como materia sensible, además de espíritu, está expuesto a la tentación, al dolor y a la muerte, ya que estas circunstancias están presentes en las leyes de la naturaleza. Si pensamos que Dios, siendo bueno, permitió y permite el mal, entramos en un peligroso dilema que puede llevar directamente al ateísmo.

D. Sofos: —Doy gracias a Dios porque su providencia me ha librado de tan tormentosa afección.

D. Logos: —Yo también, sin duda alguna. De todas formas, aunque cayese en tal desgracia, si conservase un mínimo de raciocinio me daría cuenta de que Dios en un principio, según he aprendido de la Revelación, sólo quiso felicidad y dicha para los hombres, alejándolos del dolor. Pero la libertad que les concedió los llevó al pecado por su condición, y a considerar el trabajo como una fatiga, cuando en realidad el poder colaborar en la obra de la Creación es un auténtico don. El hombre es, por lo tanto, la causa del pecado y del dolor. Pero atención: el mal que sufre cada persona no está provocado como castigo divino por su pecado, como se creía en el Antiguo Testamento.

D. Sofos: —A excepción del libro de Job, que desmiente tal supuesto del tradicionalismo hebreo.

D. Logos: —Cierto. Veo que tenéis una sólida formación bíblica, indispensable para las cuestiones que nos competen. Bien, en el Nuevo Testamento vemos como el sufrimiento se originó por el pecado del primer hombre, Adán, que rechazó el amor infinito de Dios haciendo uso de su libertad; ya que él quería ser autosuficiente y superar a Dios. Ese pecado original sería el culpable de la miseria que aflige al hombre. La fe será, pues, principio y fin de toda justificación, ya que por la ley nadie será justificado; y la gracia y el perdón de Dios serán infinitos. La culminación del pecado es la muerte, porque como dice San Pablo en su “Carta a los Romanos”: *“El que está muerto, queda libre de pecado”*. El cristiano, una vez abandonado el instrumento del pecado, es decir, su cuerpo, se encuentra definitivamente liberado del pecado. Pero no por ello hemos de maldecir el cuerpo, porque, como se nos dice en el Vaticano II: *“Está obligado –el hombre– a considerar su cuerpo como bueno y digno de honor, ya que ha sido creado por Dios y ha de resucitar en el último día. Sin embargo, por la herida producida por el pecado, experimenta la rebeldía*

de su propio cuerpo. Por consiguiente, la misma dignidad del hombre exige que dé gloria a Dios en su cuerpo”.

D. Sofos: —Pero, yo, ¿por qué he de arrastrar la culpa del pecado que realizaron mis ancestros hace siglos y del que yo no me considero causante?

D. Logos: —Esa es una pregunta interesante, pero esconde un cierto egoísmo, indolencia y vanidad. Todos en nuestras vidas acusamos la ponzoña del pecado, por lo que éste debió adentrarse en el mundo ya desde sus orígenes. El desacato de los planes de Dios abrió las puertas del mundo a tan trágica realidad; el problema es convertir ese pecado en personal. Es evidente que el relato del Génesis es puramente mítico, pero precisamente lo que se ha de intentar, si se es inteligente, por supuesto, es tratar de que ese fondo mítico y que algunos podrían considerar “cuento de hadas” no ciegue la visión interpretalista. Con un símil se aprecia mejor lo que quiero decir: imaginad una hermosa casa en un campo rodeado de espigas y cardos, y vos deseáis acceder a ella. Quizás en un principio la presencia de tan desapetecibles plantas os haga desistir en vuestra empresa, pero si realmente tenéis ímpetu y deseo de realizarla os aseguro que pasaréis por los cardos y las ortigas gracias al simple hecho de pensar en lo que os espera si lográis llegar a la casa.

D. Sofos: —Si yo estuviese realmente interesado en llegar a la casa, no desistiría.

D. Logos: —Antes de continuar, os recitaré de memoria la doctrina sobre el pecado propuesta por el Concilio de Trento: *“Si alguno no confiesa que el primer hombre, Adán, al transgredir el mandamiento de Dios en el paraíso, perdió inmediatamente la santidad y la justicia en que había sido constituido, e incurrió por la ofensa de esta prevaricación en la ira e indignación de Dios y, por tanto, en la muerte con la que Dios antes le había amenazado, y con la muerte en el cautiverio bajo el poder de aquel que tiene el imperio de la muerte, es decir, del diablo; y*

que toda la persona de Adán por aquella prevaricación fue mudada en peor, según el cuerpo y el alma: sea anatema”.

D. Sofos: —¡Qué memoria! Pero decidme, ¿no creéis excesivo que la Iglesia de entonces condenara como anatema el no seguir su doctrina sobre el pecado original?

D. Logos: —Por supuesto que no. Si una persona que se considera católica, budista, musulmana o de cualquier otra religión, no sigue sus dogmas fundamentales, en realidad no profesa tal religión; o lo tomas o lo dejas: o sigues practicando esa doctrina o la abandonas, lo que no se puede hacer es aceptar los dogmas que más nos interesen y rechazar los que no nos convienen. Si lo hiciéramos caeríamos en herejía; la doctrina católica no puede ser más expresiva. Posiblemente la forma del decreto nos resulte dictatorial e inquisitorial, pero si lo analizamos detenidamente, el fondo es perfectamente inteligible. Ciertamente también es que la época en la que se celebró el Concilio, a mediados del siglo XVI, la mentalidad era completamente diferente a la reinante en el momento de la convocatoria del Vaticano I, aspecto que hay que tener en cuenta.

D. Sofos: —Tenéis toda la razón.

D. Logos: —Por su parte, el vigésimo primer Concilio ecuménico, el Vaticano II, nos dice sobre el pecado: *“El hombre, constituido por Dios en un estado de justicia, abusó de su libertad desde el mismo comienzo de su historia, por persuasión del Maligno, alzándose contra Dios y pretendiendo conseguir su fin fuera de Dios”.*

D. Sofos: —Las diferencias entre un decreto y el otro son evidentes.

D. Logos: —Bien, ahora contestaré a vuestra anterior pregunta, bastante común entre la gente. Es evidente que nadie puede ser culpable de cuanto otros hicieran por él, porque Dios, siendo infinitamente justo, no lo podría permitir. En primer lugar, ¿quién es realmente Adán, el hombre que según la Biblia

cometió ese pecado? En los orígenes, Dios otorgó a los hombres total libertad e inmortalidad. Pero éste, en vez de querer desempeñar su labor de humano, quiso ser un dios, igual que le ocurrió al héroe mítico babilónico Utnapishtim, quien, con la ayuda de Ea, descubrió el árbol de la vida y al comer sus frutos se convirtió en inmortal. Adán y su pareja comieron de los frutos del árbol de la vida, el cual se hallaba en el centro del paraíso. El hecho de que este árbol, portador de la inmortalidad, se encontrase en el centro del paraíso significa que los hombres no precisaban esforzarse para degustar sus frutos, porque Dios ya se los había concedido sin necesidad de tomarlos. En el centro del paraíso también estaba el árbol del conocimiento del bien y del mal, pero la pareja no podía comer sus frutos. No se sabe exactamente que conocimiento poseía ese árbol.

D. Sofos: — Ambos comieron del fruto prohibido: la manzana.

D. Logos: — Os equivocáis. En el relato bíblico no se especifica qué fruto fue. Sin embargo, la tradición cristiana asoció el término *mallum*, denominación latina de la palabra “manzana”, porque según la doctrina al comer el fruto apareció el mal, en latín *malum*. La tradición popular creyó suficientes esas semejanzas para afirmar que la manzana era el fruto prohibido.

D. Sofos: — Interesante, sin duda.

D. Logos: — Espero que así sea; a mí también me lo pareció la primera vez que leí sobre ello. El mito continúa diciendo que una serpiente invitó a Eva a tomar el fruto prohibido. Esa serpiente es la representación simbólica de la tentación, que indujo a la pareja a rebelarse contra los planes divinos. Eva claudicó junto con su compañero Adán. En conclusión, el hombre, que en castellano se refiere tanto al varón como a la mujer, pecó en un principio.

D. Sofos: — Pero entonces, ¿qué fruta, simbólicamente, comió la pareja; cuál era el poder que obtenían comiendo de la fruta prohibida?

D. Logos: —Muy buena pregunta. Recordemos que había un árbol, el del conocimiento del bien y del mal; por lo tanto, sus frutos abrían las puertas al conocimiento de esos dos conceptos. Sin embargo, en la mentalidad semita, todo “conocimiento” suponía “dominio”. Siendo así, la prohibición de Dios debe relacionarse con un dominio capaz de decidir lo que está bien y lo que está mal. En la mentalidad hebrea esa prerrogativa era de Dios. El pecado humano estriba en que ellos querían convertirse en dioses al intentar decidir lo que está mal y lo que está bien, algo que sólo le incumbe a Dios. Pero no lo consiguieron, y en vez de Dios con mayúscula llegaron a ser “dios” con minúscula, que equivale a ser simplemente un “ídolo”. El hombre constantemente trata de ocupar el lugar de Dios, al creerse legítimo para decidir lo que está bien y lo que está mal. Ese pecado se repite frecuentemente, todos los días y a todas horas: ese pecado engloba y afecta a todos.

D. Sofos: —Es decir, Adán y Eva representan a la humanidad que desde sus orígenes hasta la actualidad cae en la tentación y en el pecado; un pecado colectivo del que todos somos responsables, pues negarlo sería pura hipocresía. Adán sigue haciéndose a través de cuantos individuos integran la humanidad

D. Logos: —Efectivamente. Lo sustancial que hay que entender del mito bíblico es que la primera pareja que supuestamente habitó en el mundo personifica desde un punto de vista científico a la humanidad, que debido a la tentación que brota de su interior, y haciendo uso de la libertad que Dios le concedió, se rebela contra Él para intentar igualarse. Las consecuencias del ejercicio de esa libertad son claras. El hecho de que Adán y Eva fuesen en verdad la primera pareja humana no es en absoluto relevante para la teología, por lo que no me detendré a discutirlo: esa es la labor de los antropólogos, quienes deben saber que la visión bíblica es monogenista, no poligenista; es decir, aquella concepción que supone que Dios infundió vida a una sola pareja a partir de la cual procede el resto de la humanidad. Todo ese esquema hemos de aplicarlo

a lo que las ciencias biológicas nos dicen sobre el nacimiento del ser humano, desde el momento en el que se producen los destellos mínimos de inteligencia y racionalidad, habiendo evolucionado este tipo de homínido de los simios. La visión del pecado de origen que tenemos actualmente es una visión *a posteriori*, es decir, formulada mucho tiempo después del desarrollo del acontecimiento, y basado por ello, como se puede deducir, en suposiciones probables. La Biblia, no obstante, si creemos en la inspiración divina que la compuso, guardaría un fondo teológicamente apropiado. Hace alrededor de cinco millones de años, una especie derivada del tronco de los simios antropomórficos (gibones, orangutanes, gorilas, chimpancés), el homínido, tuvo un destello racional que le impulsó a enfrentarse a sus semejantes para obtener más comida, por ejemplo. Supongamos un grupo de ejemplares de esta especie alimentándose de un animal recién cazado, cuando de repente el cerebro de uno de los integrantes de la partida de caza *pensó* que cogiendo un hueso o una rama de árbol asustaría a los demás y les ahuyentaría, para ser el único beneficiario del festín. En realidad, eso sería un pecado, pero es evidente que el homínido primitivo no era consciente de lo que hacía, pues no lo sería hasta muchísimo más tarde. Los autores yahvista y sacerdotal que redactaron respectivamente el segundo y el primer capítulo del Génesis, y cuyos relatos se incluyeron en la redacción definitiva del Pentateuco tras volver del Destierro en Babilonia, creyeron de una manera muy tradicionalista que al principio todo era perfecto, la pareja gozaba de la plenitud y de la inmortalidad, de un trabajo que no era duro, etc., e inmediatamente después de cometer una mala acción, perdieron todas esas dichas. Desde una perspectiva más moderna, entendemos que el hombre, al evolucionar, no obedece a un acto personal, sino a una conjunción de actitudes que se desarrollan lentamente y que desembocan en el afán, mucho más tardío que la época de los primeros homínidos, de igualarse a Dios. Pues ¿no resultaría absurdo que un primitivo hombre, casi mono, ansiase compararse con Dios, en quien probable-

mente aún no creía, cuando ni siquiera había descubierto cómo manejar el fuego o inventos rudimentarios?

D. Sofos: —Ciertamente, no sería lógico suponerlo.

D. Logos: —Espero que vuestra pregunta haya quedado resuelta.

D. Sofos: —En efecto, me he percatado de que ese pecado todos lo llevamos dentro, estemos en la época en que estemos, y no podemos ignorarlo. Los anónimos que escribieron el Génesis atribuyeron el origen del pecado al ansia de igualarse a Dios, pero hoy comprendemos que la forma del relato bíblico resulta excesivamente reduccionista y tradicional, no pudiéndose encuadrar en el marco de los conocimientos antropológicos y científicos que tenemos actualmente. Pero respondedme: ¿los niños nacen ya con el pecado?

D. Logos: —Sí. El dogma católico, el cual sigo, proclama que el pecado se adentra en todo ser humano desde que éste comienza a existir. Sencillamente, la actitud orgullosa y cercana al pecado todavía no se ha desarrollado. Podéis comprobar cómo el niño por naturaleza es egoísta y perezoso. Aparte de papá y mamá la primera palabra que aprende a decir es “mío”, y antes que “sí”, “no”. El bautismo sería como el injerto que se aplica a las naranjas amargas para endulzarlas. Evidentemente, nadie responsabiliza a los recién nacidos del pecado, pero tampoco nadie puede negar que como humanos comparten la actitud pecadora de los hombres.

D. Sofos: —El pecado sería, pues, el desequilibrio entre el pensar y el vivir; entre el deseo de paz y la constante aparición de guerras.

D. Logos: —¡Magnífico, lo habéis entendido a la perfección! Para afrontar ese pecado también Dios, en su infinito amor, nos ha enviado una solución: Cristo.

D. Sofos: — “*Dichoso seas Cristo porque por tu Cruz redimiste al mundo*”; ¡cuánto simbolismo encierra la cruz! ¡Quién se lo iba a decir a los romanos, que la utilizaban como medio de

ejecución de los reos que no tenían la ciudadanía romana por lo ignominioso que es morir en ella!

D. Logos: —Exacto. Él es la muestra más factible de la atención que Dios Padre nos dispensa, al enviarnos a su Hijo para morir a causa de nuestro pecado. Todos nacemos con la semilla del pecado original u origen del pecado, como se quiera llamarlo; todos excepto la Santa Virgen María, cuya Inmaculada Concepción así lo explica. Este último dogma puede resultar infundamentado, pero si alguien se considera católico debe aceptarlo. La bula *Ineffabilis*, concedida por Pío IX, el papa que más años ha permanecido en el pontificado hasta el momento, en 1854...

D. Sofos: —treinta y dos en total.

D. Logos: —Exacto. El Concilio Vaticano II nos responde a esta clase de dudas de una forma magistral: “*La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original*”, aunque en este caso, está claro que la referencia más concreta sobre este aspecto se encuentra en la bula original de Pío IX, en donde se trata el porqué de la decisión adoptada por el Pontífice romano.

D. Sofos: —Recuerdo una frase que no sé en donde leí ni cómo aprendí sobre el papa: “*Romanus Pontifeux potest ac debet cum progresso, cum liberalismo et cum recenti civilizacione sese reconciliare et compare*”. “*La potestad del Romano Pontífice se debe reconciliar y cumplirse con progreso, con liberalismo y con la mentalidad de la civilización actual*”.

D. Logos: —Bien. Como dice San Pablo en su epístola a los Romanos: “*Así como por la desobediencia de un hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán constituidos justos*”. Así pues, sigamos comentando los demás principios de la Revelación cristiana, que no tiene, como muchos consideran, menos mérito o menos veracidad que la razón. Nos detendremos ahora en uno de los más consoladores: el mal injusto no tiene la última palabra. El hecho más significativo lo encontramos en la venida de Cristo, ya

aludida, que nos da esperanza porque el sufrimiento se padece con Cristo y en Cristo. Una vez hayamos abandonado el cuerpo, instrumento del pecado, y ascendido al auténtico paraíso, el cual se localiza en los cielos, estaremos junto a Dios Padre y el pecado, verdadero mal, no tendrá cabida. La resurrección de Cristo es la victoria definitiva sobre el dolor y la muerte. La vida en esta tierra es sólo pasajera, ya que el finalismo cristiano nos habla de un gozo eterno en el cielo mucho más trascendente que vivir plácida y cómodamente en este mundo.

D. Sofos: —Por ello son absurdas las objeciones hechas contra el cristianismo a propósito de la existencia del mal. Serían válidas si ese mal fuese definitivo, pero la Revelación nos dice que no es eterno: únicamente aparece en la tierra, en el mundo, pero como nuestro destino no es instalarnos perfectamente en el mundo, sino ascender al cielo, la presencia del mal en la tierra no puede plantearse como prueba contra Dios.

D. Logos: —Fantástico. Veo que el escepticismo que mostrabais al comienzo de la lección ha ido desapareciendo paulatinamente. El siguiente principio revelado dice que Dios tolera el mal para sacar bienes superiores. Una vez que el mal apareció en el mundo, Dios prefirió, en lugar de hacerlo desaparecer, aprovecharlo para sacar bienes superiores de él. Por ejemplo, con respecto al mitificado terremoto de Lisboa de 1755 que se usó para refutar las teorías de Leibniz optimistas sobre el mal; reconocemos la catástrofe que supuso y el alto número de víctimas que produjo, pero observémoslo desde una óptica, al igual que la de Leibniz, optimista. Los desastres y los damnificados que creó sirvieron para que las casas se reconstruyeran utilizando métodos más modernos, la gente cooperase en reconstruir la ciudad y todos aprendiesen a convivir mejor en comunidad. Evidentemente, los males fueron quizás excesivos, pero los bienes superiores que se experimentaron también merecen la más alta consideración.

D. Sofos: —Recuerdo ahora las palabras de San Agustín que ayer por la noche leí en lugar de dormir: “*Dios ha juzgado que*

sacar el bien del mal es mejor que no permitir la existencia de algún mal”.

D. Logos: —Fijaos, D. Sofos, en cuán grandes son la omnipotencia y la bondad de Dios que incluso del mal puede sacar bienes superiores. Lo que nos falta es perspectiva, poder entender que lo que Dios permite tiene una lógica que no podemos llegar a apreciar, por nuestra poca fe. ¿Véis, Sofos, como la fe también es muy necesaria?

D. Sofos: —Por supuesto, y más en estos casos.

D. Logos: —Finalmente, una afirmación que ya hemos podido advertir sobradamente en el desarrollo de esta lección: el verdadero mal es el pecado. El pecado es el precio de la libertad. Los riesgos que ha sufrido Dios son muestra del infinito amor que Él nos tiene, porque sólo de la libertad se desprende el auténtico amor: donde no hay libertad, no hay amor verdadero. Una persona que permitiese la esclavitud podría creerse ingenuamente que el trato cortés de sus esclavos fuese muestra del amor que por él profesaban, sin darse cuenta de que esa actuación sólo es un mero fingimiento provocado por la coacción y el miedo del esclavo a ser castigado. Sin embargo, si ese esclavo fuese un empleado que recibe remuneración por su trabajo y no es obligado a hacerlo, podría perfectamente suponerse que su amor fuese verdadero.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Ahora, para terminar esta lección, pues ya ha sido suficiente por hoy, voy a contados una historia. Esta historia se centra en un lugar, protagonista de fábulas y fantasías, misterio aún vivo que espero no se resuelva, objeto de....

D. Sofos: —¡La Atlántida!

D. Logos: —Sí, la Atlántida. El motivo por el que la he seleccionado como apropiada para el tema que nos concierne es el precio que tuvieron que pagar los habitantes de tan mítica ciudad por querer igualarse a Dios.

D. Sofos: —¡Fascinante! Desde que era muy pequeño he admirado el mito de la Atlántida, siendo partícipe del romanticismo que en torno a ella se crea.

D. Logos: —Bien, como sé que estáis muy interesado en conocer qué era la Atlántida y en que os aproxime a un ligero esbozo de su historia, empezaré por explicados el relato de Platón sobre ese paraíso ideal: la Atlántida: En los diálogos *Timeo* y *Critias* el célebre filósofo griego Platón nos cuenta un asombroso relato que, según él, le fue a su vez transmitido por un sacerdote egipcio al sabio Solón de Atenas hacia el año 560 a.C. Este sacerdote dijo a Solón que la Atlántida fue creada mil años antes que Egipto, al cual en esa época se le atribuía una edad de ocho mil años, por lo que Platón situó la Atlántida nueve mil quinientos sesenta años antes que él. En su narración, Platón nos dice que la Atlántida se localizaba más allá de los pilares de Hércules, cuyo nombre actual es el Estrecho de Gibraltar. Su tamaño era igual al de Libia, denominación que entonces se daba a todo el norte de África, y Asia Menor, la actual Turquía, juntas. Platón también nos dice que la Atlántida fue destruida por la ira de Zeus nueve mil años antes de que él naciese; en un solo día y una sola noche. Recientes pruebas arqueológicas relatan que hace aproximadamente once mil quinientos años hubo un fuerte cataclismo en el océano Atlántico. Las fechas son concluyentes: Platón vivió hace dos mil quinientos años, cifra que, sumada a los nueve mil años antes que según él existió la Atlántida, da un resultado de once mil quinientos años.

D. Sofos: —Asombroso. Una geóloga norteamericana afirmó que, debido a la desaparición y hundimiento de la Atlántida, unas corrientes cálidas acumuladas en el Golfo de México pudieron llegar hasta Europa y e Atlas y acabar así con las últimas glaciaciones, cuyas fechas de extinción coinciden con las de la Atlántida.

D. Logos: —En efecto, es una de las teorías más modernas y recientemente formuladas. Cuando el hombre aún iba vestido con pieles y no se guiaba por la racionalidad, los espíritus de

la Atlántida se unieron para crear un reino en el que el saber, la ciencia, la cultura y la tecnología fueran su principio. Los atlantes llegaron a rozar de tal modo la perfección, que desearon ser dioses. Furiosos los dioses, destruyeron su ciudad y su imperio. El gran palacio de la capital atlante fue construido por orden de Atlas, el hijo de Poseidón. El mármol y los bloques de colores se extrajeron de las canteras del continente-isla. Los arquitectos que lo diseñaron se fijaron en el cielo y en la Naturaleza. Como cada uno de los reyes que subió al trono siempre quiso superar a sus antecesores, el palacio terminó por verse cubierto de láminas de oro, que lo hacían refulgir más que el propio sol. Con el fin de prevenir cualquier tentación, el palacio acabó siendo rodeado por tres grandes murallas: la primera de estaño, la segunda de latón y la tercera de cobre brillante. Platón resumió todo su esplendor con una frase: *“La riqueza que poseían los reyes de la Atlántida era tan inmensa que jamás se ha visto ni se verá nada igual en otra parte de la Tierra”*. El templo de Poseidón había sido edificado con un esplendor similar al del gran palacio. Cumplía todas las funciones más importantes: reunión del pueblo para celebrar cultos religiosos y punto de encuentro de grandes dirigentes para tomar decisiones e impartir justicia. El continente-isla era gobernado con gran sabiduría. Como se disponía de alimentos para todos, al mismo tiempo que se podía comerciar con los sobrantes, puede decirse que no era conocida la pobreza. De nuevo Platón resume lo que en aquel paraíso ocurría con una frase: *“A lo largo de muchas generaciones los atlantes fueron gentes cordiales e inteligentes, cuya nobleza de corazón les permitió recibir algunos extranjeros, a los que trataron generosamente”*. No tenían motivos para creer que su suerte cambiaría, por lo que, empeñados en superarse, rozaron la perfección. ¿Es posible llegar más alto cuando se ha alcanzado la cima del mundo?

D. Sofos: —Para un hombre no, para un dios sí.

D. Logos: —La Atlántida gozó de siglos de esplendor y lujo, hasta que en su deseo permanente de superarse se convirtió

en un continente de guerreros. Nunca lo había sido. Pero los atlantes aprendieron la peor lección de la civilización humana: la guerra. Contratando a mercenarios, dominaron todos los países del Mediterráneo. Con la guerra llegó la ambición y se extendió la llama de la lujuria entre quienes antes fueron moderados. Los dioses llevaban años enviándoles diversos mensajes de advertencia, mediante oráculos, muertes de hijos recién nacidos, etc. Todo esto hizo que los atlantes se olvidaran de los templos. Y un amargo día, el propio Zeus, rey de todas las divinidades del Olimpo, se encargó de celebrar una reunión para decidir la suerte de la Atlántida. En un solo día y una sola noche desapareció. El hecho de que Platón dejase su relato sin concluir cuando hablaba de la destrucción final hizo creer que lo escribiría más adelante, sirviéndose del *Hermócrates*.

D. Sofos: —No podemos ignorar la relación existente entre el mito de la Atlántida y el antiguo Egipto.

D. Logos: —En efecto. Cuando Napoleón llegó a Egipto en su histórica expedición, se hizo acompañar por un equipo de ciento sesenta científicos y sabios que exploraron y describieron el país, llevándose a Francia cuanto encontraron interesante. Durante una campaña en los desiertos del sur, el General Desaix ordenó a su ejército que se detuviera para descansar. De repente, cuando los soldados dejaron su munición sobre la arena al descargarla, ésta se la tragó misteriosamente. Así se pudo identificar un pozo negro, al que se asomaron los sorprendidos soldados. Como la luz del sol les permitió descubrir los contornos de una estancia de piedra, dos de ellos se atrevieron a descender llevando unos fósforos. Al llegar, pudieron ver algo que llevaba oculto veinticinco o treinta siglos. Desaix descendió a la cámara y cuando vio todo avisó inmediatamente al futuro emperador. El hallazgo era de importante valor arqueológico: una de las cámaras del fabuloso templo de Dendera. Semanas más tarde, el vizconde Denon se encargó de realizar una serie de dibujos del techo de la sala principal. El vizconde entregó los dibujos efectuados al Museo de El Cairo, y de allí

fueron transportados hasta París. El techo de la gran cámara de Dendera pintado por el aristócrata Denon ofrecía un zodíaco de tres metros y sesenta centímetros de largo por dos metros y cuarenta centímetros de ancho, a la vez que tenía un grosor de noventa centímetros y un peso de sesenta toneladas. Ante la imposibilidad de trasladarlo en una sola pieza, se encargó a Lelorrain que lo cortase; tarea que llevó a cabo con gran habilidad, aunque borró algunos fragmentos de las inscripciones en caracteres jeroglíficos alusivos al gran cataclismo: cinco líneas quebradas representando que el agua había causado la tragedia mayor, ya que cuando aparecen tres líneas se evocaba la crecida del Nilo, mientras que con cinco se indica un diluvio. Este edificio religioso fue reconstruido, hasta seis veces, sobre los cimientos establecidos por los “hijos de Horus”, que han sido considerados como algunos de los supervivientes de la Atlántida, los cuales habrían llegado a Egipto muchos siglos atrás. Un papiro de la época del faraón Khufu, durante cuyo reinado se erigió la Gran Pirámide, prueba que el templo de Dendera fue construido de nuevo siguiendo los planos dejados por los “hijos de Horus” en unas pieles de gacela que estaban en la cámara del monarca.

D. Sofos: —No hemos de olvidar que todo lo que estáis relatando no es más que una mera hipótesis, porque yo, profundo aficionado a la egiptología, lector incansable de textos redactados en caracteres jeroglíficos y gran estudioso de la historia y la cultura de tan brillante civilización, especialmente de la etapa predinástica, no he encontrado alusiones al mítico continente.

D. Logos: —Por supuesto, yo me limito a narrar la historia. Soy consciente de vuestra erudición en egiptología, y de vuestro reconocimiento por los trabajos publicados al respecto. Sigamos. Hay un rasgo significativo que relaciona la Atlántida y Egipto: la figura de Osiris. Varios autores coinciden en afirmar que al ocurrir el gran cataclismo los sacerdotes atlantes, habiéndolo ya presentado, evacuaron a la población en barcas inhundibles.

D. Sofos: —¿Existen esas barcas?

D. Logos: —No lo sé, únicamente expongo los datos que he leído. Esas barcas eran llamadas “*mandjit*”. En un *mandjit* huyeron Osiris, Isis y Horus. Llegaron hasta la “Tierra del Poniente”, Magreb.

D. Sofos: —Marruecos en árabe, además del término que designa la cuarta oración del día.

D. Logos: —¿También sabéis árabe?

D. Sofos: —Por lo menos lo intento estudiar.

D. Logos: —Así pues, desde la costa marroquí anduvieron en un largo éxodo hasta el primer oasis fértil tras atravesar el inmenso Sahara: el Nilo.

D. Sofos: —Otras teorías, como las de Deruelle, nos plantean la posibilidad de que, sabiendo que el cataclismo ocurriría, los sabios y el rey de la Atlántida se reunieron para decidir a quién donar su sabiduría. Eligieron Egipto. Allí mandaron al más sabio atlante, Imhotep, literalmente, “el que vino en paz”, participio perfectivo activo...

D. Logos: —Éste, tras vivir en Egipto como uno más, midiendo la crecida del Nilo e inventando el calendario, consiguió hablar con el rey Zoser, que por entonces reinaba en el país del Nilo, contándole todo lo que su monarca había decidido. El soberano egipcio aceptó. Así, Egipto se convirtió en la gran civilización que aún hoy en día sigue siendo enigmática.

D. Sofos: —Meras suposiciones fantásticas y esotéricas. Opto por despreciarlas, carecen del más mínimo rigor científico.

D. Logos: —Por favor, no seáis tan implacable. Hemos hablado de Egipto, pero ¿y Creta y Tera? Supongamos que Platón se hubiese equivocado al decir que la Atlántida estaba a tres mil millas de Grecia en lugar de a trescientas. Si así fuese, la Atlántida se encontraría en el Egeo. En Tera, hacia el 1500 a.C.,

acaeció un impresionante cataclismo, del cual un sacerdote egipcio describió. Asimismo, en Creta existió una esplendorosa civilización con grandiosos palacios, cultura, tecnología y poder. Según Platón, la armada atlante sólo había sido vencida por la ateniense; lo mismo ocurrió a la flota cretense. La Atlántida dirigía un fructuoso comercio y tenía grandes bosques y campos verdes, al igual que Creta y su cultura minoica. Más parecidos podríamos añadir, aunque también diferencias. La Atlántida era mucho más grande que Tera o Creta. Las fechas no coinciden, y tampoco hay paralelo en la Creta minoica de la muralla que según Platón rodeaba la ciudad.

D. Sofos: —Por último, os queda hablar sobre la relación entre América y la Atlántida.

D. Logos: —Algo que no he olvidado. Tras el gran cataclismo los atlantes emigraron llevando consigo su cultura, leyes y saber allí donde se establecían. Precisamente eso ocurrió en el continente americano. El misterioso puerto andino de Tiahuanaco se dice fue construido por gigantes portadores de asombrosos conocimientos. En esa época, el mar llegaba hasta Tiahuanaco, a una altura superior a la del lago Titicaca. Tras estos gigantes, un dios de color blanco ofreció a los salvajes de allí su sabiduría. Los nativos la rechazaron y fueron destruidos. Pero los atlantes llegaron hasta México, Guatemala y Perú; justamente donde nacieron las grandes culturas maya, mexica e inca. Los cálculos matemáticos y astronómicos de los primeros todavía hoy nos sorprenden.

D. Sofos: —Así como el parecido entre las pirámides egipcias y las mayas...; la gente que formula esas teorías vagas, imprecisas, fáciles y poco sólidas olvida que la antropología ha abandonado, en su mayor parte, las ideas difusionistas, y ahora se habla de “sustratismo” o “autoctonismo”, realidades virtuales que todos los hombres, estén donde estén, poseen y en las que se asemejan por su común humanidad.

D. Logos: —Cierto, pero permitidme continuar exponiendo el tema. Según se cree...

D. Sofos: — Mejor dicho, Según creen algunos.

D. Logos: — ... Tiahuanaco desapareció hacia el año 4000 a.C. El arte era de una calidad inigualable y la gente sospechosamente culta. ¿Podría ser Tiahuanaco una colonia comercial atlante, como lo pudo ser Creta o Egipto?

D. Sofos: — A mi juicio no, pues ya conocéis mi postura.

D. Logos: — Podríamos citar numerosas curiosidades con respecto a la Atlántida, pero quizás sea un poco tarde para continuar.

D. Sofos: — Por mí no hay inconveniente alguno en seguir con la lección.

D. Logos: — Bien, si es así, prosigamos. ¿Sabéis quién fue Piri Reis?

D. Sofos: — No, disculpadme.

D. Logos: — En absoluto. Os lo explicaré: Piri Reis era un comandante turco que hacia 1523 elaboró unos mapas en los que situaba la Atlántida en la Antártida.

D. Sofos: — Se ha especulado con Escandinavia, Canarias, las Azores..., pero ¿en la Antártida?

D. Logos: — Resultará extraño, pero así es.

D. Sofos: — Más que extraño, extrañísimo.

D. Logos: — La precisión milimétrica de los mapas ha hecho creer que el marino otomano copió los mapas de antiguos sabios, cuya procedencia original se remontaría a la mismísima Atlántida. Por otra parte, en 1926 el conde Byron Kuha de Protok emprendió una serie de excavaciones en el Sahara, en la región montañosa de Hoggar, en el centro del desierto. Allí descubrió lo que se conocería como la tumba de la reina Tin Hinan, para los tuaregs la última soberana de la Atlántida. Quizás sea ese el motivo por el cual su tumba se encontró repleta de piedras preciosas, oro y joyas exquisitamente ta-

lladas y engarzadas, además de estatuillas que recordaban a las registradas en yacimientos prehistóricos y, sobre todo, al esqueleto de una mujer joven, casi una adolescente, tumbada sobre un costado.

D. Sofos: —Realmente asombroso.

D. Logos: —Cierto. Mi conclusión personal sobre la Atlántida espero sea clara: a pesar de que Platón afirmó reiteradamente que la Atlántida había existido con total certeza, pienso que el ateniense pretendía avisarnos de algo, para lo que recurrió, además de a la narración del mito, a asegurar su autenticidad, para así resultar más sugestivo y crear más temor entre los hombres.

D. Sofos: —Pero ¿de qué quería avisarnos?

D. Logos: —Del pecado que cometemos al intentar ser tan perfectos como Dios, al tratar de ignorarlo. Evidentemente, Dios no nos castigaría, pero las consecuencias de caer en el pecado son las que hemos visto cuando hablábamos del pecado original: un alejamiento de Dios. En realidad, todos somos la Atlántida, todos ansiamos endiosarnos y poseer el conocimiento sobre el bien y el mal. El verdadero mal, como ya se ha dicho, es el pecado, y el hombre es la causa del pecado. Adán, que en realidad es el hombre como concepto colectivo, y su pareja Eva fueron tentados y comieron la fruta que abría las puertas al conocimiento del bien y del mal, algo prohibido por Dios, porque ese conocimiento supone un dominio, una autoridad que no le compete al hombre, pues ¿quién debe decidir lo que está bien y lo que está mal?

D. Sofos: —Sin duda alguna, Dios. El gran error del hombre fue intentar decidir lo que era malo y lo que era bueno, introduciéndose en tareas de incumbencia divina. Dios es el árbitro supremo de la moralidad, el veredicto corresponde a Dios. Lo único que consiguió ser el hombre es un “dios” con minúscula, un ídolo. Su pecado consistió en proyectar ocupar el lugar que Dios se ha reservado para sí mismo desde un principio.

D. Logos: —Ciertamente es que no os he aclarado quién introdujo la tentación primera que abrió las puertas del pecado a los hombres, pero hemos de suponer, ya que son aspectos que no se pueden explicar racionalmente...

D. Sofos: —Y la Revelación sólo nos dice que apareció desde el principio.

D. Logos: —Exactamente. Como decía, hemos de suponer que la propia presencia del cuerpo, materia pura, conlleva la aparición del pecado, como simple resultado de la imperfección humana y de la libertad por Dios otorgada.

D. Sofos: —No es excesivo el precio que hemos tenido que pagar por gozar de la libertad, pues, como ya dijisteis, el verdadero amor sólo nace de la libertad.

D. Logos: —Absolutamente cierto.

D. Sofos: —Habéis de perdonarme, pero me ha surgido una pregunta, espero sea la última.

D. Logos: —Decidme de qué se trata.

D. Sofos: —En la lección me habéis dejado totalmente claro que Dios no actúa mágicamente en la Tierra, los males que nos acontecen no son producto del castigo divino, como muchos adivinos, hechiceros y apocalípticos pretenden. Sin embargo, siento mágicamente la presencia de Dios, muestra de lo cual es la oración, mediante la cual cada noche pido a Dios por todo el mundo, como aconseja la Biblia, y que actúe en ciertas ocasiones. Soy consciente de que teológicamente no tiene cabida su actuación, a la que atribuimos nuestros éxitos y a veces nuestros deslices. Pero ¿a qué se debe?

D. Logos: —Os responderé con una frase presente en numerosas ediciones de liturgias, manuales de teología práctica o libros de historia eclesiástica: *“Porque nuestras alabanzas nada añaden a Tu Grandeza, pero Tú nos las inspiras para nuestro bien”*.

D. Sofos: —Sugestiva y apropiada respuesta.

D. Logos: —Estando ya concluida la lección, podéis ir a vuestra casa.

D. Sofos: —Así lo haré, no sin antes mencionar un comentario que leí en un análisis literario de los muchos que se publican sobre una novela corta, la más característica y perfecta de la narrativa de su autor, Miguel de Unamuno, titulada *San Manuel Bueno, mártir*, mártir porque sufre la duda de todos, e identificado con Moisés, en la legendaria aldea de Valverde de Lucerna; el autor propone como fondo en torno al que gira toda la novela sus dos grandes obsesiones: la inmortalidad y la fe.

D. Logos: —Cierto.

D. Sofos: —Estas obsesiones se plantean desde el enfoque de la alternativa entre la verdad trágica de los existencialistas Sartre y Camus y la mentira consoladora o felicidad ilusoria por la que él parece decantarse. ¿Qué pensáis vos?

D. Logos: —Un rápido comentario para marcharnos ya: no hay mentira consoladora ni verdad trágica; hay verdad consoladora.

Y diciendo esto, los dos marchamos a nuestras casas. Medité luego, antes de acostarme, y me pregunté qué habría pensado un observador que nos hubiese visto debatir sobre temas tan metafísicos, pero al mismo tiempo tan necesarios. “Quizás imaginen que están solucionando los problemas del mundo y de los hombres”, como frecuentemente se comentaba en el vecindario cuando yo, repleto de libros bajo el brazo, me dirigía hacia la academia o a pronunciar alguna conferencia. Lo resume la frase de Bacon, quien también era filósofo: “Los filósofos establecen leyes y normas para utópicas comunidades humanas; sus razonamientos son como las estrellas, que dan muy poca luz, porque están muy altas”. La gente tiene

una idea errónea de los filósofos: no pretendemos transformar nada, ni siquiera explicarlo, pues esa tarea compete a los científicos, sólo queremos buscar el porqué, aunque en el intento participe nuestro espíritu crítico.

*Si de un bien debido,
vos me priváis,
quizá también sepáis
que un mal ha ocurrido.*

*Recurro a la razón
para explicar tal concepto,
mas al no quedar contento,
busco en la Revelación.*

*Dios no quiso el dolor,
pues todo es bien lo que ha creado,
pero el hombre en tentación cayó.*

*Aunque todo pueda resultar terror,
Cristo nos enseñó que el mal no ha ganado
y el pecado nunca venció.*

CAPÍTULO III:

SOBRE EL ALMA

Temprano decidí ir a buscar a D. Sofos, poco después de haber amanecido, pues en los días de verano conviene más dormir al mediodía y trabajar al alba que despertarse tarde aun estando en vacaciones, porque aquí el calor es agobiante. El frescor de la mañana y las gotas del rocío motivaban comenzar una nueva lección no muy extensa a primera hora. D. Sofos, ya despierto, ansiaba mi llegada, y advirtió mi presencia desde el balcón de su dormitorio.

Según me contó mientras íbamos a la academia, había empleado toda la noche en revisar y ultimar su trabajo más reciente, *De Aegypti rebus*, redactado en latín, y en donde se da cuenta de los tres mil años de historia transcurridos desde el reinado del primer gobernante hasta la ocupación romana, con otras cosas dignas de ser contadas, como las bases teológicas de la religión egipcia, lecciones fundamentales de gramática de egipcio clásico en sistema jeroglífico y una descripción muy precisa de la geografía de aquel país. Algo más de trescientas páginas componían tan interesante obra, que al parecer llevaba escribiendo desde hacía cinco meses. Era un ligero esbozo de la cultura egipcia, y, aunque no innovadora en su género, incluía los descubrimientos y las teorías más recientemente formuladas. Su objetivo, tal

y como él me decía, era convertir su trabajo en un manual para todos los estudiantes universitarios de egiptología, una de sus grandes pasiones.

El soporte bibliográfico lo había obtenido de la magnífica colección del barón D. Teórico de Elfos, ilustre orientalista que residía en nuestra misma ciudad. Dicen las fuentes, siempre algo imprecisas y exageradas, que posee más de diez mil libros sobre egiptología, veinticinco mil sobre filosofía, teología y estudio de la Biblia, mil doscientos sobre lingüística, en especial sobre lenguas orientales, mil diccionarios y treinta y dos mil obras dedicadas a la ciencia, la matemática y la Historia. Sin embargo, mi siempre muy exacto D. Sofos, dice haber contado un total de cuarenta y cuatro mil doscientos veintidós títulos en el fichero. Pese a estas restricciones, el valor de su inmensa biblioteca no puede ser menospreciado. La investigación de D. Sofos ha sido supervisada por D. Arisplato de Filono, célebre arqueólogo. La alegría que mi estimado alumno permitía notar era comprensible, pues qué escritor no se siente cumplido cuando publica un volumen, sea el primero o el décimo; y más tratándose de un infante de ocho años. De poco servían mis bienintencionadas exhortaciones para que no dedicase todo el resto del estío a escribir una nueva obra, máxime siendo en latín y sobre Historia, en lugar de descansar antes de reincorporarse a su frenética actividad. Si mal no recuerdo, su título es *Gesta physicorum*, tal y como su nombre precisa, sucesos de la Física que marcaron el desarrollo de esta ciencia, mencionando los grandes y célebres descubrimientos, como los realizados por Copérnico, Galileo, Newton, Planck, Röntgen, Becquerel, Einstein... Sin duda alguna, de sumo interés, pero excesiva para su autor, a mi juicio.

Como acostumbraba, D. Sofos fue leyendo el periódico mientras andábamos hacia la academia. Cuando nos disponíamos a cruzar el río que separa la polución de la pequeña pero dinámica ciudad en la que ambos habitamos del remanso de paz y refugio de los filósofos, pensadores, intelectuales y

contemplativos de la comarca, a través de un hermoso puente construido por los romanos siglos atrás, mi alumno me detuvo, cogiéndome del brazo. Al preguntarle cuál era el problema, me respondió que en la sección de ciencia y tecnología aparecía un hecho desconocido, cuando menos curioso: al medir la masa del cadáver de un fallecido minutos antes de morir e inmediatamente después de dejar su corazón de bombear sangre al resto del cuerpo, se pudo comprobar cómo ésta había disminuido ligeramente, escasos treinta gramos. Muchos coincidían en atribuirlo a la separación del alma del cuerpo; los más escépticos preferían suponer un hecho casual. Lo único que hice fue musitar para mi embozo una pequeña risa, provocaba por tan elocuentes explicaciones. D. Sofos me miró sorprendido por cuántas ingenuidades se pueden publicar en los periódicos, aunque si lo miramos con optimismo, ya teníamos materia para la lección de hoy.

Una vez hubimos llegado a la academia, nos saludó un extraño personaje, llamado Teófilo de Sumas, hombre de tez pálida y aspecto nórdico, ataviado de forma bastante tradicional, así como con una chaqueta negra y una camisa oscura que llamaban la atención en un día tan caluroso. Decía ser adventista del Séptimo Día, secta de origen norteamericano fundada en el siglo XIX, y muy conocidos por sus fallidos pronósticos del Fin del Mundo. Negaban la inmortalidad del alma y el infierno, y descalificaban tanto a la Iglesia Católica como a las protestantes. Afirmaba haber leído todas las obras de D. Sofos y haber pronosticado y predicho que marcaría de una forma muy especial la Historia de nuestro continente. Pero sus disertaciones trascendían de ese ámbito, afirmando que su nacimiento estaba ya escrito en textos proféticos y sapienciales. Opté por pedirle que se marchara de aquel lugar, porque era bastante incómodo para los dos que se nos imprecara de tal manera, sobre todo si se pronunciaban semejantes disparates. Me asustaba que mi alumno acabase profundamente agobiado por la aparición de individuos de ese talante, especialmente si le sugirió se apartase de la religiosidad católica, que desde su

punto de vista representa todo lo antiguo, medieval y negativo de la sociedad. Gracias a Dios, D. Sofos posee la suficiente madurez como para decidir qué hacer, qué creer y con qué fe comulgar. Finalmente conseguimos de tan peculiar señor abandonase nuestra compañía, y así poder empezar la clase con la total normalidad:

D. Logos: —No creáis en adivinos, futurólogos y semejantes, porque ya nos dice Jeremías, *“No prestéis oído a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros agoreros, ni a vuestros encantadores, que os hablan diciendo: no serviréis al rey de Babilonia. Porque ellos os profetizan mentira, para haceros alejar de vuestra tierra, y para que yo os arroje y perezcáis”*.

D. Sofos: — *“La presunción de saber lo futuro es una especie de rebeldía contra Dios y una loca competencia con su eterna sabiduría, la cual permitió que la prudencia humana pudiera conjeturar, pero no adivinar, para tenerla más sujeta con la incertidumbre de los casos”*, como decía D. De Saavedra Fajardo muy acertadamente. Qué absurdo por mi parte sería creer a tales personajes que dicen vaticinar cosas que luego no ocurren, y que porque ocurran una sola vez creen tener poderes que ningún ser humano puede tener.

D. Logos: —Bien, continuemos. Como hemos podido leer en el periódico, algunos atribuyen la diferencia por defecto de masa corporal entre el momento anterior al fallecimiento y el inmediatamente posterior a la defunción a la separación del alma del cuerpo.

D. Sofos: —No entiendo cómo se pueden emitir tales disparates, pues si el alma pesase, ya no sería alma espiritual, sino materia. Y recordemos que el motivo de la oposición de la Iglesia Católica a la doctrina marxista se debe a que esta última reduce al hombre a la pura evolución de la materia, y carente de alma, personal e individual, podría ser utilizado para cualquier fin.

D. Logos: —Me alegra que propongáis argumentos tan convincentes, lógicos y filosóficos. Ciertamente, son espirituales las manifestaciones que tienen los atributos opuestos a la materia y trascienden de ella, como el alma humana. El alma, como debe deducirse, no proviene de la materia.

D. Sofos: —Antes de todo, me gustaría que aclaraseis qué diferencia hay entre alma y espíritu.

D. Logos: —Bien. La doctrina de la Iglesia Católica señala que espíritu significa que el hombre está ordenado desde su creación a su fin sobrenatural, y su alma es capaz de ser elevada gratuitamente a la comunión con Dios, sin introducir dualidad en el alma. El espíritu es aquello que existe en el hombre y que no es mensurable ni sensible. El ser humano posee una capacidad de conocer realidades no sensibles y abstractas. Como dice San Pablo en su primera epístola a los Corintios: *“Pues si hay un cuerpo animal, hay también un cuerpo espiritual. En efecto, así es como dice la Escritura: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida”*.

D. Sofos: —Es decir, que se abstraen de la materia, o lo que es lo mismo, que son espirituales.

D. Logos: —Exacto. El principio que sea capaz de formar tales conceptos debe ser intrínseco al hombre, y debe ser algo que trascienda del ámbito de la materia, del cuerpo.

D. Sofos: —Sin embargo, la imagen...

D. Logos: —Acertada observación. Es un caso diferente. La imagen, aun siendo un concepto y una realidad abstracta, al ser una representación sensible de las cosas materiales, ha de tener alguno de los atributos de la propia materia. El hecho de que pueda distinguir la imagen de una casa determinada con respecto de la de otra vivienda quiere decir que, si bien es capaz de proyectar los distintos colores, formas y tamaños, debe poseer atributos materiales.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Fijaos, Sofos, en por qué vuestra alma es en su totalidad individual y personal y no puede ser transmitida mediante la genética. Los diversos y variados conocimientos y experiencias que adquirís durante vuestra vida, ¿son acaso heredados por vuestros descendientes o, por el contrario, no van encerrados materialmente en los genes?

D. Sofos: —Es evidente que esos conocimientos no son heredados por mis hijos, como yo no he heredado los que mis padres adquirieron en su tiempo.

D. Logos: —Si esos conocimientos pudiesen ser transferidos, creedme, Sofos, que seríamos animales, porque los animales son los únicos que pueden comunicar a la siguiente generación todo lo que conocen por instinto. Lo que un perro pueda aprender por adiestramiento en casos concretos tampoco obedece a la posibilidad de que el animal pueda captar una realidad abstracta y espiritual, pues el conocimiento obtenido por él se debe únicamente a la asociación de imágenes y sensaciones y no al razonamiento y la inteligencia. El que un chimpancé, como se ha descubierto, pueda usar cañas o ramas para capturar hormigas o incluso pueda pronunciar algunas palabras aisladas no responde en absoluto a la presencia en él de racionalidad, sino a la memoria asociativa, pero siempre restringida y estandarizada. Recordad que los animales se mueven por instinto, no por pensamiento y razón. Saben lo que deben hacer incluso antes de experimentarlo, como por ejemplo una cría de cocodrilo conoce que debe ir al medio acuático inmediatamente después de salir del cascarón. Todos los ejemplares de una misma especie nacen con los conocimientos intrínsecamente, sin haberlos obtenido por la experiencia. En el hombre el aprendizaje de esos conocimientos se basa en la experimentación.

D. Sofos: —Otra prueba más que demuestra la existencia del alma es el empleo por los hombres de un lenguaje simbólico.

D. Logos: —En efecto. El que el hombre use palabras como símbolos para designar objetos materiales o abstractos, como silla, ventana, alegría, elefante, etc., supone la existencia de un significado que es completamente espiritual: un animal nunca podría captar el significado de una palabra. Por otra parte, la libertad es algo espiritual en el hombre. La autodeterminación, la elección por uno mismo...

D. Sofos: —...tan querida por nuestra cultura, pero al mismo tiempo tan fatalmente usada y tan confundida...

D. Logos: —... quiere decir que no estoy determinado materialmente por los genes que mis padres me han legado. En que yo pueda decidir qué hacer o cómo actuar es la prueba más evidente de la existencia de algo irrepetible, personal y sólo mío, singular y particular, donde se encuentra mi individualidad, mi caracterización, mi personalidad: mi identidad. El alma espiritual es directamente creada por Dios y no “producida” por los padres.

D. Sofos: —Qué grande es el hombre, que habiendo miles de millones de humanos todos sean inéditos. Los animales son copias exactas de sus antecesores, todos son iguales. Sin embargo, en el hombre todos somos diferentes y la igualdad no existe.

D. Logos: —También hemos de tener en cuenta el progreso, porque los animales no han progresado, son idénticos a los especímenes de hace diez millones de años. Han evolucionado, ciertamente, pero esa evolución sólo responde a una adaptación natural a las condiciones ambientales del momento, nunca a un avance o progreso, puesto que los animales están limitados a unas actuaciones determinadas, de las que nunca pueden trascender.

D. Sofos: —Pero ¿por qué progresa el hombre?

D. Logos: —Sencillamente porque el hombre tiene la capacidad de conocer mediante la inducción los principios o leyes que rigen las cosas, y así poder modificarlos, transgredirlos, adaptarlos o usarlos según lo requiera. Además de la libertad

y el progreso, hay otros muchos aspectos de la vida humana que evidencian la existencia de un ente espiritual trascendente, al cual denominamos alma. El arte es un fenómeno espiritual porque no podemos pintar, por ejemplo, un caballo, sin antes tener el concepto de caballo.

D. Sofos: —Recuerdo que no hace mucho tiempo me dijisteis que Aristóteles pensaba que la vida teórica o contemplativa era superior en dignidad al resto. Un animal siempre haría algo que le fuese útil; el hombre, por el contrario, tiene la capacidad innata de llegar a la contemplación, al disfrute y al deleite desinteresado.

D. Logos: —Espléndido, Sofos. En la ética se denota la existencia de la conciencia, que nos indica que debemos actuar de acuerdo con el bien moral. La captación del bien en cuanto bien y el hecho de que la conciencia, como convencimiento de que hay que actuar conforme han ocurrido los hechos, es un instrumento de verdad, pues si mentimos sobre la realidad de un hecho, los remordimientos aturden nuestra conciencia, precisan de la existencia del alma espiritual.

D. Sofos: —La religión es un hecho radicalmente espiritual e innegable. Todo aquel que intente negar la existencia del alma entraría en confrontación directa con este fenómeno, que como es obvio sólo se da en las personas, no en los animales.

D. Logos: —La tendencia al infinito sólo puede surgir tras constatar la insatisfacción que nos producen las cosas de este mundo; los animales están plenamente satisfechos con sus necesidades materiales, hasta el punto de que se habla de saturación. La búsqueda de algo más es la característica más representativa de la vida humana. Todo ello es, lógicamente, un hecho espiritual incuestionable. Así pues, el conocimiento que de Dios podemos tener es puramente espiritual, porque al no ser Dios una magnitud empíricamente verificable, no puede ser tratado como materia.

D. Sofos: —Maestro, a mi juicio, lo verdaderamente espiritual en el hombre es la idea de la muerte, que se tiene sin haberla

podido constatar por uno mismo. Un animal nunca podrá saber que va a morir.

D. Logos: —Estáis en lo cierto; cuando el hombre se da cuenta de que va a morir, la inseguridad que ello supone lo atormenta durante toda su vida, desde que tiene conciencia. La existencia en el hombre de un alma espiritual trascendente de lo material es necesaria y evidente, que no nos pueden haber legado nuestros padres, pues la generación es sólo posible en la materia. La muerte es la separación del alma y el cuerpo, templo del Espíritu Santo, como dice San Pablo a los Corintios. Si negásemos la existencia del alma, sólo cabrían dos posibilidades: o el hombre resucita inmediatamente después de morir, por el poder de Dios, o bien es recreado por Dios después de su fallecimiento.

D. Sofos: —O bien, si fuésemos ateos, afirmaríamos que el hombre es un ser para morir y después de la muerte la materia se desintegra y dejamos de existir definitivamente.

D. Logos: —Triste fin, sin duda, el que auguran los ateos. Como decía, en el segundo de los casos quedaría rota la continuidad del *subjectum* humano con su existencia terrena anterior; y la primera hipótesis implicaría un desprecio de la carne.

D. Sofos: —¿Docetismo?

D. Logos: —Efectivamente. Sería una forma de docetismo, es decir, de apariencia meramente visible; algo que contrariaría las afirmaciones y enseñanzas neotestamentarias.

D. Sofos: —Imagino, huelga decir, que si el alma no puede proceder de la generación o de la transmisión genética tiene que venir necesariamente de Dios, su única y posible causa.

D. Logos: —Acertada conclusión que no huelga en absoluto emitir. La inmortalidad es una propiedad esencial del alma humana, porque ésta, al no ser material, no puede morir, pues la muerte sólo afecta aquello que puede descomponerse o desintegrarse, como el cuerpo. El alma, al no tener partes, no puede

ser pulverizada, y por ello es inmortal: tiene principio, pero carece de fin.

D. Sofos: —Si el alma existe, Dios existe, porque si Dios no existiese y por tanto el alma tampoco existiese, el hombre sería un mero animal más, carente de trascendentalidad y dignidad espiritual, cuyo origen último estaría en la materia pura.

D. Logos: — “*Si Dios no existe, todo está permitido*”, como decía Dostoyevski. Suprimiendo a Dios, se destruye el fundamento de la ética natural. Admito que haya ateos, pues conozco casos concretos, que creen en la condición espiritual del hombre, pero...

D. Sofos: —...caen en una contradicción; la cual no entiendo cómo no han podido advertir. No dudo de su comportamiento ético y perfectamente respetable, pero sí de su coherencia. Si no existe Dios, ¿dónde basamos la dignidad espiritual del hombre?

D. Logos: —El resultado del ateísmo es una sociedad triste, enferma, anciana y cansada, ajena a los tiempos modernos, que sólo evoluciona en el respeto a la libertad del prójimo; libertad muy mal entendida.

D. Sofos: —¿Qué decía Kant respecto al alma?

D. Logos: —Todos sabemos que en lo teórico Kant era agnóstico, y rechazaba toda posibilidad de conocer toda realidad suprasensible, como es el alma. Su filosofía negaba que la razón pura pudiese acceder a la esencia y existencia del alma, al no ser un fenómeno sensible. No obstante, admitió la existencia del alma como un postulado de la razón práctica.

D. Sofos: —Sin embargo, los argumentos de Kant pueden parecer muy coherentes filosóficamente hablando, pero la lógica nos lleva a creer en la existencia del alma como respuesta a nuestras acciones y proyecciones espirituales, completamente ajenas al mundo material.

D. Logos: —Otras teorías, como la del monismo antropológico, también han querido negar la existencia del alma, pues ésta, como elemento espiritual...

D. Sofos: —... individual e inmortal...

D. Logos: —... diferenciado, iría contra la unidad de la persona, suponiendo un dualismo que iría en contra del concepto de persona como ente individual. Sin embargo, esta teoría puede ser contestada fácilmente. En primer lugar, tal dualismo no existe: lo que se da es dualidad de elementos —alma y cuerpo, forma y materia respectivamente—, algo claramente distinto. El hombre es material y espiritual al mismo tiempo, ya que si sólo fuese material, como ya hemos dicho, es imposible explicar y admitir los actos espirituales que de él derivan; y si sólo fuese espiritual, no podríamos explicar los aspectos de animidad material del hombre.

D. Sofos: —Esas dos causas intrínsecas que propone Aristóteles para el ser humano...

D. Logos: —La causa material es el cuerpo y la formal el alma.

D. Sofos: —... se podría decir que son aceptadas por los autores neotestamentarios y por la Revelación cristiana.

D. Logos: —Es por ese motivo por el que la Iglesia, especialmente cuando se reeditan las obras del filósofo de Estagira durante los siglos XII y XIII a partir de las traducciones árabes, aceptó oficialmente las teorías aristotélicas. A pesar de eso, en un principio muchos opinaban que un filósofo pagano como Aristóteles era peligroso e intranquilizador, porque sostenía la eternidad del mundo en vez de su Creación y consecuente temporalidad; en lugar de la providencia divina, el ciego curso inevitable de la Historia; en lugar de la inmortalidad, la mortalidad del alma ligada al cuerpo; y otras muchas divergencias con el dogma revelado. Debido a estas diferencias el papa Urbano VI prohibió en 1263 traducir y estudiar sus escritos, aunque la Facultad de Letras de París había declarado ocho años

antes la doctrina aristotélica como materia docente, y Alberto Magno, profesor de Santo Tomás, elaboró una enciclopedia del pensamiento aristotélico durante veinte años, mediante la compilación y análisis de los escritos árabes y judíos. Alberto Magno sostenía que en filosofía natural Aristóteles era la máxima autoridad, mientras que en teología lo era San Agustín.

D. Sofos: —En astronomía, imagino que Claudio Tolomeo, y en medicina Galeno.

D. Logos: —Exactamente. A ese rechazo inicial a la obra del filósofo de Estagira se sumó el hecho de que sus escritos procediesen, como se ha mencionado, de traducciones árabes, con comentarios adjuntos, especialmente los del comentarista por antonomasia de Aristóteles, Averroes. Hay que recordar que en esa época el mundo islámico, en especial el de Al-Ándalus, en la Península Ibérica, gozaba de mayor desarrollo en todos los campos que la Cristiandad.

D. Sofos: —Bien, ya aclarado ese aspecto, desearía me explicaseis lo que expresa la doctrina católica con respecto al destino del alma después de la muerte.

D. Logos: —El alma, tras la muerte, o va a gozar de la visión de Dios, si muere en la amistad de Dios, completamente purificada y queriendo estar al lado de Dios Padre Todopoderoso, o es sometida a la purificación en el Purgatorio, si el alma se halla en estado de gracia, pero imperfectamente purificada, aunque con la seguridad de una salvación. El cielo es el destino de los que son salvos, y el infierno el de aquellos cuyo suplicio definitivo será separarse eternamente de Dios. El Purgatorio es el lugar intermedio de castigo temporal en el que los difuntos expían sus pecados de los que no se hubieran arrepentido en la vida terrena, para poder disfrutar así de la presencia de Dios.

D. Sofos: —Está claro que el hombre es la unidad de alma y cuerpo, y que la muerte consiste en la separación de estos dos elementos.

D. Logos: —Exactamente. Para Platón, y en un principio para San Agustín, que se mostró seguidor de las teorías filosóficas del pensador ateniense, si el alma se define en ella misma, es sustancia espiritual. En un principio, el obispo de Hipona afirmó que el hombre era un alma que usaba un cuerpo, aunque posteriormente rectificó, aceptando las doctrinas aristotélicas. Éstas decían que el alma debe entenderse en relación del cuerpo como causa formal del hombre.

D. Sofos: —Los ángeles, ¿serían entonces sustancias espirituales?

D. Logos: —Santo Tomás habla de sustancias separadas, espíritus puros completamente libres de su cuerpo. Todas las sustancias, incluso las espirituales, como los ángeles, están compuestas de al menos dos elementos constitutivos, en relación de potencia y acto.

D. Sofos: —Pero, el alma, ¿por qué es una sustancia?

D. Logos: —Por el simple hecho de estar compuesta de su esencia, que es la de una forma espiritual, y de su acto de ser.

D. Sofos: —*Esse* en latín.

D. Logos: —Exactamente.

D. Sofos: —Pero, entonces, no hay diferencia alguna entre el alma humana y un ángel.

D. Logos: —En efecto; ambos seres carecen de diferencia esencial. Como dice Santo Tomás: “*Un ángel o un alma...*”

D. Sofos: —*Angelus vel anima*, en latín.

D. Logos: —...*puede afirmarse que es simple en su naturaleza porque, en ambos casos, la esencia no está compuesta de elementos distintos tales como materia y forma; no obstante, hay en ellos una composición de esencia y existencia actual*”.

D. Sofos: — “*sed tamen advenit ibi compositio horum duorum, scilicet, quidditatis et esse*”, “*sin embargo, poseen una composición metafísica de esencia y existencia*”.

D. Logos: —Os felicito nuevamente por vuestro magnífico y exquisito latín, sin duda admirable. La frase que acabáis de citar la mantuvo Santo Tomás hasta el final de su vida, por lo que recibió numerosas críticas. En la doctrina aristotélica no se habla de la noción de una sustancia espiritual compuesta de potencia y acto, o lo que es lo mismo, de esencia y existencia. El alma debe ser inmaterial, porque sólo algo inmaterial puede realizar operaciones inmateriales que llamamos conceptos, como las que hemos descrito anteriormente. Inteligibilidad, conocimiento e intelectualidad son inseparables de la inmaterialidad.

D. Sofos: —Por ello, el alma debe ser una realidad inmaterial y autosubsistente dotada de su propia esencia y existencia.

D. Logos: —Ciertamente. En el hombre, lo que constituye la totalidad de mi yo, como ya decía Descartes, es mi espíritu, y el alma es, ante todo, una realidad espiritual. Ser es, en el hombre, principalmente, el acto del alma intelectual. El alma es pura, no mezclada con la materia, incorruptible, semejante y próxima a Dios. Tiene una existencia por sí misma que no tienen las formas materiales.

D. Sofos: —*Habet esse per se quod non habent aliae formae corporales*, en latín. Sin duda, Santo Tomás respondió magistralmente a la complicada pregunta de si es el alma una sustancia intelectual o es la forma de un cuerpo.

D. Logos: —A lo que Santo Tomás contestó que el alma humana es la forma de un cuerpo porque es precisamente la clase de sustancia que es, espiritual e inmaterial.

D. Sofos: —La grandeza del alma radica, pues, en su inmaterialidad.

D. Logos: —Efectivamente. Esa inmaterialidad comprende la inmortalidad y la incorruptibilidad: el alma, al no ser producto de la evolución de la materia, no puede usarse como instrumento para cualquier fin. La sustancialidad del alma, según la

doctrina tomista, es el fundamento mismo de la sustancialidad del hombre. El alma da su ser al cuerpo a modo de causa formal, no eficiente. La causa eficiente del hombre es, como ya dijimos en la primera lección, Dios.

D. Sofos: —El alma humana es inmaterial e incorpórea, eso es evidente. Pero ¿podrías explicarme de nuevo la inmortalidad?

D. Logos: —Es una pregunta muy pertinente, porque la cuestión de la inmortalidad del alma humana ha planteado serios problemas filosóficos. Las sustancias intelectuales, como es el alma, son incorruptibles; el alma, así pues, es incorruptible, sin diferenciar entre sustancias intelectuales separadas, como los ángeles, o las no separadas. No hace mucho tiempo explicábamos que el alma, al no ser materia, no es divisible, no se extiende por el espacio. La materia puede descomponerse porque tiene partes. El cuerpo muere, pero no el alma, que como sustancia intelectual tiene existencia propia. Es un ser *habens esse*, que tiene existencia *primo et per se*, primeramente y por sí misma.

D. Sofos: —Queda claro que el alma, como sustancia intelectual inmaterial e indivisible, es incorruptible, y si es incorruptible, es inmortal. Sin embargo, si el alma, como habéis dicho basándoos en Santo Tomás, está compuesta de esencia y existencia, ya no sería simple y ya no habría razón alguna para afirmar que este compuesto no está expuesto a la desintegración.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, pero reflexionad: hablamos de dualidad, no de dualismo. El alma es un compuesto en tanto que es una sustancia, porque, si no tuviera su propia existencia, no sería un ser. Sin embargo, la esencia de esta sustancia es simple, ya que si es inmaterial y carece de partes no está sujeta a la desintegración. La dualidad esencia-existencia es conceptual, y habéis de tener en cuenta que esos dos conceptos no son materiales, sino inmatrimales y abstractos.

D. Sofos: —Está claro que el alma, como realidad inmaterial, debe ser inmortal porque es incorruptible.

D. Logos: —Juan Duns Escoto, gran teólogo franciscano, dejó entrever que la cuestión de la inmortalidad del alma no es demostrable y es sólo un interrogante abordable desde la fe. En realidad, Escoto, perteneciente a la Orden franciscana, tenía una gran rivalidad con Santo Tomás porque éste era dominico. El proverbial antagonismo entre ambas Órdenes también es factible en las diferentes corrientes que profesaban: los franciscanos eran agustinianos, mientras que los dominicos eran aristotélicos. Escoto creía que, como cristianos, al creer en la vida futura, pensamos que habrá para nosotros una vida futura; por consiguiente, implícitamente creemos que el alma es inmortal, pero no podemos probarlo. La Revelación es claramente indemostrable por el simple hecho de ser una revelación.

D. Sofos: —Es decir: Escoto pensaba que había una gran probabilidad de que la inmortalidad del alma fuese verdadera, pero que carecemos de la certeza total. Sin embargo, es evidente que no se puede demostrar experimentalmente, pero tanto la razón como la Revelación apuntan a su existencia y a su inmortalidad, ya que si el alma existe por definición y por lo que habéis explicado debe ser inmortal.

D. Logos: —En efecto. Permitidme felicitaros de nuevo por vuestras espléndidas conclusiones y vuestros sintéticos resúmenes. El alma no puede ser producida por vía de generación porque, como ya se ha expuesto, ninguna criatura puede causar existencia actual, y menos espiritual, pues las criaturas son materia. Por ello, sólo puede haber sido creada por Dios. Del mismo modo, sólo Dios puede destruirla, ya que sólo el que le dio su existencia puede quitársela. Otros célebres teólogos como Iben Rusch, o Averroes según la fonetización latina, dedujeron de las afirmaciones de Aristóteles...

D. Sofos: —Las cuales decían que el hombre hay operaciones cognoscitivas que sólo una sustancia espiritual puede realizar; una sustancia intelectual es una sustancia separada y, como tal, es naturalmente incorruptible; las formas naturales no son sus-

tancias separadas y, por consiguiente, perecen cuando se desintegra el compuesto de materia y forma.

D. Logos: —Gracias por recitarlas, Sofos. Averroes dedujo de las afirmaciones de Aristóteles que las operaciones intelectuales observables en el hombre son causadas en él por una sustancia intelectual separada que está presente en él sólo por sus operaciones, pero nada más. Como sustancia intelectual, es incorruptible e inmortal, pero esa inmortalidad no supone nuestra personal inmortalidad. Tenemos un alma personal que es la causa formal de nuestro cuerpo, pero por esa misma razón parece junto con él.

D. Sofos: —Veamos si lo he entendido bien, porque creo que las explicaciones son un poco enrevesadas.

D. Logos: —Me he limitado a decir aproximadamente lo que aparece en los *Corpus philosophorum medii aevi corpus commentariorum averrois in aristotelem*, *Corpus filosófico de la Edad Media*; *corpus breve de Averroes en Aristóteles*.

D. Sofos: —No lo dudo, pero no por ello disminuye la dificultad del contenido. En resumen, lo que causa el conocimiento intelectual en nosotros es separado e inmortal, pero es separado e inmortal por la misma razón que no es la forma de nuestro cuerpo, que no es nuestra alma.

D. Logos: —Como veis, él niega que la sustancia que genera el conocimiento intelectual sea el alma. Santo Tomás resolvió el problema de forma magistral: considerando que el alma humana es una sustancia intelectual.

D. Sofos: —He sacado en conclusión de tan interesantísima lección que el alma humana es espiritual, inmortal e individual; causa formal del hombre y causa de los actos inmatrimales. Por su inmaterialidad es a su vez incorruptible e inmortal, porque sólo la materia, con magnitudes y extensiones, puede ser dividida, descompuesta y desintegrada.

D. Logos: -Habéis entendido lo sustancial de la lección a la perfección. Es el momento de que v—lváis a vuestra casa a descansar; actividad esta última necesaria para todas las personas.

D. Sofos: —Así lo haré.

Y de esta manera despedimos la lección, marchándonos cada uno a nuestras casas. Abandonamos la tranquila academia para internarnos en el bullicio que cada noche experimentaba nuestra pequeña ciudad, algo que tanto Sofos como yo intentábamos evitar, pues nos resultaba una vulgaridad. Vulgaridad, sí, y podrán pensar muchos que eso sólo era propio de mentes atrasadas, pero para nosotros era un aburrimiento, y teníamos la firme convicción de que perder el tiempo de esa forma era despreciar ese preciado tesoro. En lugar de emplear las noches estivales en acudir a las numerosas fiestas que se organizaban, preferíamos terminar más tarde y comenzar antes. Fuimos hablando de la singular experiencia de esa mañana con el adventista del Séptimo Día, y le recordé que huyese siempre de aquellos individuos que pronostican el final del mundo. —Atended, Sofos —le dije—, que aquellos que vaticinan el fin del Mundo y proclaman la llegada del Anticristo no son en realidad creyentes sensatos, porque si lo fuera, se darían cuenta de que el fin del mundo llega cuando morimos, pero es el fin del mundo terrenal, para llegar al mundo celestial. Me respondió Sofos, con una excelente muestra de racionalidad, que la ciencia, que ha conseguido tras siglos de adelantos prever diversos fenómenos cósmicos, explica que nuestro planeta desaparecerá cuando el Sol, nuestra estrella, deje de fusionar hidrógeno con helio, y por tanto deje de producir calor. Para ello aún nos faltan unos cinco mil millones de años aproximadamente.

*Sobre el alma humana,
mucho podemos argüir.
empezando por decir
que es espiritual y arcana.
Individual e inmortal,
inmaterial e incorruptible,
sólo Dios la hizo posible,
y sólo Él la puede inmolar.
El alma es la causa formal,
y el cuerpo la material,
por lo que hemos de saber
que si se separasen ambas
sólo cabría una opción:
la muerte es la culpable.*

CAPÍTULO IV:

EL HECHO RELIGIOSO

Como anunciaban en las noticias, hoy comenzaba para los musulmanes el mes del Ramadán. La comunidad islámica de la ciudad habría de guardar ayuno desde el alba hasta el crepúsculo, como dicta uno de los cinco preceptos que les impone su religión. A Sofos le apasionaba la fenomenología de la religión, y sobre todo la historia de las grandes religiones monoteístas. Me dirigí hacia su casa como de costumbre, sabiendo que él ya me estaría esperando. Al llegar, llamé al timbre y me recibió su madre, de una simpatía admirable. Me dijo que Sofos ya se había ido a la academia desde muy temprano, porque prefería evitar el agobiante calor que al mediodía se experimentaba. Así pues, al llegar a la academia, pude comprobar que en efecto Sofos estaba allí, conversando con una mujer que por su aspecto parecía musulmana. La tertulia se desarrollaba en torno al ayuno y las costumbres de los países árabes durante el mes del Ramadán. Como ya dije, a Sofos le encantaba esta clase de coloquios, sobre todo preguntar, más que escuchar. Me parecieron muy coherentes las palabras de la mujer, que estaba indignada ante la imagen que del mes del Ramadán se tenía en Occidente. Sólo los mayores de edad que no estén de viaje y gocen de buena salud pueden practicarlo. Para ella, ayunar no es sólo rechazar todo lo que

entre por la boca, bebidas o alimentos, durante el día, para al anochecer desayunar bárbaramente, pues en ese caso, el ayuno sólo sería ficticio. Ayunar es no comer durante el día e ingerir alimentos con moderación durante la noche; ese es el auténtico ayuno serio, lo otro se convierte en una simple celebración mundana e irracional.

Una vez hubo despedido D. Sofos a tan piadosa mujer, me pidió disculpas por no haberle informado con anterioridad del cambio de la planificación del día acordada la jornada anterior, pero al ver el periódico y la noticia sobre el comienzo del Ramadán optó por ir a visitar a su amiga Layla, de origen libanés, que trabajaba como podadora en los jardines adyacentes a la academia, por lo que dejó el recado a su madre de que en el caso de que yo me dirigiese antes a su casa que a la academia me informase de su temprana marcha. Con Layla solía conversar en árabe para practicar una lengua que, según me confesó, le cautivaba. Al parecer, Sofos estaba empleando el verano en, además de asistir a mis lecciones por la mañana, estudiar lenguas, que si bien recuerdo eran inglés, francés, alemán, hebreo, latín, griego, ruso, copto y egipcio en sistema jeroglífico. Quería emular al belga Johan Vandewalle, que a los veintinueve años ya conocía treinta y un idiomas.

Me pidió permiso Sofos para dirigirse a su casa a coger su libro de notas y apuntes, que había olvidado al salir por la mañana. Me dispuse a acompañarle, y por el camino nos encontramos con un extraño suceso, de los tantos que se nos aparecían. Apareció por allí un joven muchacho, de apariencia soez, maleducado, rebelde y blasfemo, que estaba contestando al párroco de aquellos parajes. Interrumpimos por un momento nuestro diálogo para informarnos de lo que ocurría. Nos acercamos hasta tan zafio infante con no menos sorpresa, exclamando yo la rigidez de mis tiempos de colegial, y lamentándome a su vez de que el mayor grado de libertad otorgado ahora hubiese provocado estas actuaciones. Se oía clamar al

mozo insultos y desobediencias que provocaron la indignación de todos los mayores presentes.

—Déjeme en paz, padre, que nada puede enseñarme. No quiero ir a la Eucaristía y ya está, porque además de aburrida no sirve para nada —decía tan ignorante niño.

—Compórtese como es debido, o si no pasaremos a palabras mayores, porque es inexplicable que ya no os confeséis y no creáis en Dios —replicó el capellán.

—Si queréis una respuesta, todo esto se ha debido a mi profundización en el estudio de las ciencias y la matemática, la historia y la filosofía, que no han hecho sino confirmarme que es ilógico que pueda existir algún dios—.

Se quedó atónito y aturdido el clérigo, que cabida no tenía para tal aprieto. Recurrió a nosotros, conocidos en la comarca por nuestras tertulias matutinas sobre metafísica y teología, para solicitarnos asistencia ante semejante apuro. Le contesté que no se preocupase por la opinión del muchacho, que ahora los tiempos se habían vuelto tan científicos y técnicos que todos se creían más inteligentes, cultos e instruidos que los de antaño, pero en realidad no se daban cuenta del grado de ignorancia que en sus cabezas pervivía. Miré a Sofos, quien también estaba asombrado por la actitud del muchacho. Afortunadamente, en nuestra primera lección ya habíamos expuesto los argumentos racionales que apoyaban la existencia de Dios; los cuales evidentemente no íbamos a plantear al maleducado personaje, porque ni siquiera nos escucharía.

Propuse a Sofos hablarle hoy sobre el hecho religioso y las grandes religiones monoteístas de nuestro mundo, sus semejanzas, historia, esencia, etc.

D. Logos: —La abstención voluntaria de tomar alimentos, el ayuno, no es único del islam. En el budismo todos los monjes deben ayunar desde el mediodía hasta la mañana del día siguiente. En el judaísmo se han establecido cinco ayunos, que

recuerdan el asesinato del gobernador de Judá Godolías, el inicio del asedio de Jerusalén por Nabucodonosor, el de Ester, uno en memoria del asalto de las murallas de Jerusalén y un último que conmemora la destrucción del Templo en el año 70 por Tito, hijo del Emperador Vespasiano.

D. Sofos: —Según tengo entendido, también encontramos referencias del ayuno en el Nuevo Testamento.

D. Logos: —En efecto. Jesús ayunó antes de las tentaciones del Diablo, aunque su postura fue menos rígida, combatiendo en todo lo posible la hipocresía que mostraban los fariseos sobre el tema. La Iglesia primitiva practicó el ayuno, pero éste nunca estuvo relacionado con prácticas ascéticas, es decir, aquéllas que renuncian a los placeres mundanos para alcanzar la más alta espiritualidad. Bien, ya que hemos empezado hablando del ayuno, os propongo que dediquemos la lección del presente día al análisis y descripción de las principales religiones del mundo.

D. Sofos: —Me parece fantástico, un tema muy interesante.

D. Logos: —Comenzaremos por realizar un estudio del hecho religioso. Max Müller, iniciador de la ciencia moderna de las religiones, parte de una idea de la religión según la cual en el hombre existe un sentido de lo divino concebido en términos de infinito, derivado del contacto sensible con la realidad. Los dioses serían los atributos con los que se designan en un principio las realidades superiores. Si recordáis, en una ocasión dijimos que el hombre es un ser que tiende siempre a más y a la insatisfacción. Por su parte, el etnólogo Tylor propone una explicación diferente: la creencia en seres espirituales. A esta teoría se la denomina “animismo”. El hombre llegó a esta creencia de la mano de una serie de fenómenos que le permiten constatar por sí mismo la presencia de un principio de acción diferente del cuerpo. La afirmación de la existencia del alma vendría implicada también por la existencia de estos fenómenos. Ésta a su vez le lleva a creer en la existencia de espíritus de los muertos, seres benéficos o peligrosos para su vida. Los

fenómenos naturales serían explicados por la presencia de estos espíritus, a los que veneraron y adoraron por el temor que por ellos profesaban. Pronto aparecería el politeísmo, y como resultado de la jerarquización de las divinidades nacería el monoteísmo, formas más evolucionadas de religión.

D. Sofos: —Sin duda alguna, la creencia en un único Dios trascendente y personal es una escala superior de la religión, porque si existiesen muchos dioses, de algún modo debería haber un Dios con mayúscula que sería superior al resto y sería el auténtico “Dios”.

D. Logos: —Como ya dijimos en su momento, el monoteísmo es evolutivamente superior al politeísmo. Es por ello por lo que hemos creído oportuno dedicarnos en exclusiva al análisis de las tres religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islam. La teoría animista de Tylor gozó de gran aceptación, aunque en la actualidad ha sido superada con creces.

D. Sofos: —¿Qué me decís de Frazer?

D. Logos: —Frazer pensaba que la magia era el origen de la religión. Sus teorías las recogió en su obra principal: *La rama dorada*. Según él, la magia es una actitud emparentada con la ciencia y diametralmente opuesta a la religión. La magia es una “*pseudoconciencia fundada en la falsa utilización de los principios de semejanza y de contacto o contagio*”, como afirma en su ya citado libro. La humanidad habría pasado progresivamente por la magia, la religión y la ciencia. La magia es anterior a la religión porque constituye un hecho psicológico mucho más simple. Cuando los hombres se dan cuenta de que no pueden dominar las fuerzas superiores, abandonan la magia y recurren a la religión. Entre otras cosas, apoyó su teoría en el hecho de que los pueblos más rudos y primitivos, como determinadas tribus aborígenes australianas, no poseían religión, sino sólo ritos mágicos. Sin embargo, sus proposiciones fueron rápidamente criticadas. En primer lugar, no se puede demostrar que los aborígenes no tengan religión. Hoy en día el esquema es

sustancialmente distinto: magia y religión coexistieron como dos reacciones psicológicas diferentes.

D. Sofos: —Algo que haría insostenible el esquema evolutivo de Frazer.

D. Logos: —Otro gran investigador de la fenomenología de la religión y de quien os querría hablar es Émile Durkheim y su interpretación sociológica de la religión. Para él hay que discernir las causas de las que dependen las formas más esenciales del pensamiento y de la práctica religiosa. Estaba convencido de que la religión sólo era una manifestación natural de la actividad humana. En su visión, lo sagrado se caracteriza por la superioridad sobre lo profano. Lo sagrado y lo profano constituirían, en realidad, dos mundos completamente diferentes. Lo sagrado es una modalidad que afecta a la relación, a un sujeto y su término, el ámbito en que ha de darse la relación con lo divino. Lo sagrado se manifiesta como una ruptura de la homogeneidad de la realidad y de la existencia y como la introducción de ambas en un orden de ser diferente. De ahí vendría el carácter de tabú de lo sagrado. Tabú, una palabra de origen polinesio que significa “lo prohibido” y que ha desempeñado un papel muy importante en el estudio del hecho religioso, se emplea para designar lo expresamente nombrado, lo separado. El tabú existe cuando una cosa está llena de potencia y este hecho se puede constatar expresamente. La presencia en una realidad de una potencia y la actitud del hombre ante esa potencia es lo que abarca el término tabú; la “ambivalencia axiológica” de Mircea Eliade.

D. Sofos: —Que Freud usó en su libro *Tótem y tabú*.

D. Logos: —Exacto. Para Durkheim el totemismo es una religión elemental.

D. Sofos: —¿Se le puede considerar siquiera religión?

D. Logos: —Sí, porque está definido por toda una serie de tabúes y constituye una expresión de la vida colectiva, es decir,

tiene un carácter sagrado y es un hecho social. El totemismo sería, entonces, la veneración de una potencia superior representada en el ídolo totémico, su símbolo. La fuente de la experiencia religiosa, su raíz, es ineludiblemente la sociedad.

D. Sofos: —“*La sociedad es el alma de la religión*”, como decía el propio Durkheim.

D. Logos: —Os felicito por vuestra memoria.

D. Sofos: —No obstante, querría exponer mi objeción a estas tesis. En primer lugar, al igual que dije en su momento con respecto a las teorías de Freud sobre el origen de la religión, las propuestas de Durkheim me parecen excesivamente reduccionistas a los componentes sociales. En segundo lugar, el fenómeno totémico, base de sus argumentaciones, no aparece en todas las culturas.

D. Logos: —Son precisamente estas críticas las que se expusieron desde la publicación de los trabajos de Durkheim. Ahora querría hablaros de Schmidt y del monoteísmo primitivo, la última teoría propuesta. Para el religioso austríaco, el hecho religioso es ante todo un hecho humano, no natural, como pensaban los anteriores estudiosos. Por lo tanto, si es un fenómeno humano, es histórico. Por ello, para tratar con la requerida profundidad el origen y la evolución de una religión es imprescindible insertarla en el contexto cultural y determinar con precisión la época en la que ha surgido. Su método histórico se basa en la comparación. Tras un minucioso análisis Schmidt llega a la conclusión de que existen fundamentalmente tres etapas en la evolución cultural de la humanidad.

D. Sofos: —Imagino que serán las etapas primitiva, histórica y moderna.

D. Logos: —Siento deciros que sólo habéis acertado en la primera. En efecto, Schmidt distingue la etapa propiamente primitiva, en la que el hombre o recolecta frutos silvestres o se dedica a la caza, pero contentándose con lo que la naturaleza le

ofrece; la etapa primaria, en la que inicia el arte de la agricultura como medio de producción alimenticia; y la etapa secundaria, en la que finalmente se mezclan culturas primarias entre sí generando un estadio más evolucionado que los anteriores. En su monumental obra *El origen de la idea de Dios...*

D. Sofos: —*Ursprung der Gottesidee*, en alemán.

D. Logos: —...el religioso católico acumula infinidad de datos sobre la existencia de la figura del ser supremo entre las poblaciones primitivas. Con tan vasto trabajo confirmó que en todos los círculos de cultura primitiva aparece la figura del ser supremo. La interpretación que dio a esa coherente y demostrada hasta la saciedad conclusión fue la aplicación a esta figura de los rasgos del monoteísmo cristiano.

D. Sofos. —Así pues, él consideraba el monoteísmo como la forma primitiva de religión. Sin embargo, pensaba que ya había quedado claro que el monoteísmo es de un grado más elevado que el politeísmo...

D. Logos: —Cierto; pero Schmidt habla de la “evolución regresiva”. Sobre esta última afirmación y la objeción que vos habéis planteado se centraron casi unánimemente las críticas contra las teorías de Schmidt. La existencia de la figura del ser supremo no basta para calificar de monoteístas a las religiones en las que se ha descubierto. La religión es un hecho humano complejo, y en ningún momento ha existido, como se insinuaba en el siglo XIX, un estadio arreligioso, propio de las explicaciones marxistas del hecho religioso, que creían que el hombre, en sus etapas más antiguas, no conoció forma alguna de religión.

D. Sofos: —Pero ¿en qué se basaba Marx; tanto había estudiado e investigado sobre antropología y arqueología como para emitir afirmaciones de ese talante?

D. Logos: —Sencillamente, el pensador alemán se fundamentaba en dos razones ideológicas, más que fenomenológicas: en el hecho de que la existencia del hombre primitivo estuviese

entonces dominada por el trabajo, por lo que no tenía tiempo para pensar en la contradicción entre sus exigencias y la realidad de su naturaleza; y, por otra parte, en que al no haber aparecido el trabajo “alienado”, es decir, el que unos pocos posean los medios de producción, la clase oprimida no se refugia aún en la religión. A estas razones, añadiría Marx las clásicas...

D. Sofos: — Vagas, fáciles, simples y usadas.

D. Logos: —...: la religión ha surgido por la ignorancia de las leyes de la naturaleza y la experiencia del dominio de unos hombres sobre otros.

D. Sofos: — ¡Qué absurdo! La religión, como espero haya quedado claro a lo largo de estas lecciones y de tantos comentarios, no puede simplificarse tanto. Y si no, ¿por qué grandes hombres de ciencia, sin duda más inteligentes e importantes para la humanidad que Marx, creían en Dios? Además, en la actualidad hay un altísimo porcentaje de personas religiosas que no creo sean unas ignorantes...

D. Logos: — Sin duda tenéis razón. Así pues, con respecto a la afirmación marxista de un período arreligioso, en un principio ha sido de sobra refutada, y los que crean en ella no son ni serios ni sensatos. Como ya ha escrito algún investigador: “*La existencia de un primer período arreligioso de la humanidad no es confirmada por prueba alguna realmente científica*”. En cualquier caso, iniciemos ya el aludido recorrido por las tres grandes religiones monoteístas: el judaísmo, el cristianismo y el islam, empezando por la más antigua hasta llegar a la más moderna.

D. Sofos: — Es decir, comenzaremos por analizar el judaísmo.

D. Logos: — En efecto. El judaísmo cree en un solo Dios, de cuyo poder creador vino el mundo en los primeros tiempos. Sus normas fundamentales son las recogidas por Moisés en el Monte Sinaí y el establecimiento de una Alianza de Dios con el Pueblo de Israel. Sería el éxodo el acto fundacional de Israel. El decálogo, los célebres Diez Mandamientos, deben ser resu-

midos básicamente en el primero: “*Vosotros sois mi pueblo y yo soy vuestro Dios*”. Yahvéh, cuya pronunciación no conocemos, ya que el texto original hebreo carecía de vocales...

D. Sofos: —Sólo escribieron entonces YHVH.

D. Logos: —Exacto. Cuando los masoretas añadieron hacia el siglo II a.C. la puntuación vocálica al texto exclusivamente consonántico, se encontraron con diversas dudas sobre como marcar ciertas palabras, como la anteriormente citada, lo que ha conllevado a varios errores de pronunciación como Jehová, completamente erróneo. La traducción más correcta es la de “yo estoy y estaré”. En la versión griega de la Septuaginta, como el nombre había dejado de pronunciarse, se substituyó por *Kyrios*, Señor en griego; o *Adonai*, literalmente, Señores.

D. Sofos: —¿Por qué “Señores”, si la religión judía es estrictamente monoteísta?

D. Logos: —La interpretación de la apologética cristiana, es decir, de la ciencia que expone las verdades y fundamentos de la doctrina católica, indica que ese término alude a la pluralidad de personas en el seno de la divinidad, como defensa de la Trinidad. No sería, en cualquier caso, como algunos investigadores modernos han pretendido, muestra de henoteísmo.

D. Sofos: —¿Qué es el henoteísmo? Deduzco que si *henos* en griego significa “uno” y *theos* “dios”...

D. Logos: —El henoteísmo es en realidad un neologismo, es decir, un término moderno, inventado por el gran fenomenólogo de las religiones Max Müller, para designar a la forma de religión que, aun aceptando la existencia de varios dioses, adora a uno solamente. El ejemplo más ilustrativo es el Antiguo Egipto, a lo largo de cuya historia esta visión espiritual se habría producido numerosas veces. Sin embargo, querer aplicarlo a las primeras etapas de la religión de Israel es demasiado atrevido, porque no se ha podido demostrar satisfactoriamente. Sigamos, para lo que os expondré la síntesis

de Maimónides, o Moisés Ben Maymun, judío del siglo XII residente en Córdoba...

D. Sofos: —La ciudad, a mi juicio, más esplendorosa y refinada del mundo por aquel entonces.

D. Logos: —Muy posiblemente vuestros argumentos sean ciertos. Bien; Maimónides resumió la religión judía en trece principios básicos: un Dios único; un Dios incorpóreo; un Dios primero y último; un Dios único al que deben ser dirigidas las oraciones; la veracidad de las palabras de los profetas...

D. Sofos: —Quienes anuncian, denuncian y pronuncian.

D. Logos: —...; la veracidad de la profecía de Moisés, que es el padre de todos los profetas anteriores y posteriores, entre ellos Jesús de Nazaret; identidad de la Torah, la Ley, actual con la entregada a Moisés; la inmutabilidad de la Torah; un Dios conocedor de todos los hechos humanos; un Dios que recompensa a los justos y castiga a los injustos; la venida de un Mesías, que para los judíos no sería Jesús de Nazaret; y, por último, la resurrección de los muertos.

D. Sofos: —Aunque el judaísmo no acepta la validez mesiánica de Jesús de Nazaret, creo haber leído que existe un movimiento judío que reconoce a Jesús como Mesías.

D. Logos: —Exactamente, pero es muy minoritario y es rechazado prácticamente en su totalidad por los demás judíos. Las fuentes esenciales del judaísmo son dos. La primera es la *Torah*, traducida comúnmente como “Ley”, pero que en realidad abarcaría los términos de “guía”, “instrucción”, “enseñanza”, etc. Aunque estrictamente se refiere al Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia...

D. Sofos: —Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio.

D. Logos: —...; también puede emplearse para designar todo el Antiguo Testamento, o, según una denominación más correcta, toda la Antigua Alianza.

D. Sofos: —¿Cuál es la segunda fuente?

D. Logos: —El Talmud, que literalmente significa “estudio”. Se podría definir como el conjunto oficial de tradición e interpretación judías, inspirado por Dios para la mayoría de los judíos ortodoxos. Lo forman la *Mishnah* o ley oral del siglo II d.C., y la *Guemaráh* o comentario a la *Mishnah*, recopilada unos doscientos años más tarde. La versión más importante es la babilonia.

D. Sofos: —Me gustaría que hablarais sobre la inspiración divina infundida a los desconocidos redactores de la Biblia.

D. Logos: —Me parece un tema de sumo interés, que estoy dispuesto a explicaros. Como bien sabréis, todas las religiones coinciden en considerar sus libros sagrados como un don de la divinidad. Sin embargo, las interpretaciones más modernas suponen que los textos sagrados no fueron dictados textualmente por la divinidad, pues eso fomenta un fanatismo, literalismo y fundamentalismo inconcebibles, injustificables y retrógrados.

D. Sofos: —Ése es el problema de muchas sectas y de ciertas comunidades religiosas; en lugar de analizar el texto con un espíritu crítico y teniendo siempre en cuenta la mentalidad de la época en que se redactó el documento, prefieren leer “p” con “a” como “pa” y “le” con “y” como “ley”, como si Dios lo hubiese pronunciado así directamente, sin cuestionar las bases argumentativas e interpretativas que les hacen caer en ese absurdo fanatismo que va contra la doctrina divina. Esa visión tan simplista ha sido, afortunadamente, abandonada desde la Edad Media.

D. Logos: —Casi todos los teólogos están en contra de la lectura literal de los textos sagrados, que no por ello son menospreciados; es más, son doblemente apreciados, porque esa visión más actual excluye los errores que hayan podido cometer las personas que los redactaron, realzando el valor de lo que se quiere explicar, cuyo significado se corresponde con lo que Dios inspiró. Captar lo que la Biblia y demás textos sagrados intentan transmitir es lo verdaderamente importante.

D. Sofos: —Cierto.

D. Logos: —Dios nos habla a través de los escritos bíblicos. El problema reside en la interpretación de ese texto. En el libro de Josué especialmente, por los hechos históricos que narra...

D. Sofos: —La conquista de la Tierra Prometida por los israelitas provenientes de la esclavitud egipcia; y al estar ese territorio ocupado por los cananeos y filisteos, una cruenta guerra de ocupación muy exagerada.

D. Logos: —Exacto. Una frase dice: "*La ciudad será consagrada como anatema a Yahvéh con todo lo que haya en ella*", es decir, los israelitas tenían que exterminar la ciudad y todo cuanto hubiese en ella. ¿No os resulta contradictorio que Dios pudiese ordenar esa acción tan cruel e inhumana, y seguramente falsa históricamente?

D. Sofos: —Si no supiese nada de estudios bíblicos me parecería terrible, pero conociendo...

D. Logos: —Suponiendo que si no estuviéseis instruido en el estudio de la Biblia...

D. Sofos: —Ciertamente, me resultaría incomprensible.

D. Logos: —¿Qué hacer ante ese problema de duda que atañe a miles de creyentes?

D. Sofos: —En primer lugar, dejar claro que Dios es el autor de la Biblia.

D. Logos: —Quizás sea la solución más satisfactoria. La clave está en la *inspiración*.

D. Sofos: —Permitidme, antes de que continuéis, recitar de memoria un párrafo que hace ya tiempo aprendí a propósito de la inspiración.

D. Logos: —¿Es la célebre alusión de Marchadour?

D. Sofos: —Sí.

D. Logos: —Entonces, hacedla.

D. Sofos: —Si mal no creo recordar, dice así: “*La inspiración es ese viento que atraviesa de parte a parte el libro, que establece desde tiempos del éxodo un suspense que se resuelve en la cruz. Legítimamente el cristiano, a partir de ese desenlace del libro que es la persona de Jesús, puede releer toda la obra comenzando por el final. La verdad de las escrituras para el cristiano es Jesucristo, que se presentó a sí mismo como el camino, la verdad y la vida, y que viene a vivificar todos los textos del pasado*”.

D. Logos: —¡Increíble! ¿Cuánto tiempo tardasteis en aprenderlo?

D. Sofos: —Cuestión de unos quince minutos como máximo.

D. Logos: —Bien, sigamos. La expresión “Dios autor de la Biblia” no debe entenderse ingenuamente como que Dios dejó caer la Biblia desde el cielo para que la recogiera el Pueblo de Israel. Dios ha escrito la Biblia sirviéndose de los hombres, que, “*movidos por el Espíritu Santo, han hablado de parte de Dios*”, como proclama la segunda epístola de San Pedro. Al decir que los escritos están “inspirados” por Dios hay que matizar bastante con respecto al uso cotidiano y coloquial que se da a este término.

D. Sofos: —Sin embargo, imagino que la idea de esta palabra se acopla perfectamente a las características “inspiradoras” que los antiguos griegos atribuían a sus musas, sobre todo en poesía y literatura.

D. Logos: —También habría que puntualizar, porque nunca algo es completamente similar y se acopla a lo que queremos comparar, pero sí valdría como aproximación. Recordemos la frase de Horacio: “*No digas ni hagas nada si no te inspira Minerva*”.

D. Sofos: — “*Tu nihil invita dices faciesve Minerva*”, en latín.

D. Logos: —En efecto, la inspiración con la que se redactó la Biblia procedía de Dios, sin cuya fuente inspiradora no se po-

dría haber redactado. Ya en el Vaticano II se dice que “*por ser inspiradas, son en verdad la Palabra de Dios; por consiguiente, el estudio del texto sagrado ha de ser como el alma de la Sagrada Teología*”.

D. Sofos: —Es evidente que en la época de la redacción definitiva de la Biblia no existían derechos de autor como en la actualidad, en parte porque los redactores son anónimos, ya que no dejaron constancia escrita de sus nombres.

D. Logos: —Exacto. Todos coincidimos, espero, en que no sería lógico otorgar los derechos de autor a Dios o a las musas, sino a quien en realidad lo escribió. Sobre este hecho no habría más que comentar.

D. Sofos: —Sin embargo, surge precisar en qué consiste esa inspiración.

D. Logos: —Tened paciencia y no os apresuréis, pues ahora os lo diré.

D. Sofos: —Aceptad mis disculpas.

D. Logos: —Por supuesto, sólo era un consejo. El mensaje bíblico, al estar redactado por humanos en una época determinada, en un lugar concreto y en un contexto cultural específico, obliga a interpretar los textos desde una hermenéutica apropiada, que tenga en cuenta las características antes enumeradas. La ingente cantidad de información de la que hoy en día disponen los teólogos ha propiciado la evolución de los estudios bíblicos con una rapidez inimaginable siglos atrás. La conjunción de diferentes disciplinas científicas así lo confirma.

D. Sofos: —Sobre todo, la arqueología y la lingüística.

D. Logos: —Todo ello confirma que las vivencias experimentadas por el pueblo fueron plasmadas por escrito siglos más tarde.

D. Sofos: —Queréis decir que el intervalo temporal entre la vivencia y la redacción de la Biblia comprende muchos años.

D. Logos: —Exacto. Las gentes de aquel entonces atribuían, como es de suponer, todo lo bueno que ocurría a Dios; mientras que lo malo era obra demoníaca. Esa asignación sigue unos criterios lógicos: como lo positivo es lo que enriquece la Historia y a la persona misma, todo ello era acción divina. Lo malo no podía ser obra de Dios, bondad infinita, sino de algún demonio.

D. Sofos: —¿Cuántos “tipos” de inspiración se han identificado?

D. Logos: —Una pregunta muy pertinente, mi apreciado alumno. Podemos distinguir tres clases diferentes de inspiración: la inspiración a vivir, la inspiración a hablar y la inspiración a escribir. Estos tres planos se habrían ido complementando hasta concluir en la redacción de la Biblia o de cualquier otro escrito sagrado. La primera consiste en el impulso que Dios no dejó de infundir en el pueblo para que viviese conforme con sus deseos y mandamientos. El ejemplo por antonomasia es Abraham, en un principio Abram, natural de Ur, en Sumeria, frente al Golfo Pérsico, “el padre de todos los creyentes”, tanto judíos, cristianos o musulmanes. Desde el capítulo doce del Génesis es aludido constantemente, llamado por Dios para ser padre de un gran pueblo.

D. Sofos: —Permitidme haceros una pregunta, posiblemente no muy bien intencionada, pero la duda siempre la he llevado.

D. Logos: —Decidme pues.

D. Sofos: —¿Por qué Dios eligió al Pueblo de Israel en concreto y no a otro?

D. Logos: —Hay varios puntos que os he de comentar. En primer lugar, porque a alguno tenía que elegir. Yahvéh llamó a Abraham, en cuya vocación se prefigura la elección de Israel. Yahvéh hace de él un pueblo, Su pueblo, por una elección gratuita y un designio amoroso desinteresado y completamente voluntario, como todos los actos de Dios. La Alianza que realiza con este pueblo a pesar de sus numerosas infidelidades la

ha dispuesto como un ejemplo universal para todos. Por otra parte, os podría decir que relatos similares los hay en otras culturas, pero podríais contestarme que Jesucristo nació, predicó, murió y resucitó en tierra judía. El Señor quiso santificar y salvar a los hombres de un pueblo que Él mismo constituyó: Israel. Pero todo esto lo realizó, como dice el Concilio...

D. Sofos: —...Vaticano II...

D. Logos: —..., “*como preparación y figura de la nueva alianza perfecta que había de establecer, en Cristo, y de la más plena Revelación que había de nacer por el mismo Verbo de Dios hecho carne*”. El Nuevo Testamento confirma que esa Alianza no está restringida al Pueblo judío, sino que constituye un nuevo Pueblo de Dios universal, tanto para judíos como para gentiles, los no-judíos. Su Cabeza es Cristo, “*entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra salvación*”, como proclama San Pablo en su epístola a los romanos. ¿Ha quedado respondida vuestra pregunta?

D. Sofos: —Sí, y muy satisfactoriamente.

D. Logos: —Bien. La segunda inspiración se basa en la existencia históricamente documentada de infinitud de profetas, porque anunciaban, denunciaban y pronunciaban, y que no escribieron absolutamente nada de lo que, al menos, se tenga constancia.

D. Sofos: —Y si se tuviese constancia...

D. Logos: —No modificaría en ningún caso ese concepto de inspiración a hablar, porque en cualquier caso siempre habría habido algunos que nunca habrían escrito nada. El personaje que debemos mencionar como ejemplo para este caso es el profeta Elías...

D. Sofos: —Literalmente “Dios es Yahvéh”, es decir, “Dios es el que está y estará”

D. Logos: —... cuya predicación estuvo impulsada por Dios.

Por último, la inspiración a escribir es la culminación y la resolución de las dos anteriores. Ciertos individuos, cuyos nombres ignoramos en la mayoría de los casos...

D. Sofos: —No en todos.

D. Logos: —..., recogiendo las vivencias y lo proclamado por personajes como Abraham o Elías habrían redactado una serie de libros. El ejemplo por excelencia es el de Isaías.

D. Sofos: —Sobre lo que decíais con respecto a la falta de datos que tenemos en torno a los redactores de la Biblia, la tradición nos ha legado los nombres de los autores de ciertos libros, como que Moisés escribió el Deuteronomio.

D. Logos: —Os equivocáis profundamente. Moisés no pudo escribir el Deuteronomio precisamente porque narra su propia muerte. ¿Cómo puede alguien narrar su propia muerte? Eso no entra en el marco de la inspiración. Es cierto que ya desde el principio de nuestra era se ha atribuido a Moisés la composición del Pentateuco; opinión que respaldaron los apóstoles. Los estudios bíblicos, principalmente los literarios, señalan que las numerosas diferencias de estilo, repeticiones y desorden de las narraciones imposibilitan que el Pentateuco pudiese haber sido escrito por un solo autor. Por otra parte, los paralelos y en ciertos casos “copias” exactas de los textos bíblicos con otras manifestaciones literarias del Oriente Medio de fechas mucho más antiguas refutan esa antigua convicción.

D. Sofos: —Tenéis razón; no llego a comprender cómo he podido caer en un error tan infantil.

D. Logos: —Quizá porque todavía sois un “infante”. Bromas aparte, continuemos con la explicación. Habrían existido primero dos obras narrativas claramente diferenciadas: la del autor yahvista, denominado así porque alude a Dios con el término *Yahveh*, y la del autor elohísta, que designa a Dios con el nombre común de *Elohim*. El primero pertenecería al siglo IX en Judá, mientras que el segundo habría escrito bastante

después en Israel. Lo esencial del resumen de la historia de la humanidad que expone el autor yahvista podría haber sido redactado en época de Salomón, como prólogo a la historia de los antepasados del Pueblo de Israel. Su estilo es dinámico, pintoresco, vivo y figurado; contrario al estilo del autor elohísta, mucho más sobrio, exigente, lejano, monótono y moralista

D. Sofos: —Pero lo relevante es que ambos relatos coinciden sustancialmente en lo que se refiere al argumento y la historia.

D. Logos: —Exactamente, y me alegro de que lo advirtáis. Las etapas vivir/hablar/escribir son las fundamentales que tiene que haber recorrido todo texto sagrado, en un principio vivido, luego proclamado y finalmente escrito. La tradición oral jugó, así pues, un papel muy importante. El hombre bíblico, y en general todos los orientales, confían más en la memoria y la aprecian más que los occidentales, que llegamos a desconfiar de ella. Es por esto por lo que la tradición oral debe ser tratada con la correspondiente relevancia que posee y no ser menospreciada por nadie. Dios concibió la obra bíblica, pero los hombres la construyeron. Como el arquitecto que diseña una construcción, y los peones que ponen los bloques.

D. Sofos: —Dios, por lo tanto, no tuvo por qué haber escrito o dictado textualmente ninguna de los miles de letras que integran los setenta y tres libros del canon de la Biblia.

D. Logos: —Efectivamente. Así, con estas aclaraciones, muy necesarias, se puede entender el porqué de los numerosos errores presentes en la Biblia. El Pueblo Elegido, aunque elegido, era humano; y sus comportamientos, por ello, daban lugar a veces a malas acciones e incluso infidelidades a Dios. El Pueblo de Israel fue escogido por Dios como modelo para toda la humanidad, algo por lo que todos debemos sentirnos orgullosos. También debemos agradecer a Dios que designase para su redacción a hombres, como tales imperfectos, pues si la Biblia fuese perfecta, ¿cómo podríamos captar su mensaje y seguirlo, si somos imperfectos? Al haber un precedente humano y

ver que esos hombres elegidos por Dios también cometieron innumerables errores y faltas contra Dios, nos encontramos reflejados, hecho éste que nos ayuda profundamente a la hora de llevar una vivencia cristiana. Los obreros que erigen una construcción cometen errores a pesar de que el proyecto original del arquitecto sea prácticamente perfecto.

D. Sofos: —Los inspirados no son, como se creía otrora, intelectuales sentados en su mesa de trabajo y rodeados de libros influidos por la inspiración divina mientras redactaban el libro.

D. Logos: —Evidentemente. La memoria, me reitero, gozaba y goza entre los pueblos que habitaban y habitan en la “media luna bíblica”, que abarca desde la ciudad de Ur en Mesopotamia hasta Tebas en Egipto, de una gran consideración. Recordad que algunos jeques árabes pueden recitar de memoria su ascendencia internándose cientos de años en su historia. La exégesis y los exégetas ponen cada vez más énfasis en la tradición oral.

D. Sofos: —¿Cuándo se produjo la redacción definitiva de las escrituras?

D. Logos: —Los primeros balbuceos podrían remontarse al reinado de Salomón, y la redacción sistemática al siglo VIII a.C. La inspiración divina estuvo caracterizada en todo momento por el respeto a la libertad del escritor y la ausencia de coacción. La redacción definitiva podría haber sido realizada durante el destierro babilónico, a mediados del siglo VI a.C., y que mantuvo presas a la elite israelita y a la jerarquía sacerdotal durante casi cincuenta años.

D. Sofos: —El resto del pueblo no fue llevado al cautiverio en Babilonia.

D. Logos: —En absoluto, sólo los gobernantes y altos funcionarios. La recopilación de los escritos neotestamentarios se remonta, sin embargo, a finales del siglo II. La Revelación divina, proceso mediante el cual Dios se propone “revelarle”, valga la redundancia, ciertas verdades ocultas que le ayuden a

conseguir la salvación, inspirada a los hombres, como hemos podido sacar en resolución de todo lo anteriormente explicado, pasa por distintas etapas. El primer período se denomina, como suelen hacer los libros de iniciación al estudio de la Biblia, “período de gestación”; sería la primera fase del complejo proceso evolutivo que experimentó la Revelación. Seguidamente tenemos el “período de infancia”. Si analizamos estas primeras etapas, vemos que en realidad parece que Dios está “jugando” con Abraham. Dios le promete muchas cosas, para avivar su ilusión, es decir, su fe, pero le da muy poco. Es como un “escondite”, al que Abraham juega como un niño a cambio de golosinas. Abraham tuvo que vivir la etapa inicial de la Revelación bíblica, no menos importante que las demás, sencillamente menos evolucionada. En el “período de madurez” Dios sella un pacto, una Alianza, solemne con el Pueblo de Israel. En el monte Sinaí Dios habla a Moisés y le impone un decálogo que su pueblo debe cumplir como parte del pacto. Esa ley a cambio de la ayuda divina, con la que marcharon a conquistar y ocupar, en un relato desmesuradamente exagerado, la Tierra Prometida de sus patriarcas. Los profetas suponen la parte fundamental de esta etapa de la Revelación.

D. Sofos: —Habría sido como una “dosis” nueva de Revelación.

D. Logos: —Alegóricamente así lo podríamos ver. Esa acción profética comprendió los siglos VIII, VII, VI, V y IV a.C. La madurez es apreciable en el pueblo, que la fue afianzando progresivamente en su colectividad. Jesús es el protagonista del “período de plenitud” de la Revelación divina. Como dice la Carta a los Hebreos: *“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros Padres por medio de los Profetas. En estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo”*.

D. Sofos: —Texto fundamental, sin duda, en lo que se refiere a la Revelación.

D. Logos: —Jesús es la culminación del proyecto revelador de Dios, tal y como todos los teólogos coinciden. La Palabra tomó forma humana, Cristo, en su Santa Humanidad.

D. Sofos: —La Palabra hecha carne, algo que trasciende, impacta y supone más que si fuese sólo letra.

D. Logos: —Exacto. Es la plenitud, la forma más sorprendente de revelar verdades desconocidas y que nunca hubiéramos podido asir para que nos ayuden a alcanzar la salvación, la “plena” realización. El tiempo consigue la plenitud cuando llega Jesús, sólo entonces. El contenido de los miles de páginas que componen la Biblia podría ser resumido en una sola, pero Dios, como maestro pedagogo, consideró más apropiado para los hombres no inyectarles “de golpe” toda La Revelación por la densidad del contenido, difícil de asimilar, sino poco a poco para que la pudiese “digerir”. ¿Entendéis?

D. Sofos: —Perfectamente. Si nos resulta complicado entenderla, aun así, ¿sería casi imposible entenderla de un solo “golpe”!

D. Logos: —Me alegra que lo comprendáis. La vivencia de esa Revelación ha de ser experimentada de acuerdo con la tradición.

D. Sofos: —La tradición, ¿por qué? ¿Hemos de ser conservadores forzosamente?

D. Logos: —Estáis confundiendo los términos. Tradición no implica conservadurismo, sino la larga cadena que desde Pentecostés han constituido los cristianos, y a la que debemos sumarnos como eslabón.

D. Sofos: —Y ¿Dios nos ha revelado ya todo?

D. Logos: —En efecto, nada nuevo nos puede desvelar. Ahora nos corresponde vivir de acuerdo con lo que proclama esa Revelación, de la misma forma que viene haciendo la tradición bimilenaria que arrastran los cristianos. La energía vital infundida por Jesús es inagotable.

D. Sofos: —Y esa Revelación, como se ha dicho, es válida para toda la humanidad.

D. Logos: —Por supuesto. La Biblia como “palabra escrita” sólo es válida, como es evidente, para cuantos la erigimos en norma de fe. Pero como oferta de vida se hace extensiva para toda la humanidad. La Biblia, y hay que decirlo, no es válida para ateos, incrédulos o escépticos. Se escribió para los que ya tenían la fe, obviamente.

D. Sofos: —¡Cuán absurdo es intentar convertir a ateos mediante el ofrecimiento de la lectura de la Biblia! ¡Peor aún! La Biblia esconde tras sus textos, aparentemente liosos y antiguos, un mensaje de fuerza vital que sólo puede penetrar en quien está dispuesto a asirlo. Se puede dialogar, pero sin tener la esperanza de que se va a convertir a un ateo.

D. Logos: —El respeto es la clave de todo diálogo y entendimiento. Lo primero que tiene que hacer el creyente en estos casos es escuchar lo que el otro dice, para después proceder a tratar de explicarle y contestarle en lo posible esas dudas, pero sin imprecisarle o interpelarlo. Imponer es lo último que se ha de hacer, y ese ha sido el gran error que han arrastrado muchos de los ministros del Señor, teniendo en cuenta, además, sin que sirva de justificación, la mentalidad de la época, completamente diferente a la actual, sin la que no podemos entender nada.

D. Sofos: —El contexto histórico-cultural, algo tan reiterado y que en la mayoría de los casos se convierte en una abstracción e imprecisión teórica, es imprescindible.

D. Logos: —Volviendo al tema de la redacción de la Biblia, os preguntaréis seguramente si lo que en ella está escrito tiene siempre razón.

D. Sofos: —La verdad es que no me lo he preguntado mucho, pero me viene a la cabeza el título de un libro que hojeé el pasado día en la biblioteca de historia, arqueología y ciencias bíblicas, *Y la Biblia tenía razón...*

D. Logos: —De Keller. Hace tiempo, cuando se publicó su primera edición, causó un gran impacto. Afirmaba que cuanto está escrito en la Biblia tenía un firme soporte histórico mediante las recientes excavaciones y prospecciones arqueológicas. Sin embargo, hemos de criticar a Keller por muchas cosas, entre ellas por el propio hecho de querer afirmar que todo lo que está escrito en la Biblia tiene razón, pues es completamente absurdo. Si nos mantenemos en esa postura literalista, nos quedarán demasiadas lagunas irresolutas. El que la forma no sea perfecta no desvirtúa en absoluto el fondo, que es lo importante.

D. Sofos: —Keller demostraría entonces una falta de base teológica. Quizás su intento fuese bienintencionado, pero de ahí a tratar de confirmar hechos que, por otra parte, carecen de la suficiente fundamentación científica...

D. Logos: —Como por ejemplo la ocupación de la Tierra Prometida. ¿Quién puede creer que los israelitas, cuando tocaron sus trompetas, hicieron que se derrumbaran los muros de la ciudad de Jericó?

D. Sofos: —La más antigua del mundo, por cierto.

D. Logos: —Las excavaciones han revelado los restos de las fortificaciones que rodeaban a esta urbe del 8000 a.C., pero no hay testimonios materiales y documentales suficientes como para afirmar que los israelitas destruyesen y conquistasen esta ciudad.

D. Sofos: —Muy posiblemente, la llegada de los israelitas a la Tierra Prometida estuviese en un principio exenta de violencia: serían emigraciones de grupos o comunidades relativamente reducidas que se asentaron progresivamente. Cuando el número hubo aumentado, los cananeos e indígenas que habitaban allí, ante el peligro que para ellos suponía el incremento de la población de origen hebreo, iniciaron un enfrentamiento bélico.

D. Logos: —Probablemente tengáis razón, pero a falta de pruebas suficientes sólo podemos considerar vuestra teoría...

D. Sofos: —...que por cierto no es mía...

D. Logos: —..., o de quien sea, como una mera hipótesis, pero bastante convincente. Pretender que la Biblia tenga una completa base histórica —pues algo de certeza histórica, especialmente en el Nuevo Testamento, tiene— contrasta con la exégesis y la propia investigación histórica, que no puede afirmar o desmentir totalmente lo narrado por el relato bíblico. Por el contrario, debemos remitirnos al análisis argumental y literario de la obra.

D. Sofos: —Por otra parte, ¿cómo se puede pretender que los redactores de la Biblia, que la escribieron mucho tiempo después de que ocurriera lo que estaban contando, pudiesen narrarlo rigurosamente? Aparte de que para ellos no era importante —a diferencia de para nosotros— reflejarlo de manera rigurosa y exacta; carecían de los más rudimentarios medios de investigación. Podían suponer, o creer, que Matusalén vivió novecientos veintiséis años, o que Jericó fue destruida por el sonido de unas trompetas. Pero de esa matización a querer afirmar, aun en la época actual, que lo que escribieron era cierto...

D. Logos: —Los distintos géneros literarios empleados para la redacción de la Biblia son una buena explicación. La exégesis es la disciplina que se dedica a estudiar el sentido real de cada texto bíblico e interpretarlo desde un marco teológico, y si es posible histórico, aunque se podría prescindir perfectamente de este último. La literatura moderna también contiene semejanzas con la Biblia. Las fábulas poseen una moraleja, que es lo auténticamente trascendental, y que hay que interpretarla. Pero esa moraleja está insertada en un relato fantástico que nunca creeríamos cierto. En la Biblia ocurre lo mismo. En una forma mítica y antigua, se encuentra un fondo que es lo que se ha de interpretar. En la mentalidad semita del primer milenio antes de Cristo...

D. Sofos: —... y de mucho después.

D. Logos: —... se valoraba e incluso entendía mejor un relato narrado con un estilo muy mítico que si hubiese hablado un historiador contando pormenorizadamente, exactamente, lo acaecido.

D. Sofos: —También hemos de pensar que las numerosas aportaciones e importaciones procedentes de otras culturas coetáneas y que se desarrollaban en torno a la misma área geográfica influyeron en esta concepción de la realidad, y en muchas ocasiones produjeron fuertes modificaciones.

D. Logos: —Cierto, sobre todo en el Antiguo Testamento, ya que se sitúa en una época de grandes migraciones, intercambios culturales, invasiones, caída de imperios, surgimiento de nuevos pueblos... El primer género literario que podemos hallar es el histórico, con la misma significación que hoy en día. Es decir, en este tipo de descripción el escritor intenta plasmar lo más aproximadamente posible lo ocurrido. La “epopeya” es uno de los más destacados, seguido del “*midrash*”...

D. Sofos: —... que significa “investigación”.

D. Logos: —..., inspirado en tradiciones antiquísimas y celeberrimas en su momento. También cabe citar la “novela”, en la que se cuenta una historia con una moraleja o enseñanza final; la “etiología”, donde se intenta explicar la causa y el sentido de un fenómeno o un evento; y por último el denominado “anuncio”.

D. Sofos: —¿Anuncio?

D. Logos: —Sí, anuncio. Anuncio no en el sentido publicitario que tiene en la actualidad, sino aquél mediante el cual se ponen en boca de los ángeles asombrosas, interesantes e importantes revelaciones.

D. Sofos: —Os agradezco la aclaración, totalmente necesaria.

D. Logos: —¡Qué suerte poder enseñaros algo!

D. Sofos: —Sería un gran error pensar que lo sé todo porque sepa algo o sepa que no sé nada.

D. Logos: —Obviamente, pero siempre es gratificante para un profesor poder mostrar a un alumno aventajado y con una inteligencia superior ciertas cosas. Por otra parte, la célebre frase de Sócrates que acabáis de emular se ha vuelto un comodín muy práctico para aquellos que se autocalifican de filósofos y quieren darse falsos aires de intelectualidad. ¿No creéis?

D. Sofos: —Estoy completamente de acuerdo con vos.

D. Logos: —Así pues, el siguiente género literario es el profético, también muy numeroso. Éste a su vez se subdivide en “visionario”, que permite contemplar realidades de índole sobrenatural; “confesionario”, referido a las penurias y sufrimientos, ficticios o reales, de los enviados divinos; el “augurio astral”...

D. Sofos: —Que imagino intenta predecir el futuro inspirándose en la observación y análisis de los astros, práctica muy extendida en la Antigüedad.

D. Logos: —Exacto. Finalmente, tenemos el “apocalíptico”...

D. Sofos: —Transcripción de un término griego que significa “Revelación”.

D. Logos: —..., prolongación del género profético, cuyas visiones no tienen valor por sí mismas, sino por el simbolismo que encierran, como explican los exégetas. El canon del Nuevo Testamento sólo recoge un apocalipsis, cuya redacción la tradición atribuye al apóstol San Juan, puesto que su autor se llama a sí mismo Juan, desterrado a la isla de Patmos, en el Egeo, en el momento de su escritura. Partiendo de un suceso ocurrido en el pasado, se intenta descubrir y predecir lo que acontecerá en el futuro. El tercero y penúltimo género literario es el sapiencial, que nos insta a situarnos en el plano de la sabiduría para entablar un diálogo más directo y personal con la divinidad. El *Libro de la Sabiduría*...

D. Sofos: —... de Salomón...

D. Logos: —... es su mayor exponente. Por cierto, y corrigiendo vuestro comentario, no se sabe con seguridad si su autor es en realidad el rey Salomón, a pesar de que se dirige a sus pares de la realeza y habla como un rey. Entre los escritos de orden sapiencial se puede distinguir el “*masal*” o comparación, cuyo propósito es ilustrar una enseñanza moral haciendo uso de un símil tomado de la vida cotidiana; y la “*diatriba*” o réplica, donde se un maestro mantiene un supuesto e imaginario diálogo surgido a raíz de una polémica. Por último, los escritos poéticos, bastante frecuentes y de un valor lírico espléndido, muy comunes en *El Cantar de los Cantares* o *los Salmos*.

D. SofOs: —Imagino que huelga suponer que quienes se han adentrado o se adentran en el estudio de la Biblia sólo pueden aspirar a conjeturar o presumir lo que probablemente quiera transmitirnos Dios.

D. Logos: —Sabiendo lo que ha ocurrido a algunas personas excesivamente ingenuas no huelga en absoluto esgrimir esa matización. A las certezas sólo se aferran los ignorantes; la reflexión bíblica no apuesta por ellas. Es más: no las necesita. Hemos de tener siempre presente, aunque pueda parecer reiterativo, que “*una frase bíblica sólo conserva su sentido dentro del relato donde aparece*”. Si extraemos una frase arbitrariamente de la Biblia y pretendemos analizarla prescindiendo del contexto lo único que obtendremos serán confusiones, errores y malentendidos.

D. Sofos: —El contexto es sin lugar a duda el entorno vital de la frase. Desvincularla de él sin caer en malas conclusiones es prácticamente imposible, a excepción de casos concretos.

D. Logos: —Me alegra que así lo entendáis. Ahora hablaremos de los mitos.

D. Sofos: — “Reflexión” en griego.

D. Logos: —En efecto. El mito es, pues, el intento de explicar un hecho o fenómeno mediante un lenguaje muy particular que no se corresponde necesariamente con el que cabría emplear para describir un acontecimiento determinado, por lo menos para la mentalidad actual. Los módulos lingüísticos que caracterizan este tipo de relatos están integrados por palabras, formas y expresiones “humanas” e inteligibles. Si las verdades reveladas no se hubiesen vertido a los hombres de esta manera no habría sido posible comprender la Revelación, igual que para hacer entender a los niños en la escuela hay que adecuarse al lenguaje que ellos utilizan. Lo mismo hicieron los escritores de la Biblia. Por ello, la calificación que algunas personas dan a los mitos de “cuentos de hadas” no tiene ninguna validez lógica, sino un sentido peyorativo. Los mitos no deben ser eliminados, sino interpretados.

D. Sofos: —Que es mucho más difícil y requiere personas más preparadas y con más criterios y capacidad intelectual.

D. Logos: —Evidentemente. Tras cada mito se oculta un fondo que alberga una verdad teológica que Dios desea transmitir a los hombres. Su contenido se mantiene inalterable a lo largo de los siglos, por lo que urge ciertamente interpretarlos. A modo de ejemplo, en la Biblia se nos dice que Dios creó el mundo en seis días y al séptimo descansó. ¿Debe creerse tal afirmación? En absoluto, en ella se quiere resaltar que todo procede el poder creador de Dios.

D. Sofos: —Se podría decir que los mitos “invaden” todos los géneros literarios.

D. Logos: —Sí, porque la persona que lo escribió era incapaz de reflejar de otra forma las intervenciones divinas. Actualmente entre los beduinos o ciertos pueblos de Oriente se comprende mejor el relato de un suceso si se esboza con un lenguaje mítico que si se hace con un lenguaje técnico. El conocimiento se ha incrementado, afortunadamente y gracias a Dios, con respecto a hace tres mil o dos mil años.

D. Sofos: —Lo cual no quiere decir que los mitos sean la forma de expresarse de los pueblos y las culturas más retrasadas y menos desarrolladas.

D. Logos: —Por supuesto. Todavía en el Nuevo Testamento se conservan claros vestigios de este lenguaje. Cuando se dice que Jesús sube al cielo, se está señalando que Dios vuelve a quien le envió, Dios Padre, porque en la mentalidad hebrea y oriental Dios se encontraba en un “piso superior”, y el cielo, al estar “arriba”, se consideraba su hogar. Para nosotros es difícil captar estas significaciones, pero para la gente de la época era como escuchar hoy en día la narración de un soldado de la guerra en la que ha luchado, por poner un ejemplo. Cuando Jesús se encuentra en el huerto de Getsemaní...

D. Sofos: —... “prensa de aceites” en hebreo...

D. Logos: —... y dice “yo soy” está empleando el término “YHVH”, ¿se está llamando a sí mismo Dios! Si lo leemos en la Biblia, muy posiblemente, si no somos expertos exégetas o estudiosos del mundo judío, familiarizados con la mentalidad semita, nos resultará difícil de advertir; pero para las personas que lo oían en la lengua vernácula, ¿era algo sorprendente; se estaba llamando a sí mismo Dios! Por ello, lo que todos los creyentes deben hacer, sin importar su grado de formación, es confiar en su capacidad de aprendizaje y estudiar.

D. Sofos: —Estudiar, sobre todo; no podemos pretender que se nos dé todo hecho. Hoy en día, con los medios que hay, no hay justificación válida.

D. Logos: —Por otro lado, la vivencia de la fe no hace distinciones entre el nivel cultural. Un teólogo o un exégeta, por muy formado que esté, es posible que carezca de una fe “viva” o incluso de la fe.

D. Sofos: —Aunque lo último lo considero algo complicado.

D. Logos: —Pero no imposible. En un estudio serio debe primar la objetividad, no la subjetividad. Ciertamente es que en ocasiones es imposible descartarla o excluirla. La inquietud es más importante que la formación académica, porque sólo se puede llegar a la última si hemos llegado antes a la primera. Todo cristiano está capacitado para emprender una serie de estudios bíblicos, pero guiado por los criterios de teólogos. Estos criterios no se han inventado o se han establecido porque unos pocos así lo decidieran, sino que han seguido una larga trayectoria de evolución y desarrollo que cuenta con algo menos de dos mil años, y en la que han participado muchas personas que han aportado su visión, que otorga a los estudios bíblicos un dinamismo inalterable y perpetuo y permite que siempre se pueda avanzar y refutar, rectificar o corregir en lo necesario lo anteriormente creído. Para algunas personas esta disciplina quizá no merezca credibilidad alguna, porque la suponen “manipulada” por la Iglesia Católica. Pero si así piensan...

D. Sofos: —...sólo cabe rezar por ellos.

D. Logos: —Si sus mentes no están abiertas a ideas diferentes.

D. Sofos: —Como desgraciadamente ocurre en la mayoría de los casos.

D. Logos: —Las imprecisiones bíblicas, en resumen, no deben desconcertarnos o asombrarnos, si tenemos un mínimo grado de estudios teológicos. La Biblia no debe ser despreciada: está inspirada por Dios a los hombres, y esa inspiración ha pasado por sucesivas etapas. Ha sido vivida, ha sido pronunciada y ha sido finalmente escrita. Fijaos, Sofos, en cuán grande es la Biblia.

D. Sofos: —La Biblia, como receptora escrita de las palabras puras de Dios, o de las verdades que Él ha querido transmitir a los hombres, tiene siempre razón; el problema radica en la forma, en que, al haber sido compuesta por humanos, como muestra del infinito amor de Dios, Quien así lo ha dispuesto para que lo comprendamos mejor, presenta errores o torpezas humanas.

D. Logos: —Magnífico resumen, Sofos.

D. Sofos: —Hablando de resúmenes, ¿podrías citarme y explicarme someramente los diez momentos claves de la Biblia? Lo considero importante, tras toda la lección que me habéis dado sobre el fondo tras la forma, y sobre la pedagogía divina en la forma de insertación de las verdades que Dios nos quiere revelar; aunque, como me habéis explicado, presentarlo todo en pocas líneas sea difícil de asimilar, creo que puedo arriesgarme.

D. Logos: —Así pues, con vuestros sabios razonamientos, empecemos. En el Antiguo Testamento, más correcto “Antigua Alianza”, la primera etapa clave es la Creación narrada en el capítulo I del libro del Génesis...

D. Sofos: —Que significa precisamente “creación” u “origen”.

D. Logos: —..., que nos quiere decir que todo procede el poder creador de Dios. En segundo lugar, tenemos la figura de Abraham, a quien en el Nuevo Testamento se le ve como “padre de todos los creyentes”, tanto judíos, cristianos o musulmanes. A partir del capítulo XII del Génesis es aludido constantemente. Seguidamente, en tercer lugar, está el Éxodo, que es el acto fundacional de Israel, mediante dos aspectos simbólicos: la Pascua y Moisés. Más importante que el conocido Decálogo es el primer mandamiento de Yahvéh: “*Vosotros sois mi pueblo y yo soy vuestro Dios*”. El éxodo como acto estaría descrito en el libro del Éxodo, de los Números, del Levítico y del Deuteronomio.

D. Sofos: —Prácticamente todo el Pentateuco.

D. Logos: —En efecto. Previamente estarían la esclavitud en Egipto y las plagas, que llevan al paso del Mar Rojo y a la llegada al Monte Sinaí. En cuarto lugar, cabe destacar la imagen del rey David, segundo monarca israelita después de Saúl, que es el único que muere siendo fiel.

D. Sofos: —A pesar de haber vivido la mayor parte de su vida infiel y desacatando los mandamientos de la ley de Yahvéh,

pues si mal no recuerdo envió al esposo de una mujer a quien él amaba a los puestos más avanzados y peligrosos de la frontera durante la guerra con los amonitas para librarse de él, hasta que finalmente murió en tan arriesgada misión.

D. Logos: —Ciertamente, pero yo he dicho que muere fiel, que en el simbolismo judío es mucho más importante que haber vivido fiel, pero haber fallecido infiel, como le ocurrió a Salomón. En quinto lugar, tenemos el destierro o exilio a Babilonia. Previamente hay un movimiento deuteronomista, cuyos protagonistas son Jeremías y Ezequiel. Tras el destierro, Israel se convierte y nunca más será infiel.

D. Sofos: —Lo que conlleva la aparición de los Macabeos contra el dominio helénico en la zona.

D. Logos: —Exactamente. Los Macabeos o asmoneos, algunos de cuyos miembros llegaron a ser reyes de Israel, capitanearon una sólida y fuerte resistencia contra el dominio griego resultante de la invasión de Alejandro Magno de Macedonia. La incapacidad de sus últimos miembros por mantenerse en el trono, sumada al poder romano que había conquistado todo Israel, propició el ascenso al trono de Herodes. Ya en el Nuevo Testamento o “Nueva Alianza” nos encontramos ante, en sexto lugar, la muerte y resurrección de Cristo el Redentor, clave de todo el Nuevo Testamento, descrita y narrada en los cuatro Evangelios y en las epístolas de las que tantas veces os he recitado frases. En séptimo lugar tenemos un elemento previo a esa Muerte y Resurrección: la predicación y obras de Jesús, sus palabras y actos o milagros, que principalmente podemos leer en el Evangelio de Lucas. En octavo lugar y con posterioridad a la Muerte y Resurrección de Jesús está la donación del Espíritu Santo a los creyentes, cuya consecuencia es la creación de la Iglesia, pues Él es su alma. Carecemos de fecha concreta, aunque Juan interpreta que Jesús entregó el Espíritu Santo al morir a su Iglesia.

D. Sofos: —¿En qué libros se puede leer sobre la donación del Espíritu Santo?

D. Logos: —Sobre todo en el capítulo segundo de los Hechos de los Apóstoles, con la narración de Pentecostés. En realidad, es un teologúmeno, un acontecimiento supuestamente auténtico en el que nos basamos para explicar un aspecto teológico.

D. Sofos: —¿Y en noveno lugar?

D. Logos: —La conversión y obra de Pablo, con el paso simbólico de Saulo, perseguidor de cristianos, a Pablo, primer teólogo cristiano. Sus catorce cartas y epístolas son la base de la teología cristiana. De él se nos habla, aparte evidentemente de en sus cartas, en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Por último, en décimo lugar, como concreción y herencia de la obra de Cristo están los sacramentos. Los principales son cuatro: el Bautismo, mediante el cual somos sumergidos en agua como símbolo de consagración, instrumentalizado por Dios para la justificación. Es un sacramento capaz de quitar la mancha del pecado original. Los tres sacramentos restantes son: el perdón de los pecados, la Eucaristía, instituida durante la última Cena, y el Ministerio ordenado.

D. Sofos: —Ha sido un excelente resumen, y os aseguro que gracias a él he podido comprender la Biblia mejor que antes. En los últimos cincuenta años, como bien sabréis, se habla mucho de los denominados manuscritos de Qumrán o rollos del Mar Muerto, que están estrechamente relacionadas con el judaísmo y el cristianismo, sobre las que estábamos charlando ahora. ¿Podrías explicarme en qué consiste, cómo se descubrieron, qué dicen, qué importancia tiene para la exégesis, los estudios bíblicos y la arqueología?

D. Logos: —Por supuesto, y me satisface que preguntéis sobre ellos. Los rollos del Mar Muerto son una colección de manuscritos y fragmentos de manuscritos muy antiguos escritos en hebreo, arameo y griego; encontrados en varias cavernas de las montañas del desierto de Judea.

D. Sofos: —Según tengo entendido, pueden considerarse el descubrimiento más importante de nuestra época.

D. Logos: —Efectivamente. Más de la tercera parte de éstos son libros del Antiguo Testamento, y son por lo menos mil años más antiguos que los primeros manuscritos del Antiguo Testamento hasta ahora descubiertos. La bibliografía es ingente, pero aún quedan algunos manuscritos por traducir y analizar. Gracias a los institutos y departamentos especiales creados para investigar los manuscritos de Qumrán los estudios de qumranología, como se ha denominado a la nueva ciencia o disciplina a la que compete su determinación, han avanzado de forma considerable.

D. Sofos: —Se puede apreciar la importancia de estos manuscritos sólo en el hecho de que se haya creado una nueva disciplina, la qumranología, que se consagra exclusivamente a ellos. Una pregunta: ¿a qué llamáis considerable? ¿Por qué no usáis un término más preciso que esos comodines baratos, simples y vagos que usan las personas que hablan en discursos públicos, quienes al no saber qué decir recurren instantáneamente a ellos?

D. Logos: —Quizás porque yo sea una de esas personas, y mi expresión oral no es perfecta. ¡Ojalá tuviera insertados en mi cerebro todos los diccionarios de todas las reales academias de todas las lenguas del mundo para encontrar la palabra adecuada en el momento adecuado! Pero como eso sólo son anhelos y utopías soñadas, tendré que conformarme con cometer imprecisiones y utilizar comodines “científicos” o “biensonantes” en ciertas ocasiones. Disculpadme por ello.

D. Sofos: —Disculpado estáis, por descontado.

D. Logos: —El hallazgo de los rollos del Mar Muerto se produjo a finales de mayo de 1947. Mientras un joven pastor de la tribu de los Ta’amireh estaba apacentando su rebaño de cabras en la meseta que desciende hacia el Mar Muerto, echó de menos uno de sus animales, que al parecer se había extraviado. El terreno era y es completamente hostil a la urbanización humana, y éstos y otros grupos semi-nómadas son los únicos que recorren tan yermos parajes.

D. Sofos: —¿Cómo se llamaba el joven pastor?

D. Logos: -Creo recordar que Muhammad a-Dib. La cabra extraviada se había internado por las abruptas y recónditas cuevas y cavernas del desierto de Judea, que constituyen un acantilado que separa la meseta de la franja del Mar Muerto. El pastor se vio obligado a perseguirla por esos lugares, hasta que, cansado, se tumbó sobre unas rocas mirando al cielo, y lanzó una piedra al interior de las cavernas. El sonido le resultó extraño, porque en vez de producirse como cabría esperar al haber chocado la piedra con otras piedras, se escuchó algo semejante a unas vasijas de barro que se quebraban. Arrojó de nuevo otra piedra y el resultado fue idéntico. Sorprendido, contó lo que había sucedido a su amigo Ahmed Muhammad, quien lo tranquilizó y, sobre todo, le calmó en sus supersticiones. Al día siguiente los dos se dirigieron a la misma cueva, en la que penetraron tras grandes esfuerzos físicos. En el fondo de la caverna identificaron algunos jarrones de cerámica de unos setenta centímetros de altura de media y unos veinticinco de ancho.

D. Sofos: —¿Había vasijas cubiertas con una tapa?

D. Logos: —Sí. Hallaron ocho jarras intactas.

D. Sofos: —Imagino que su primera reacción fue la de abalanzarse hacia ellas creyendo que contenían fabulosas riquezas...

D. Logos: —En efecto; eso es precisamente lo que hicieron. Sin embargo, todas estaban vacías, a excepción de una. Pero el tesoro, que ellos evidentemente no consideraron importante, se componía de tres paquetes envueltos en telas. La tela envolvía pieles enrolladas, cubiertas de una sustancia parecida a la brea y posiblemente extraída del Mar Muerto. Con la idea de haber descubierto “antikas”, sinónimo de dinero, se repartieron entre sí los rollos y fueron a Belén para localizar a un negociante de antigüedades y ofrecérselas por el módico precio de treinta libras esterlinas. El negociante se llamaba Jalil Iskander Shahin, o familiarmente Kando, quien les pagó mucho menos de lo previsto. Los arrinconó en la trastienda de su establecimiento, has-

ta que unos días después cogió uno y analizó su escritura. Al no entender nada de lo allí escrito, los llevó al convento de San Marcos de Jerusalén, centro religioso de la Iglesia Jacobita a la que él pertenecía. Advirtiendo el interés que por ellos mostraban en el monasterio y las oportunidades de beneficio y lucro que se le presentaban, de vuelta a Belén, junto con un amigo, se encaminó a la cueva tras haber hablado con los beduinos que los descubrieron. El botín fue magnífico: cuatro rollos y fragmentos de gran tamaño. Los monjes de San Marcos También se dispusieron a realizar algunas expediciones a las cuevas.

D. Sofos: —¿Se tomaron las medidas básicas de precaución al tratar con material arqueológico de semejante valor?

D. Logos: —Desgraciadamente, no. Para los pocos fragmentos que pudieron obtener, los destrozos fueron grandes. Kando dejó en manos del arzobispo sirio de San Marcos, Athanasios Yeshue Samuel, cuatro de los rollos. Pero el verdadero descubrimiento aún no había llegado. En noviembre del mismo año, el judío Sukenik, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, se trasladó al lugar en el que se habían depositado los manuscritos, haciendo frente a las alambradas que dividían la ciudad durante la ocupación británica. Tras ponerse en contacto con un anticuario de Belén, llevó los rollos a la capital para estudiarlos más detenidamente y con más soportes documentales. Días después los compraría para su universidad. Los rollos que habían quedado en poder del arzobispo sirio fueron fotografiados por el director del Instituto americano de Estudios Orientales, Trever. Uno de los manuscritos lo identificó con el libro de Isaías.

D. Sofos: —¡Asombroso!

D. Logos: —El arzobispo sirio se desplazó a Estados Unidos para intentar conseguir una gran suma de dinero por los manuscritos, visto ya el valor histórico, arqueológico y teológico que poseían. Tras editarse los textos que el religioso tenía, el gobierno jordano le consideró contrabandista y traidor.

D. Sofos: —Por curiosidad, ¿por cuánto dinero vendió los manuscritos?

D. Logos: —La operación de venta se formalizó en 1954, y el precio acordado fue de 250,000 dólares.

D. Sofos: —¡Doscientos cincuenta mil dólares! Una fortuna, y más en aquellos tiempos.

D. Logos: —Máxime teniendo en cuenta que el arzobispo los había comprado por tan sólo cien dólares. Lo importante era que el Estado de Israel los adquiriese, siendo así más accesibles a la investigación. Y tras esas trivialidades económicas que en ocasiones se ciernen sobre el mundo científico...

D. Sofos: —Trivialidades que no hay que minusvalorar, pues pensad que de no haber pagado el Estado de Israel la cantidad estipulada por Athanasios, probablemente un particular los habría adquirido y se habría visto dificultada la labor de los lingüistas y exégetas.

D. Logos: —Cierto. Un observador belga de las Naciones Unidas, el capitán Lippens, apeló al general Lash, jefe de la Legión Árabe de Jerusalén, para localizar la cueva. Éste respondió enviando un destacamento, que la halló tres días más tarde. En febrero de 1949, el Departamento de Antigüedades del Gobierno de Jordania, la Escuela Bíblica de Jerusalén y el Museo Arqueológico de Palestina iniciaron unas excavaciones que se prolongaron alrededor de un año.

D. Sofos: —Tengo diversas referencias que aluden a la utilización por Orígenes, en el siglo III, de manuscritos griegos encontrados en la región.

D. Logos: —En efecto. Los muchos descubrimientos en Qumrán han permitido reconstruir la forma de vida de la comunidad semi-monástica que vivió desde cerca del año 110 a.C. hasta el año 68.

D. Sofos: —Los esenios.

D. Logos: — Así es. La secta estaba dirigida por un individuo al que los textos llaman “Maestro de Justicia”. La secta se podría haber creado por una disputa con las autoridades religiosas ortodoxas del Templo, en Jerusalén, como hemos dicho en el siglo II a.C; según nos cuentan historiadores como Flavio Josefo o Plinio el Viejo.

D. Sofos: — “*Se apartaron de las maldades e injusticias que aumentaban en las ciudades*”, como proclaman sus escritos.

D. Logos: — Los escritos también nos indican que se consideraban llamados “*para ir al desierto a preparar allí el camino del Señor, de acuerdo con lo que estaba escrito: preparad en el desierto los caminos del Señor, enderezad en el desierto una senda para nuestro Dios*”. La propiedad era comunitaria. Se han identificado los lugares de copia de manuscritos o fábrica de alfarería. La vida era austera y sencilla, como puede suponerse por las condiciones en las que se desarrollaba. A la salida del sol oraban todas las mañanas, trabajaban hasta la hora quinta, posteriormente se bañaban con agua fría, se vestían con vestiduras blancas y tomaban una comida en comunidad, precedida y seguida por acciones de gracia. Después se vestían con sus ropas de trabajo, y ejercían sus habilidades hasta la noche, en la que se hacía una cena análoga al almuerzo. Durante las horas nocturnas se dedicaban a la oración y al estudio de sus leyes.

D. Sofos: — ¿Hubo algún momento de desocupación del terreno en el que vivía la comunidad?

D. Logos: — Sí. Como Flavio Josefo nos dice, un terremoto que ocurrió en torno al 31 antes de Cristo obligó a la comunidad a abandonar el lugar, hasta que unos treinta años después pudieron regresar. Se tuvieron que emprender numerosas tareas de reconstrucción. Habían renunciado a toda clase de vida sexual, al dinero, a la compañía, al sacrificio de animales, a hacer juramentos, a la posesión de esclavos, a realizar el servicio militar e incluso a la actividad comercial. El celibato era indispensable.

D. Sofos: — Aproximadamente, ¿cuántos eran?

D. Logos: —Según el judío Filón de Alejandría, el más importante representante de la filosofía judaico-alejandrina...

D. Sofos: —... que se basaba en interpretaciones alegóricas del Antiguo Testamento en vez de en las literales...

D. Logos: —... la cifra es de cuatro mil. Las penas que sus leyes aplicaban por infringir las normas del grupo eran realmente severas. La excomunión, que suponía en realidad morir de hambre, era la sanción que se empleaba para castigar a quienes desobedecían sus leyes. Creían en la consumación de los tiempos, en los que los “Hijos de la Luz”, que son los miembros de la secta, vencerían a “los Hijos de las Tinieblas”, que intentarán oprimir al pueblo de Dios en los últimos tiempos, instaurándose luego un sacerdocio restaurado.

D. Sofos: —Los esenios son ciertamente conocidos, porque el propio Voltaire afirmó que el cristianismo es producto del esenismo.

D. Logos: —En efecto. Durante el siglo XIX fue común esa idea entre ciertos intelectuales.

D. Sofos: —Pero ¿cuál es el valor de los manuscritos, además de proporcionarnos una información valiosa sobre la comunidad o escisión de la secta de los esenios que habitaba en Qumrán?

D. Logos: —Bien. Tenéis razón, no hemos concretado. El manuscrito de Isaías, descubierto por los jóvenes pastores beduinos en 1947, escrito en diecisiete hojas de pergamino, unidas mediante la costura de sus extremos, formando un rollo de 7'5 metros de largo y veintiséis centímetros de alto, el más grande y mejor conservado de los rollos, fue situado por el eminente especialista Albright en el siglo segundo a.C. Esto lo convierte en el manuscrito hebreo completo más antiguo que cualquier otro libro bíblico, y está prácticamente de acuerdo con los usados en la traducción de la versión Reina Valera. En resolución, como diría Cervantes, tal y como os dije al empezar a hablaros de los famosos manuscritos de Qumrán, los fragmentos y rollos encontrados son mil años más antiguos que los primeros

manuscritos del Antiguo Testamento hasta ahora conocidos; según Albright, son del siglo II a.C.

D. Sofos: —Habiendo charlado ya sobradamente sobre el judaísmo y realizado diversas alusiones significativas al cristianismo, me gustaría que comenzaseis a esbozar un resumen general sobre esta última religión, prestando especial atención a las Iglesias, su papel, etc.

D. Logos: —Así haremos. Recordemos que el gran teólogo protestante Adolf von Harnack decía que quien conoce el cristianismo conoce todas las religiones.

D. Sofos: —Aunque también se dice que quien sólo conoce su religión no conoce ninguna.

D. Logos: —También es cierto. Pero el cristianismo goza de una singularidad y de una perfección teológica muy elevadas. Emito este criterio como teólogo y filósofo, no como cristiano, que vos ya sabéis lo soy, más en concreto católico.

D. Sofos: —La admiración hacia el cristianismo no conlleva la comunión con él o su profesión de fe.

D. Logos: —Evidentemente. El cristianismo es una religión universal que cree en la existencia de un Dios único en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Revelación que lo constituye se encuentra en la Biblia, en el Antiguo y Nuevo Testamento, siendo el segundo la continuación del primero. Pero, sin lugar a duda, su rasgo distintivo es la persona de Cristo, “el Ungido”, en griego, sinónimo del término hebreo “Mesías”, que además de ser una figura religiosa se identifica con el verdadero e histórico Jesús de Nazaret. En torno a Jesús el Mesías crucificado, la Palabra hecha carne, se centra todo.

D. Sofos: —Disculpad que os interrumpa, pero me vienen a la cabeza las palabras del sabio cordobés Ibn Hazm, quien critica la doctrina de la Trinidad, una de las bases fundamentales del Cristianismo, de la siguiente manera: “*Cabe preguntar a los cris-*

tianos que afirman que el Creador es tres cosas: Padre, Hijo y Espíritu Santo: [...] ¿en virtud de qué razón merece una de ellas ser llamada Padre y la segunda Hijo, si vosotros mismos decís que todas tres son una y la misma cosa, y que cada una de ellas es la otra, de modo que el Padre es el Hijo y el Hijo es el Padre? ¡Esto, en verdad, es la confusión personificada!” Y, continúa Ibn Hazm: *“El Evangelio de los mismos cristianos refuta además esta doctrina suya, pues en él se atribuyen a Jesús las siguientes palabras: A partir de ahora veréis al hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y viniendo sobre las nubes del cielo”*.

D. Logos: —Ibn Hazm comete un error debido a su total ignorancia en exégesis y conocimiento de la mentalidad hebrea. Ignora algo tan sencillo como el hecho de que la expresión “estar sentado a la derecha de...” significa tener el mismo poder y rango de la persona a cuya diestra te sitúas, en este caso del Padre. En vez de refutar, como pretendía, confirma la doctrina de la Trinidad. Como ya os he dicho, los judíos lo entendían, a nosotros nos cuesta más. La mentalidad hebrea es muy extrema: o blanco o negro, como se diría en el lenguaje coloquial. Hay infinitud de ejemplos, como lo que dice Juan: *“El que cree en él, no será condenado; el que no cree, ya está condenado”*. O aquellas otras sentencias que dejan entrever que si vuestra mano fuera causa de mala acción deberíais cortarla. Aunque escribían el Nuevo Testamento en griego, ellos pensaban en hebreo.

D. Sofos: —¡Hay tantas expresiones por aprender...!

D. Logos: —No os desilusionéis. Los estudiosos de la Biblia llevan siglos trabajando, ¡y vos queréis aprenderlo todo en tres horas que dura esta lección! La base de la teología cristiana se encuentra en las epístolas y cartas pastorales que San Pablo dirigió a distintas comunidades cristianas de Asia Oriental, así como a su amigo Timoteo. Pero la Revelación, el relato a partir del cual se ha formado todo, está recogido en los cuatro Evangelios. Jesús es el camino, la verdad y la vida.

D. Sofos: —Pan de vida, Luz del mundo, Puerta, Vid verdadera, Pastor verdadero que da la vida por sus ovejas.

D. Logos: —El camino de la verdad de la vida. Es el Hijo Unigénito de Dios, pues si no fuese único, no reconoceríamos la grandeza del amor de Dios, que *“tanto amó al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él”*, frase que no me cansaré de repetir. Dios se hizo hombre y, en su santa humanidad, aceptó la condición humana con todas sus circunstancias. Los hombres se quejan por dónde están, por carecer de lo que ansían y en general por todo. Muchas veces quieren huir de la realidad. Cristo se limitó a obedecer y a proclamar que nos convirtamos y que creamos en el Evangelio. La obediencia a Dios es la verdadera acción redentora; es la palabra clave de la humanidad de Cristo.

D. Sofos: —En el Credo, nuestra profesión de fe, se resume el resto de la teología cristiana. Respecto a lo de la obediencia, he de confesaros que no había advertido la importancia y la relevancia de este vocablo tan aparentemente tradicional o contrario a la “libertad”. Sí que recuerdo las palabras del profeta Samuel: *“Mejor es obedecer que sacrificar”*. Mejor que la revolución, la evolución.

D. Logos: —Lo que Dios nos quiere decir es que hemos de cumplir su voluntad, y Jesús es el mejor modelo. La obediencia de la que se nos habla en la Biblia no es la de satisfacer una serie de normas: trasciende de las limitaciones jurídicas. Lo podríamos resumir de una forma muy conocida y citada: amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo sobre vos mismo. Las leyes no son absolutas o radicales, sino éticas: se basan en la más lógica actuación moral y ética que cabría esperar.

D. Sofos: —Cuando Jesús dice que si te golpean en la mejilla derecha has de poner la izquierda, ¿cómo debemos interpretarlo?

D. Logos: —Ese es otro ejemplo más del extremismo semita, del que no hay por qué escandalizarse. No hemos de confundir renuncia con debilidad. En ciertos versículos del Evangelio, como en el huerto de Getsemaní o cuando está en la cruz, Él, como humano, siente miedo. Sin embargo, en otros momentos, como en el de la transfiguración ante Moisés y Elías, se puede admirar su divinidad. Las tentaciones a las que está expuesto en el desierto son la mejor prueba de su humanidad y de la vivencia de la condición humana con todas sus circunstancias, incluso en las peores.

D. Sofos: —Jesús está sujeto a la condición humana. Como proclama la teología, Cristo es modelo en su humanidad, y fuente de la gracia.

D. Logos: —En efecto. El simbolismo de la cruz es claro: Cristo es el sacrificio perfecto, la ofrenda plena; no animales o incluso personas, como se ha hecho a lo largo de la Historia. La cruz y la Resurrección constituyen el centro de la fe cristiana, más allá del horror que supongan la sangre y la pasión de Jesús. Jesús resucitó, así lo atestigua el hecho de que Él hubiese pasado cuarenta horas en total en el sepulcro. Para los judíos el cuarenta es el número perfecto para consumir cualquier acción. Moisés está cuarenta años en Egipto, cuarenta en Madián y cuarenta en el desierto. Jesús, pues, murió y resucitó al tercer día. Para todo lo que os he explicado hay cinco lecturas fundamentales que se leen en Cuaresma. Os sugiero que las leáis. La primera es aquella en la que Jesús, empujado por el Espíritu Santo, se retira al desierto durante cuarenta días —recordad que es el número perfecto para los hebreos para consumir cualquier tarea—, y mientras estaba allí es tentado tres veces por Satanás. En la segunda lectura se confirma la profesión de fe de Pedro y se produce la transfiguración de Cristo, momento en el que se destaca su auténtica y plena divinidad ante Moisés, a quien Dios entregó sus leyes, y Elías, uno de los personajes más relevantes del Antiguo Testamento. La tercera lectura subraya la necesidad de un cambio en la forma de cul-

to y de una ruptura con lo anterior: al llegar Jesús al Templo, ve comerciantes, cambistas y vendedores de animales usados como sacrificio; vuelca las mesas y les ordena que se marchen de la casa de Su Padre. En la cuarta, como la anterior del Evangelio de San Juan...

D. Sofos: —Las dos anteriores si mal no recuerdo son de Marcos.

D. Logos: —Efectivamente. La cuarta es uno de los pasajes más significativos de toda la Revelación. Lo decisivo es hacer la voluntad del Padre que está en el cielo, que nos ha puesto como ejemplo a su Hijo Jesús. El Hijo del hombre —Jesucristo— sube junto a Dios para recibir su investidura regia. Sube al cielo, al lugar que le corresponde como divinidad. Él tiene que ser elevado en la cruz. Por último, en la quinta lectura se proclama la santidad del nombre de Dios, es decir, su inmutabilidad, inmaterialidad..., ya que “santo” significa no-terreno. Jesucristo es, como ya he dicho, el sacrificio perfecto, cuya sangre *“purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto al Dios vivo”*, como dice la Carta a los Hebreos. Jesús nos llama a seguirle, a ir detrás de Él, a guiarnos por sus opciones de vida.

D. Sofos: —Jesús es el Mesías, Señor, Hijo de Dios; sería la confesión fundamental cristiana: el cristocentrismo.

D. Logos: —Así es. Como decía San Pablo: *“Mientras los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, más para los llamados, lo mismo judíos que griegos, fuerza de Dios y sabiduría de Dios”*. Los gentiles...

D. Sofos: —... los no judíos...

D. Logos: —...no son los no judíos en ese sentido genérico...

D. Sofos: —Pero...

D. Logos: —..., sino más en concreto los griegos, debido a que el griego era la lengua más hablada en Asia Menor y en Judea.

D. Sofos: —Jesús habla mucho del “Reino de Dios”. ¿En qué consiste?

D. Logos: —¡Oh! Es una cuestión esencial que había olvidado tratar, máxime cuando es el centro y marco de la predicación de Jesús. Vuestra memoria fotográfica, instantánea y con la facultad de emitir destellos de excelencia en el momento más preciso me lo ha recordado. Antes de todo, os sugiero la lectura del Sermón de la Montaña con sus célebres bienaventuranzas. El Reino de Dios es el ámbito de su soberanía. Todos estamos invitados a entrar en él, es universal, y no es de este mundo: no sigue sus métodos. Se ha manifestado ya con la venida de Jesús y con sus milagros y expulsiones de diablos. A pesar de las dificultades que quiera provocar el demonio, tendrá un final glorioso con la “parusía” o segunda venida del Señor, desapareciendo el dominio del Diablo sobre este mundo. En la Iglesia se debe vivir la vida del Reino.

D. Sofos: —Pero el Reino no es la Iglesia, como afirmaba San Agustín.

D. Logos: —En absoluto. Aunque esa idea se ha popularizado bastante desde que en el siglo IV San Agustín la expresara, es totalmente incorrecta. La proclamación del Reino de Dios por parte de Jesús desencadenó a la postre la creación de la Iglesia como nuevo Pueblo de Dios, continuadores de la obra del Señor Jesús. La donación del Espíritu, como dijimos, conllevó la creación de la Iglesia, comunidad de creyentes en Jesucristo, pues Él es su alma. La palabra Iglesia procede del griego “*ekklesía*”, que era la asamblea de ciudadanos atenienses en la que se instauró la democracia. Las lenguas latinas tradujeron *ekklesía* por *Ecclesia*; las lenguas anglosajonas, por el contrario, tradujeron la expresión del griego popular bizantino *oikía kyriaké*, “casa del señor”, por *Kirche* o *Church*, en alemán e inglés respectivamente.

D. Sofos: —Maestro, sin embargo, existe mucha polémica sobre la pregunta ¿fundó Jesús la Iglesia?

D. Logos: —Ciertamente. Los fundamentos de la Iglesia los puso Jesús, sobre todo en el mensaje del reino. Tras la controversia modernista se cuestionaron las antiguas tesis de que Jesús había fundado la Iglesia al decir a Pedro que sobre esta piedra edificaría su Iglesia. La Iglesia es el Pueblo de Dios de los últimos tiempos, reunido por el Mesías, constituido a partir de la muerte y resurrección de Jesús y confirmado por la ya aludida donación del Espíritu Santo. La Iglesia subyace en la predicación de Jesús. Aunque Jesús no *fundó* la Iglesia, tal y como entendemos el acto de fundar, sí puso sus fundamentos en la Pascua. El grupo de los doce discípulos recibe la misión de proclamar la Buena Noticia, el mensaje de esperanza del Reino, primero en Israel y después en todo el mundo, tras haber escuchado sus palabras y haber visto sus obras. A ese grupo de los doce se le denomina en el Nuevo Testamento “*ekklesía*”.

D. Sofos: —Los doce, que representan a las doce tribus de Israel.

D. Logos: —Sí, el Israel institucional. Con Pedro comienza la fe en la resurrección y, por consiguiente, la Iglesia.

D. Sofos: —Por lo tanto, los fundamentos de la Iglesia sí fueron puestos por Jesús.

D. Logos: —En efecto. Jesús quiere reunir el Pueblo ante la inmediata irrupción del Reino de Dios. En los dos primeros siglos de nuestra era surgen comunidades domésticas en Jerusalén, Antioquía de Siria, Éfeso, Corinto y Roma, así como en varios lugares de Macedonia, Galacia o Asia, la actual Turquía. En pocos años se multiplicaron rápidamente por toda Asia Menor y por el Mediterráneo Oriental. Las persecuciones, de Nerón a Diocleciano, pasando incluso por emperadores célebres debido a su sabiduría, como Marco Aurelio, provocaron numerosas dificultades hasta la llegada al trono del imperio de Constantino y el edicto de Milán del 313 y la “*pax constantiniana*”.

D. Sofos: —¿De qué se les acusaba?

D. Logos: —Entre otras cosas, de negarse a adorar al emperador como un Dios y de reuniones secretas y misteriosas, prácticas malignas, negarse a asistir a las matanzas públicas que se organizaban en los circos y por ello de ser malos ciudadanos, e incluso de ateísmo. Además, los filósofos e intelectuales criticaban la nueva religión.

D. Sofos: —Bien deberían haber empezado por criticar la absurdidad de su propia religión, falta de ética y moral, en la que se arrojaban personas a un circo para que fieras salvajes desnutridas desde hacía semanas las devorasen.

D. Logos: —Sin embargo, en el siglo IV, como hemos dicho, la situación cambia radicalmente, y el cristianismo se encuentra extendido incluso por las provincias más alejadas: Britania e Hispania. En el siglo XI, en plena Edad Media, Gregorio VII lleva a cabo una profunda reforma eclesial a favor de la libertad de la Iglesia y su emancipación del laicado, exaltando la autoridad papal.

D. Sofos: —El papa es monarca absoluto de la Iglesia Universal.

D. Logos: — “*super omnes gentes et regna*”, sobre todas las personas y reinos. A finales del siglo XV el papado estaba muy deteriorado y los abusos eclesiásticos eran notorios. Los numerosos concilios convocados no consiguieron reformar la curia romana. En este ambiente de inestabilidad se produjo la reforma de la Iglesia en el siglo XVI por el agustino alemán Martín Lutero. Frente a esta Reforma la Iglesia Católica emprendió una Contrarreforma, cuyo punto de partida fue el concilio de Trento, el más importante en la historia de la Iglesia hasta el Vaticano II. El decreto de la justificación, emitido el 13 de enero de 1547, fue decisivo, diciéndose que “*la fe es principio y fin de toda justificación*”, y no las obras materiales. Adolf von Harnack, de quien creo que ya os he hablado, afirmará siglos después que si ese decreto se hubiera publicado un año antes de la Reforma —en 1516— probablemente no se habría producido la Reforma protestante. Con la llegada de la Ilus-

tración y del liberalismo, el cristianismo sufre una gran crisis por el nacimiento de los movimientos marxista y liberal, y su respuesta es la condena del mundo moderno.

D. Sofos: —Y la declaración de la infalibilidad pontifica en el Vaticano I, un concilio que fue un auténtico atraso en todo lo que se había conseguido hasta el momento.

D. Logos: —Ahora abordaremos superficialmente el tema de la infalibilidad, porque no es tan sencillo como parece; habría que matizar demasiado y abolir los tópicos. La Iglesia en vísperas del siglo XX se presentaba más *“como fruto de reacciones y de defensas que como el anuncio gozoso y liberador del misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo”*, como dijo Forte. Antes del Vaticano II, la Iglesia necesitaba un cambio profundo para adaptarse al mundo moderno y reconciliarse definitivamente con el progreso y, sobre todo, con las demás Iglesias y las otras religiones. Su gran error fue rechazar en bloque la modernidad, sin pararse a analizarla y a esgrimir los criterios buenos y positivos que plantease.

D. Sofos: —¿Qué era lo que queríais decirme sobre la infalibilidad pontificia?

D. Logos: —Simplemente quería aclarar conceptos, pero viendo la hora tan tardía que es, no me perdonarían vuestros padres que os retuviese aquí. Y como no quiero abusar de su generosidad y paciencia, juzgo conveniente irnos a nuestras casas y reanudar mañana la lección inconclusa allí donde la hemos dejado.

D. Sofos: —Si es así, mañana empezaréis hablándome sobre la infalibilidad.

D. Logos: —No lo olvidaré.

Y de esta forma, nos fuimos, deseándonos las buenas noches y los dulces sueños. Al siguiente día, fui a buscar a D. Sofos, quien

me esperaba impaciente en la puerta de su casa por el retraso de tres minutos que, aunque escaso para mí, era impermisible para su puntualidad y espíritu británicos. Sentados ya en la academia, y acomodados en las sillas, se inició, pues, la lección:

D. Logos: —Bien, sin permitirnos el mínimo resquicio, hablaremos en lo consecutivo sobre la infalibilidad y posteriormente sobre el islam. Espero que vuestros padres no os hayan llamado la atención por la inadmisible hora a la que volvisteis ayer.

D. Sofos: —No os preocupéis, comprenden perfectamente lo importante que son para mí estas lecciones.

D. Logos: —Habéis tenido mucha suerte, no lo olvidéis. A todo el mundo no le otorgan sus padres tanta libertad como a vos. Bien. La Constitución Dogmática sobre la Iglesia promulgada en el concilio Vaticano I declaró verdad de fe revelada por Dios que el Romano Pontífice, cuando habla *ex cathedra*...

D. Sofos: —...cuando cumpliendo su cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define por su suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe y costumbres debe ser sostenida por la Iglesia universal...

D. Logos: —..., goza de aquella infalibilidad de la que el Redentor divino quiso que estuviera provista su Iglesia en la definición de la doctrina sobre la fe y sus costumbres; y por tanto las definiciones del Romano Pontífice son irreformables por sí mismas y no por el consentimiento de la Iglesia.

D. Sofos: — “*Romani Pontificis definitiones ex esse, non autem ex consensu Ecclesiae irreformabiles esse*”, en latín.

D. Logos: —Cristo quiere que en las definiciones *ex cathedra* de los papas se actualice la infalibilidad de la Iglesia como tal. Ciertamente estas formulaciones no suscitaron mucho entusiasmo, más bien lo contrario. Por ello se exige una interpretación objetiva del sentido del texto conciliar; si no, vienen los

malentendidos. La frase aislada lleva al error: hay que situarla en el contexto literario y en su trasfondo histórico. Infalible no es la persona del papa, sino que infalibles y sin error son *los actos de su magisterio* concretos. Se trata de una ayuda eventual y transitoria del Espíritu Santo. El papa no puede proclamar una doctrina nueva, sólo lo que la Iglesia ha recibido como verdad de fe. La perspectiva decisiva debe situarla desde la Iglesia en su conjunto. Sin embargo, el papa está subordinado a los obispos, porque no es el papa el que emite una definición...

D. Sofos: —..., sino el papa con el consentimiento de los obispos.

D. Logos: —Exactamente. Por ello, la infalibilidad no puede entenderse de forma aislada, con cuyo rechazo estuvo de acuerdo todo el Concilio.

D. Sofos: —Es decir, la frase de Hans Küng, que a pesar de haber escrito muchos y muy buenos libros en ocasiones se precipita en sus conclusiones, no sería correcta. El decir “*si el papa lo quiere, lo puede todo sin la Iglesia*” es un malentendido, no sé si intencionado.

D. Logos: —Quizá se deba al primer supuesto esbozado. Las frases de Küng se apoyan en la pervivencia de los maximalistas y papistas que, al no lograr sus propósitos en el Concilio, se sintieron defraudados y...

D. Sofos: —Quisieron remediarlo mediante la interpretación “a su antojo” de los textos y decretos conciliares.

D. Logos: —Efectivamente. La intención del Vaticano I, como han subrayado teólogos de la talla de Henri Fries, fue la de destacar la unión del papa y de la Iglesia. Tachadme de conservador si queréis, pero así fue, y prefiero la verdad a la manipulación histórica.

D. Sofos: —Conmigo no temáis esos juicios.

D. Logos: —La última frase de la definición dogmática del Vaticano I, “... *por sí mismas y no por el consentimiento de la*

Iglesia”, no puede significar que el papa en sus decisiones doctrinales quede privado del consentimiento de la Iglesia, sino que *“la proclamación de un dogma por el papa como pastor y maestro supremo de toda la Iglesia, cuando se realiza en las condiciones y supuestos ya indicados y precisados, ya no está sujeta posteriormente de una manera formal-jurídica al acto de consentimiento”*, como dice el propio Fries.

D. Sofos: —Sin embargo, se impone la pregunta de cómo se entiende ese dogma hoy.

D. Logos: —Por supuesto. La infalibilidad se atribuye a la Iglesia, pero determinada en extensión y alcance, y presente en el obispo de Roma y Romano Pontífice, como cabeza del colegio episcopal. En él reside el carisma de la infalibilidad de la Iglesia misma. El sujeto de la infalibilidad es el colegio de los obispos cuya cabeza es el papa, pues sin esa cabeza está incompleto. Hay dos formas de proceder: o el papa define solo o lo hace en unión con el concilio.

D. Sofos: —Evidentemente, el magisterio también se ha equivocado.

D. Logos: —Por supuesto. Los ejemplos no faltan: Urbano VIII con Galileo; la condena de León X a la frase de Lutero de que quemar a los herejes va contra la voluntad del Espíritu de Dios; el rechazo de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa; Gregorio XIII, cuando hizo acuñar una moneda en recuerdo de la matanza de los hugonotes en la noche de San Bartolomé; la excomunión del papa Liberio a Atanasio; la actitud de Pablo IV con Isabel I de Inglaterra; la bendición de Sixto V a la Armada Invencible... El papa, está claro, no es infalible cuando la conciencia es la autoridad suprema.

D. Sofos: —La Iglesia, a pesar de todos los errores, permanece en la verdad.

D. Logos: —Verdad en la que no podría permanecer si no proporcionara principios infalibles y verdaderos. La Iglesia se

sabe puesta bajo la autoridad de la Palabra de Dios y conoce la preeminencia de ésta. La Iglesia tiene que servir a esa Palabra, no querer disponer de ella.

D. Sofos: —Bien, considero que ya hemos hablado lo suficiente sobre el cristianismo, pues los temas por tratar son innumerables, por lo que será mejor que procedamos a continuación a hablar sobre el islam.

D. Logos: —Perfecto, si así lo deseáis. Aunque mucha gente ignora cosas fundamentales sobre su propia religión, confío en que vos no seáis el caso. El islam es una religión monoteísta y revelada, conocida a través de sus textos inspirados por el Profeta para ser transmitidas a los hombres. El islam otorga a la sociedad que lo profesa un rasgo distintivo y unas pautas determinadas para su vida cotidiana y el desarrollo de su modo de civilización; un código de valores para las personas. Estos rasgos conciernen a todas las acciones y actividades del hombre: vestirse, comer, las artes, la forma de construcción de casas y ciudades, los ornamentos, el comportamiento, la forma de hablar, etc. Todo ello confiere al islam el carácter de religión y una importancia decisiva en la aparición del mundo actual que no hemos de infravalorar. Igual que el hombre, y todo lo que concierne al hombre, no es ajeno a la Iglesia, el hombre, y todo lo que concierne al hombre, no es ajeno al islam. Las normas religiosas son una forma de relación del hombre con Dios. Por eso transgredirlas desvía al hombre del recto camino.

D. Sofos: —Y apartarse del recto camino no es, como muchos han pensado, piensan y pensarán, desviarse de los caminos impuestos por las autoridades o por ciertas instituciones para su beneficio personal; es desviarse de la tradición, de la Revelación, de la lógica...

D. Logos: —De todo, Sofos. El islam, por la extensión geográfica que experimentó desde un principio, desde la Península Ibérica hasta la India e incluso Indonesia, ha hecho necesaria una adaptación plural y diversos cambios. Como ocurre en la

mayoría de las religiones de Libro, la Revelación está recogida en textos, en este caso en dos: el Corán o Libro Sagrado y el Hadiz, donde se encuentran las narraciones y testimonios del Profeta. La imagen, aun progresiva, es única y sustancial.

D. Sofos: —¿Qué me decís, sin embargo, de los movimientos denominados fundamentalistas, integristas o islamistas?

D. Logos: —Casi todos esos fenómenos no son de carácter religioso, sino político. Se aferran a la religión porque es la única legalidad vigente.

D. Sofos: —Creo que sería conveniente que antes de continuar hablaseis sobre la persona del Profeta Muhammad.

D. Logos: —Más correcto que Mahoma, como la gente dice. Muhammad es, para el islam, el enviado de Dios. Nace hacia el 570 en La Meca, en el complejo panorama de la Arabia preislámica, conocido en la tradición musulmana como la *yahiliyya* o “época de la ignorancia”. Existían grupos de judíos bastante organizados, comunidades muy numerosas de cristianos de carácter marginal y herético que se habían refugiado en el desierto para escapar de la ortodoxia de las grandes corrientes que se desarrollaban en torno al Mediterráneo. Los árabes eran, en su mayoría, politeístas, aunque con unas concepciones muy poco evolucionadas y reducidas al ámbito ocasional de los sacrificios y de las ofrendas para paliar los enfados y enfurecimientos de sus deidades. Es famosa la indiferencia de los árabes preislámicos e incluso su irreverencia hacia sus dioses. Finalmente, había un último grupo de tendencia monoteísta que no profesaba ni el cristianismo ni el judaísmo: los *hanifes*. La sociedad era de tipo tribal y patriarcal, nómadas y en época de carencia sedentarias y en ciertos casos, como en el de los habitantes de la ciudad de La Meca, completamente sedentarizados. Tenían fama de belicosos y bravos. Así pues, a pesar de su grado de belicosidad, se establecían en lugares en los que no se podían blandir armas en determinados períodos; allí se organizaban mercados y reuniones de intercambio social y cultural.

D. Sofos: —La Meca era la ciudad más importante, la “capital” de un estado que en realidad no existía, la referencia de todos los que habitaban en la Península Arábiga.

D. Logos: —En efecto. En La Meca se levantaba un Santuario, el de la Ka’ba, en cuyo recinto se hallaba la Piedra Negra que según la tradición depositó allí Abraham junto con un grupo de ángeles. En este ambiente tan singular y complejo nació Muhammad.

D. Sofos: —Abu-l-Qasim Muhammad ibn Abd Allah ibn Abd al-Muttalib ibn Hasim, como él se llamaba.

D. Logos: —Muchas gracias por la puntualización, pues os confieso que no podría recordar ese nombre tan largo. Hijo póstumo, su madre falleció poco después de su nacimiento. Su tutela pasó, primero, a su abuelo, Abd al-Muttalib, y más tarde a su tío Abu Talib. Su clan, el de los Hasim, pertenecía a la gran tribu de los Qurays, que dominaba la Meca. Desde joven fue educado por una nodriza del desierto, ya que se consideraba positivo para los niños, porque aprendían el árabe de los beduinos, de una pureza célebre. Al parecer, viajó a Siria por motivos comerciales y conoció a monjes cristianos. A la edad de veinticinco años entró al servicio de una viuda adinerada que regentaba su propia red de caravanas. Su nombre era Jadiya, y se convertiría en su primera esposa.

D. Sofos: —A pesar de ser quince años mayor que él.

D. Logos: —A pesar de eso. Tuvo varios hijos. De entre sus hijas —pues los varones murieron al poco de nacer— la más conocida es Fátima, casada con un primo del Profeta, Ali. Dada su inclinación a la meditación y a la reflexión, Muhammad se habría preocupado por conocer las creencias de judíos y de cristianos. La primera revelación vino a Muhammad cuando contaba él unos cuarenta años. En ella se le apareció el ángel Gabriel y le anunció que habría de ser el mensajero de Dios. Desde entonces se inicia su andadura como “*rasul*” o enviado y “*nabi*” o profeta. Aunque en un principio mantuvo en secre-

to sus visiones, pronto se las comunicó a su esposa Jadiya y a su tío Abu Talib, así como a un reducido grupo de amigos de extrema cercanía y de total confianza. Todos le apoyaron para que transmitiese la revelación, lo que le estimuló a lanzarse a la predicación. La tribu de los Qurays, que gobernaban La Meca, recibió con recelo el mensaje, pues consideraban que atentaba contra su modo de vida. Muhammad optó, ante la presión que ejercían los miembros más poderosos e influyentes de la tribu, por marcharse junto con sus seguidores a Etiopía en el 615. Sin embargo, al aumentar la persecución el propio Muhammad se refugió en un oasis al norte de La Meca, en Yazrib, donde los oasisitas le dispensaron una magnífica bienvenida. A partir de ese momento, el pueblo se llamaría *Madinat al-Nabi*, “la ciudad del Profeta”, que hoy conocemos como Medina. Esta emigración o *hiyra*...

D. Sofos: —...hégira...

D. Logos: —... sucedió en el año 622 de la Era Cristiana, y en esta fecha se inicia la Era Musulmana. Muhammad centró su predicación en la unidad de la *‘umma* o comunidad musulmana, compuesta por los *muhayirun* o musulmanes que emigraron con él y por los *‘ansar*, aquéllos que le acogieron en Medina, para afrontar los ataques de los quraysíes. Pero dada la incorporación de individuos de otras tribus y la consolidación numérica de los seguidores de Muhammad, él se plantea la posibilidad de atacar a los Qurays en La Meca. Gracias a un pacto que firmaría con ellos hacia el año 6 de la Hégira, Muhammad entró en La Meca y ésta se entregó a los musulmanes. Cuatro años después, en torno al 632 de nuestra era, Muhammad murió, lo que supuso un problema: determinar quién era la persona más adecuada para dirigir la comunidad de musulmanes. Desde el 632 al 661 se sucedieron los *Al-julafa’ arasidun* o Califas Ortodoxos, que accedieron a la jefatura de la *‘umma* por elección. Fueron Abu Bakr, Umar, Uzman y Ali.

D. Sofos: —Aunque la elección de este último, al ser yerno del Profeta, fue bastante conflictiva, y propició la división

del islam en dos tendencias que aún hoy persisten: los sunníes y chiíes, estos últimos partidarios de Ali y de que los musulmanes fueran regidos por sus descendientes. Todo ello desembocó en la victoria de la dinastía de los Omeyas, con sede en Damasco.

D. Logos: —Así es. Estos tiempos se consideran los períodos fundacionales del islam. El islam se extendió rápidamente por el norte de África tras arrebatarse Egipto a los bizantinos, e invadió la Península Ibérica tras vencer al rey visigodo Don Rodrigo en la batalla de Guadalete del 711. Fueron frenados momentáneamente en Poitiers por los francos en el 732, en la zona central de Francia, pero permanecieron sólidamente asentados en el sur de la Galia, Sicilia y el norte de la Península Ibérica. Por el lado oriental llegaron hasta la India, tras destruir el Imperio Sasánida. La devoción popular hacia la figura de Muhammad es inmensa, como por ejemplo ocurre con la celebración del *mawlid* o nacimiento del Profeta.

D. Sofos: —¿Podríaís explicarme uno por uno los pilares del Islam?

D. Logos: —Evidentemente. La ética musulmana distingue entre la relación del hombre con Dios, *‘ibadat*, y las relaciones entre los hombres, *mu’amalat*. Al primer ámbito pertenecen los sobradamente conocidos cinco pilares del islam.

D. Sofos: —Profesión de fe o *sahada*, la oración o *salat*, la limosna o *zakat*, el ayuno o *sawm* y la peregrinación o *hayy*.

D. Logos: —Exacto. La profesión de fe es fundamental: No existe otro dios además de Dios y Muhammad es su enviado.

D. Sofos: —*La ilah illa Allah wa-Muhammad rasul Allah*, en árabe clásico.

D. Logos: —En el Corán se dice claramente: “¡Creyentes! Creed en Dios, en Su Enviado, en la Escritura que ha revelado a Su Enviado y en la Escritura que había revelado antes. Quien

no cree en Dios, en Sus ángeles, en Sus Escrituras, en Sus enviados y en el último Día, ese tal está profundamente extraviado”.

D. Sofos: —Es decir, esta afirmación supone la total aceptación de la unicidad de Dios y de la veracidad y autenticidad de Muhammad como enviado de Dios para transmitir la revelación.

D. Logos: —En efecto. El islam es estrictamente monoteísta. Con Muhammad se cierra el período de la profecía; él es “el Sello de los Profetas”. Él culmina una serie de profetas desde Abraham que también incluye a Jesús de Nazaret. Por otra parte, la oración es algo fundamental e ineludible para todo creyente musulmán.

D. Sofos: —Algo obligado.

D. Logos: —Sí. Debe ir precedida de un ritual de purificación: lavatorio de manos, cara, boca y pies cinco veces al día.

D. Sofos: —Al amanecer, *alfayr*, al mediodía, *azohr*, por la tarde, *albadr*, en la puesta del sol, *almagrib*, y por la noche, *alhissha’*.

D. Logos: —Espléndidos conocimientos de lengua árabe clásica. La oración no tiene por qué practicarse en una mezquita, sino en cualquier sitio en donde se encuentre el creyente, siendo completamente individual.

D. Sofos: —Sin embargo, la oración comunitaria de los viernes en las mezquitas posee un carácter especial...

D. Logos: —Otorgado por la tradición, pero se podría rezar en cualquier otro lugar. Esa oración del viernes puede ser dirigida por un *imam* y acompañada de un sermón o *jutba*, similar a nuestras homilías. Se llama a la oración desde los alminares o minaretes de la mezquita. Los almuédanos o muecines, escogidos por la hermosura y la potencia de su voz, son los encargados de hacerlo. Según la tradición, el primer almuédano fue el converso negro Bilal, a quien Muhammad pidió que convocara a la oración a los creyentes.

D. Sofos: — Aunque en las mezquitas de las ciudades más grandes y modernas la voz del almuédano ha sido sustituida por la de grabaciones desde potentes altavoces.

D. Logos: — Ese es el precio del progreso: la desaparición de ciertos elementos de la tradición. La mezquita, en árabe *mas-yid*, es el edificio en el que los fieles se reúnen para la oración y el lugar en el que los cadíes o jueces impartían sus sentencias y juicios. Antes de entrar a la mezquita propiamente dicha hay un patio con fuentes para que los fieles se laven y realicen las purificaciones estipuladas, para pasar después a la sala de oración, orientada hacia La Meca, ciudad santa del islam, mediante un muro denominado *qibla* en el que se abre un nicho denominado *mihrab*. El sermón o *jutba* anteriormente aludido suele ser pronunciado desde un púlpito o *minbar*.

D. Sofos: — Contiguos a las mezquitas normalmente están las *madrazas* o escuelas donde sabios e insignes maestros forman a los jóvenes aspirantes a expertos en teología y ciencias de la religión.

D. Logos: — Así es. Estos aspirantes residen, durante el período de formación, en régimen de comunidad; con sus celdas o habitaciones, el refectorio, la biblioteca y la sala de estudio, la sala propia de oración, etc. El arte y la ornamentación decorativa de las mezquitas, común a casi todos los países islámicos, las convierte en verdaderas joyas del arte universal que todos estamos obligados a apreciar, si es posible ver y admirar. En países como España, donde la presencia musulmana fue muy intensa durante casi ocho siglos, las manifestaciones artísticas dejadas por los árabes, como es el caso de la Alhambra de Granada o de la mezquita de Córdoba, merecen las más altas consideraciones por su belleza y su refinamiento, aún no superados. El gran amor y aprecio de las gentes árabes por el agua, muy escasa en sus lugares de origen, les motivó a crear, tal y como aún hoy es visible en los jardines del Generalife en la Alhambra de Granada, hermosos riachuelos y cursos de agua en el que el sonido de ésta no es atronador como en nuestras

fuentes, sino suave, armonioso, dulce y exquisito, científico y matemático, aprovechando hasta la última gota del preciado líquido. La belleza efímera de las plantas, su silencio y su apacibilidad, su variedad y plenitud.

D. Sofos: —También hemos de aclarar que está prohibido representar a Dios, por su naturaleza totalmente distinta de cualquier ser creado, lo que ha obligado a los arquitectos musulmanes a limitarse a crear motivos florales, geométricos o caligráficos, pero de tal forma y con tal exquisitez que la otra prohibición se olvida rápidamente, pues generan admiración.

D. Logos: —Puesto que para los musulmanes Dios no se encarnó, es decir, no se hizo hombre, no puede ser representado gráficamente. La limosna, tercer pilar del islam, es también un deber obligatorio de todo buen musulmán y no un acto voluntario caritativo. Aparte de expiar las faltas cometidas, se ayuda a sostener la comunidad económicamente. Los textos denigran a los tacaños y alaban a los generosos.

D. Sofos: —Aunque lo mejor que puede hacer el generoso, más que dar limosna, que es pan para hoy y hambre para mañana, es buscar otros mecanismos de incrementación del capital de un país, como es la creación de empresas.

D. Logos: —Obviamente es así, pero no nos desviemos ahora a las ciencias económicas, pues estamos hablando sobre el islam. La entrega de la limosna se puede hacer de diversas formas, siendo más comunes en moneda o mediante la redistribución de algunos bienes obtenidos, llevándolos a los departamentos gubernamentales o ministerios encargados de su gestión. El ayuno desde el alba hasta el crepúsculo durante el mes del Ramadán se inicia con la popular luna nueva o media luna árabe.

D. Sofos: —*Hilal*.

D. Logos: —Así es. En las horas de luz no se puede ingerir ningún alimento ni beber ningún líquido, y hay que abstenerse del contacto sexual. El ayuno no es obligatorio para personas

enfermas, ancianas, mujeres en período de gestación o menstruación y aquellos que se hallan de viaje.

D. Sofos: —¿Cuál es la finalidad del ayuno?

D. Logos: —La expiación de las culpas, aunque también se pretende dedicar tiempo a la meditación y reflexión. Hacia finales de mes se conmemora la “noche del poder”, *laylat al-qadar*, y el ayuno concluye con el *‘Id al-fitr*, “fiesta del fin del ayuno”, motivo de celebración familiar y de alegría. Por último, la peregrinación a La Meca al menos una vez en la vida es obligada, si se dispone de los medios necesarios, por supuesto. Se ha de visitar la *ka’ba* y se ha de realizar una procesión a las colinas de Safa y Marwa, donde según la tradición Agar, la esclava egipcia de Abraham y madre de Ismael, buscaba agua para dársela a su hijo en su viaje por el desierto. También se incluye la visita al valle de Arafat, donde el Profeta pronunció su mensaje final. La indumentaria de los peregrinos es una vestidura blanca. El período de peregrinación se clausura con la *‘id al-adha*, “fiesta del sacrificio”, que conmemora el célebre sacrificio de Abraham. La carne sobrante durante esta fiesta se reparte entre los necesitados.

D. Sofos: —Además de los períodos que marca la tradición, imagino que también se pueden realizar viajes en distintas épocas del año, como actitud piadosa.

D. Logos: —Por supuesto. Los musulmanes también creen en la existencia de lo demoníaco y de los *yinn*, genios creados por Dios. Igualmente creen en el día del Juicio Final, y en la existencia de un Paraíso al que irán aquellos que hayan sido fieles al mensaje.

D. Sofos: —¿Creen también en el Infierno de la misma manera que se proclama en el cristianismo, es decir, en la situación espiritual, más que en el lugar físico, de quien se aparta de modo libre y definitivo de Dios?

D. Logos: —Sí, a él irán los malvados, según la religión islámica. El libro *La escala de Muhammad* dice: “*Has de saber, Mu-*

hammad, que debajo de esta tierra, donde se hallan los hombres, hay otra tierra toda ella de fuego, como también son de fuego los que allí moran; además, hay un mar de fuego, como lo son todos los peces que allí se encuentran. Junto a esta tierra hay otra igualmente de fuego, como son también de fuego el mar, sus moradores y los peces que allí se encuentran. Y así, hasta siete tierras, una junto a otra, y en cada una de ellas un mar de fuego; todas las tierras, todos los mares, así como todos los moradores y los peces que allí se encuentran, todos son de fuego; incluso las criaturas, de cualquier especie que sean, son todas ellas de fuego". Además de los cinco pilares, un buen musulmán debe cumplir la *shari'a* o Ley, un código moral que regula los castigos determinados para ciertos actos delictivos. También se encarga de regular los matrimonios, divorcios, herencias, comercio, apostasías... La Ley ha tenido que ser adecuada a las exigencias de los tiempos modernos, principalmente desde el siglo XVIII, tras el contacto con el mundo occidental.

D. Sofos: —Más bien enfrentamiento, división y confrontación desde el tiempo de las Cruzadas, culpables de la apertura de un vacío y de un abismo de diferencias entre el mundo cristiano y el musulmán difícilmente solventables. Cambiando de tema, ¿podríais hablarme más en profundidad sobre el Corán?

D. Logos: —Bien. Según la tradición musulmana, Dios reveló a Muhammad el Libro Celestial por medio del ángel Gabriel. La revelación habría seguido las mismas etapas que ayer enumerábamos: inspiración a vivir, a hablar y a escribir. Esa inspiración fue desarrollada, como cabe suponer, no de forma instantánea, sino a lo largo del tiempo. El texto fue fijado en tiempos del Tercer Califa Ortodoxo, Uzman, y el alfabeto y la escritura, muy poco evolucionados, hubieron de experimentar un profundo proceso de perfeccionamiento. El Corán que ha llegado hasta nosotros está compuesto por ciento catorce capítulos, que reciben el nombre de *suras*, azoras en castellano, y subdivididos en aleyas o *'aya*. La primera azora se denomina *al-Fatiha*, "la que abre", que dice: "*¡En el nombre de Dios,*

el Compasivo, el Misericordioso! Alabado sea Dios, Señor del Universo, el Compasivo, el Misericordioso, Dueño del Día del Juicio. A Ti sólo servimos, a Ti sólo imploramos ayuda. Dirígenos por la vía recta, la vía de los que Tú has agraciado, no de los que han incurrido en la ira, ni de los extraviados”.

D. Sofos: —¿Qué significa exactamente la palabra *Qur'an*?

D. Logos: —Ese término está emparentado con una palabra siríaca que significa “lectura cantada o recitación”. Su lengua es el árabe, es por eso por lo que tuvo mayor aceptación entre la población árabe, pero también hubo judíos y cristianos que se convirtieron a la nueva religión. Aunque el árabe no sea su lengua vernácula, todos los musulmanes tienen el deber de conocerla para leer e incluso aprender de memoria el Corán. Los títulos de las azoras están estrechamente vinculados con el contenido, y la longitud y el número de versículos varían.

D. Sofos: —Casi todas empiezan con la *basmala* o jaculatoria en la que se invoca a Dios como clemente y misericordioso. *B-ism-Allah, a-Rahman a-Rahim*, “En el nombre de Dios, el Misericordioso, el Compasivo”.

D. Logos: —En efecto.

D. Sofos: —También pueden aparecer las tres letras misteriosas. ¿Tenéis alguna referencia sobre su significado o función?

D. Logos: —Sólo sé que su interpretación sigue siendo oscura aun entre los más prestigiosos arabistas, a pesar de que muchos han querido ver un valor numérico relativo al número de versículos de la azora.

D. Sofos: —Mientras que otros las han interpretado como las iniciales del nombre de quien transmitió oralmente ese texto antes de ser fijado por escrito.

D. Logos: —La controversia continúa. La segunda fuente sobre la que se asienta el islam es el *Hadiz* o recopilación de los hechos y dichos del Profeta. Aunque cada vez se alude menos a

ellos para la resolución de conflictos, hubo un tiempo en el que los dilemas que surgían en la comunidad eran solucionados de acuerdo con lo que la tradición recogida en estos textos decía. Por último, me gustaría hablaros sobre afamadas costumbres musulmanas, como son la prescripción religiosa que prohíbe la ingesta del cerdo. Este tipo de prohibiciones se han de enmarcar en un ámbito sanitario: el islam prohíbe todo aquello que puede dañar la salud, como el tabaco o el alcohol.

D. Sofos: —Ciertamente esas aclaraciones son muy importantes, puesto que en el mundo occidental se tiene la imagen de la religión islámica como un credo de prohibiciones y tradiciones retrógradas y antiguas, aferrado en las costumbres y que marcha contra el mundo moderno; carente de libertades y de librepensamiento, bárbaro e inculto. Sin embargo, en la época dorada de la civilización islámica, entre los siglos IX y X, el refinamiento de las cortes de Córdoba, El Cairo, Damasco y Bagdad asombraba a los emisarios y diplomáticos extranjeros. En un ambiente de tolerancia convivían las culturas judía, cristiana y musulmana. La ciencia, la matemática y la medicina tenían su centro neurálgico en las universidades árabes, y los avances en química y filosofía, como la recuperación de los textos de los antiguos griegos, fueron llevados a cabo por los musulmanes.

D. Logos: —Como último comentario, me gustaría tratar el hecho de que el islam no concede la calidad de santo a ningún ser humano.

D. Sofos: —¿Ni siquiera al Profeta?

D. Logos: —Ni siquiera al Profeta. Sin embargo, la devoción popular ha visto en la actitud de ciertos hombres y mujeres modelos de santidad y rectitud, por lo que ante sus tumbas y reliquias cofradías enteras peregrinan y se reúnen periódicamente con el objeto de prestarles devoción. Su importancia es más bien sociológica, al igual que ocurre con algunas peregrinaciones de la Cristiandad, como el Camino de Santiago,

donde más que el valor histórico, documental y teológico que tenga la supuesta presencia de los restos del apóstol Santiago en Compostela, lo realmente trascendental es la devoción popular y el hecho de que miles de personas acudan allí tras un largo y fatigoso camino, dando muestra de su fe viva.

D. Sofos: —En el cristianismo santos son todos los que están en el cielo.

D. Logos: —Así es, en el sentido extenso pero real de la palabra. Todos los que han muerto en gracia de Dios pueden ser considerados santos. Aunque también son santos los vivos que están en gracia de Dios. En el Antiguo Testamento se considera santo todo aquello que es consagrado al Señor, como puede ser la tierra, el día del sábado, los sacrificios... Las alusiones de San Pablo a los santos de Roma, Éfeso, Filipos, Colosas... son muy numerosas.

D. Sofos: —¿Cuántos santos reconoce la Iglesia Católica, aproximadamente?

D. Logos: —En el libro *Bibliotheca Sanctorum*, una enorme enciclopedia de unos veinte volúmenes, se habla de un número aproximado de diez mil santos.

D. Sofos: —¡Diez mil!

D. Logos: —Incluso más.

D. Logos: —Bien. Habiendo ya hablado con la requerida profundidad sobre el islam, doy por concluida esta lección hasta mañana.

Y de esta forma, al atardecer nos fuimos a nuestras casas, algo cansados y agobiados por el calor. Los padres de Sofos le estaban esperando para cenar y anunciarle que un familiar suyo había venido a visitarles. Tras saludarles y darles cuenta de los progresos de su hijo, aunque no era necesario, pues ellos estaban seguros de que Sofos aprovechaba el tiempo todo lo posible, me fui a la biblioteca a consultar

un libro de título desconocido, aunque de lenguaje muy sugestivo, y que me servía de guía para los temas de nuestras lecciones. Aunque no lo haya contado, cada tarde-noche, después de acompañar a D. Sofos a su casa, me dirigía a la biblioteca y permanecía allí escasos veinte minutos consultando este breve librito. Sólo sé que a un escritor se le ocurrió muchos siglos atrás narrar los apasionantes encuentros de dos sabios que discutían mañana y tarde sentados en un hermoso jardín. Se llamaban, creo recordar, Sócrates y Alkibiades, o Sócrates y Kritón. En fin, lo cierto es que uno de ellos, el mayor y más venerable por su edad, tenía por nombre Sócrates, y vestía una sencilla túnica blanca y larga que le llegaba hasta los pies, cubiertos por unas sandalias de mimbre. Su barba y su pelo eran de un blanco intenso, blanco como la leche, y de su boca salían los más inteligentes discursos que han podido brotar de boca humana.

*Ni la magia o el animismo,
la sociología, la evolución regresiva
o el totemismo activo,
son las causas de la religión.
Tampoco hubo hombre alguno,
que sin religión anduvo,
pues desde un principio creído hubo
en la existencia de Dios y en su acción.
El judaísmo, el islam y el cristianismo,
a las que añadir no puedo más,
aunque quién sabe si alguna otra más habrá,
profesan el monoteísmo.
y en el Corán uno, y en la Biblia los demás,
cada una encuentra su fundamento real.*

CAPÍTULO V: LAS UTOPIÁS.

Me levanté pronto, como de costumbre, cuando aún no había amanecido. Numerosas responsabilidades laborales que no había consumado por encontrarme en período estrictamente vacacional me esperaban, pues en tan sólo una semana habría de reincorporarme a mi puesto como Catedrático emérito de Filosofía en la Universidad provincial. Aunque fuese emérito y jubilado, hasta que mi cuerpo tenga fuerzas y mi mente impulsos seguiré estando en mi puesto y cumpliendo con mi obligación voluntaria de enseñar a quienes desean aprender, y de aprender de quienes desean enseñar. Por ello, había aceptado la propuesta del rector de continuar con las clases como normalmente había hecho hasta cumplir la edad estipulada para el retiro.

Al contrario de lo que la gente piensa, el trabajo de un profesor, más si es Catedrático en la Universidad, no se limita a impartir las clases pertinentes en las aulas y corregir los exámenes en un maravilloso despacho que tenemos a nuestra disposición: en la mayoría de los casos, los exámenes y tareas que hemos pedido realizar a los alumnos han de ser revisados en nuestras propias casas. Además, al dirigir una Cátedra, se recurre con frecuencia a nuestro asesoramiento para artículos, trabajos o libros a publicar e incluso se requiere la redacción por nuestra parte de monografías u obras científicas sobre la materia que nos concierne. Todo ello sumado a las usuales y sistemáticas reuniones de departamento, facultad, claustros,

etc. que nos privan de nuestro preciado tiempo, pero que comprendemos son muy necesarias. En resolución: debido al temario para las próximas clases que dentro de dos semanas comenzarían me veía obligado a despertarme muy pronto y acostarme relativamente tarde para concluir diversas tareas y publicar finalmente mi libro: *Perspectiva actual de la Filosofía*. Si en algo admiraba a D. Sofos era en la capacidad de elaborar tesis, antítesis y síntesis, en su concentración y constancia en el trabajo que le permitía llevar el ritmo de publicaciones y de trabajo que llevaba. Muchos deberíamos aprender de él, sobre todo de su método de trabajo, eficiente y rápido.

Horas después me dirigí hacia casa de Sofos como de costumbre para acompañarle hasta la academia e iniciar como normalmente nuestra lección. Sofos me estaba esperando con un injustificado entusiasmo en la puerta de su confortable hogar, con su cuaderno y folios para anotar y el diccionario de filosofía y religión con el que siempre se hacía acompañar. Con la duda vigente sobre cuál podría ser el motivo por el cual Sofos estuviese tan alegre, contento y feliz esta mañana cuando normalmente solía estar triste y cansado, descontento e infeliz por la indiferencia de las autoridades educativas ante su caso, me dispuse a aligerar el paso para alcanzarle en la mayor brevedad posible.

Cuál no sería mi sorpresa cuando Sofos me explicó todo lo que había ocurrido desde la tarde anterior cuando llegó su casa hasta esta mañana, al parecer, bastante temprano. Un prestigioso colegio británico se había puesto en contacto para expresarle su deseo de becarlo y aceptarle en sus aulas vista su genialidad. Su felicidad era inigualable, él siempre lo había deseado y finalmente su deseo se había hecho realidad mediante tan generosa concesión. En poco tiempo accedería a la Universidad para cursar tantas can-eras como quisiese y pudiese. Veía en él, aun así, un gesto de duda y desconocimiento, pero yo le alenté y le exhorté a que no rechazase en absoluto el ofrecimiento y le auguré un triunfo no muy cercano.

Él triunfaría no sólo en el Reino Unido, sino en el mundo entero. Es más, ya había triunfado desde el momento en que se propuso escribir su primera obra, desde el momento en que se propuso leer y aprender más de lo que se le enseñaba en la escuela, desde el momento en el que se había preguntado por cuestiones de filosofía y religión, y, sobre todo, en el hecho de haber conservado una vigorosa, inquebrantable y racional fe a pesar de su profundización en la ciencia. Él era un triunfador nato y lo seguiría siendo fuera donde fuese y estuviera donde estuviese.

Así pues, hoy sería nuestra última lección si todo salía según lo previsto, porque mañana mismo Sofos habría de marcharse a Inglaterra para incorporarse desde un principio al curso británico. Evidentemente, le prometí que le visitaría periódicamente y siempre que el tiempo y mis ocupaciones profesionales me lo permitiese; y él a su vez me aseguró que siempre que volviese iría a visitarme. Su melancolía y nostalgia era evidente, pero por otro lado su satisfacción por el reconocimiento dispensado ocultaba sobradamente los otros dos sentimientos. Me hablaba de nuestro primer encuentro, como deseando que volviéramos a él y tardase mucho en pasar. Esta semana había sido para él una de las mejores de su vida, y mañana empezaría otra etapa radicalmente distinta. Se dijo a sí mismo que cuando volviese a su casa materna, volvería habiendo triunfado. Ilusiones utópicas, al fin y al cabo, pero como él decía basándose en la sabiduría proverbial árabe, las ilusiones pueden ser muy poderosas.

Comience, pues, la lección.

D. Sofos: —Ante todo, puesto que esta es nuestra última lección juntos hasta que Dios y el destino deparen volvemos a juntar, no quiero convertirla en un receptáculo de melancolías y penas que sólo desalentarían mi marcha o provocarían una situación de nostalgia que puede desembocar en llanto y lágrimas; algo que en absoluto deseo. Por eso, iniciemos lo antes posible la lección para evitar ese estado, patético por un lado y sentimental por otro...

D. Logos: —¿Qué creéis peor: patético o sentimental?

D. Sofos: —Personalmente prefiero lo sentimental, pero hacéme el favor de considerar ya cerrado y concluso el tema.

D. Logos: —Con el fin de agradaros, así lo haré. En las lecciones pasadas hemos tratado temas esenciales o fundamentales para toda religión, y de los que participa muy activamente la metafísica y en general la filosofía. Hoy, por el carácter tan especial de la jornada, me gustaría tratar un tema que está estrechamente relacionado con la política, aunque espero y pretendo no hablar sobre política, sino sobre teología, filosofía y metafísica.

D. Sofos: —Aunque desgraciadamente, ciertos términos y conceptos han experimentado un rápido proceso de politización.

D. Logos: —En el lenguaje coloquial, pero para el lenguaje filosófico seguirá teniendo el mismo significado, abierto, evidentemente, a posibles cambios, modificaciones o adaptaciones. Bien, como he dicho, por lo singular del día, sin reincidir excesivamente en ese aspecto, me gustaría hablar hoy sobre la utopía.

D. Sofos: —¿La utopía? ¿Se puede impartir una lección exclusiva sobre la utopía? ¿Tanta materia hay?

D. Logos: —No es mi propósito ofreceros, como en días anteriores, una clase teórica.

D. Sofos: —Pues huelga decir que utopía en griego significa lugar que no existe o aquello que no está en ningún lugar.

D. Logos: —En efecto. Fue Santo Tomás Moro, el Lord canciller de Inglaterra y mártir cristiano, quien acuñó el término. Miembro del Parlamento y con intenciones de convertirse en profesor de religión, contrajo, sin embargo, matrimonio, y escribió en 1515 su obra *Utopía*, en la que describía una sociedad ideal de corte comunista, que le daría fama para la posteridad.

D. Sofos: —A pesar de ser incluida en el Índice de Libros Prohibidos...

D. Logos: —Aunque al llegar la Reforma a Inglaterra él permaneció en el lado católico, propugnando el castigo de los herejes y el culto a los santos. Por estar en contra de uno de los divorcios que más han marcado la historia, el del rey Enrique VIII y Catalina de Aragón, tía del Emperador Carlos V, fue encarcelado en la Torre de Londres y decapitado en 1535.

D. Sofos: —Enrique VIII, contra lo que cabría suponer, se opuso desde un principio a la Reforma e incluso escribió una defensa de los siete sacramentos en contra de las tesis de Lutero...

D. Logos: —lo que le valió el título de “defensor de la fe”, concedido por el papa León X. Al querer disolver su matrimonio con Catalina de Aragón, alegando que Catalina había sido esposa de su hermano Arturo, se enfrentó a la negativa papal, en parte debida al deseo de no desagradar al Emperador y al hecho de que no existiese dispensa papal previa para el matrimonio con Catalina. Enrique VIII, ante tal situación, repudió la autoridad del papa y sometió su decisión a especialistas en teología y derecho canónico, pronunciándose los eruditos a favor del rey inglés en aquellos lugares que no estaban bajo el dominio del poderoso Emperador y rey de España Carlos V de Alemania. El arzobispo de Canterbury, uno de los clérigos más importantes de Inglaterra, declaró inválido el matrimonio con Catalina de Aragón, pero válido el de Enrique VIII con Ana Bolena. Pese a la situación cismática, el rey siguió manteniéndose fiel al catolicismo...

D. Sofos: —... aunque desamortizó los monasterios y transfirió sus posesiones a la Corona.

D. Logos: —Ciertamente, realizó acciones de ese talante, pero se mostró muy implacable con la Reforma, incluso persiguió a los protestantes ingleses. La Reforma inglesa sólo pudo ser iniciada tras su fallecimiento, y no durante su reinado como muchos han afirmado. En resolución, el diálogo lo habíamos empezado sobre Santo Tomás Moro, que está muy estrecha-

mente vinculado con la persona de Enrique VIII de Inglaterra, porque fue él quien ideó la palabra Utopía en la obra que escribió bajo ese título. *Utopía* es, por tanto, toda sociedad humana que se supone ideal o máximamente deseable, pero que muchas veces se considera inalcanzable.

D. Sofos: — Algo modélico o perfecto.

D. Logos: — Así es; esas son sus otras dos posibles acepciones. Decidme ejemplos célebres de Utopías.

D. Sofos: — Bien. Podríamos mencionar la. *República*, de Platón; *De optimo republicae statu... nova insula utopia*, de Santo Tomás Moro.,.

D. Logos: — que en el lenguaje coloquial se denomina *Utopía*, sencillamente...

D, Sofos: — ... la *Ciudad del Sol*, de Campanella; la *Nueva Atlántida*, de Francis Bacon; el *Erewhom*, de Samuel Butler; *Viaje a Icaria*, de Étienne Cabet; *Noticias de ninguna parte* y *El paraíso terrestre*, de William Morris; y *Una Utopía moderna*, de Wells. Creo que no hay más, por lo menos que yo sepa.

D. Logos: — A todas ellas, por cuya magnífica recitación os felicito, habréis de añadir la vuestra propia. Porque habéis de saber que he leído los documentos inéditos que jamás habéis publicado y que vuestra madre me entregó muy generosamente cuando fui a preguntarle sobre la personalidad de su hijo...

D. Sofos: — Son simples “papeles” que, efectivamente, describen mi ideal utópico personal, que nunca me he atrevido a publicar porque hay cosas que no pueden ser contadas a los demás. ¡Imaginad, sería la mofa y burla de todo el mundo científico! Admiro a los hombres que os he citado anteriormente; ellos sí se atrevieron a publicar sus propias utopías.

D. Logos: — Una sociedad utópica, tal y como nos la presentan sus autores, suele tener un defecto común: no es susceptible de progreso o mejora, porque es supuestamente perfecta.

D. Sofos: —Sin embargo, pensad que la mayoría de los autores que plantean o escriben una utopía lo hacen como algo ideal, sin que las consideren realizables, como afán de mejora de la sociedad en la que viven. Tampoco es algo revolucionario, porque la revolución que propugnan a menudo va dirigida al establecimiento de una comunidad en la que la revolución no es posible.

D. Logos: —La utopía no es ninguna “ceguera” ante las realidades humanas, aunque sea cierto que olvida algunos aspectos de la realidad difíciles de encuadrar en el marco de ningún ideal.

D. Sofos: — *”Así pues, la utopía no es totalmente utópica”*, como dice Ferrater Mora.

D. Logos: —Frase muy acertada, ciertamente.

D. Sofos: —El problema de las utopías modernas que nacieron a finales del siglo XVIII y durante casi todo el XIX es que no se basan en el desarrollo de las cualidades humanas, en la excelencia de la persona; e incluso cuando predicen el igualitarismo y el reparto de bienes, quienes tienen las riendas del poder ven rápidamente sus ideales tergiversados y les resulta difícil poner en práctica lo que promulgan,

D. Logos: —Entre otros muchos de orden filosófico, teórico, práctico, lógico, ético...; como también tendrán sus ventajas.

D. Sofos: —..., las cuales yo, personalmente, y quizá sea porque mi pensamiento o está cegado o no admite otros ideales, no alcanzo a comprender.

D. Logos: —... porque todo tiene sus ventajas y sus inconvenientes.

D. Sofos: —Unas veces más inconvenientes que ventajas...

D. Logos: —O al contrario.

D. Sofos: —Lo cierto es que no todo es relativo.

D. Logos: —Aunque sí muchas cosas. En fin, proceded a explicarme vuestra utopía personal.

D. Sofos: —Si así lo deseáis... Bien, mi utopía es bastante tópica.

D. Logos: —Me alegra que lo reconozcáis, y no como dicen algunos: la mía no es como las demás porque...; o no tiene ... como en aquel...

D. Sofos: —Mi utopía se basa en la creación de un nuevo estado, un estado en el que la sabiduría, la excelencia, la tolerancia, la caridad, el desarrollo, la potenciación de los que más destacan, la fe, la cooperación, el respeto...

D. Logos: —En fin, en lo de siempre.

D. Sofos: —El estado sería una especie de imperio urbano, es decir, cuyo territorio está compuesto por las diversas ciudades que lo integran, intercomunicadas entre sí por un avanzado sistema de puertos, aeropuertos o transporte terrestre. La capital indiscutible sería Alejandría, centro del saber durante toda la Antigüedad, que recuperaría su esplendor perdido: reconstruiríamos la gran Biblioteca, en donde se albergarían decenas de millones de volúmenes; el faro sería rehabilitado, el palacio imperial, las avenidas, los jardines, las fuentes, los mercados, infinidad de museos, un magnífico puerto... Las demás ciudades serían, entre otras, Éfeso, Tarso, Atenas, Antioquía de Siria, Jerusalén, Cesarea de Filipos, Cartago, Madras, Hong Kong, Tombuctú...

D. Logos: —Veo que os habéis decantado por ciudades clásicas del Mediterráneo oriental y centros de la sabiduría y la ciencia durante varios siglos, así como por ciudades que jugaron y aún hoy juegan un importante papel histórico y económico, y espléndidamente situadas.

D. Sofos: —Así es. Mi estado ideal sería una especie de universidad-estado. Todos los habitantes estarían implicados indirectamente en la universidad y las instituciones académicas y de

investigación que habría. Para pertenecer a mi estado, aunque pueda parecer discriminatorio, habría que tener como mínimo un doctorado y presentar algún proyecto de investigación de libro. Sería el estado de los genios: los hombres y mujeres más geniales, inteligentes, personas destacadas, sabias y también con grandes cualidades humanas.

D. Logos: —...amor, generosidad, caridad, esperanza, fe, compasión, espíritu de cooperación, humildad...

D. Sofos: —... vivirían en él y colaborarían en su progreso, como ocurre en cualquier país.

D. Logos: —¿Quién lo dirigiría; cómo lo llamaríais?

D. Sofos: —Su dirigente sería mi gobernante o rey-filósofo, como los de Platón. El cargo nunca se convertiría en hereditario: en un principio se elegiría al más brillante de todos los habitantes del imperio, y a él se le convertiría en gobernante o monarca absoluto e indiscutible del imperio, con poder para todo. Creo que sería un error privarle del poder, pues si es muy inteligente y posee mucha sabiduría, su gobierno sería perfecto y, aunque cometiese algunos errores inevitables, en su mayor parte estaría exento de errancia.

D. Logos: —Un ideal gnóstico que os permito por tratarse de la descripción de una utopía.

D. Sofos: —A su muerte se elegiría a otro que él ya podría haber designado pero cuya candidatura sería analizada por un comité integrado por los rectores más ilustres de las universidades del imperio. Las fuerzas del orden y la armada la compondrían personas con un elevado nivel intelectual y preparados para tal tarea, reclutados de entre los indígenas o de cualquier otra procedencia. Ellos se encargarían de proteger las fronteras de las ciudades adheridas al imperio y de mantener el orden y la seguridad en su interior. Así pues, habría una especie de guardia pretoriana, en la que estarían los mejores de la armada, destinada a proteger al emperador y los altos cargos y dignatarios.

D. Logos: —Fuerzas de seguridad.

D. Sofos: —Así es. La autoridad del emperador sería incuestionable, aunque la pena de muerte y la cadena perpetua habrían sido abolidas. El derecho fundamental se basaría en el derecho romano. No todos los ciudadanos serían iguales ante la ley: se ganarían sus derechos y sus deberes sistemáticamente. A más derechos más responsabilidades, es decir, más deberes. La clase que más derechos hubiese acumulado por sus logros en ciencia, filosofía, ingeniería o cualquier otra disciplina les introducirían directamente en una escala de dignatarios compuesta por rectores y decanos, intermediaria entre el resto de los habitantes y el emperador. El emperador tendría un palacio, reconstrucción de los antiguos que ya hubiese en la ciudad, denominado palacio imperial, en donde podría residir. Su residencia oficial se encontraría en Alejandría, pero estaría obligado a realizar visitas periódicas a las demás ciudades, para lo que haría uso de los mencionados palacios. Se apostaría por una política de investigación y desarrollo y creación de empresa y capital, la democracia sería excluida...

D. Logos: —Imagino que se habría encontrado un sistema mejor, pero en el mundo actual, siento decirlo, la democracia es el más perfecto y justo de los medios de elección y gobierno descubiertos.

D. Sofos: —Os repito que es una utopía; todo es fantástico e ilusorio según mis criterios, Efectivamente, se habría encontrado un sistema superior a la democracia. No sé cuál, pero superior. Así pues, se explotarían todos los recursos naturales disponibles, a la vez que se crearían reservas y parques protegidos para animales y plantas y se promovería la construcción de jardines y grandes avenidas arboladas en las ciudades, típicas a las del Berlín de mediados del siglo XIX, que darían a las ciudades un aspecto de clasicismo y elegancia incomparables. Los castigos por faltas serían leves, pero aquellos que atentasen directamente contra la seguridad e integridad del imperio podrían ser castigados incluso con el destierro a trabajos forzosos y para el bien público en las minas

de oro, plata, platino o diamantes que se habrían adquirido en regiones tales como el Sinaí, Arabia o el Congo.

D. Logos: — ¡Qué utópico!

D. Sofos: — El nombre del estado sería “Sofos”, y el emperador tomaría automáticamente el apellido de “de Alejandría y Éfeso”.

D. Logos: — El nombre, ¿es en honor a vos, porque vos seríais el primer emperador, o...?

D. Sofos: — Es en honor a la sabiduría, por cuya providencia sería regido el estado. Efectivamente, yo sería el primer emperador, pero si así lo decidiese la reunión de los más ilustres habitantes.

D. Logos: — Sofos de Alejandría y Éfeso; sería el apellido más ilustre del planeta.

D. Sofos: — Posiblemente, la economía abogaría indiscutiblemente por la creación de capital y de empresas privadas, y el nivel de crecimiento estaría marcado por el espacio físico: lo primero y principal son las universidades, centros docentes, museos, bibliotecas, etc. Si no quedase espacio para ellas, se restringiría del ámbito empresarial. Los impuestos se darían con arreglo a una especie de “dote” una vez se accede al estado, así como los que tributarían las empresas y el dinero obtenido de las explotaciones mineras y el comercio.

D. Logos: — Algo contradictorio, pero, en fin, vuestra utopía.

D. Sofos: — No habría religión oficial, pero el emperador, si fuese yo, sería católico y solicitaría al Vaticano la creación de una diócesis, si todavía no estaba creada, en cada ciudad, con un arzobispo y en el caso de Alejandría un Cardenal-Primado. Se construirían iglesias en los barrios y una catedral, como mínimo, por cada ciudad. Así pues, también se edificarían sinagogas, mezquitas y templos de otras religiones, en razón del número proporcional de practicantes que se hallasen en la ciudad. Lo fundamental sería la convivencia y el respeto mutuo. La orga-

nización interna comprendería un número de ministerios a determinar por el emperador, con reuniones semanales presididas por su Excelencia el Emperador, entre los que destacarían el de Justicia, del que dependerían los jueces y letrados; el de construcciones; el de orden interno y seguridad; el de diplomacia, que gestionaría todas las embajadas y consulados establecidos en las distintas naciones; el de asuntos sociales; el de Sanidad; el de Educación, dirigido por el rector de la universidad más importante del país —la de Alejandría— y el de Gestión Ambiental. El idioma oficial sería el latín, aunque para la redacción de documentos también se podría hacer uso del griego. Todos los ciudadanos tendrían el deber de conocerlo, hablarlo y escribirlo, para evitar las discriminaciones lingüísticas que actualmente se viven. En caso de que algún dirigente extranjero visitase alguna ciudad de *Sofos Kaiseralum Status*, su nombre completo...

D. Logos: —... que se os ha debido ocurrir ahora mismo...

D. Sofos: —... se le podría hablar en inglés, francés, alemán, italiano, castellano, árabe... o cualquier otra lengua. Los diplomáticos extranjeros destinados a Sofos...

D. Logos: —... *Kaiseralum Status*...

D. Sofos: —...tendrían la obligación de conocer a la perfección el latín.

D. Logos: —Pues si no...

D. Sofos: —Si no, sencillamente, se tramitaría la correspondiente petición al gobierno de su país de origen para que lo trasladara y lo cambiara por otro que si supiese latín. Se intentaría mantener un nivel regular de publicaciones, manteniéndonos a la cabeza del mundo en investigación y porcentaje de altas capacidades, creación e innovación, así como de Premios Nobeles.

D. Logos: —Ciertamente los ciudadanos habrían de tener un doctorado como mínimo y mostrar unas cualidades y aptitudes excelentes, pues para tener que aprender y usar el

latín continuamente... Decidme, ¿cómo harías para obtener las ciudades?

D. Sofos: —La primera, si fuese posible, mediante compra o acuerdo con el país...

D. Logos: —Dudo que ningún país estuviese dispuesto a ceder parte de su integridad territorial. Y para comprarla, se requeriría de una inmensa fortuna...

D. Sofos: —Que se podría recaudar gracias a donativos particulares, publicación de libros, fortunas propias... No es lo más importante.

D. Logos: —A mi juicio sí.

D. Sofos: —Al mío no. Una vez se hubiese obtenido una sede inicial, ínsula, edificio, campo, pueblo, etc., preferiblemente Alejandría...

D. Logos: —¡Alejandría, ni más ni menos!

D. Sofos: —... para la obtención de las demás ciudades se emplearía el mismo método o, si hubiese una resistencia muy grande y la ciudad fuese estratégica y vital para nuestros intereses...

D. Logos: —... los cuales todavía no me han quedado muy claros, a decir verdad...

D. Sofos: —Se emplearía la fuerza, evitando en todo lo posible el derramamiento de sangre. Aunque, pensándolo mejor, puesto que el espíritu de *Sofos Kaiseralum Status* no es el de la violencia, la guerra y la ambición, si no se pudiese llegar a ningún acuerdo se desistiría. Pero ello no significaría la colaboración activa en el avance de la ciudad, como la donación de libros para sus universidades o la puesta a su disposición de nuestro personal docente y científico para conferencias, cursos, asistencia en prospecciones mineras o en obras de ingeniería, etc. Las viviendas serían absolutamente normales, y dependiendo del sueldo, bienes o negocios de cada ciudadano, éste viviría en

diferentes casas. En ningún caso se trata de convertir Sofos en un estado comunista en el que nadie tiene bienes y todos viven en casas del mismo tamaño y valor, sino en un estado completamente capitalista cuyo eslogan podría ser: “la Sabiduría y la fe, bases del individuo” o algo parecido.

D. Logos: —Muy sugestivo, sin duda.

D. Sofos: —Habrá compañías de construcción en cada ciudad, y también concesionarios de coches, y transporte público: autobuses, metropolitano...

D. Logos: —¿Cuáles serán los títulos del Emperador y sus competencias?

D. Sofos: —Excepto en materia religiosa, que le competirá al arzobispo o cardenal designado por Roma, el Emperador tendrá poder de decisión absoluto e indiscutible en todas las áreas sin necesidad de parlamento o senado, Su única privación es que no puede convertir en hereditario el cargo y tampoco modificar las leyes si no es mediante el consenso de los más sabios del imperio y de los rectores y catedráticos más prestigiosos. Sus títulos serán el de emperador absoluto de Sofos, gobernador de Alejandría y de cada una de las ciudades del imperio...

D. Logos: —¡Qué modestia!

D. Sofos: —..., filósofo magno...

D. Logos: —¡Filósofo Magno! Es uno de los títulos más elocuentes y a la vez ingenuos que jamás he oído.

D. Sofos: —Os repito, maestro, que se trata de una mera utopía, la cual, no habiendo más aspectos que tratar, doy por concluida y terminada.

D. Logos: —Vuestra propia utopía.

D. Sofos: —Por la cual estoy muy orgulloso.

D. Logos: —Bien, está claro que las utopías son, en su mayoría, impracticables, precisamente por el hecho de ser utopías.

D. Sofos: — *Who knows?*, como dirían los ingleses.

D. Logos: —Espero que no creáis que vuestra utopía se puede hacer realidad. ¡Es imposible!

D. Sofos: —Hoy por hoy pocas cosas son “imposibles”. Decid mejor, “muy difíciles”, “poco prácticas”, “poco reales y convincentes”...

D. Logos: —Aunque siempre muy imaginativas. Siento decirlo, pero así es: doy por finalizada nuestra última lección, la cual, en realidad, ha sido impartida por vos y comentada por mí.

D. Sofos: —Recordaré y echaré de menos estas lecciones estivales, este atardecer con el sol en el horizonte sobre las montañas, con los antiguos caseríos en las faldas cubiertas por un tupido bosque y un intenso follaje. Pero sobre todo os recordaré a vos; no creo que en el lugar al que voy tenga maestros tan excelentes y discretos, que diría Cervantes, como vos.

D. Logos: —Los tendréis infinitamente mejores. Los sabios más grandes e ilustres de Inglaterra considerarán un honor daros clase, como lo ha sido para mí. Y ahora, habéis de marcharos, porque está anocheciendo y mañana os espera un duro día. Además, tenéis que despediros de los numerosos familiares que estarán acudiendo a vuestra casa.

D. Sofos: —Acompañadme, pues será la última vez y quiero recordar esos incomparables momentos que he vivido. En esta noche, en la que los sueños reviven y las palabras declaman, permitidme agradeceros todo lo que por mí habéis hecho.

D. Logos: —Gracias a Dios, pues no había descubierto el valor de la enseñanza y el compartir mis conocimientos hasta que os conocí a vos. Todos deberíamos aprender de vos.

D. Sofos: —Todos deberíamos aprender de todos.

Y diciendo esto, ambos nos fuimos, ignorando si sería la última vez, a nuestras casas. Los padres de Sofos le estaban esperando impacientes, pues toda la familia había acudido a despedirse personalmente de él. Evidentemente, los preparativos que había de hacer eran muchos y yo preferí irme a mi casa para no molestar. Les agradecí a sus padres la libertad que me habían otorgado y lo mucho que estaban ayudando a su hijo: otros padres no lo habrían hecho. En resolución, así pues y finalmente, me marché solo hacia mi casa con el sol poniéndose y el panorama del atardecer. Adiós, Sofos, le dije.

*En la lección presente,
ambos sabios debatieron,
conversaron y discurrieron,
sobre una utopía vigente.
La suya propia, D. Sofos expresó,
criticóle D. Logos con precisión,
aunque la razón, en esta ocasión,
en ninguno de los dos residió,
porque son las utopías,
meras ideas e ilusiones,
que en ningún lugar están.
No han de ser cumplidas,
porque estas situaciones
sólo en la mente permanecerán.*

CAPÍTULO VI: DE CÓMO EL ANTIGUO ALUMNO Y EL ANCIANO MAESTRO SE REENCUENTRAN Y ENTABLAN UNA INTERMINABLE CONVERSACIÓN

Dondequiera que sea, cuandoquiera que ocurra y comoquiera que acontezca, es labor mía narrar el siempre anhelado encuentro entre nuestros ya familiares alumno y maestro, que ahora han pasado a ser dos portadores de la más profunda sabiduría. Hombres eruditos y doctos que debatirían incansablemente sobre cuanto se les propusiese. Grandes dudas que le surgieran a el uno y fuesen planteadas por tan instruido personaje con la más aparente irrevocabilidad, hallarán en su contrincante incontestables argumentaciones de las cuales discrepará el que en un principio tuvo la interesante y no menos temeraria idea de proponer a su adversario intelectual un tema por tratar que no hará si no enzarzar la discusión. Lo que para uno resultase claro y exento de ambigüedades, cuyas convicciones sobre él no podrían ser cuestionadas ni por el más insigne de los sabios que hayan conocido los siglos pasados y verán los venideros, cuál sería su asombro que la momentánea alegría que experimentaría no sería sino pasajera, pues de su halagada intervención se procedería a otra de no menos consideración que daría paso a la consecuente réplica.

Y así, el fatigado lector comprobará cómo en la naturaleza nada es irrefutable, fijo o estable. Las leyes que las personas puedan haber creado siempre se enfrentarán con las variables que en el mundo priman, advirtiéndose de esta forma que las enrevesadas conclusiones a las que tan muchos hombres llegarán ningún fin tendrán y el debate será el cuento de nunca acabar. Pero piensen los lectores que el no terminar permite mantener una constante oportunidad para participar de las preguntas claves que nunca se responderán, y así colaboraremos en la más particular polémica que podamos imaginar. Y no consistirá ésta en discutir sobre todo lo que incentive nuestra duda metódica, particular, específica y personal; sino en pensar y razonar qué objetivo nos mueve a actuar y plantear nuestra existencia tal y como por tendencias que no sabría identificar propendemos a obrar. Hablen pues D. Logos y D. Sofos, maestro y alumno aventajado que ya ha superado a su preceptor, compañeros de un viaje que no necesita nimbo ni destino, únicamente atención y un poco de tino:

D. Logos: —Qué agradable velada nos espera. Tantos temas por delante que tratar sin que podamos ser interrumpidos. Aún recuerdo cuando charlábamos apaciblemente en la bella academia al aire libre que en el campo poseía, y vos no hacíais sino abordarme continuamente con preguntas que advertían vuestro grado de madurez. Habéis cambiado, ya sois un hombre, Inglaterra ha presentado para vos el triunfo y la gloria. No me equivocaba cuando en aquella última lección el día anterior a vuestra definitiva marcha os auguré un futuro brillante. Mis reflexiones y predicciones no eran las típicas que se dicen por obligación y que luego en la mayoría de los casos no se cumplen: os aseguro que mi mente y mi corazón me las dictaban al veros vigoroso y con toda una vida por delante. Estoy seguro de que vuestra sabiduría también habrá crecido, yo ya no podré enseñaros nada. Así pues, sólo con pensar que no tendré que dejar de hablar en horas y horas y que tendré a un contrincante del más alto nivel, antiguo alumno mío y al que espero haber enseñado lo mejor, diciéndole siempre que intentase saber más que su maestro, mi deseo de debatir no hace sino crecer.

D. Sofos: —No evitarán vuestros halagos mi carácter implacable, aunque espero que haya conseguido en tanto tiempo tener más conocimientos que mi antiguo maestro. Hoy, como os prometí hace tantos años, nos hemos vuelto a ver en el mismo escenario que tanto marcó mi infancia: vuestra academia, lugar idílico y utópico creado por vos a imagen y semejanza de aquellas de los antiguos griegos, en un ambiente socrático y reflexivo, meditativo y sapiencial. Sí coincido con vuestra merced en la dicha que supone tener que buscar nuevos argumentos y razonamientos que convenzan, aunque sea por poco tiempo, al contertulio de la coherencia de lo que digo y expreso.

D. Logos: —No os falta certeza en vuestras proposiciones, mi admirado contrincante, pero he de deciros con la más absoluta sinceridad que no estoy de acuerdo con vuestro ideal utópico de transgredir todo lo prefijado, como hacíais cuando estudiabais en mi academia, porque si algo caracteriza a vuestra merced es el espíritu rebelde e innovador que rige vuestra existencia. Y si todo el mundo se dedicase a desmoronar todo principio establecido en vaya época viviríamos.

D. Sofos: —Falta de originalidad advierto en vos, aunque también una arraigada tradición académica que le impide atentar contra sus bases, como frecuentemente os recordaba cuando me enseñabais.

D. Logos: —No me creáis un anciano retrógrado, porque estaríais equivocado. Yo sólo mantengo que es necesario seguir unas directrices exentas de error que nos permitan gozar de la alegría que supone haber identificado un algo irrefutable.

D. Sofos: —Y dónde, mi estimado profesor, se encuentran tales verdades si no es en lo empírico, porque además de la matemática, cuyos baremos numéricos se basan en la propia lógica natural expresada mediante códigos humanos, no recuerdo ninguna otra disciplina o hallazgo científico que guarde tan estrictas limitaciones.

D. Logos: —No hagáis por parecerme un completo ignorante, porque deberíais haber recordado que ya Descartes, aquél meditativo hombre que no quería levantarse hasta las once de la mañana, una hora imperdonable para cualquier persona de letras — siguiendo los hábitos de Leonardo—, sólo para poder cavilar y reflexionar, probó que todo puede ser negado excepto una verdad intuitiva y fundamental: el hecho de que yo, por ser una *res cogitans*, existo; algo que ni yo mismo podría cuestionar, pues soy consciente de que para pensar es preciso ser, y ésta certeza no responde a ninguna ecuación matemática. Recordad esa lección que cuando erais pequeño os impartí, ante la sorpresa que para vos suponía cuestionar vuestra propia existencia. Pequeño erais entonces, y un lenguaje más accesible empleé pues.

D. Sofos: —Tenéis toda la razón, y no penséis que por no haber mencionado a tan célebre pensador haya olvidado sus famosas conclusiones y sus importantes descubrimientos, pero son verdades tan evidentes que en mi proceder directo y contundente intento obviar. Pero antes de continuar con nuestro interesante dilema he de recriminaros vuestra actitud conservadora que forma prototipos y patrones que caracterizan a todo intelectual. ¿Acaso no puede ser estudiosa una persona que no madrugue y a la que aburran los museos, pero en cambio disfrute leyendo una obra de Cervantes o de Calderón?

D. Logos: —Francamente, he de responderos que para mí no merece la consideración de hombre o mujer de letras aquél que gandlee y aborrezca los museos y exposiciones, pues la auténtica sabiduría, el grueso del conocimiento, no se halla únicamente en los libros o en el deleite que éstos supongan, sino también en el espíritu de trabajo y organización, los cuales os aseguro no se consiguen levantándose a las once. Y con respecto a los museos, no sé a qué clase de erudito os referís si desprecia las exposiciones y los muestrarios de objetos y materiales de un tema o materia concreta, ya sea historia o biología, porque si en verdad fuese un auténtico ilustrado bien puedo asegurados que con alguna de las ramas expuestas en un museo concreto se sentiría identificado.

D. Sofos: —Un tanto ingenuo y conservador sois si en verdad guardáis esa imagen retrógada y anticuada de intelectual. Si bien tenéis toda la razón en vuestra explicación un tanto magistral del valor de los museos como centros por excelencia de almacenamiento de los soportes materiales que fundamentan una ciencia o rama determinada, es mi deber recordados que antes de que los helenos creasen las primeras “casas de las musas” los eruditos habrían de conformarse con admirar cuanto les rodease y de sus observaciones sistemáticas sacar sus propias conclusiones sin ninguna intención cuantitativa, además de leer y estudiar todos los manuscritos y escritos que ante ellos se presentasen.

D. Logos: —Si me consideráis tradicional no es para mí, en absoluto, algo peyorativo. Siempre mantendré que el verdadero progreso reside no solamente en nuevos hitos técnicos e innovaciones futuristas que lo único que hacen es ahorrarnos algo de tiempo y obsequiarnos con una mayor comodidad; aspectos que a la larga crean un ambiente de falta total de predisposición y trabajo y una dependencia casi exclusiva de tales inventos. E imagino que vos sabréis calcular la problemática que pasado un tiempo producen, ya que si en algún momento cualquiera de los mencionados artilugios dejase de funcionar nuestra existencia atravesaría graves inconsistencias. ¡Ay del progreso, si eso es lo que mi seso entiende por avance!

D. Sofos: —Se os ha olvidado mencionar en tan crítica intervención la falta de mejora sociológica e intelectual de la población que las personas que como vos piensan suelen citar. Pero antes de que os adelantéis a aclararme vuestra postura con respecto a este tema he de deciros a vos y a todos los que como vos razonan que si en verdad creen que sólo hemos avanzado en lo material y no en lo espiritual deberían comenzar por hablar con cualquier infante, joven o galante que por la escuela haya pasado, ya que no es necesario retroceder muchos siglos para advertir la grave carencia educativa que por aquellos entonces primaba, cuando ahora reina un ambiente de gusto por el aprendizaje y el cultivo personal, porque es

en los efebos en donde se aprecia con más calidad la cada vez mayor preparación.

D. Logos: —Sin embargo, la era de los grandes filósofos y pensadores ha acabado. Ya no viven célebres sabios como antes que reflexionen sobre cuantas incógnitas rodean nuestra existencia. ¡El tiempo de los eruditos ha concluido, sin que haya señales de retorno a tan dichosas épocas!

D. Sofos: —No dramaticéis tanto la situación, pues si fuera cierto lo que decís no estaríamos ahora hablando sobre asuntos de índole filosófica, si como mentáis ya no hubiera estudiosos y eruditos.

D. Logos: —¡Pero ya no se experimentan “plinias”, lo cual una profunda nostalgia produce en mí!

D. Sofos: —De bien os agradecería si pudierais explicarme en qué consiste la bella palabra que habéis usado y que si bien recuerda el amplio léxico que de mi cabeza cuelga no figura en él y ni siquiera se espera.

D. Logos: —Estáis en lo cierto, mi estimado D. Sofos, y he de felicitaros antes de todo por el buen funcionamiento de vuestras neuronas, ya que el procesamiento de la información que rápido os he dado ha sido instantáneo y veloz, lo que sólo puede advertir un perfecto dominio de nuestro apreciado idioma. Y bien, proceda yo a aclararos el significado de este vocablo, el más preciso, hermoso, cortés y agraciado que se haya podido imaginar, indicándoos antes de continuar que no han sido mis mercedes las que han inventado tan original palabra, sino la mente creadora, sabia, bondadosa y tierna de alguien; un aura de rebosante hermosura, señora de encanto, quien goza de la más amplia de las sabidurías, el más maravilloso ser que en vuestra vida conoceréis, cuyo nombre no diré porque difícilmente le podríais reconocer. Y es que tan dichosa dama concibió esta locución. ¿Cómo llamarías vos a ese momento de énfasis intelectual, indescriptible para la persona que lo experimenta, resultante de un gran descubri-

miento o hito científico y sapiencial al que en tantas ocasiones alude la Historia?

D. Sofos: —En mi vida me he visto en tal aprieto, D. Logos, porque a pesar de mi intensa formación no recuerdo haber leído, aprendido u oído hablar de una denominación concreta para tan importante sensación; y si bien creo rememorar, no está en ningún diccionario, y pensándolo detenidamente, no encuentro explicación satisfactoria que responda a mi duda acerca de por qué un instante de tal trascendencia personal y colectiva no ha sido incluido en alguno de los tantos léxicos que al parecer se caracterizan por su complejidad, enciclopedismo e integridad, en los que se muestran términos de, a mi juicio, menor relevancia que la susodicha plinia.

D. Logos: —Fue por las mismas lógicas y prácticas conclusiones por la que me decidí a hacer constante referencia a este vocablo, que sólo una persona de las características de quien os he descrito podría haber generado, por lo que os exhorto a que desde ahora y en adelante uséis lo más asiduamente posible esta palabra para que sea familiar entre los que nos rodean a pesar de no estar presente en ningún soporte físico, ya que estará en las mentes, gozará del cariño y será parte de las gentes que con nosotros conviven.

D. Sofos: —No dudéis en que lo haré, pues es para mí un honor, emplear una palabra nueva. Pensad en la alegría que supone saber que nuestra lengua está sujeta a cambios y adiciones, porque sólo de imaginar lo aburrido que sería el hablar un idioma estático, me dan ganas de no usarlo.

D. Logos: —Os lo agradezco de veras, mi estimado sabio, porque sois vos verdaderamente el hombre más sabio que en mi vida he conocido y que intuyo se me permitirá tratar.

D. Sofos: —Por favor, no entremos en discusiones, es evidente que mi sabiduría, que amplia y completa me permito creer que es, no puede compararse con la vuestra.

D. Logos: —Si realmente soy un sabio, creedme que vos lo sois más que yo, no sólo en el conocimiento teórico y memorístico, sino también en el práctico y vivencial.

D. Sofos: —Nos veo como los Siete Sabios, porque nuestra discusión podrá ser interminable, hasta que uno de los dos digamos, en este caso seré yo, que ninguno de nosotros somos los más sabios, pues es Dios quien goza de tal halago. Infinita es su sabiduría e ilimitada su sensatez.

D. Logos: —Dos requisitos máximos que describen a un ser omnipotente, y si mal no recuerdo, fue mi admirado Solón de Atenas quien de ello se dio cuenta, ya que fue él quien finalmente envió el banquillo de oro ante el altar de Apolo Delfico, cuando los seis sabios restantes se lo fueron enviando del uno al otro sin aparente conclusión. Y si me permitís, pasaré a contar la leyenda: encontróse en la cálida mar de Grecia un banquillo del oro más valioso. Consultaron los más ancianos del lugar, al Oráculo de Delfos, sobre a quién le correspondía tal regalo. Respondióles el sacerdote de forma contundente que habían de entregarlo al más sabio de entre los helenos. Decidióse por unanimidad enviarlo al célebre Tales de Mileto, ilustre matemático y sabio político, quien salvó a la ciudad que le da nombre de caer ante el gran persa gracias a no confederarse con las demás polis pese a la solicitud de su amigo Creso. He aquí un ejemplo de cómo al auténtico sabio no le ciegan los sentimientos, para él priman la seguridad y rigurosidad de su gestión.

D. Sofos: —Permitidme hacer luego un inciso sobre vuestra última frase.

D. Logos: —Así lo haré en cuanto concluya. Tales, al no considerarse el más sabio de los pensadores griegos, envió el tesoro a Bías de Priena, también llamado Biante, nombre que yo prefiero, sabiendo que el primero significa “violento”. Brillante consejero fue éste, que recordemos ayudó al monarca egipcio en un gran aprieto, ya que la ignorancia del rey le había hecho comprometerse ante el soberano de los etíopes a beberse el mar. Y díjole Biante que aceptara la apuesta, pero alegando

al enemigo que sólo lo haría en el mar que está actualmente, no al que habrá después de que los ríos viertan más agua. De esta forma, únicamente cumpliría su apuesta cuando el soberano africano detuviese todos los ríos que al mar llegan.

D. Sofos: —¡Qué brillantez y sabiduría, aún ahora me sorprende, porque si me viese en tal aprieto, no habría sabido qué hacer; bien merecido tenía su apelativo!

D. Logos: —Ciertamente. Biante lo mandó a Pitaco, el de Mitilene, y de éste pasó a Cleóbulo de Lindos, hasta que finalmente en casa de Solón de Atenas apareció tal objeto, y la fortuna hizo que la inspiración rondase por su cabeza, y fuese a Dios a quien remitió tal presente.

D. Sofos: —Antes de continuar y de que mis en ocasiones limitados recursos memorísticos formulen a mi merced la pregunta que hace unos momentos he pensado, he de solicitaros la oportuna licencia para realizároslo, pues son dudas lo que la sentencia última que hicisteis ha sembrado en mí.

D. Logos: —Decídmelo, por favor, como en los tiempos en los que yo era vuestro maestro y continuamente me abordabais con las siempre magistrales y oportunas preguntas. Recuerdo cómo tras explicaros la interesante lección sobre la existencia de Dios luego recapacité, pues no pronunciaba ni cinco frases cuando vos ya habíais alzado la mano.

D. Sofos: —Felices aquellos tiempos de discípulo, pero no menos los actuales, pues de aprendiz hube ascendido a profesor en ilustres instituciones, y ahora a consagrado escritor. Así pues, dijisteis vos a propósito de la persona de Tales de Mileto que al verdadero sabio no le ciegan sus sentimientos, primando únicamente la rigurosidad y realización de su tarea. He de deciros que discrepo profundamente de vos, porque el erudito, sabio o cómo queramos llamarle, es también humano, y por mucho que quiera huir de esta circunstancia para lograr la mayor objetividad y exactitud empírica posible, nunca conseguirá esa imparcialidad, pues todo lo que le

concierna o de él provenga, todo lo que con él tenga alguna relación, sea de cualquier clase, estará siempre influenciado por varios factores, no caiga yo en simplificaciones de principiante. Entre ellos he de destacar el factor profesional, faceta humana ésta en la que el individuo, según creo, vierte todas las características artificiales concebidas por él para obtener de algún modo u otro un elevado grado de perfección armónica y equilibrada, rechazando todo lo que suponga imprecisión e inmersión de la faceta sentimental del ser humano. La segunda que cabría destacar es, como he anticipado, la sentimental, coloquialmente llamada “humana”, la verdad es que no llego a adivinar el porqué, pues humanas son todas. Pero, en fin, como decía, la segunda sería la sentimental, aquélla marcada por caracteres de tipo natural. Sería, desde mi punto de vista, lo que realmente conectaría al individuo con la Naturaleza. Es aquí donde se mostrarían apariencias más desequilibradas, desiguales, desmedidas, carentes de cualquier sistema de medición o clasificación artificial. Por tanto, y si mis reflexiones no están mal planteadas, el término “artificial” no significaría todo lo hecho por mano o arte del hombre, sino una parte muy importante de las características y facetas que conforman la persona. Por ello, y para concluir con mi intervención, termino por deciros que con respecto a la frase que pronunciasteis es inevitable y perfectamente asumible que incluso en los más grandes, célebres e ilustres pensadores se entrometan sus sentimientos e inclinaciones personales, pues, si no, personas desde luego no serían.

D. Logos: —No sé qué decir para calificar vuestra intervención. Perdonadme, pero ni yo mismo, vuestro antiguo maestro y el mejor conocedor de vuestras posibilidades intelectuales y dialécticas, hubiera imaginado que pudieseis pensar, razonar y crear tanto. He de reconocer la completa irracionalidad de esta frase, pues no tengo justificación alguna para ella por su rotundo y probado fracaso.

D. Sofos: —Perdonadme que os interrumpa de nuevo, pero me gustaría cambiar ligeramente el rumbo de nuestra conver-

sación. Para consumir tal propósito se me ocurre una pregunta de sumo interés filosófico. Decidme: ¿qué frase pensáis es más acertada: “*vivimos para filosofar*” o “*filosofamos para vivir*”? La primera es de Aristóteles, la segunda del español Ortega y Gasset.

D. Logos: —El dilema filosófico es notable, pero no sé si me creeríais si os dijera que no estoy de acuerdo con ninguna de las dos, o por lo menos si las planteamos por separado. Intentaré no caer en indeterminaciones o frases que aparentemente resulten bonitas, metafísicas, racionales y armónicas, pero faltas de un contenido filosófico.

D. Sofos: —Algo bastante complicado en estos casos.

D. Logos: —Pero no inevitable. El hombre filosofa y vive porque es consciente de que ambas acciones se complementan con el objetivo de alcanzar la causa última, para intentar acercarse al verdadero conocimiento de sí mismo. Necesita filosofar para vivir, pues en cierto modo vive para filosofar. Pero su vida está orientada a obtener la felicidad.

D. Sofos: —Perdonadme, maestro, si os dijese que yo pienso que el hombre vive para creer en Dios y cree en Dios para vivir; el filosofar es conllevado por esa fe.

D. Logos: —Ante todo no merezco llamarme maestro vuestro ya, puesto que habéis logrado tal perfeccionamiento en vuestra madurez que mis reflexiones no alcanzan ni la introducción de las vuestras. Tenéis razón, Sofos, tenéis razón.

D. Sofos: —Una vez me disteis un consejo: que supiese más que mi propio maestro, y yo lo he intentado seguir. Pero, ante todo, vos siempre seréis mi maestro, protagonista de mi infancia.

D. Logos: —Os lo agradezco de veras. Me gustaría preguntaros cómo imagináis el siglo XXI tras la llegada del año 2000; como pensáis evolucionará el hombre y hasta qué recónditos lugares nos llevará la ciencia; si sobrevivirá la religión en una era en la que las personas cada vez se alejan más de Dios.

D. Sofos: —Me parece una interesantísima cuestión para tratar a lo largo de nuestra conversación, pero antes he de corregiros, si me lo permitís, en un error que habéis cometido.

D. Logos: —Adelante, rectificar es de sabios, como muchos dicen.

D. Sofos: —Habéis insinuado que el tan anhelado siglo XXI y III Milenio comenzó en la madrugada del 31 de diciembre de 1999; es decir, el año 2000 sería el primer año del siglo.

D. Logos: —¿Cuándo, si no?

D. Sofos: —Bien. La polémica generada por este hecho debe ser tratada desde un punto de vista matemático e histórico, porque además de factores numéricos actúan sucesos históricos. En primer lugar, he de advertiros que matemáticamente el comienzo del nuevo milenio es el 2001. Sin embargo, la metrología y los calendarios han experimentado muchas inexactitudes, anécdotas, desfases y errores de cálculo.

D. Logos: —Empezando por la vigencia de cuarenta calendarios en el mundo.

D. Sofos: —En efecto. El nuestro fue impuesto por el Pontífice Gregorio XIII. El primer calendario nació en Mesopotamia, y era de tipo lunisolar, con meses lunares, pero rigiéndose el año por el sol. En el Antiguo Egipto el calendario lunar era usado con fines religiosos, y al mismo tiempo había un calendario solar de trescientos sesenta y cinco días y tres estaciones.

D. Logos: —Las cuales, si mal no creo recordar, son Ajet, la inundación; Peret, la siembra; y Shemu, la recolección.

D. Sofos: —Exactamente. Otros calendarios importantes son el hebreo, que actualmente está allá por el año 5759, y el hindú, ahora en el año 1922. El musulmán es lunar, y para convertir la era gregoriana a la era musulmana os propongo una fórmula muy sencilla. Si lo que deseáis es convertir años cristianos en años musulmanes habéis de restarle al año en el que estemos seiscientos veintidós, fecha simbólica por ser el comienzo de

la Hégira del Profeta Muhammad, y el resultado de esa operación dividirlo entre 0'97.

D. Logos: —Si lo que quiero hacer es lo contrario, imagino tendré que multiplicar 0'97 por el año musulmán y sumarle posteriormente seiscientos veintidós.

D. Sofos: —Evidentemente; sólo hay que efectuar la operación inversa. Sigamos. La fecha del nacimiento de Cristo no es en absoluto segura. Dionisio el Exiguo, un monje escita, afirmó en el año 532 que Cristo había nacido 753 años después de la fundación de Roma.

D. Logos: — “*ab urbe condita*”, en latín.

D. Sofos: —En efecto. Sin embargo, en el Evangelio de Mateo se nos dice que Cristo nació “*en Belén de Judea, en tiempo del rey Herodes*”. Pues bien, el rey Herodes de Judea falleció en el año 750 de la fundación de Roma, por lo que Cristo debió nacer como mínimo en el 749 de la fundación de Roma. Además, la célebre Estrella de Belén, identificada con el Cometa Halley, el cual aparece en el firmamento cada setenta y seis años, retrasaría la fecha del nacimiento al año doce antes de Cristo. El astrónomo alemán Johannes Kepler dijo, de forma más convincente, que la Estrella que sirvió de guía a los Magos de Oriente era la Triple Conjunción de Júpiter y Saturno sobre la Constelación de Piscis, que tuvo lugar hacia el siete antes de Cristo según el conocido científico. Todo ello nos hace pensar que Cristo fue dado a luz entre el siete y el cuatro antes de Cristo.

D. Logos: —Es decir, posiblemente ya hayamos entrado en el siglo XXI.

D. Sofos: —Aproximadamente en 1997; lo importante es que si seguimos los datos aportados por Dionisio el Exiguo ya llevamos algunos años en el nuevo milenio. Pero aun prescindiendo de ese error, el año 2000 no puede ser el comienzo del milenio, porque el valor numérico cero fue introducido por los árabes en el siglo VIII, quienes lo habían conocido, a su vez, gracias a los matemáticos hindúes que lo inventaron. Dionisio el Exi-

guo utilizó la numeración romana, que como todos sabemos carece del dígito cero. El año anterior al uno después de Cristo es el uno antes de Cristo, porque el cero no existía. Cuando compramos diez metros de tela, exigimos que se nos dé el décimo, no el noveno, por lo que el 2000, la décima década del siglo XX, es el siglo XX. El Tercer Milenio empieza, pues, a las cero horas, cero minutos, un segundo del 1 de enero del 2001.

D. Logos: — Vuestros argumentos...

D. Sofos: — En realidad no son míos únicamente, son los aceptados por la mayoría de los especialistas.

D. Logos: — ... son tan convincentes que puedo estar seguro de que la pasada noche del 31 de diciembre de 1999 no inauguraba el nuevo siglo. ¿Podríais explicarme, antes de continuar, a qué se debe el miedo milenarista?

D. Sofos: — En la escatología cristiana, el concepto de Milenio es el de un período de mil años en el cual, según lo que se pronostica en el libro del Apocalipsis, el demonio será encadenado y la santidad prevalecerá en la Tierra. Esa interpretación procede de la lectura fundamentalista del Apocalipsis capítulo 20, que creo recordar dice textualmente: *“Vi a un ángel que bajaba del cielo y tenía en su mano la llave del abismo y una gran cadena. Dominó al gran Dragón, la serpiente antigua —que es el diablo y Satanás— y lo encadenó por mil años. Lo arrojó al abismo, lo encerró y puso encima los sellos, para que no seduzca más a las naciones hasta que se cumplan mil años. Después tiene que ser soltado por poco tiempo”*. Sectas como los Testigos de Jehová o los Adventistas del Séptimo Día vaticinan el fin del mundo en sus esfuerzos proselitistas. Orígenes ya combatió el milenarismo, aunque el movimiento reapareció entre los espirituales franciscanos, rama de la Orden de San Francisco de Asís que se sumía voluntariamente en la extrema pobreza, condenada por el papa Juan XXII.

D. Logos: — Tengo entendido que durante el paso del primer al segundo milenio hubo un pánico colectivo.

D. Sofos: —Ortega y Gasset, en su famosa tesis *Los terrores del año Mil*, desmiente el casi mítico pánico del año mil, haciendo diversas y muy concretas matizaciones. Evidentemente, algo hubo, pero en los documentos históricos conviene creerse sólo, como vos muy bien sabéis, la mitad de la mitad.

D. Logos: —Aun así, hay una cuarta parte de veracidad aproximadamente.

D. Sofos: —Sin embargo, considero el miedo y el pánico a las invasiones de los bárbaros que cubrieron la Europa de los siglos III y IV como mayor y si cabe más justificado.

D. Logos: —Aunque tiempo habrá de refutar tan peregrina suposición.

D. Sofos: —No es peregrina, simplemente rápida.

D. Logos: —Mi alusión se centra en el hecho de que no podemos saber el miedo que se cebó sobre la población en épocas tan lejanas, a pesar de los documentos históricos. Por escrito es muy difícil, por no decir imposible, reflejar tan meticulosa y rigurosamente un acontecimiento.

D. Sofos: —Una vez me dijisteis que casi nada había imposible. El contexto histórico también debe ser valorado. La época comprendida entre los siglos VIII y X está marcada por un elevado grado de inseguridad y desolación, desamparo y sentimiento de retroceso desde la caída del esplendoroso Imperio Romano y la entrada de Europa Occidental en los años oscuros de la Edad Media. A diferencia de las regiones islámicas y bizantinas, Europa Occidental permaneció en gran parte aislada cultural y técnicamente. En ese período, el progreso aparecía en el sur en lugar de en el norte. Hasta después del año mil no se produce un verdadero cambio con la denominada “primera revolución industrial”, cuando se inventan nuevos instrumentos y utensilios, tales como los estribos o los timones para las naves. El hierro era casi desconocido, a favor de la madera. Todo ello sumado a la regresión demográfica, que dificultó seriamente

el desarrollo. Si me preguntáis sobre cómo creo que será el siglo XXI, que en breve iniciaremos, os diría que lo imagino como hoy, pero con la mente puesta en mañana. El siglo XXI, el futuro, no es más que una proyección que si cabe nunca llegará, porque siempre estaremos pensando en el siglo XXI del mañana sin advertir en qué consiste el siglo XXI de hoy. Se trata, pues, de una realidad atemporal y perpetuamente prolongable.

D. Logos: —Es decir, vuestras mercedes piensan o pretenden pensar que no llegaremos nunca al siglo XXI o a cualquier otro siglo, porque estaremos pensando en el siglo XXI del mañana sin reparar en el de hoy, planeando cambios e imaginando adelantos que sin advertirlo ya nos han llegado.

D. Sofos: —Así es.

D. Logos: —Pues he de deciros, mi admirado y siempre querido alumno, que estoy completamente de acuerdo con vos, porque estamos pensando en el siglo XXI y no nos percatamos de los avances que se han producido en todos los sentidos desde hace dos años hasta hoy, estando aún, aunque ya por poco tiempo, en el siglo XX, nuestro anhelado siglo XX. Por ejemplo, hablamos de cambio climático y de los problemas que traerá en un futuro no muy lejano y no nos damos cuenta de que esos problemas han llegado ya y son perfectamente identificables.

D. Sofos: —Os felicito por vuestra impecable interpretación.

D. Logos: —En resolución, apartándonos ya del plano científico y cultural, que siempre podemos tratar, considero que este momento, por ser difícil de repetir por las innumerables ocupaciones que un hombre de vuestra importancia ha adquirido, deberíamos dedicarlo a que me explicarais las funciones que desempeñáis en la prestigiosa Universidad de Oxford.

D. Sofos: —Exactamente mi cometido consiste en dirigir la Universidad.

D. Logos: —¡Sois rector!

D. Sofos: —En efecto. Además de ello ocupó la Cátedra de Filosofía y dirigió la Sociedad Real de Londres. Así pues, colaboro en una editorial muy célebre en el Reino Unido en la que publico mis obras. Cada tres meses edito en el “Oxford University Press” un ensayo o tratado científico sobre diferentes disciplinas, especialmente sobre egiptología, matemáticas, biología, teología, historia y literatura. También trabajo en un periódico diario como crítico de opinión, desempeño un importante cargo como profesor de lenguas castellana, árabe, rusa, latina, griega, egipcia, aramea, copta, etiópica, sánscrita y siríaca en la misma Universidad que dirijo. He organizado numerosas expediciones arqueológicas a África, América y Asia, y colaboro muy activamente en la Asociación de Arqueología y Exploración del Reino Unido que yo mismo he fundado.

D. Logos: —Además de impartir casi mensualmente conferencias y participación en los medios de comunicación en ciudades como París, Nueva York, Berlín, Viena, Praga o Tokio.

D. Sofos: —Así es.

D. Logos: —Y de ser, según fuentes que han llegado hasta el modesto despacho que aún sigo ocupando como emérito en la Universidad local como Catedrático de Filosofía, el candidato más probable para el Premio Nobel de Física del próximo año.

D. Sofos: —Son supuestos, no quiero sembrar esperanza en donde posiblemente no haya nada que esperar.

D. Logos: —¡Siempre tan modesto, Sofos!

Y de esta forma, ambos nos fuimos. Sofos se hospedó en casa de sus ya ancianos padres, para partir mañana de nuevo hacia Londres y reincorporarse a su frenética pero apasionante actividad. Un día le dije que triunfaría y me equivoqué: no ha triunfado, la gloria ha llegado a él por la providencia de Dios, que siempre le alentó en su trabajo y

le hizo conservar su fe. Adiós, Sofos, le dije, y me fui a mi casa, con un bello panorama estival en el que el sol se ponía en el horizonte sobre las montañas. Montañas y tupidos bosques, con una academia a la que no había vuelto desde el último día en que me despedí de Sofos. Le hablé, o mejor dicho habló, sobre las utopías. Mi utopía era y es él, y veo que, en contra de lo que yo mismo habría imaginado, se ha hecho realidad.

*No terminaron los dos sabios,
esta magistral conversación,
sabiéndolo ya por intuición,
pues no permite cambios.
Sin esperar nada en claro,
algo hemos aprendido,
porque nadie habrá leído
sobre un intelectual avaro.*

*Todos compartieron su gran erudición,
ya sea por preguntas o con respuestas
que de ellos conocimiento brotó.
Y hasta aquí pensaba llevaros,
advertido habrán que más no sé qué contar,
por lo que paso a con nostalgia despediros.*

